



El oscuro invierno

Primer caso del sargento McAvoy

DAVID MARK

Siruela/ Policiaca

David Mark

El oscuro invierno
Primer caso del sargento McAvoy

Traducción del inglés de
Javier Sánchez García-Gutiérrez

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta	
Portadilla	
El oscuro invierno	
Prólogo	
Primera parte	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Segunda parte	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Tercera parte	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Cuarta parte	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Epílogo	
Agradecimientos	
Notas	
Créditos	

El oscuro invierno

A mis abuelos, narradores inigualables todos ellos.

La cualidad de la compasión no es forzada,
Cae como la suave lluvia del cielo
Sobre la tierra que hay debajo. Es doblemente bendita:
Bendice a quien la da y a quien la recibe.

William Shakespeare, *El mercader de Venecia*

Prólogo

El anciano alza la vista y por un instante es como si estuviera mirando por el extremo equivocado de un telescopio. La periodista está a cuarenta años de distancia.

–¿Señor Stein? –dice apoyando una mano tierna y cálida sobre su rodilla huesuda–. ¿Podría usted compartir con nosotros sus recuerdos de aquel momento?

Le cuesta un esfuerzo de la voluntad casi físico retornar al presente. Parpadea. Con el miedo propio de los ancianos a perder sus recuerdos se dice a sí mismo que debe ponerlos en orden.

«Todavía estás aquí», piensa. «Sigues vivo.»

–¿Señor Stein? ¿Fred?

«Estás vivo», se repite. El superpetrolero *Carla*. A setenta millas de la costa islandesa. Una última entrevista en la cocina del barco, con su tufo a fritanga y a café requemado, su olor a gasóleo y las ráfagas de agua de mar. El rumor sordo y profundo de las voces de hombres sin asear y la lana húmeda.

Tantos recuerdos...

Parpadea otra vez. Se está convirtiendo en un hábito. «Deberían brotar las lágrimas», piensa. Esto merece algunas lágrimas.

Ahora se fija en ella. Sentada hacia delante en una silla de respaldo duro como un yóquey sobre un caballo. Sujetando un micrófono ante él como una niña que le ofreciera un lametón de su pirulí.

Cierra los ojos y el recuerdo le golpea como el embate de una ola.

Por un momento vuelve a ser un hombre joven, al comienzo de un turno de dieciocho horas, poniéndose un jersey apelmazado por la viscosidad y las tripas de los peces. Cuando no está llenándose la barriga de gachas de avena, rodea con las manos una taza de té para calentárselas. Le duelen. Trata de convencerse de que esas manos son suyas. Oye la voz del patrón. La urgencia de sus gritos. Balancea el gancho. Voltea el hacha. Tratando de romper el hielo. Haciendo saltar trozos que te podían atravesar el cráneo si no contabas con unos pies ágiles. Siente que el barco comienza a irse...

–El sonido del viento –dice, y en el bolsillo de su abrigo siente cómo sus dedos hacen el signo de la cruz sobre la superficie suave y sedosa del paquete de Benson & Hedges. Es una vieja costumbre, residuo de su educación católica.

–¿Podría describirnoslo?

–Era como estar en una casa en medio de un páramo pelado –explica cerrando un ojo–. El viento soplaba por todos lados. Aullaba. Rugía. Batía. Era como si fuera a

abalanzarse sobre nosotros. Yo vibraba con él. Como uno de esos diapasones. Podía sentir las vibraciones acercarse por la cubierta y estaba paralizado, petrificado en aquel maldito espacio.

La periodista asiente al operador de cámara y le indica que siga filmando. Este amable anciano, con su traje de tienda de beneficencia y su corbata de los Hull Kingston Rovers, vale el dinero que cuesta. Además, considerando la situación, lo está haciendo bastante bien. Soporta el frío y mantiene el equilibrio en el barco mejor que ella. Y su constitución física es también mejor. Ella apenas ha comido desde que tropezaron con ese frente meteorológico, y no ayuda nada que en ese supuesto superpetrolero el único sitio suficientemente amplio para ella, el cámara y el brazo del micrófono sea la cocina grasienta y salpicada de restos de comida. La galera, se corrige a sí misma, con la meticulosidad del periodista.

–Por favor, siga, señor Stein.

–Para ser sinceros, querida, eran las botas –dice el anciano, apartando la mirada–. Las botas de mis compañeros. Podía oírlas en la cubierta. Chirriaban. La goma sonaba sobre la madera. Nunca lo había oído antes. Ocho años en barcos de arrastre y jamás había oído el ruido de esas pisadas. Al menos no por encima del de los motores y generadores. Pero aquella noche lo oí. El viento amainó el tiempo suficiente para que pudiera oírlos correr. O algo parecido. Maldito cabrón. Era como si estuviera acumulando fuerzas para asestar los golpes que aún estaban por llegar. Y allí estaba yo pensando: «Puedo oír sus botas». Y cuarenta años después eso es lo que recuerdo. Sus puñeteras botas. No puedo soportar oírlas ahora. No salgo cuando llueve. Oigo el chirrido de una bota sobre una superficie mojada y se me doblan las rodillas. Ni siquiera puedo pensar en ellas. De eso es de lo que no estaba seguro en este viaje. No son las olas. Ni el mal tiempo. Es la idea de oír el ruido de unas botas de goma sobre una cubierta húmeda y sentir como si aquello nunca hubiera terminado...

La periodista asiente. Caroline. Treinta y tantos. Grandes pendientes de madera y el pelo como el de un chico de nueve años. Nada especial a primera vista, pero segura de sí misma y más lista que el hambre. Maquillaje de presentadora. Acento de Londres y hasta tres anillos, al menos uno caro, en unos dedos cuyas uñas bien arregladas al inicio del viaje comienzan ahora a desconcharse y mostrar parches.

–Entonces arreció de nuevo –dice–. Era como si estuvieras en un cobertizo de hojalata y alguien lo golpeará con una paleta de críquet. Peor que eso. Como estar en la pista de un aeropuerto con cientos de aviones despegando. Las olas comenzaron a embestir contra nosotros. El agua pulverizada se convertía en hielo al contacto con el aire y era como si un millón de agujas te apuñalaran al mismo tiempo. Sentía un dolor insoportable en la cara y las manos. Pensé que las orejas se me iban a incrustar en la cabeza. Estaba entumecido. No podía tenerme en pie. No podía dar un paso en la dirección deseada. Me tambaleaba por la cubierta, me

golpeaba. Una maldita bola de *pinball*, eso es lo que era. Rodando de acá para allá a la espera de que todo acabara. Debí de romperme varios huesos en aquellos momentos, pero no recuerdo que me doliera. Era como si mis sentidos no fueran capaces de asimilarlo todo. Solo había ruido y frío. Y la sensación de que el aire se desgarraba.

«Está contenta», piensa. Le encanta esto. Y él también se siente orgulloso de sí mismo. Hace cuarenta años que no cuenta esa historia sin una pinta de cerveza delante, y la taza de té que agarra con una mano rolliza, sonrosada como el mármol, se le ha quedado fría sin habérsela llevado a los labios ni una sola vez.

—¿Y cuándo se dio la orden de abandonar el barco?

—Es todo muy confuso. Estaba tan oscuro. Nada más chocar con las rocas, las luces se apagaron. ¿Ha visto usted alguna vez la nieve y el agua pulverizada del mar en la oscuridad? Es como estar dentro de un televisor estropeado. Y no te puedes mantener en pie. No hay forma de orientarse...

Se lleva la mano a la mejilla. Atrapa una lágrima. La observa, posada allí sobre un nudillo roto y agrietado. Hace años que no ve sus propias lágrimas. Desde que murió su mujer. Entonces también le habían sorprendido. Después del funeral. Después del velatorio. Después de que todos se hubieran ido y él se quedara recogiendo los platos y tirando las sobras al cubo de la basura. Las lágrimas habían aparecido como si alguien hubiera abierto una compuerta. Las había derramado durante tanto rato que al final acabó riéndose, asombrado de sí mismo, de pie frente al fregadero, imaginando que tenía un grifo en cada uno de los orificios de la nariz: vaciándose del océano que había abandonado por ella.

—Señor Stein...

—Dejémoslo aquí, querida. Hagamos un descanso, ¿de acuerdo?

Su voz aún es áspera. Los cigarrillos liados y la cerveza amarga. Pero de repente parece que tiembla. Tiembla dentro de su traje de mangas brillantes y rodillas desgastadas. Y también suda.

Caroline está a punto de protestar. De decirle que es por eso por lo que están allí. Que cualquier muestra de emoción contribuirá a que los espectadores entiendan lo profundamente afectado que está. Pero decide callarse al darse cuenta de que eso sonaría como si le estuviera diciendo a un hombre de sesenta y tres años que llorara como un niño para la cámara.

—Mañana, querida. Después de lo que esté previsto.

—De acuerdo —dice, e indica al cámara que deje de filmar—. Sabe lo que vamos a hacer, ¿no?

—Estoy seguro de que usted me tendrá al tanto.

—Bueno, el capitán ha accedido a concedernos una hora en el lugar donde se hundieron. No será fácil, y las condiciones meteorológicas no van a ayudar, pero tendremos tiempo para la ceremonia. Abríguese, ¿de acuerdo? Tal como dijimos,

habrá una sencilla corona y una placa. Le filmaremos junto a la borda cuando pasemos por allí.

–Muy bien, querida –dice, y su voz no parece la misma. Suena como un chirrido. Como la suela de una bota de goma sobre madera mojada.

Siente una opresión repentina en el pecho. Le dedica la mejor sonrisa de anciano venerable que puede esbozar y dice «buenas noches», ignorando las protestas de sus rodillas mientras se levanta de la silla de respaldo duro y da tres pasos inseguros hacia la puerta abierta. Sale con esfuerzo al estrecho corredor y camina, más deprisa de lo que lo ha hecho en muchos años, hacia la cubierta. Un miembro de la tripulación se acerca por el otro lado. Le saluda con una sonrisa y se pega a la pared para dejarle paso. Murmura algo en islandés y le ofrece una mueca burlona, pero Fred no puede sacar fuerzas para recordar un idioma que no habla hace décadas y el ruido que articula al cruzarse con el tipo del mono naranja es poco más que una tos flemosa.

No puede respirar. Le duele un brazo y los hombros.

Entre toses y jadeos avanza a trompicones por la cubierta, como un pez al salir de una red de arrastre, y, cerrando los ojos con fuerza, trata de llenar sus pulmones de un aire helado y turbulento.

La cubierta está desierta. A su espalda se alza la montaña artificial de contenedores que el supercarguero desembarcará dentro de tres días. Al mirar hacia proa ve el fulgor de los pequeños cuadrados amarillos procedentes del puente. Unas lámparas halógenas dibujan círculos de pálida luz sobre la superficie verde y gomosa de la cubierta.

Concentra la mirada en las aguas. Se pregunta qué aspecto tendrán ahora sus compañeros. Si sus esqueletos estarán intactos o la agitación del mar los habrá despedazado y entremezclado. Si las piernas de Georgie Blanchard se habrán trabado con las de Archie Cartwright. La pareja nunca se llevó bien.

Se pregunta cómo estaría su propio cadáver.

Baja la cabeza mientras medita cómo ha desperdiciado cuarenta años regalados.

Se mete la mano en el bolsillo y saca sus cigarrillos. Han pasado muchos años desde la última vez que tuvo que encender una cerilla con un viento de fuerza 5, pero recuerda el arte de proteger la llama con la palma de la mano y aspirar con rapidez el humo del cigarrillo. Apoya la espalda en la regala y mira alrededor intentado serenar sus pensamientos. Contempla la silueta ajironada de la luna, segada bajo una tira de nubes. Observa los rizos blancos sobre el agua negra mientras el carguero surca el mar profundo.

«¿Por qué tú, Fred? ¿Por qué regresaste tú cuando los demás no lo hicieron? ¿Por qué...?»

Fred nunca acaba su pensamiento. Nunca termina el cigarrillo. Nunca consigue

arrojar la corona, dejar caer la placa y decir adiós a sus dieciocho compañeros de tripulación que no consiguieron regresar vivos.

Por un momento parece como si el barco hubiera encallado. Es empujado con fuerza hacia delante. Se estrella contra la borda, dándose un golpe que le vacía de aire los pulmones, y una costilla astillada atraviesa la piel de su pecho. La sangre brota de sus labios y se le doblan las piernas. Se desploma hasta caer de rodillas y luego se derrumba sobre el abdomen mientras sus manos se deslizan por la cubierta mojada. La costilla dañada se rompe al impactar contra el suelo y una sangrienta agonía se abre paso en su interior, sacándole de su aturdimiento el tiempo suficiente para abrir los ojos.

Intenta levantarse. Pedir ayuda.

Y entonces unos fuertes brazos le arrancan del suelo como si fuera un trozo de bacalao que se desmenuza sobre una pala de pescado. Por un instante, apenas un segundo, mira a su atacante a los ojos.

Luego, percibe la sensación de fuga. De un apresurado y torpe descenso. De una ráfaga de aire helado. Del viento en los oídos y el agua en la espalda.

Un golpe seco.

El impacto le machaca los huesos y le aplasta los pulmones contra la cubierta de un pequeño bote de madera que se balancea sobre un agua color cerveza.

Sus ojos, abiertos con dolor a intervalos, permiten a sus embotados sentidos un atisbo de la desaparición del barco. Siente el vaivén, el balanceo de un insignificante bote salvavidas en un océano gigantesco.

Está demasiado cansado para convertir sus recuerdos en imágenes, pero mientras el frío le envuelve y la luna parece desvanecerse tiene un vago recuerdo de algo familiar.

De haber pasado por esto antes.

Primera parte

Capítulo 1

14:14 horas, plaza de la Santísima Trinidad. Quince días antes de Navidad.

El aire huele a nieve. Sabe a nieve. Ese fuerte regusto metálico, una sensación al fondo de la garganta. Frío y mentol. Cobre, quizás.

McAvoy respira hondo. Se llena de ese aire de Yorkshire, helado y complejo, sazonado con la sal y el rocío marino de la costa, el humo de las refinerías de petróleo, el cacao tostado de la fábrica de chocolate, el olor acre del forraje descargado en los muelles esta mañana, los cigarrillos y las fritangas de una población en declive y una ciudad de capa caída.

Esta.

Hull.

Su hogar.

McAvoy mira al cielo, vetado de nubes deshilachadas.

Frío como una tumba.

Busca el sol. Mueve la cabeza de acá para allá tratando de encontrar el foco de luz brillante y acuosa que inunda esta plaza del mercado y ensombrece las lunas de los cafés y los pubs que rodean la animada *piazza*. Sonríe al encontrarlo, a salvo detrás de la iglesia, colgado del cielo como una placa de latón: oculto tras la imponente aguja y su sudario de lona y andamios.

–Más, papá. Más.

McAvoy baja la mirada. Hace una mueca a su hijo.

–Perdona. Estaba pensando en otra cosa.

Levanta el tenedor y deposita otra porción de tarta de chocolate en la boca sonriente del niño, completamente abierta. Observa cómo mastica y traga antes de volver a abrirla como un polluelo a la espera de una lombriz.

–Eso es lo que eres –dice McAvoy con una sonrisa al pensar que a Finlay la descripción le parecerá divertida–. Un pajarito pidiendo lombrices.

–Pío, pío –bromea Finlay agitando los brazos como si fueran alas–. Más lombrices.

McAvoy ríe y mientras rebaña la tarta que queda en el plato se inclina hacia delante y besa la cabeza del niño. No consigue disfrutar del delicioso olor a champú en el cabello de su hijo porque Fin va abrigado con un gorro de lana con borla y un forro polar. Está tentado de quitarle el gorro y aspirar profundamente el olor a hierba recién cortada y a panal de abejas que asocia con el greñudo pelo rojo de su hijo, pero en la terraza de ese café de moda, con sus mesas plateadas y sus

sillas metálicas, hace un frío gélido y se contenta con acariciar la barbilla del chaval y gozar de su sonrisa.

–¿Cuándo vuelve mamá? –pregunta el chico, limpiándose la cara con un pico de la servilleta de papel y relamiéndose de un modo simpático con la lengua manchada de chocolate.

–No tardará –responde McAvoy mirando su reloj de manera instintiva–. Está buscando premios para papá.

–¿Premios? ¿Por qué?

–Por ser bueno.

–¿Cómo yo?

–Sí, como tú.

McAvoy se inclina hacia delante.

–Yo he sido muy bueno. Papá Noel me va a traer montones de regalos. Montones y montones.

McAvoy sonrío. Su hijo tiene razón. Cuando llegue Navidad, dentro de dos semanas, Fin encontrará el equivalente al sueldo de un mes empaquetado y envuelto bajo el espumillón rojo y las ramas plateadas del árbol artificial. La mitad del cuarto de estar de su adosado vulgar y corriente, una construcción nueva al norte de la ciudad, se llenará de balones de fútbol, ropa y figuras de superhéroes. Las compras empezaron en junio, justo antes de que Roisin supiera que estaba otra vez embarazada. No se pueden permitir lo que llevan gastado. Ni siquiera la mitad, considerando los gastos que el año nuevo traerá. Pero sabe lo que la Navidad significa para ella y ha tirado de la tarjeta de crédito a discreción. El día de Navidad, Roisin se encontrará un collar de granates y platino en su calcetín. Una chaqueta de cuero roja para cuando recupere la figura después del parto. Los DVD de *Sex and the City*. Entradas para el concierto de UB40 en el bosque de Delamere en marzo. Roisin saltará de alegría y hará esos ruidos que a él le encantan. Correrá al espejo y se probará la chaqueta sobre su holgada camiseta y su vientre abultado de embarazada. Llenará de sonrisas su precioso y delicado rostro, y acto seguido le cubrirá de besos mientras olvida que ese es un día para los niños y que su hijo aún tiene que abrir sus regalos.

McAvoy siente una súbita vibración junto al pecho y saca los dos teléfonos móviles extraplanos alojados en el bolsillo interior de su chaqueta. Con cierta desilusión advierte que el sonido procede de su teléfono particular. Un mensaje de Roisin. *Te va a encantar lo que te he encontrado... Xxxx*. Sonríe. Le contesta con otra ristra de besos. Se imagina la voz de su padre llamándole memo. Se encoge de hombros.

–¡Qué tonta es mamá! –le dice a Fin, y el niño asiente con seriedad.

–Sí, un poco.

Solo pensar en su mujer basta para hacerle sonreír. Ha oído decir que amar de

verdad es cuidar a alguien más de lo que uno se cuida a sí mismo. McAvoy descarta esa idea. Él cuida a todo el mundo más que a sí mismo. Moriría por un extraño. Su amor por Roisin es tan perfecto y espiritual como ella misma. Delicado, apasionado, leal, audaz... Ella sabe cómo proteger el corazón de su marido.

McAvoy deja vagar la mirada durante un rato. Contempla la iglesia. Ha estado dentro varias veces. Durante los cinco años transcurridos desde que vino a vivir a Hull ha estado en el interior de la mayoría de los edificios importantes de la ciudad. Roisin y él asistieron una vez a un concierto en la iglesia, una sesión de una hora a cargo de la Orquesta Filarmónica de Colonia. A él no le había aportado gran cosa, pero su mujer había llorado de emoción. Él se había sentado y leído el programa, aplaudiendo cuando correspondía y llenando su cerebro de conocimiento como quien echa bebida en una garganta reseca. De vez en cuando había levantado la cabeza para observar a Roisin, abrigada con una bufanda y una chaqueta vaquera, mientras escuchaba absorta, con los ojos muy abiertos, el sonido de los instrumentos de cuerda que resonaba, majestuoso y sobrecogedor, en los altos techos abovedados y las columnas de la iglesia.

Cuando el ruido de los transeúntes haciendo sus compras y el tráfico cercano cae en un repentino y peculiar silencio, McAvoy oye los débiles compases de un coro de niños flotando por la plaza. El canto discurre entre los peatones como un hilo entre la urdimbre de un telar, haciendo que las cabezas se giren, el paso se reduzca y la conversación se detenga. Es un momento navideño entrañable. McAvoy ve sonrisas. Ve bocas que se abren para articular sonidos de alegría y entusiasmo.

Por un instante siente la tentación de entrar en la iglesia con su hijo. De situarse en la parte de atrás y escuchar el servicio. De cantar «Una vez en la ciudad real de David», con la mano del niño agarrada a la suya, mientras contempla el parpadeo de la luz de las velas sobre los muros de la iglesia. Fin se había quedado fascinado al alzar la mirada y ver, mientras encargaban las consumiciones en la caja del café, el final de la procesión del coro de niños y clérigos que atravesaba las grandes puertas de madera tachonadas de clavos a la entrada de la iglesia. McAvoy, avergonzado de su ignorancia, no había sabido explicarle el significado de las diferentes vestimentas, pero a Fin le habían resultado deslumbrantes. «¿Por qué hay chicos y chicas?», había preguntado señalando a los componentes del coro con sus sotanas de color rojo pimentón y sus roquetes blancos. A McAvoy le hubiera gustado poder contestarle. Pero había recibido una educación católica y jamás se había preocupado de aprender los distintos significados del vestuario utilizado en la Iglesia anglicana.

McAvoy toma buena nota para remediar su ignorancia y gira la cabeza hacia donde supone que aparecerá Roisin. No la ve entre el revuelo de compradores, atentos a no resbalar sobre los adoquines lisos que alfombran esa zona histórica de la ciudad. Si esta fuera una de las ciudades próximas, York o Lincoln, las calles

estarían abarrotadas de turistas. Pero esto es Hull. La última parada antes del mar, en el camino hacia ningún sitio, y se está cayendo a trozos.

De nuevo la vibración junto al corazón. La búsqueda de los móviles con las manos. Esta vez es el teléfono del trabajo. El teléfono de guardia. Siente una opresión en el estómago mientras responde.

–Sargento McAvoy. Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado.

Pronunciar esas palabras aún le provoca un escalofrío.

–No pasa nada, sargento. Es solo para decirle que estoy aquí.

Es Helen Tremberg, una agente alta y seria que vino trasladada desde Grimsby tras colgar el uniforme unos meses antes.

–Excelente. ¿Qué tenemos?

–Es un día tranquilo, dada la época del año. El City juega fuera este fin de semana, así que todo lo demás es lo de siempre. Un conato de pelea en Beverley Road que no irá más allá. Una fiesta familiar que se ha descontrolado. Ah, el ayudante del jefe superior quiere que le llame cuando tenga un momento.

–¿Ah, sí? –pregunta McAvoy tratando de no alterar su tono de voz–. ¿Alguna pista?

–Oh, dudo que sea algo por lo que preocuparse. Dijo que necesitaba un favor. No hubo gritos ni nada parecido. No soltó ningún taco.

Ambos se ríen del comentario. El ayudante no es un hombre que intimide. Flaco, avisado y de voz suave, parece más un contable que un atrapaladrones. Su contribución más destacada a la fuerza local ha sido la introducción de un sistema de intranet para compartir datos y unas notas de advertencia contra el uso de lenguaje grosero durante la visita de la princesa Ana a la comisaría de Priory Road.

–De acuerdo. ¿Entonces no hay nada urgente?

–Lo siento, sargento. No debería haberle llamado, pero como dijo que se le tuviera informado...

–No, no. Si ha hecho usted bien.

McAvoy cuelga con un suspiro. Su jefe inmediato, la superintendente en funciones Trish Pharaoh, está en un curso este fin de semana. Los dos inspectores de la comisaría están libres de servicio. Si ocurriera algo importante, él sería el oficial de rango superior disponible, el encargado de tomar las riendas. Mientras nota en el estómago un conocido hormigueo, provocado por el deseo inconfesable de que una serie de circunstancias causen desgracia y dolor a alguna pobre alma, es consciente de que tales circunstancias son inevitables. Siempre habrá delitos. Del mismo modo que siempre habrá nieve. Solo es cuestión de dónde caiga y del espesor que tenga.

Una camarera con los brazos al aire y la piel de gallina se acerca. Frunce el ceño y mira a McAvoy y a su hijo con amabilidad.

–Deben de estar locos –dice temblando de frío.

–Yo no estoy loco –replica Fin indignado–. Tú sí que estás loca.

McAvoy sonrío a su hijo, pero pronuncia su nombre con tono firme para reprenderle por mostrarse maleducado con los mayores.

–Hace un día espléndido –dice dirigiéndose a la camarera, que lleva una falda y una camiseta negras y parece andar por los treinta y pocos.

–Dicen que va a nevar –contesta ella mientras retira los restos de la tarta, el vaso de limonada y la taza de chocolate caliente que McAvoy ha devorado en tres tragos abrasadores pero deliciosos.

–Hoy solo caerán algunos copos, pero nada más. Quizás mañana o pasado. Entonces sí que nevará bien. Por lo menos varios centímetros.

La camarera lo analiza con la vista. Un tipo grande, de pecho fuerte y ancho, con el abrigo cruzado a la moda. Bien parecido, pese a su pelo rebelde y su oronda cara de granjero. Debe de medir más de uno noventa, pero en sus movimientos, en sus gestos, hay una delicadeza que sugiere que le asusta su propio tamaño; como si constantemente temiera romper todo lo que es más frágil que él. Por su acento solo es capaz de precisar que es pijo y escocés.

–¿Es usted el hombre del tiempo? –pregunta sonriendo.

–Crecí en el campo –contesta McAvoy–. Uno acaba desarrollando cierto olfato para estas cosas.

Ella sonrío a Fin y señala a su padre con la cabeza.

–¿Tiene tu padre olfato para el tiempo?

Fin la mira con frialdad.

–Estamos esperando a mamá –dice.

–¿Ah, sí? ¿Y dónde está mamá?

–Buscando premios para papá.

–Ha sido usted buen chico, ¿verdad? –pregunta a McAvoy, y en su voz hay un descaro calculado. Lanza otra mirada sobre ese cuerpo bien musculado, el cuello grueso como el de un toro, el rostro redondo de mandíbulas cuadradas, que, bajo esa luz, parece marcado con unas cicatrices casi imperceptibles.

McAvoy sonrío.

–Se intenta –dice con suavidad.

La camarera le ofrece una pequeña sonrisa de despedida y se apresura a regresar al interior del café.

McAvoy resopla despacio. Sienta a Fin de nuevo en su silla y saca una libreta y una caja de lápices de colores del fondo de la bandolera de piel que tiene a sus pies. Un bolso de hombre, lo había llamado Roisin al regalárselo unos meses antes junto con el abrigo cruzado y tres trajes caros. «Confía en mí», había dicho mientras le tiraba de los pantalones de su traje negro, gastados y brillantes, y le ayudaba a quitarse el chaquetón impermeable. «Venga. Pruébatelo. Déjame que te vista durante un tiempo.»

Él había cedido. Dejó que le vistiera. Empezó a usar el bolso de hombre. Se acostumbró al abrigo, que realmente le abrigaba, repelía la lluvia y le ahorraba comentarios irónicos sobre su pelo rojo y alborotado.

Cuando él insistió en que la ropa no hace al hombre, Roisin replicó: «Cuando la gente te ve tiene que percibir que eres alguien en quien confiar. Alguien con seguridad. Alguien con estilo. No digo que parezcas Colombo. Es solo que te vistes mal».

Y de ese modo el sargento Aector McAvoy se había convertido en una víctima de la moda. Ese lunes por la mañana fue recibido en la comisaría con pitidos, silbidos de admiración y un coro que tarareaba el tema de la serie *Rawhide*. Por una vez había sido una broma amistosa. «Es usted un fulano que ya de por sí da bastante miedo», había dicho el agente Ben Nielsen, apoyado de manera distendida contra la pared de la sala de interrogatorios mientras esperaban a que les llevaran a un sospechoso de robo encerrado en los calabozos. «Y ahora aparece en la puerta con un bolso. De ese modo los pobres diablos no saben si se les va a pegar un tiro o a dar por culo. Les confunde. Siga así.»

A McAvoy le gusta Nielsen. Es una de la media docena de caras nuevas reclutadas hacía seis meses por los jefes para tratar de eliminar el mal olor de los viejos tiempos. La época en la que McAvoy se había hecho un nombre y lo había echado a perder. Que le había marcado como el poli responsable de que un superintendente perdiera su trabajo y se iniciara una investigación interna que acabó con la dispersión a los cuatro vientos de un grupo de oficiales nada honrados del CID, el Departamento de Investigación Criminal. El que consiguió zafarse del asunto sin una mancha en su expediente. El que acabó con Doug Roper y el que estuvo a punto de morir en el bosque bajo el puente del estuario Humber a manos de un hombre cuyos crímenes nadie conocería salvo un puñado de oficiales veteranos que le cosieron la cara con más pericia que los médicos del hospital Hull Royal. El poli que se negó a aceptar la oferta de un traslado fácil a una apacible comisaría de barrio. El que ahora pertenece a un grupo que no confía en él, trabaja para un jefe que no le valora, y trata de fundirse con el ambiente mientras lleva un bolso Samsonite con correas ajustables y unos malditos compartimentos impermeables...

Pharaoh ha tenido que esforzarse al máximo desde el principio. A raíz de la marcha de Doug Roper, el jefe superior de Policía decidió que el equipo dirigido hasta entonces por este sujeto debía convertirse en una unidad de élite especializada en delitos graves. Una unidad dentro del organismo más amplio del CID, dirigida por una mano experta y fiable, formada por los mejores oficiales de la circunscripción de Humber. Nadie había contado con que la elegida para el puesto fuera Trish Pharaoh, la enérgica y descarada representación femenina del otro lado del Humber. El inspector jefe Colin Ray había sido la opción más

previsible para el ascenso, con su protegida Sharon Archer como número dos. Frente a todo pronóstico, Trish Pharaoh había sido designada por el jefe superior, que necesitaba algo que atrajera la atención en una nota de prensa. La hizo trasladar desde Grimsby y le pidió que causara buena impresión. Ray y Archer fueron incluidos en el grupo como adjuntos de Pharaoh y a ninguno de los dos le hizo mucha gracia el nombramiento. Corría el rumor de que el jefe les dijo el primer día que su nueva jefa era una mera figura decorativa, un pararrayos para atraer la descarga cuando todo fuera mal. Les dijo que, en realidad, ellos eran los líderes de la unidad. Sin embargo, las ideas de Pharaoh eran muy distintas. Vio la oportunidad de construir algo especial y se dispuso a escoger a los miembros de su equipo. Pero por cada oficial que ella reclutaba, Ray introducía uno de los suyos en el grupo. La unidad pronto se vio envuelta en intrigas y dobles juegos, dividida entre los antiguos partidarios de Ray y los especialistas de criterio más avanzado designados por Pharaoh.

McAvoy no pertenece a ninguno de los dos bandos. Su tarjeta de presentación le acredita como miembro de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado, pero no es el ojo derecho de nadie. Solicitó el traslado él mismo. Agotó sus palabras de agradecimiento con el jefe superior. Su ingreso en la unidad fue la discreta recompensa por haber estado a punto de morir mientras cumplía una tarea que nadie le había asignado.

En realidad, es como una mezcla de embajador y mascota: un emblema culto, bienhablado y con un físico impresionante, representativo del mundo feliz de la policía de Humberside, idóneo para pronunciar conferencias en el Instituto de la Mujer y las escuelas locales, y un activo valioso en el momento de redactar los informes de fin de año sobre las necesidades de nuevos programas informáticos para las fuerzas policiales.

—¿Qué pasa, papá?

Cuando McAvoy dirige la vista hacia la plaza, el olor a nieve se hace de repente más intenso. Ha oído decir que hace demasiado frío para que nieve, pero una infancia transcurrida en el entorno severo e implacable del oeste de las Tierras Altas escocesas le ha enseñado que nunca hace demasiado frío para que caigan copos. Este repentino descenso de la temperatura endurecerá el terreno. Atrapará la nevada sin dejar que cuaje. Hará que el viento rebote. Ocasionará una ventisca que cegará sus ojos jóvenes y convertirá sus dedos en piedras de color azulado...

Al fondo de la garganta siente el regusto metálico otra vez y por un instante se asombra del inquietante parecido entre el olor del aire cuando cambia el tiempo y el sabor acre e intenso de la sangre.

Y entonces oye gritos. Fuertes. Penetrantes. De muchas voces. No se trata de una chillona borracha a la que el novio cosquillea o un amigote importuna. Esto es terror desatado.

La cabeza de McAvoy se vuelve rápidamente hacia donde procede el sonido. El movimiento de la plaza se interrumpe de pronto, como si los hombres, las mujeres, las familias que transitan por ella fueran meras bailarinas de una caja de música que giran hasta detenerse de manera brusca y desgarrada.

Se pone en pie, liberando su corpachón de los reducidos límites de la mesa, y mira hacia la entrada de la iglesia. Da dos pasos y sus gruesas pantorrillas chocan con las patas de la mesa. Les da un puntapié. Tira la mesa al suelo y echa a correr.

McAvoy cruza la plaza abriéndose paso a toda velocidad. «Atrás», grita moviendo los brazos mientras los compradores curiosos empiezan a acercarse lentamente a la Santísima Trinidad. Su respiración se acelera mientras comienza a bombear adrenalina en sus venas. Siente que la sangre le inunda las mejillas. Hasta que no atraviesa la verja metálica y se aproxima a la penumbra de las puertas de la iglesia no se acuerda de su hijo. Todo brazos y piernas, se para en seco como un caballo cojo con las extremidades trabadas y a punto de desplomarse. Vuelve la vista hacia el otro extremo de la plaza. Ve al niño de cuatro años sentado delante de la mesa volcada, con la boca abierta, llamando a su padre a gritos.

Por un momento se siente destrozado. Paralizado por la duda.

Una figura aparece de improviso en las puertas. Viste de negro de la cabeza a los pies.

Oye unos gritos estridentes mientras esa sombra se abalanza desde el pórtico abierto de la Casa de Dios: un brillo plateado en la mano izquierda, manchas en el mango, humedad en el pecho...

McAvoy no tiene tiempo de levantar las manos. Ve la hoja alzarse. Caer. Y entonces, boca arriba en el suelo, mira al cielo cada vez más oscuro y oye pasos que se alejan a toda prisa. Sirenas distantes. Una voz. Manos que le tocan.

«Te pondrás bien. Aguanta, amigo. Aguanta.»

Y más áspera, más fuerte, como el trazo firme de un lápiz negro entre sombras y contornos borrosos, otra voz, llena de angustia...

—La ha matado. Está muerta. ¡Está muerta!

Con los ojos abiertos clavados en el cielo, es el primero que ve la nieve empezar a caer.

Capítulo 2

Yace tendida donde cayó, el cuerpo desmoronado y doblado en los escalones del altar: una pierna encogida, la rodilla dislocada y una zapatilla de deporte colgando apenas de unos dedos cubiertos por un calcetín.

Es una chica negra, con la cara y las manos de un bonito color caoba: las palmas de las manos, suaves y vueltas hacia arriba, tienen el color de la leche batida. Es joven. Aún en los años de la adolescencia. Demasiado joven para comprar cigarrillos. Demasiado joven para tener relaciones sexuales. Demasiado joven para morir.

Nadie ha intentado reanimar su corazón. Tiene demasiados agujeros en el cuerpo. Presionar su pecho sería como estrujar una esponja mojada.

Tiene la sotana, de un blanco puro, levantada por la parte de atrás y arrugada bajo su cadáver. La tela blanca y gruesa se ciñe a la curva de un pecho pequeño y firme.

La sangre de la muchacha empapa de rojo carmesí un costado de la túnica. El otro permanece inmaculado. De no ser por la expresión desencajada de su rostro, parecería que esa espantosa atrocidad hubiera afectado solo un flanco de su pequeña figura.

Es evidente que murió sufriendo. La sangre que le impregna las mejillas, el cuello, la barbilla y los labios parece haber sido arrojada a puñados contra ella. Se posó sobre su cuerpo como una lluvia roja y turbia mientras yacía allí, muerta, con la mirada fija en el alto techo de nervaduras curvas y estrellas pintadas a mano.

–Pobre chica.

McAvoy se encuentra junto al altar, agarrado al respaldo de madera del banco delantero con una gran mano rosácea. Siente náuseas y está aturdido, y su vista es borrosa debido a la hinchazón del ojo que altera los bordes de su campo de visión. El paramédico había querido llevarle directamente a urgencias para que le hicieran una radiografía, pero McAvoy, acostumbrado a las heridas, sabe que esa lesión solo significa dolor. Y el dolor puede soportarlo.

–Tuvo suerte, ¿eh, sargento?

McAvoy se gira con rapidez y la voz resuena en la cavidad sonora de la iglesia vacía. Siente un dolor punzante en el cráneo y se hunde en el banco mientras la agente Helen Tremberg se acerca por la nave central. Una sensación de malestar le golpea el estómago.

–Perdón, ¿agente Tremberg...?

–Dicen que casi le acuchilla a usted también. Parece que ha tenido suerte.

Tiene las mejillas sonrosadas. Está nerviosa. Ha pasado la última hora organizando el trabajo de los oficiales uniformados desde su cuartel general improvisado en el despacho del sacristán y uno de los agentes más jóvenes la ha llamado «señora» creyendo que era una oficial veterana. Ha disfrutado con ello. Ha disfrutado diciéndole a la gente lo que tenía que hacer y viendo cómo lo hacía. Los doce agentes ya han tomado la primera tanda de declaraciones a la congregación y han anotado los nombres y direcciones de quienes aún están demasiado impresionados para poder explicar lo que vieron.

–Me golpeó con el mango, no con la hoja.

–Debió de gustarle su aspecto, ¿no? Debe de haber sido más difícil para él ponerle fuera de combate que matarle. Con la excitación del momento y un machete en la mano, la posibilidad de darle un buen golpe en vez de una cuchillada es una entre un millón.

McAvoy baja la mirada esperando que el dolor sordo cese.

Sabe cómo se contará la historia. Tiene fama de estar todo el día amarrado al escritorio, de ser un experto de las hojas de cálculo y las bases de datos, la informática y la tecnología. ¿Noqueado en la escena del crimen por el principal sospechoso? Puede imaginarse las bromas.

–¿Llegó su hijo bien a casa?

McAvoy asiente. Traga. Nota la aspereza en su voz.

–Roisin vino y lo recogió. La camarera del café estuvo cuidándole. Creo que los dos están enfadados conmigo.

–¿La camarera?

McAvoy sonríe.

–Sí, probablemente ella también.

El silencio los envuelve por un instante. Tremberg observa el cadáver de la chica por primera vez. Menea la cabeza y aparta la mirada. Se centra en su libreta de notas. Trata de hacer bien su trabajo. Nunca ha tenido problemas con la organización de la escena de un crimen o con la redacción de un informe, pero en McAvoy hay algo que siempre le ha parecido desconcertante. No es solo su tamaño. Es la tristeza que percibe en él. Una tensión perturbadora y silenciosa que hace que su compañía resulte difícil. Ella se lleva bien con los compañeros de la comisaría. Se encuentra a gusto gastando bromas con los muchachos y es capaz de beber más que sus colegas varones sin emborracharse, pero en su sargento hay algo que le impide saber cómo comportarse para causarle buena impresión. Parece tomarse todo de un modo muy personal. Y está obsesionado con que las cosas se hagan según las normas. Con rellenar los formularios y citar las secciones y subsecciones apropiadas y con utilizar siempre los términos políticamente correctos para referirse a cualquier canalla con el que se topa.

Sabe que tiene sus secretos. Hace un año ocurrió algo en Country Park y eso le

costó el puesto a un poli célebre y arrinconó a McAvoy durante meses. Resultó herido, eso lo sabe. En su rostro se aprecian unas débiles cicatrices. Se dice que hay más bajo los trajes caros que lleva de modo tan poco elegante. Tremberg se había incorporado al equipo de Trish Pharaoh solo unas semanas antes de que McAvoy regresara de un permiso por enfermedad y le había hecho mucha ilusión tener la oportunidad de conocerlo. Pero el primer encuentro fue una decepción. Había descubierto a un hombre pequeño atrapado en un cuerpo de gigante. Tenía la personalidad de un contable con gafas sin muchas pretensiones que se agitaba de manera nerviosa en el interior de un corpachón enorme. Y luego estaban sus ojos. Esos grandes ojos dóciles y tristes que parecían estar siempre interrogando, valorando, censurando, juzgando. A veces le recordaba a un viejo rey escocés con la espada en las rodillas y una manta sobre los hombros, tosiendo, resollando, pero todavía capaz de manejar el montante con la fuerza suficiente para decapitar un toro.

Ahora le mira. Pide a Dios que empiecen con esto antes de que el inspector jefe Colin Ray y sus focas entrenadas entren en acción echando humo y estropeen la fiesta.

McAvoy se pone en pie. Afianza su postura apoyando una mano en el banco y, junto a ella, ve una Biblia encuadernada en piel.

–Tan poca compasión –dice entre dientes.

–¿Sargento?

–Le hace a uno pensar –murmura mientras un rubor traicionero le sube desde la camisa hasta el ancho rostro–. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? –dice agitando una mano enorme como una pala–. ¿Por qué todo esto?

–Este mundo es horrible –responde Tremberg encogiéndose de hombros.

McAvoy mira hacia abajo y acaricia la cubierta de la Biblia.

–Deme todos los detalles –dice con voz queda y cierra los ojos.

–Se llama Daphne Cotton –explica Tremberg con un tono más calmado y menos áspero, como si después de ver el cadáver su pomposidad anterior se hubiera diluido por la tristeza brutal de la escena–. Quince años. Pertenece a esta iglesia desde hace cuatro. Adoptada.

–Espere –dice McAvoy, aturdido por las ideas y las dudas. Tiene una mente lógica, pero para él las cosas adquieren más sentido cuando están escritas y ordenadas de manera clara. Le gusta seguir un método, anotar los detalles de un modo adecuado. Con la cabeza dolorida y el ingenio embotado se pregunta cuánta información podrá retener–. Daphne Cotton –repite–. Quince años. Adoptada. ¿Es de aquí?

Tremberg parece confundida.

–¿Cómo dice, sargento?

–Es una chica negra, agente Tremberg. ¿Fue adoptada en el extranjero?

–Ah, vale. No sé.

–Bueno.

Los dos permanecen en silencio, decepcionados por el otro y por ellos mismos. McAvoy se descubre preguntándose por su empleo de la palabra «negra». ¿Sería más apropiado utilizar el término técnico? ¿Es un error fijarse en su color? ¿Está siendo un buen detective o un intolerante? Conoce pocos oficiales que se preocupen por esas sutilezas, pero su obsesión por estas cosas le provocaría una úlcera si no fuera por la habilidad de Roisin para calmarle.

–Entonces –dice dirigiendo la mirada al cuerpo de la joven y luego al techo-, ¿qué le dijeron los testigos?

Tremberg mira su libreta de notas.

–Es una monaguilla que sirve en el altar, sargento. Una acólita. Llevan las velas en la procesión. Se sientan delante del altar durante el servicio. Recogen lo que el sacerdote les da y lo guardan. Mucha pompa y ceremonia. Al parecer es un gran honor. Ha estado haciéndolo desde los doce años.

En las palabras de Tremberg hay suficiente escepticismo y arqueo de cejas para sugerir una falta de creencias religiosas rayana en el agnosticismo.

–Usted no asiste al servicio dominical con regularidad, ¿verdad? –pregunta McAvoy con una débil sonrisa.

Tremberg suelta una risa burlona.

–En mi familia los domingos eran para el Grand Prix. Eso sí, seguíamos la Fórmula 1 de manera religiosa.

Al fondo de la nave central una repentina ráfaga de viento abre una puerta de golpe y por un instante McAvoy ve lápidas y verjas, luces navideñas y uniformes, mientras una luz azulada lanza destellos rítmicos que iluminan la oscuridad con barridos circulares. Puede imaginarse la escena en el exterior. Agentes de policía con chalecos amarillos que acordonan las verjas de hierro forjado con cinta policial azul y blanca. Bebedores de los pubs cercanos que escudriñan por encima de sus pintas medio vacías mientras en la plazoleta de la iglesia los coches hacen chirriar los frenos y se detienen a punto de chocar; conductores nerviosos que abandonan a toda prisa sus vehículos para recoger a los familiares que han participado en la congregación y salen a la plaza fría y a la ventisca de nieve para alejarse del horror vivido.

–¿Entonces quien hizo esto sabía que ella estaría aquí?

–Si es ella a quien buscaba, sargento. No sabemos si fue una casualidad.

–Es verdad. ¿Tenemos algo que pueda aclarar eso?

–Aún no. Tengo aquí una declaración de un tal Euan Leech que afirma que el tipo hizo a un lado a otros dos monaguillos para llegar hasta ella, pero con toda la confusión...

–¿Y las otras declaraciones?

–No aportan mucho. Solo vieron una figura aparecer de pronto junto al altar; lo siguiente ya es cuchilladas y gritos por todas partes. Es probable que vean las cosas más claras cuando tengan tiempo de ordenar sus mentes.

–¿De las patrullas sabemos algo? ¿Hay algún rastro de él?

–Nada en absoluto. Hace demasiado viento para salir con el helicóptero; y de todos modos es demasiado tarde. Pero con la cantidad de sangre que lleva encima alguien se habrá fijado en él...

–De acuerdo –dice McAvoy. Aparta la vista del cuerpo de la joven y mira a Tremberg a la cara. Comparada con Roisin, es una mujer de aspecto bastante normal, pero tiene un rostro que un artista disfrutaría. Delgada, con facciones diminutas en el centro de una cabeza amplia y redonda, como una comida de gourmet en medio de un gran plato llano. Es alta y atlética, ronda los treinta años y viste de un modo sencillo y corriente que la descarta como objeto sexual para los oficiales varones y como amenaza para las mujeres más maquiavélicas. Es graciosa, enérgica y de trato fácil, y aunque en sus labios hay un ligero temblor que delata la adrenalina que corre por su cuerpo ante la idea de participar en la caza de este asesino, enmascara esa aspiración con un aplomo que McAvoy encuentra admirable.

–¿Y la familia? –pregunta–. ¿Estaba aquí?

–No. Normalmente sí está. El sacristán dijo que eran amigos de la iglesia, signifique eso lo que signifique. Pero no. Estaba sola. La trajeron en coche y ella iba a regresar por su cuenta. Eso es lo que dice uno de los acólitos. Un chico mayor. Quiere ser sacerdote. O vicario. No sé cuál es la diferencia.

–Pero a los padres se les ha informado, ¿verdad?

–Sí, señor. Nos hemos puesto en contacto con la oficina de enlace familiar. Pensé que le gustaría que eso fuera lo primero que hiciéramos mientras usted se recuperaba.

McAvoy le regala una débil sonrisa. Se alegra de estar de pie. Si estuviera sentado sus piernas se agitarían sobre las puntas de los pies con una sensación que un hombre menos preciso llamaría ansiedad. McAvoy no lo considera así. Para él no es ni siquiera un signo de nerviosismo. Es una sensación que asocia con el comienzo de las cosas. El potencial de la página en blanco. Quiere saber sobre Daphne Cotton. Saber quién la mató y por qué. Saber por qué él, Aector McAvoy, se libró del acero. Por qué había lágrimas en los ojos del hombre. Quiere demostrar que él puede resolverlo. Que es algo más que el poli que hizo caer a Doug Roper.

Mira a su alrededor, a ese lugar majestuoso e imponente.

¿Seguirán las cosas igual?, se pregunta. ¿Podrán los fieles sentarse en sus bancos y rezar al Señor sin recordar el momento en que un asesino salió apresuradamente de entre la congregación y acuchilló a uno de los acólitos mientras sujetaba su vela y ayudaba al sacerdote? Arruga el entrecejo. Se pasa la palma de la mano por la

cara. Cuando la retina ve una gran águila dorada con las alas plegadas en reposo. Se pregunta sobre su significado. ¿Por qué se alza ahí, sobre un suelo de baldosas, al final de la nave, delante de la escalera gótica que conduce al atril? Se pregunta quién elegiría esa ave para este lugar. Siente que su mente empieza a discurrir. A analizar. Este asesinato en una iglesia, dos semanas antes de Navidad. Tuerce el gesto al recordar ese instante, hace apenas dos horas, en el que el canto del coro flotaba en la plaza y templaba los corazones de quienes lo escuchaban. Piensa en cómo debió de sentirse Daphne Cotton en esos horribles momentos en los que el abrazo protector de su fe, de su congregación, fue atravesado por la hoja de un cuchillo.

–El coche está fuera, sargento –dice Tremberg con impaciencia, señalando con la cabeza hacia la puerta–. Ben Nielsen viene hacia acá para supervisar los interrogatorios. Tenemos especialistas en el trato con niños que están de camino para entrevistar a los componentes del coro. Es probable que ellos sean quienes mejor lo vieron, pobres chavales...

Mientras McAvoy se encamina hacia la puerta, el teléfono suena en el bolsillo interior de su chaqueta. Un temblor nervioso se apodera de él. Debería haber llamado para informar. Debería haberse puesto en contacto directamente con los jefes. Haber puesto su sello personal en el caso. Pero estaba en la camilla de una ambulancia mientras una agente inexperta se encargaba de todo.

–Sargento McAvoy –contesta, y se detiene bajando la cabeza.

–McAvoy. Soy Everett, ayudante del jefe superior. ¿Qué está pasando ahí?

La voz es tensa y seria.

–Estamos en ello, señor. Ahora vamos a hablar con la familia...

–¿Vamos?

–La agente Helen Tremberg y yo, señor...

–¿No está Pharaoh?

McAvoy traga saliva. Siente como si echara agua helada en un estómago vacío. Calambres en las tripas.

–La superintendente Pharaoh está en un curso este fin de semana, señor. Soy el oficial de servicio de rango superior...

–Pharaoh ha llamado, McAvoy. Canceló el curso en cuanto se enteró. Se trata de un asesinato, sargento. En la mayor iglesia de la ciudad, la más famosa. La iglesia en la que fue bautizado William Wilberforce. ¿Una adolescente acuchillada por un lunático a la vista de toda la congregación? Es momento de ponernos todos manos a la obra, amigo.

–¿Entonces quiere usted que la sustituya después de hablar con la familia de la joven?

–No.

En la voz de Everett hay una rotundidad que pone en ridículo la suposición de que esta investigación podría ser suya.

–De acuerdo, señor –dice derrotado, como un colegial al que se le ha dicho que no forma parte del equipo. A su lado, Tremberg se gira, se mete dos trozos de chicle en la boca y mastica con enfado al darse cuenta de lo que ocurre.

–Pero le llamaba por el otro asunto, McAvoy. Por el que telefoneé antes – prosigue Everett sin apenas una pausa.

–Sí, señor, recibí su mensaje pero...

–Bien, no importa. Han surgido otras cosas. Pero ahora que ya no tiene que dirigir la investigación puede usted hacer algo por mí. Se trata de un favor.

McAvoy cierra los ojos. Apenas escucha.

–Si está en mi mano, señor...

–Excelente. He recibido una llamada de un conocido desde Southampton. Parece que un viejo amigo ha sufrido un terrible accidente mientras hacía un documental en el mar. Terrible. Algo terrible. Es originario de esa zona. Todavía tiene familia. Una hermana en Beeford. Normalmente un agente se acercaría y le daría la noticia, pero esta señora, bueno...

Everett empieza a tartamudear. Parece un hombre tímido pronunciando un discurso en una boda.

–Mire, es la esposa del vicepresidente de la Autoridad Policial. Una dama muy importante. Ella y su marido son grandes colaboradores en muchas de las iniciativas que el programa de los servicios policiales de la comunidad espera poner en marcha los próximos años. Y usted siempre tiene un trato tan exquisito con la gente...

En los oídos de McAvoy hay un sonido precipitado. Su corazón late con fuerza. Nota el olor de su propia sangre en las narices. Abre los ojos y ve a Tremberg alejarse con un aire de desprecio en su modo de andar. Buscará su sitio en el equipo de Pharaoh.

«Haz lo que mejor se te da, McAvoy. Sé una persona delicada y amable. Cumple la orden de Everett. Mantén la cabeza gacha. Continúa con tu trabajo. Gánate el sueldo. Ama a tu esposa...»

–Sí, señor.

Capítulo 3

McAvoy reduce la velocidad a 30 kilómetros por hora. Entorna los ojos para ver en la penumbra mientras las ruedas del compacto sedán lanzan pegotes de barro contra el cristal salpicado de gotas de lluvia. Su agudeza visual es sorprendente, pero la oscuridad de diciembre lo rodea como un puño húmedo. Aguza la vista y vislumbra los ojos de los tordos posados en las ramas bajas de los setos. Puede ver los tallos muertos y podridos del perejil silvestre y de la mala hierba del lino sobresalir como lanzas rotas desde el borde de la carretera, embarrado y desgastado por los neumáticos de los coches. Le parece que un conejo acaba de cruzar como un rayo por la gravilla mojada: una piel y una cola como un signo de exclamación apenas entrevistos en el cristal empañado.

Son ya las seis de la tarde. En estas condiciones tardará una hora en realizar el trayecto de regreso desde Beeford, situado a unos treinta kilómetros de su casa en North Hull por la carretera de la costa. Tendrá que pasar por delante de su propia puerta en el viaje de vuelta hasta la comisaría central. Aunque ese pensamiento le irrita, una orden reciente de la oficina del jefe superior ha prohibido el uso de los vehículos del parque móvil durante la noche sin una autorización previa por escrito. McAvoy supone que debe de haber una buena razón para esa instrucción y se asegurará de cumplirla.

De pronto, a su derecha, se abre un hueco entre los setos y McAvoy dirige el pesado vehículo a través del espacio que ha estado buscando. En primavera, y a la luz del día, se imagina la escena a su alrededor como una acuarela con campos de cultivo en tonos ocre y cimbreante cereal dorado; pero bajo esa oscuridad estigia semeja un paraje solitario, y respira aliviado al divisar la impresionante mole de la casa de labranza gris pizarra mientras el coche rechina sobre la tranquilizadora y sólida gravilla del camino de acceso privado.

Una luz de seguridad se enciende mientras McAvoy asciende por la rampa hasta estacionar en el aparcamiento de forma oval al lado de un 4x4 lleno de barro. Una mujer de edad avanzada aparece junto a una puerta trasera abierta. Pese a su expresión inquisitiva, hay en ella un atractivo que el paso de los años ha respetado. Tiene la espalda erguida y es delgada. Unos sutiles adornos –gafas de lectura de marca, pendientes de cristal de Swarovski, el leve rastro de un carmín sonrosado– embellecen sus rasgos suaves y serenos. Su pelo cortado a lo *garçon* parece delineado a lápiz. Lleva un chaleco acolchado sobre un suéter color naranja oscuro y unos pantalones holgados azul marino, bien planchados, remetidos por dentro de

unos gruesos calcetines de lana. En la mano sostiene una copa de vino que apenas contiene una pizca de líquido rojo.

McAvoy abre la puerta del vehículo y recibe una ráfaga de viento que amenaza con enrollarle la corbata alrededor del cuello.

–Está usted en una propiedad privada –dice la mujer mientras se inclina para recoger un par de botas de goma situadas junto a la puerta–. ¿Se ha perdido? ¿Busca la carretera de Driffield?

McAvoy siente que el rubor le sube a las mejillas. Cierra de golpe la puerta del coche antes de que sus notas, sueltas sobre el asiento del pasajero, salgan volando. Rápidamente el nombre de la mujer le viene a la memoria.

–¿Es usted la señora Stein-Collinson? ¿Barbara Stein-Collinson?

La mujer avanza hacia él por el camino de entrada, pero al oír su nombre se detiene. Un gesto de preocupación asoma en su rostro.

–Sí. ¿Qué ocurre?

–Señora Stein-Collinson, soy el sargento Aector McAvoy. ¿Podríamos entrar un momento en su casa? Me temo que tengo...

Niega con la cabeza, pero su negativa no está destinada al policía. Es como si dirigiera el gesto a una visión. A un recuerdo. Relaja el rostro y cierra los ojos.

–Fred –dice, y sus siguientes palabras no suenan a pregunta–. El pobre desgraciado está muerto.

McAvoy trata de captar su interés, de atraer su mirada del modo sincero y reconfortante que él conoce tan bien, pero ella no le presta ninguna atención. Se aparta, extrañamente avergonzado por la torpeza con la que ha manejado el asunto, esa única misión para la que sus superiores le consideran apropiado. Contempla cómo la nieve cae sobre la gravilla sin más trascendencia. Cuando el frío le hace moquear, se sorbe la nariz de manera educada.

–Lo encontraron, ¿verdad? –pregunta ella al fin.

–Quizás podríamos...

Su mirada implacable interrumpe la frase. Permanece de pie, renegando y moviendo la cabeza, y las gafas se le escurren por la nariz mientras sus facciones se tornan duras y frías. Entonces escupe sus palabras como si diera bocados al aire.

–Cuarenta malditos años después.

–¿Le importaría quitarse las botas? La moqueta de la cocina es de color beis.

McAvoy se agacha y empieza a desanudar el triple lazo de sus cordones mojados. Desde su posición a la altura de la rodilla recorre el pequeño guardarropa con la vista. No hay botas de goma ni cestos de perro. Tampoco hay bolsas de basura ni periódicos a la espera de la próxima hoguera o del viaje al vertedero. «Recién llegados», piensa de manera instintiva.

–Entonces –dice, erguida junto a él como un monarca dispuesto a armar

caballero a alguien-, ¿dónde lo encontraron?

McAvoy alza la mirada, pero no puede ver sus ojos sin estirar el cuello ni desatarse los cordones sin mirarlos.

–Si hace el favor de concederme un momento, señora SteinCollinson...

Ella responde con un suspiro irritado. Se imagina su cara cada vez más seria. Intenta decidir qué será peor: darle los detalles desde esa posición completamente inapropiada o hacerla esperar hasta que se haya quitado las botas.

–Estaba a unas setenta millas de la costa de Islandia –dice McAvoy, procurando que su voz suene lo más afectuosa y compasiva posible–. Todavía en el bote salvavidas. Un carguero divisó la embarcación y los equipos de búsqueda se dirigieron directamente al lugar.

De un tirón se quita una bota, manchándose de barro el pulgar y el índice. Se pasa la mano discretamente por el fondillo del pantalón mientras comienza a manipular la otra bota.

–Moriría de frío, supongo –dice ella con aire pensativo–. No tomaría ninguna pastilla. No habrá querido adormecerse, nuestro Fred. Habrá preferido sentir lo que ellos sintieron. Nunca pensé que lo que estaba planeando fuera esto. Quiero decir, ¿quién iba a pensarlo? Sobre todo cuando estaba alegre, contaba historias e invitaba a todo el mundo a un trago...

McAvoy consigue quitarse la otra bota y se pone en pie rápidamente. La mujer ya está atravesando la puerta y él abandona el guardarropa con alivio y entra en la amplia cocina. Lo que ve le sorprende. La habitación está tan desordenada como el cuarto de un estudiante. Hay platos sucios amontonados en el hondo fregadero de porcelana situado bajo una ventana grande y sin cortinas. Las manchas de grasa, y de lo que parece salsa para pasta, forman una costra en los fuegos de la cocina con doble horno situada en el extremo más alejado. Periódicos y facturas varias cubren la mesa rectangular de roble que ocupa el centro de la habitación, y sobre la preciada moqueta, que dejó de ser beis hace muchos años, se apilan montones de ropa arrugada. Su ojo de policía percibe gotas de vino adheridas al fondo de las copas en el escurridor. Hasta los vasos de cerveza, con logotipos de pubs, parecen haber sido utilizados para echar unos tragos de clarete.

–Es él –dice haciendo un gesto hacia la pared detrás de McAvoy.

Este se gira y recibe el saludo de un montón de caras; una galería de fotografías pegadas o sujetas con cinta adhesiva, sin orden ni concierto, sobre una docena de tableros de corcho. Las fotos pertenecen a las cinco últimas décadas. En blanco y negro y en color.

–Ahí –continúa–, al lado de nuestra Alice. La sobrina nieta de Peter, si esa es la palabra. Ahí está él. Parece que no cabe en sí de satisfacción.

McAvoy se fija en la imagen señalada. Un hombre bien parecido, con el pelo negro y brillante peinado hacia atrás, un tupé de roquero, una pinta de cerveza en

la mano y una abierta sonrisa a la cámara. La ropa del hombre que hay en primer plano sugiere que la foto se hizo a mediados de los años ochenta. Él tendría algo más de treinta. La edad de McAvoy. En la flor de la vida.

–Un hombre apuesto –dice.

–Además lo sabía –responde ella suavizando el gesto. Estira el brazo y da un golpecito en la foto con una mano pálida y enjovada–. Pobre Fred –añade. Después se vuelve hacia McAvoy como si le viera por primera vez–. Me alegra que haya venido. No me habría gustado enterarme por una llamada telefónica. No sin estar Peter aquí.

–¿Peter?

–Mi marido. Colabora a menudo con la policía. Es posible que lo conozca. Pertenece a la Autoridad Policial. Fue consejero durante muchos años, hasta que se le hizo un poco cuesta arriba. Ya no es tan joven como antes.

La mención de la Autoridad Policial le llega como una bofetada en la cara. McAvoy coge aliento. Trata de cumplir el cometido que le ha llevado hasta allí.

–Sí, conozco la labor de su marido, así como su entrega y dedicación para hacer campaña a favor de los servicios policiales. En cuanto recibimos la triste noticia sobre el señor Stein, el oficial jefe Everett, ayudante del jefe superior, me pidió que viniera y hablara con usted personalmente. Con mucho gusto podemos ofrecerle los servicios de un oficial de relaciones familiares altamente cualificado y...

La señora Stein-Collinson le interrumpe con una sonrisa que de pronto la vuelve atractiva. En cierto modo, vital y expresiva.

–No hay necesidad de eso –responde con el ceño fruncido–. Lo siento, ¿cómo dijo que se llamaba?

–Sargento McAvoy.

–No, su nombre real.

McAvoy tuerce el rostro.

–Aector –contesta–. Hector para los ingleses. No es que haya mucha diferencia al pronunciarlo. Pero se escribe distinto.

–Rodarán cabezas por esto, ¿verdad? –pregunta de repente, como si hubiera recordado súbitamente por qué ese hombre está ahí, en calcetines, en su cocina–. Verá, no queríamos que fuera, pero nos dijo que le cuidarían. Debíó de planearlo desde el momento en que se pusieron en contacto con él. Es decir, aunque sabíamos que la tragedia le había afectado en lo más hondo, ha sido una sorpresa. Yo no esperaba que le encontraran, pero...

McAvoy arruga el entrecejo y, sin pensarlo dos veces, coge una silla de la mesa y toma asiento. De pronto se siente intrigado por la señora Stein-Collinson. Por su hermano, el roquero muerto. Por la señorita de la televisión y el petrolero noruego que recogió el bote hinchable en el mar grisáceo.

–Lo siento, señora, pero apenas conozco algunos detalles sobre el caso. ¿Podría

quizás aclararme la naturaleza de la tragedia en la que se vio involucrado su hermano...?

La señora Stein-Collinson deja escapar un suspiro, rellena su copa, se acerca al otro lado de la mesa, donde retira una pila de ropa de una silla, y se sienta frente a McAvoy.

–Si usted no es de por aquí no habrá oído hablar del *Yarborough* –dice con voz suave–. Era el cuarto arrastrero. El último que se hundió. Los otros tres se fueron a pique en 1968. Tantas vidas. Tantos buenos tipos. Todos los pormenores vinieron en los periódicos. Entonces se dieron cuenta de lo que nosotros ya sabíamos. Que era un trabajo condenadamente peligroso.

Coge un bolígrafo de entre un montón de papeles y lo sujeta como si fuera un cigarrillo. Posa la mirada en la media distancia y de repente McAvoy ve a la chica de East Hull escondida tras esa dama de clase media entrada en años. Ve una joven educada en una familia de pescadores, criada entre el humo de los secaderos de pescado y el hedor de los pantalones con peto sucios. Barbara Stein. Babs para los amigos. Se casó bien e instaló su casa en el campo. En realidad nunca se afincó. Nunca se sintió cómoda. Tenía que estar cerca de Hull para poder telefonar a su madre.

–Por favor –dice McAvoy con delicadeza, y en su voz no hay falsedad ni afectación. Aunque más tarde lo considerará presuntuoso por su parte, en ese instante siente que la conoce–, continúe.

–Cuando el *Yarborough* se hundió, los periódicos ya estaban hasta la coronilla de él. Todos lo estábamos. La noticia no apareció en las portadas. Eso fue después. Dieciocho hombres y muchachos abatidos por el hielo, el viento y las mareas a setenta millas de la costa islandesa –dice moviendo la cabeza y bebiendo un trago–. Pero nuestro Fred fue el único superviviente. La peor tormenta en un siglo y Fred escapó de ella. Consiguió meterse en un bote salvavidas y se despertó en el fin del mundo. Tres días antes de que supiéramos de él. Supongo que es por eso por lo que ahora no lloro, ¿me entiende? Lo recuperé. Sarah, su esposa, también lo recuperó. La prensa intentó por todos los medios que hablara de ello. Pero se negó rotundamente. No quiso responder preguntas. Es solo un par de años mayor que yo y siempre nos sentimos muy cerca el uno del otro, aunque de niños nos hiciéramos alguna que otra magulladura. Fui yo quien recibió la llamada que anunció que estaba vivo. El cónsul británico en Islandia no consiguió localizar a Sarah y llamó a nuestra casa. Al principio creí que era una broma. Pero después Fred se puso al teléfono. Dijo hola con absoluta claridad, como si estuviera en la habitación de al lado.

La cara se le ilumina mientras habla, como si reviviera ese momento. McAvoy se da cuenta de que lanza la mirada al teléfono que hay en la pared junto a la cocina.

–No puedo ni imaginarlo –dice él. No se trata de un tópico. Realmente no puede

imaginar cómo sería perder a un ser querido y luego recuperarlo.

–Así que lo recuperamos. Todo aquel barullo remitió poco después. Sarah le pidió que abandonara el mar y él accedió. No creo que le costara mucho convencerle. Aceptó un trabajo en los muelles. Trabajó allí durante casi treinta años. Cuando se jubiló estaba mal de los bronquios. De vez en cuando recibía una llamada telefónica de un escritor o un periodista preguntándole por su historia, pero siempre decía que no. Después, al morir Sarah, creo que vislumbró su propia mortalidad. Solo tenían una hija, que alzó el vuelo y se largó cuando era una adolescente. Fred sintió de pronto necesidad de moverse. Creo sinceramente que si alguien se lo hubiera propuesto habría aceptado volver a las labores de arrastre, aunque de eso hoy en día ya no quede nada.

Comienza a ponerse en pie, pero un dolor en la rodilla le hace reconsiderar el movimiento. McAvoy, sin que le pregunte, se vuelve hacia la encimera y agarra la botella de vino. Le rellena el vaso y ella dice gracias sin más intercambio de palabras.

–Bueno, el caso es que no hace mucho me llama y me dice que esa productora de televisión se ha puesto en contacto con él. Que están haciendo un documental sobre el Invierno Negro. Que va a salir con ellos en un carguero para arrojar una corona al mar y despedirse de sus antiguos compañeros. Fue algo completamente inesperado, por supuesto. Yo apenas había pensado en todo aquello desde hacía años, y creo que para él se había convertido en un relato. Una vez dijo que sentía como si le hubiese ocurrido a otra persona. Pero supongo que debió de conservarlo todo dentro. Para luego ir y hacer esto.

Le tiembla el labio inferior y se saca de la manga un pañuelo de papel.

–Quizás le pagaban por su relato...

–Oh, sin duda alguna –dice ella sonriendo y echando una mirada rápida a la pared de las fotos–. Él siempre sabía cómo hacer dinero, nuestro Fred. También sabía cómo gastarlo, claro. Pero así es la pesca de arrastre. Un mes fuera bregando y luego tres días en casa. Una buena cantidad en el bolsillo y solo unas cuantas horas para gastarla. Los millonarios de tres días, los llamaban.

–Entonces esa fue la última noticia que tuvo.

–De él, sí. Recibimos una llamada de la mujer de la productora de televisión hace tres días. Debíamos de constar como sus contactos de emergencia. Nos dijo que había desaparecido. Que faltaba uno de los botes salvavidas y que Fred se había alterado un poco al hablar de todo aquello. Que lo estaban buscando. Que nos tendría al tanto. Y eso fue todo. Todo me parece completamente estúpido. Después de todos esos años... Acabar muerto en el mar, como sus compañeros.

Se detiene y le mira con unos ojos azules intensos y penetrantes.

–Sé que suena horrible, Hector, pero ¿por qué no se tomó unas pastillas y ya está? ¿A santo de qué todo este número? ¿Cree usted que se sentía culpable? ¿Que

quería desaparecer como sus compañeros del sesenta y ocho? Eso es lo que parecía sugerir la señorita de la tele, pero no parece el tipo de cosa que él haría. Él lo haría sin ruido. Sin alboroto. Le gustaba contar historias, pegar la hebra y hechizar a alguna dama, pero cuando todo ocurrió ni siquiera quiso hablar de ello a los periodistas. ¿Por qué iba entonces a querer una trágica salida ahora?

–¿Sería por eso quizás por lo que aceptó ser filmado? ¿Porque pasarían por donde el arrastrero se hundió?

La mujer suelta un suspiro que parece salir del fondo de su ser, como si se desinflara.

–Quizás –dice, y acaba su bebida.

–Lo siento muchísimo, señora Stein-Collinson.

Ella asiente. Sonríe.

–Barbara –corrige.

McAvoy extiende la mano y ella la estrecha con una palma blanda y fría.

–¿Y ahora qué? –pregunta–. Como dije, no creo que le cuidaran como es debido. A un anciano van y le dejan que vaya por ahí y haga esto. Tengo un montón de preguntas...

McAvoy también asiente. También él tiene sus propias preguntas. Hay algo que le ronda en la cabeza. Quiere saber más. Quiere encontrar el sentido. Quiere ser capaz de decirle a esta encantadora señora por qué su hermano murió, cuarenta años después de cuando debió hacerlo, de la misma forma en que de joven estuvo a punto de perder la vida.

Sabe que no debería prometer que se mantendrá en contacto. Que descubrirá lo que ocurrió. Sabe que no debería darle su número de teléfono y decirle que lo llame si tiene cualquier otra información. Cualquier otra pregunta. O solamente para hablar.

Pero lo hace.

Capítulo 4

McAvoy saca el teléfono del bolsillo interior y vuelve a oír el último mensaje de su buzón de voz. Pese a la distorsión en el altavoz metálico, el enfado de la voz femenina es inconfundible.

–McAvoy. Soy yo otra vez. ¿Cuántas veces voy a tener que llamarlo? Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que andar persiguiéndole. Le necesitamos aquí. Así que mueva el culo.

Es la voz de Trish Pharaoh. El mensaje más reciente lo había dejado solo cuarenta y cinco minutos después del primero, pero entre medias había seis, incluida una advertencia en voz baja de Ben Nielsen sugiriendo a McAvoy que dejase inmediatamente lo que estuviera haciendo y se dirigiese a la comisaría de Queen's Gardens si no quería correr el riesgo de perder alguna parte importante de su cuerpo.

En la puerta de la comisaría se arremolinan una docena de periodistas, pero apenas le prestan atención; cruza las grandes puertas dobles y entra en el vestíbulo del achaparrado edificio de ladrillo y cristal sin que le hagan ninguna pregunta.

–¿El centro de coordinación? –pregunta jadeando.

–¿El de Pharaoh? –replica el sargento de recepción, corpulento y de piel pálida.

Está sentado en una silla giratoria con una taza de café y un libro de tapa dura. Musculado y de mediana edad, tiene el aspecto de alguien que ha trabajado mucho tiempo en el turno de noche y no va a dejar que nada se interponga entre él y su rutina. Lleva una camisa de manga corta demasiado apretada al cuello, lo que da a su cabeza, grande y redonda, una apariencia curiosamente incorpórea.

–Sí, claro.

–Todavía se está organizando. Pruebe el antiguo despacho de Roper. ¿Conoce el camino?

McAvoy traba la mirada con el sargento de recepción. Intenta averiguar si hay alguna acusación en su forma de preguntar. Siente que se ruboriza.

–Seguro que puedo encontrarlo –responde esbozando una sonrisa.

–¿Seguro? –dice el oficial uniformado pasándose la lengua por los labios con una sonrisa desdeñosa.

McAvoy se da la vuelta. Está acostumbrado a eso. Acostumbrado al desprecio y la ojeriza, a la desconfianza y el rencor sin ambages entre el grupo de oficiales que prosperaron a la sombra de Doug Roper.

Sabe que si no fuera por su tamaño la mitad de sus colegas le escupirían a la cara. Camina con toda la rapidez que la dignidad le permite hasta que el sargento deja

de verle, y después aprieta el paso. Sube los escalones de tres en tres. Avanza por otro pasillo. Fotos y carteles, avisos y solicitudes, situados en tabloneros de anuncios y paredes de aspecto insalubre color magnolia, pasan a gran velocidad de manera borrosa.

Voces. Gritos. Parloteos. Portazos. Atraviesa las puertas dobles de caoba y se dirige a la guarida del león.

Cuando está a punto de levantar la mano para llamar a la puerta, esta se abre de repente. Trish Pharaoh sale bramando como un huracán, sumida en una precipitada conversación.

—...ya es hora de que se den cuenta, Ben.

Es una mujer atractiva, de cuarenta y pocos años, y parece más una señora de la limpieza que una detective de rango superior. De estatura apenas reglamentaria, es rolliza y tiene el pelo negro y largo, que lleva bien arreglado una vez cada seis meses y deja crecer a su aire el resto del tiempo. Madre de cuatro hijos, trata a sus oficiales con la misma mezcla de ternura, orgullo y decepción agresiva que a sus retoños. Sobona y coqueta, tiene amedrentados a los oficiales más jóvenes, para quienes rezuma una especie de erotismo similar al de la madre del mejor amigo. Lleva anillo de boda, aunque entre las fotos de su escritorio no hay ninguna de un hombre.

Al reparar en McAvoy se detiene y el agente Nielsen se topa con su espalda. Ella se gira y le lanza una mirada, y se vuelve de nuevo hacia McAvoy.

—Vaya, el viajero ha vuelto —gruñe.

—Señora, estaba en un sitio sin cobertura, cumpliendo una misión de buena voluntad asignada por el oficial Everett, ayudante del jefe superior, y...

—¡Chist!

Se lleva el dedo índice a los labios y luego extiende las palmas de las manos delante de ella, con los ojos cerrados como si contara hasta diez. Los tres permanecen en silencio en el pasillo durante un momento. El agente Nielsen y el sargento McAvoy como unos alumnos traviosos, torpes y absentistas que han decepcionado seriamente a su profesora preferida.

Finalmente, Trish Pharaoh suspira.

—Bueno, ya está aquí. Seguro que tuvo sus motivos. Ben le pondrá al corriente y puede usted empezar a trabajar en la base de datos. Es un poco tarde para hacer nada por teléfono, pero necesitamos meter a la congregación en ese sistema que usted ideó. Estoy en lo cierto si considero que era para casos de este tipo, ¿verdad? Montones de testigos. De procedencias dispares. Con vínculos entre...

—Sí, sí —interrumpe McAvoy, de pronto entusiasmado—. Es como un diagrama de Venn. Averiguamos todo lo necesario sobre un cierto grupo de gente, después lo metemos en el sistema y vemos si hay coincidencias o, en especial, detalles que se solapan y...

–Fascinante –dice con una amplia sonrisa–. Como he dicho, Ben le pondrá al día y le tomará declaración.

–¿Cómo?

–Es usted un testigo, McAvoy. Vio a quien hizo esto. Le golpeó en su jodida cara con el arma del crimen. Justo lo que usted y el ayudante Everett estaban pensando...

–Cumplía órdenes, señora.

–Bien, pues ahora cumpla las mías. Habrá una reunión a las ocho –dice mirando el reloj. Después se aleja por el pasillo, pisando fuerte con sus botas de motorista como si fueran los cascos de un caballo.

El agente Nielsen arquea una ceja. En sus caras hay una sonrisa pícaro, como si fueran un par de adolescentes que acabaran de librarse de algo. El oficial más joven entra de nuevo al despacho, intensamente iluminado, y McAvoy le sigue.

Las agentes Helen Tremberg y Sophie Kirkland están sentadas una al lado de la otra en el mismo escritorio delante de un ordenador portátil. Sophie come un trozo de pizza y lo utiliza para señalar algo en la pantalla. Es el único ordenador que hay en la habitación. El resto del despacho está vacío, a excepción de unas cuantas carpetas viejas y maltratadas y un surtido de bolsas de basura dispuestas como un pelotón de fusilamiento junto a la pared, y que parecen llevar allí meses.

–Nos han dado la suite presidencial –dice Ben, acompañando a McAvoy hasta un semicírculo de sillas de plástico al lado de la ventana.

–Eso parece. ¿Por qué aquí? ¿Por qué no en Priory?

–Razones prácticas, dijeron. La orden vino de arriba. Creo que se imaginaban algunos titulares.

–¿Como por ejemplo?

–La mierda habitual. Que si estábamos a 13 kilómetros de la escena del crimen cuando hay una comisaría a menos de 300 metros del lugar donde ocurrió, y cosas así.

–Pero Priory dispone de instalaciones –responde McAvoy confundido–. Esto no puede haber sido a petición de Pharaoh.

–No, ella también creyó que era una estupidez. Pero ha tenido que hacer un gran esfuerzo desde el principio. Cuando por fin consiguió ponerse al tanto de todo, el ayudante Everett ya había publicado una nota de prensa en la que decía que el caso sería coordinado por el equipo de policía local del centro de la ciudad.

–Así que vamos cuesta arriba –dice.

–Y por terreno resbaladizo, sargento.

McAvoy suspira. Se deja caer sobre la silla de respaldo duro. Mira su reloj.

–¿Qué sabemos?

–Bien –comienza Nielsen, señalando la página con el dedo–: Daphne Cotton. Quince años. Vivía con Tamara y Paul Cotton en Fergus Grove, Hessele. Un bonito

lugar, sargento. Apartado de la carretera principal. En un adosado de tres habitaciones. Con un gran jardín en la parte delantera y un patio trasero. ¿Sabe las que le digo? ¿Las casas que dan al cementerio?

McAvoy asiente. Roisin y él habían visto una casa por esa zona cuando ella estaba embarazada de Fin y la habían descartado. El aparcamiento era muy reducido y la cocina demasiado pequeña. Con todo, era un barrio agradable.

–¿Hermanos? ¿Hermanas?

–El oficial de enlace familiar está intentando conseguir todos esos datos, pero no lo creo. Los padres son una pareja mayor. Blanca, por supuesto.

McAvoy arruga el entrecejo.

–¿Cómo?

–Era adoptada, sargento –contesta Nielsen con rapidez.

–Podría haber sido adoptada por gente de color, agente –dice con voz queda.

Nielsen mira al techo como si considerara esa posibilidad por primera vez.

–Sí –admite–. Podría.

Permanecen sentados en silencio durante un rato, reflexionando sobre el asunto. Tras ellos oyen las voces de las dos oficiales femeninas. Helen Tremberg lee en voz alta los nombres de una lista de miembros de la congregación y Sophie Kirkland los reparte entre los oficiales del CID.

–Sin embargo, no lo fue –apunta Nielsen.

–No –conviene McAvoy, y decide dejar pasar el asunto. Cerrar la boca hasta que tenga algo digno de señalar.

Nielsen hace otra pausa de cortesía. Luego, tras esbozar una amplia sonrisa, vuelve a la carga.

–De cualquier modo, como puede imaginar, los padres están destrozados. No estaban allí, sabe. La madre solía asistir al servicio con Daphne, pero quería organizar una gran fiesta de Navidad y estaba ocupada con los preparativos. Y el padre estaba en el trabajo.

–¿Un sábado? ¿A qué se dedica?

–Tiene una empresa de transportes o algo así.

De pronto se detiene y levanta la voz para preguntar a Helen Tremberg.

–¿A qué diablos se dedica el padre?

Helen aparta su silla del escritorio y se dirige adonde están sentados los dos hombres. Dedicar una sonrisa a McAvoy.

–Así que se une a nosotros, ¿eh?

McAvoy evita sonreír abiertamente. Siente una repentina cordialidad hacia ella. Y también hacia Ben. No quiere admitirlo, pero se siente nervioso. Vivo.

–Es una empresa de logística, ¿no? –pregunta McAvoy intentado no alterar el tono de voz.

–Según su página web, llevan un montón de artículos de organizaciones

benéficas a lugares inaccesibles. Tienen contratos con muchos organismos de ayuda distintos. ¿Sabe cuando uno da sus jerséis viejos y demás a las mujeres que van por las casas con bolsas de basura? Pues esta es una de las compañías que trasladan todo eso a lugares donde se necesita. Unas veces en camiones, otras en barcos contenedores y en ocasiones hasta en avión.

–Ya –dice McAvoy apuntando en su libreta–. Continúe.

–Bueno, en resumidas cuentas, esta pareja tenía un niño que murió hace años. De leucemia. Y el caso es que adoptaron a Daphne a través de una agencia internacional cuando tenía diez años. Pasaron un año completo de papeleo, pero todo está en regla. Había nacido en Sierra Leona. Perdió a su familia en el genocidio. Un asunto trágico.

McAvoy asiente. Recuerda poco de la política de la disensión. Solo es capaz de evocar unas confusas secuencias televisivas atroces y brutales. Gente inocente, tiroteada y acuchillada.

–¿El machete es algo significativo? –pregunta McAvoy–. Es el arma preferida allí, ¿no?

–La jefa preguntó lo mismo –responde Nielsen–. Lo estamos investigando.

–¿Su familia iba a la iglesia? ¿Cómo se hizo ella acólito?

–Al parecer tenía esa inclinación cuando llegó. Su familia era muy religiosa. Aunque allí había visto cometer algunas barbaridades, eso no la disuadió. Su madre, su nueva madre, poco después de llegar la llevó un día a la Santísima Trinidad y ella creyó que era lo más hermoso que había visto nunca. Se convirtió en una parte importante de su vida. Su madre dice que nunca se había sentido tan orgullosa como el día en que se hizo acólito.

McAvoy trata de hacerse una imagen mental de Daphne Cotton. De una joven arrancada del horror, ataviada con una túnica blanca y autorizada a sostener una vela durante la alabanza a su Dios.

–¿Tenemos alguna foto? –pregunta en voz baja.

Helen se acerca a su escritorio y regresa con una fotocopia en color de una instantánea familiar. Muestra a una sonriente Daphne, situada entre sus padres adoptivos, bajos, regordetes y encanecidos. Detrás se ve el paseo marítimo de Bridlington. El cielo es misterioso e inusualmente azul. La imagen parece demasiado brillante y perfecta. McAvoy se pregunta quién tomó la fotografía. Qué pobre transeúnte capturó la imagen que llegaría a definir a esa trágica joven. McAvoy se forma su propia imagen mental. Memoriza la instantánea. Hace suya esa visión de la sonriente y feliz Daphne Cotton. La sobrepone a la del cadáver destrozado y ensangrentado. La convierte en humana. Transforma su muerte en la tragedia que realmente es.

–Entonces asistía a la iglesia con asiduidad, ¿verdad?

–Tres tardes a la semana y dos veces los domingos.

–Un gran compromiso.

–Enorme. Pero era una chica inteligente, jamás dejaba que eso se interpusiera en sus tareas escolares. Era una estudiante de sobresaliente, según la madre. Aún no hemos hablado con sus profesores.

–¿A qué colegio iba?

–Hessle High. Muy cerca de su casa. El martes debía comenzar las vacaciones de Navidad.

–Necesitamos hablar con sus compañeros. Con sus profesores. Con todos los que la conocían.

–Eso es lo que Sophie y yo estamos organizando, sargento –dice Tremberg con cara de satisfacción. Como si intentara decir a un padre entrado en años que no se preocupe, que todo está controlado.

–Bien, bien –replica McAvoy procurando sosegar. Restablecer el orden en su mente.

–¿Le tomamos declaración ahora, sargento? Es mejor quitárnosla de encima. Mañana será el delirio.

McAvoy asiente. En realidad, sabe que lo único que aporta a esta investigación es la declaración de un testigo y un alabado sistema de clasificación de archivos. Pero ahora tiene una oportunidad. La ocasión de hacer el bien. De atrapar a un asesino. Deja que su mente regrese a esta tarde. Al caos y al derramamiento de sangre en la plaza. Al momento en el que el hombre enmascarado apareció a la entrada de la iglesia y le miró a los ojos.

–¿Hay algo particular, sargento? –pregunta Nielsen, aunque su voz indica que no espera nada especial–. ¿Algo que usted volvería a reconocer?

McAvoy cierra los ojos. Deja que el rostro enmascarado flote en su imaginación. Aparta de la mente el aire frío lleno de nieve y los gritos de los transeúntes. Deja que su memoria se centre en un único momento. En una imagen. Una escena.

–Sí –dice, con la sensación repentina de que el recuerdo es importante–. Tenía lágrimas en los ojos.

Fija la vista en la imagen mental de los iris azulados. Se imagina que puede ver su propio reflejo en sus cristalinos húmedos. Cuando la voz sale de su boca seca apenas es un soplo.

–¿Por qué llorabas? ¿Por quién estabas llorando?

Capítulo 5

Está situado al norte de la ciudad y al este de todo lo demás. Tres giros a la izquierda y uno a la derecha desde la entrada a la nueva urbanización; construido a toda prisa por promotores, para compradores de una primera vivienda, según planos que podrían haber sido diseñados por un niño con una hoja de papel cuadriculado y una caja de casitas de Monopoly.

Tres habitaciones. Baldosas formando un ajedrezado. Un patio trasero con una terraza de nueve losas de piedra sustentadas sobre traviesas de ferrocarril recuperadas. Todo decorado al gusto soso y sin personalidad de un propietario que realizó la compra a través de un agente sin ni siquiera molestarse en verlo.

«Mi casa», piensa McAvoy, soñoliento y con los huesos cansados, mientras aparca el monovolumen sobre el bordillo y observa a su mujer, enmarcada como una estrella de cine en la ventana de la fachada, moviéndose con su hijo en brazos y saludando a papá con la mano.

Es tarde. Demasiado tarde para que Fin esté aún levantado. Debió de dormir la siesta a la hora de la merienda. Querrá pasar toda la noche despierto, ansioso por saltar sobre la cama de mamá y papá, y probarse los zapatos de papá y dar pisotones en el linóleo de la cocina mientras aplasta monstruos imaginarios.

Lo ha hecho por él. Ha puesto al niño a dormir la siesta para que esté despierto, espabilado y dispuesto a hacer que papá se sienta mejor cuando regrese a casa desde la comisaría, con los pensamientos lentos y embotados por la despiadada agresión que le ha magullado la cabeza.

Roisin abre la puerta y McAvoy no sabe a quién besar antes. Despliega los brazos y abraza a los dos. Siente la presión de la cabeza de Fin en una de sus mejillas y los labios de Roisin, suaves, cálidos y perfectos, en la otra. Aprieta a los dos contra su pecho. Siente la mano de ella que le acaricia la espalda. Nota el cariño de ambos en su interior. Percibe cómo ella aspira su olor.

–Lo siento –dice, sin ser capaz de precisar si sus palabras van dirigidas a ella, al niño o al universo en general.

Al cabo de un instante se separan. Roisin da un paso atrás para que entre en el pequeño vestíbulo al pie de las escaleras. Al cerrar la puerta tras él, se gira y descuelga de un golpe el mismo cuadro que ha hecho caer de la pared casi cada noche desde que se mudaron a esa casa, su primer hogar propiamente dicho, hace dos años. Se ríen de la situación mientras él se inclina para recoger el cuadro y, con torpeza, colgarlo de nuevo en el gancho. Es un dibujo a lápiz de una colina, realizado por una mano temblorosa. Significó mucho para McAvoy en otro tiempo,

cuando las imágenes de su infancia llegaron a ser el símbolo de sus momentos felices. Ahora ya no importa tanto. No desde que tiene a Fin. No desde que la tiene a ella.

Es hermosa, desde luego. Esbelta y con el pelo oscuro, su piel tiene un bronceado color arena que delata su ascendencia. «Color barro», fue el comentario del padre de McAvoy cuando la vio por primera vez, pero no lo había dicho con mala intención.

Viste un chándal que se amolda a su figura y el pelo ondulado le cae hasta los hombros. Hoy solo lleva un par de aretes en las orejas. Solía llevarlos más largos, pero a Fin le encantaba tirar de ellos y en los últimos meses se ha visto obligada a reducir su aderezo. Ocurre lo mismo con el oro que reluce en su cuello. Lleva dos cadenas. En una se lee su nombre grabado en una chapita de cobre: un regalo de su padre cuando cumplió dieciséis años. La otra es una sencilla perla, como una gota de lluvia, que McAvoy le regaló en su noche de bodas como un obsequio extra por si su corazón no era suficiente.

Sin que se lo pida, Roisin pasa el niño a su padre. A Fin se le ilumina la cara, abre la boca para formar una gran letra O y entonces comienza a imitar las expresiones faciales de McAvoy. Fruncen el ceño, hacen muecas, fingen llorar, se lanzan bocados el uno al otro como si fueran monstruos, hasta que acaban riendo y Fin se retuerce excitado. McAvoy lo deja en el suelo y el niño se escapa con las piernas arqueadas como un pistolero del lejano Oeste, encantador con sus pantalones vaqueros, su camisa blanca y su chaleco diminuto, parloteando en el lenguaje inventado que McAvoy quisiera entender mejor.

–Me habéis esperado –dice a su esposa mientras recorre el cuarto de estar con la vista. Roisin había planeado colgar los adornos de Navidad hoy. Tienen un árbol de plástico, una cajita con bagatelas y media docena de tarjetas navideñas para colgar de una cinta sobre la chimenea de carbón falso, pero todo sigue en la caja de cartón junto a la puerta de la cocina.

–Sin ti no habría sido nada divertido –dice–. Lo haremos otro día. En familia.

McAvoy se quita el abrigo y lo deja en el respaldo de un sillón. Roisin se acerca en busca de otro abrazo para sentir mejor su cuerpo sin el impedimento de la abultada prenda. La cabeza le llega por la barbilla y él se inclina para besarla. Su pelo huele a horno. A algo dulce y festivo. A tartaleta de frutas, quizás.

–Siento llegar más tarde de lo que esperaba –comienza a decir, pero ella le hace callar acercando sus labios. Saben a cerezas y canela. Y así permanecen, enmarcados por la ventana, con los labios unidos, hasta que Fin entra corriendo en el cuarto de estar y empieza a golpear la pierna de su padre con una vaca de madera.

–Me la ha mandado el abuelo –dice mostrando el juguete mientras su padre baja la vista–. Es una vaca.

McAvoy la coge y la observa. Reconoce el tipo de trabajo. Puede imaginarse a su

padre, con virutas de madera en los cristales de las gafas, un cuchillo y un formón en sus blancas manos cubiertas por mitones, sentado a la mesa, con la boca entreabierta, concentrado en cada minúsculo detalle, insuflando vida a sus juguetes de madera.

–¿Había alguna carta?

–Solo lo típico –responde Roisin sin levantar la mirada–. Espera que esté creciendo sano y fuerte. Que coma verdura. Que sea buen chico. Y espera verle pronto algún día.

El padre de McAvoy dirige toda su correspondencia al niño. No ha hablado con su hijo desde que tuvieron una discusión, más o menos cuando Roisin se quedó embarazada, y McAvoy sabe que es lo suficientemente terco como para irse a la tumba sin hacer las paces. Si quisiera pensar mal de su padre se preguntaría quién cree ese pobre viejo bobo que va a leer las cartas a su nieto de cuatro años, pero se ha acostumbrado a ignorar esos pensamientos traicioneros.

McAvoy acaricia los bordes suaves del juguete. Trata de absorber algo de la sabiduría y experiencia del viejo a través de las cosas que ha tenido en sus manos, pero no lo consigue. Devuelve la vaca a su hijo, que echa a correr de nuevo. McAvoy le ve irse y se vuelve hacia Roisin con los ojos llenos de culpa.

–Te dirigiste hacia el lugar del que procedían los gritos, Aector. Hiciste lo que siempre harías.

–¿Y eso qué dice de mí? ¿Que ayudaría a un extraño en apuros antes de proteger a mi hijo?

–Dice que eres un buen hombre.

Observa el cuarto de estar. Es todo lo que necesita. Su esposa en sus brazos y su hijo jugando alrededor de sus piernas. Respira hondo y despacio, saboreando plenamente el momento. Y entonces percibe el olor. Acre. Débil. Casi imperceptible entre el aroma a especias y jabón de su familia, de su hogar. Es como una polilla que revolotease en el límite de su visión. Un tufillo a sangre. Por un instante piensa en Daphne Cotton. Intenta hacerse una imagen de lo que su padre estará sufriendo. Deja que su corazón se expanda. Para sentir el vínculo y ofrecer afecto.

Levanta el brazo y aprieta a Roisin contra su cuerpo.

Se odia a sí mismo por el cariño que siente a su alrededor: por ser condenadamente feliz mientras una joven inocente yace muerta sobre una losa de piedra.

Capítulo 6

08:04 horas. El antiguo despacho de Roper en la comisaría de Queen's Gardens.

Un guirigay de policías.

Nalgas apoyadas en el borde de escritorios, pies sobre sillas giratorias, espaldas reclinadas contra paredes desnudas. Una colección de faldones de camisa por fuera y corbatas de supermercado, dos al precio de una. Nadie fuma, pero la habitación huele a nicotina y cerveza.

McAvoy, en el centro, sentado como es debido en un asiento de respaldo duro, con un cuaderno de notas sobre las piernas y la corbata bien anudada a la garganta, algo sonrosada e irritada por unas manos vigorosas y contundentes.

Intenta mantener los pies quietos sobre la moqueta. Oye docenas de conversaciones al mismo tiempo y no encuentra ninguna a la que sumarse.

Seis horas de sueño y un desayuno que no quiere bajar.

Todavía lo nota ahí. Como un peso en el pecho. Cada aliento es un resuello con sabor a huevos revueltos y pan integral. Hay un termo de agua caliente y hojas de menta en una bolsa a sus pies, pero teme abrirlo en esa habitación atestada, sin apenas espacio, por miedo a liberar el aroma. No podría aguantar los comentarios. No podría soportar que se fijaran en él. No aquí. No ahora.

Mira su reloj. «Tarde», piensa.

–Bien, chicos y chicas –dice Pharaoh dando palmadas mientras entra en la estancia–. Llevo levantada desde las cinco, aún no he desayunado y dentro de un minuto tengo una rueda de prensa con un puñado de gilipollas que quieren saber cómo hemos permitido que una adolescente haya sido asesinada en Navidad. Me gustaría decirles que la persona que hizo esto es un chiflado y que le hemos atrapado, pero no puedo. No lo hemos cogido, así que no podré decirlo. Y tampoco sabemos realmente que sea un chalado.

–Bueno, yo sé que no le pediría que hiciera de canguro, señora.

Las palabras, recibidas entre risas y aprobaciones, son de Ben Nielsen.

–Ni yo tampoco, Ben, pero le elegiría antes que a usted. Recuerde, tengo una hija adolescente.

Risas y alaridos. Alguien lanza un vaso de polietileno contra un sonriente Ben Nielsen.

–Lo que quiero decir –prosigue Pharaoh, apartándose el pelo de los ojos–, es que no sabemos si esto fue fortuito. No sabemos si se trata de alguien que odia la Iglesia, alguien que guarda rencor al clero. No sabemos si Daphne Cotton fue la

víctima buscada. ¿Por qué llevaba el asesino un pasamontañas? ¿Por qué se disfrazó si no sabía a quién iba a atacar? Y el arma. ¿Cuál es la importancia del machete?

–¿Estamos pensando en odio racial?

Esta vez es Helen Tremberg, acompañada con un coro de gemidos.

–Estamos pensando en todo, cariño. Aún no lo hemos catalogado como odio racial, pero el hecho de que fuera una chica negra indica que hay que tenerlo en cuenta.

–¡Joder!

Colin Ray acaba de hablar por todos. Saben lo que esto significa. Los crímenes raciales son una receta para conseguir titulares y dolores de cabeza. Suponen trato con guante blanco y pancartas todo el rato. El clamor para exigir una solución procede no solo del público y de los grupos de presión, sino también de los de arriba, todavía muy sensibles tras una década de publicidad nefasta provocada por la muerte de un detenido negro en una sala de interrogatorios. La grabación de vídeo aireada durante la investigación subsiguiente –y reproducida de manera casi continua en los canales de noticias– mostraba a cuatro oficiales, de pie y charlando, mientras el tipo daba sus últimas bocanadas secas sobre el frío suelo de baldosas de la comisaría de Queen’s Gardens.

–Así que estamos en el escaparate –concluye Pharaoh–. Tenemos que resolver esto con rapidez, y debemos recordar que todo el mundo nos vigila. Estamos hablando de las noticias nacionales. A la gente no le gusta que le arruinen las Navidades por un asesinato y necesita que les hagamos sentir que están seguros. Esto ocurrió hace diecinueve horas y eso le da ventaja a este cabrón asesino. La solicitud de colaboración pública aparecerá en las noticias de las nueve, lo que significa que muchos de ustedes se van a divertir de lo lindo contestando al teléfono. Las llamadas llegarán a este centro de coordinación. Y sí, los chicos de las escuchas las grabarán durante la próxima media hora. Seguro que habrá cantidad de chalados, mucha gente, pero cualquier información es importante. Hay que comprobar todos los nombres.

Interrumpe su torrente de palabras por un instante y sus ojos buscan a McAvoy. Le hace un gesto con la cabeza.

–Bien. Sé que todos ustedes son unos magos de la técnica, pero por si acaso no lo fueran, McAvoy va a mostrarles cómo funciona su nueva y flamante base de datos.

Hay algunas quejas. Un coro de palabrotas.

–Venga, venga, niños –sonríe–. He participado en investigaciones en las que el suelo cedió por el peso del papeleo, así que si el sistema de McAvoy nos ayuda a seguir mejor los pasos de lo que vamos haciendo, entonces es algo que necesitamos utilizar. Personalmente creo que tengo cierta ventaja, pues una vez llegué al nivel tres del erizo Sonic, pero es posible que el resto de ustedes necesite un curso de actualización.

McAvoy se suma a las risas. Alza la vista y ve cómo Pharaoh le dedica una sonrisa y le guiña un ojo de forma casi imperceptible.

–No olviden –añade– que McAvoy ha visto al tipo. Él mismo podría haber sido una víctima si no hubiera usado su frente para frenar el golpe.

Hay más risas, pero parecen de algún modo más amables y generales, y McAvoy se siente casi tentado de hacer una inclinación y añadir alguna agudeza de su cosecha. Pero Pharaoh interviene antes de que lo haga.

–De acuerdo, todos ustedes deberían saber lo que van a hacer durante las dos próximas horas. Necesitamos las declaraciones de los testigos. Necesitamos las grabaciones de cada centímetro de esa plaza efectuadas por el circuito cerrado de televisión. ¿Adónde fue después de abandonar la iglesia? Y lo más importante, necesitamos saber todo lo que haya sobre Daphne Cotton. Necesitamos desenredar el ovillo de su vida. Tendremos los resultados de la autopsia hacia la hora de comer y los de toxicología por la noche. Así que utilicen sus mejores recursos, amigos. Ninguno de nosotros quiere vivir en una ciudad en la que alguien puede acuchillar a una muchacha en una iglesia y quedar impune. Al fin y al cabo, es Navidad.

Regala una sonrisa a la tropa. Luego se abre paso y sale de la habitación como un derviche perfumado y cargado de joyería tintineante, tocando hombros y antebrazos con las suaves palmas de sus manos, insuflando fe y confianza a su equipo.

Todos permanecen sentados en silencio, cada oficial sumido en sus propios pensamientos.

Al cabo de un rato, el inspector jefe Colin Ray se gira y abre las persianas. Más allá del cristal solo está la oscuridad, y la ventana refleja un caótico semicírculo de mujeres y hombres desordenados, sentados en cuclillas y repantigados, rascándose la cabeza y resoplando con las manos juntas sobre la nariz.

Los oficiales se ven a sí mismos por un momento. Una visión clara e inesperada de quiénes y qué son. Cada uno reconoce su propia verdad: sus imperfecciones, su fría y retorcida realidad unidimensional.

De todos los hombres y las mujeres que contemplan sus propios rostros, solo Aector McAvoy no siente la necesidad de apartar la vista.

Llevan seis horas contestando llamadas telefónicas. Tras las ventanas polvorientas y cubiertas de mugre el cielo está a punto de completar su sutil transición desde el gris oscuro al negro suave. Por encima, las nubes cuelgan hinchadas a baja altura, pero aún faltan algunos días para que caiga la nieve. Puede que este año tengan unas Navidades blancas, aunque a McAvoy, que no experimentó otra cosa en su juventud, tal perspectiva solo le emociona porque sabe que hará sonreír a su mujer y a su hijo.

Helen Tremberg y él son los dos únicos oficiales de policía que hay en la

habitación. Un oficial de apoyo a la comunidad está sentado a uno de los escritorios libres y Gemma Tang, la atractiva oficial de prensa china, está inclinada sobre una gran mesa junto a la ventana, tachando amplias secciones de una nota de prensa. Es guapa como una modelo, con un trasero sobre el que, según la imaginación de Ben Nielsen, podrían rebotar monedas. McAvoy hace esfuerzos por no mirarla.

Solos o en grupos de dos, los oficiales han ido abandonando el centro de coordinación. Trish Pharaoh y Ben Nielsen están en la morgue, presenciando el examen post mórtem. Los dos detectives más jóvenes están tomando declaración a los miembros de la congregación que ayer estaban demasiado afectados para hablar con coherencia. Antes de comer, Sophie Kirkland atendió una llamada de la dueña de un pub cuyas cámaras de seguridad habían captado la imagen fugaz de un hombre vestido de negro apenas cinco minutos después de producirse la agresión. Se ha llevado dos oficiales uniformados con ella para registrar la zona en busca de pistas.

Colin Ray y Shaz Archer han ido a hablar con un informador. La llamada telefónica a su pequeño cuarto de alquiler ha proporcionado una pista. Uno de los clientes del pub Kingston Hotel se ha estado yendo de la lengua. Según el soplón, el tipo siempre ha tenido unas opiniones muy tajantes sobre los extranjeros e inmigrantes, pero hace poco perdió a su mujer, seducida por las atenciones del chef iraní de una pizzería, y ha estado diciendo que alguien va a pagar por ello. Todo esto habría sido descartado como un mero chismorreó si una rápida comprobación en las bases de datos nacionales de la policía no hubiera revelado que el tipo había sido detenido dos veces por posesión ilegal de armas y una vez por agresiones. Aunque se supone que Colin Ray es el responsable de la oficina, ha decidido que él mismo es el más indicado para seguir esta particular línea de investigación y se ha esfumado. La inspectora Archer, que nunca se aparta de él, ha seguido sus pasos, y McAvoy y Helen Tremberg se han quedado solos para contestar las llamadas.

McAvoy repasa sus notas. Ha llenado páginas con nombres, números, detalles y teorías en su cuaderno de rayas. La escritura es ininteligible para todo el mundo menos para él. Es el único oficial que sabe taquigrafía Teeline. La aprendió durante el período de prácticas, en sus ratos libres, tras quedarse impresionado por la velocidad a la que un periodista había anotado las palabras de un oficial superior al que había estado siguiendo como una sombra aquel día. Ha resultado ser una buena inversión de seis meses, aunque le haya expuesto a algún momento de desprecio atónito por parte de colegas que no saben si le ha dado un telele y se ha puesto a llenar de jeroglíficos su cuaderno de notas.

Hasta ahora las llamadas telefónicas han sido bastante escasas. Pese al llamamiento a la colaboración ciudadana de esta mañana en televisión, la gente sufre el síndrome dominical. Está disfrutando el día fuera con la familia o

relajándose en el pub, y la idea de llamar a una comisaría con información sobre un asesinato parece una actividad más propia de un horario de nueve a cinco, de lunes a viernes; así que la avalancha de llamadas que el equipo esperaba no se ha producido. Y apenas merece las horas extras dedicadas.

Aunque solo sea por eso, al menos el centro de coordinación va tomando forma. Ello se debe en gran parte a McAvoy y a la relativa inactividad que el día ha deparado. Ha traído una pizarra blanca de otro despacho y ha comenzado a trazar un breve resumen de la secuencia de hechos ocurridos el día anterior. Con un rotulador rojo ha escrito en el centro de la pizarra su propia descripción del sospechoso. *Constitución mediana. Altura media. Ropa oscura. Pasamontañas. Ojos azules y llorosos.* Es poco para empezar, y todos lo saben. Y aunque no podía haber hecho mucho más, McAvoy se siente profundamente culpable de no haber captado más detalles de su atacante.

En el otro extremo de la habitación hay un mapa de la ciudad grapado a la pared. Sobre él se han colocado chinchetas de diversos colores para indicar los lugares donde se había visto claramente al sospechoso, y su posible recorrido, tras su huida de la plaza de la Trinidad. Son el resultado de las declaraciones de los testigos, las grabaciones del circuito cerrado de televisión y meras conjeturas. Basándose en él, es posible suponer que el sospechoso se dirigió al este de la ciudad y cruzó el río antes de desaparecer del mapa en algún lugar cerca del puente de Drypool. Un grupo de oficiales uniformados recorrió la ruta, pero no encontró nada a excepción de una huella en la nieve que coincidía con la ubicación dada por uno de los testigos más creíbles. No había rastro del arma homicida. La conjetura más plausible de los agentes era que se había desecho de ella arrojándola al Hull. Cuando Pharaoh oyó esa parte de la información, golpeó el escritorio con tanta fuerza que uno de sus brazaletes se partió.

El teléfono del escritorio empieza a sonar. McAvoy levanta el auricular de baquelita beis.

–CID. Centro de coordinación.

La voz de una mujer le llega desde el otro extremo de la línea.

–Quisiera hablar con alguien sobre Daphne, Daphne Cotton –dice. Y luego, innecesariamente, añade con voz temblorosa–: La chica a la que mataron.

–Puede usted hablar conmigo. Soy el sargento Aector McAvoy...

–De acuerdo –dice interrumpiéndole. Con el temblor de la voz es difícil clasificarla, pero McAvoy cree que debe de ser de su edad.

–¿Tiene usted información...?

La oye coger aliento y a McAvoy le parece que ha estado ensayando sus palabras. Quiere decirlo todo de golpe. La deja hablar.

–Soy una profesora suplente. Hace más o menos un año di algunas clases en Hessle High. El colegio de Daphne. Hicimos buenas migas. Era una muchacha

encantadora. Muy inteligente y atenta. Le gustaba mucho escribir, ya sabe. Es lo que yo enseño. Lengua inglesa. Me mostró algunos de sus relatos. Tenía verdadero talento.

Hace una pausa. Se le quiebra la voz.

–Tómese su tiempo –le dice McAvoy con tranquilidad.

Un suspiro. Una aspiración por la nariz. Un carraspeo interrumpido por las lágrimas.

–Trabajé como voluntaria en la zona del mundo de la que ella procedía. He visto algunas de las cosas que ella vio. Empezamos a hablar. No sé, pero supongo que llegué a ser una especie de válvula de escape para ella. Me contó cosas que guardaba en su interior. Había cosas en sus relatos. Cosas de las que una muchacha no debería saber nada. Cuando le preguntaba sobre ello se mostraba muy tímida, así que comencé a ponerle redacciones. Para ayudarla a que dejara salir lo que tenía dentro.

McAvoy espera algo más. Cuando cree que no va a añadir nada más, se aclara la garganta para hablar.

Y entonces ella lo suelta.

–Esto ya le ocurrió antes.

Capítulo 7

La reconoce nada más empujar las puertas de cristal del moderno pub y adentrarse en la cálida luz azulada. Está sentada a una pequeña mesa redonda, sola, junto al radiador cerca de la barra. Alrededor hay sofás y sillones vacíos, pero parece haber elegido el asiento más próximo al radiador y casi apoya el cuerpo contra su superficie pintada de blanco. Mira a la pared, ignorando a los demás clientes. McAvoy no puede ver sus facciones, pero hay algo en su figura sentada que sugiere pesadumbre y tristeza.

—¿Señorita Mountford? —pregunta Aector acercándose a la mesa.

Ella levanta la vista. Sus ojos, de un color marrón intenso, tienen un cerco enrojecido y parecen flotar en la penumbra. Las bolsas de los ojos son oscuras, casi amoratadas por el agotamiento. Hay una bolita de plata en su orificio nasal izquierdo, pero el resto de sus rasgos no corresponde a la imagen mental que McAvoy se había hecho cuando acordó reunirse con ella aquí, en este ambiente de lo más inapropiado. Es bajita y regordeta, con el pelo marrón y ensortijado colocado tras las orejas de manera inexperta para dejar que dos largos rizos irregulares caigan por las mejillas. No lleva maquillaje, y sus dedos cortos y rollizos acaban en unas uñas completamente mordidas. Su ropa, una rebeca negra sobre una camiseta blanca, refleja una preferencia por la comodidad antes que por la moda. No lleva anillos, aunque un brazalete de madera étnico ha sido encajado en una muñeca pecosa y gruesa.

Vicki Mountford asiente con timidez y hace amago de levantarse, pero McAvoy le hace un gesto para que siga sentada. Agarra la silla que hay frente a ella y, con cierta ceremonia, se quita el abrigo. Se fija en su bebida. Es un vaso recto y bajo que contiene los restos de media docena de cubitos de hielo, reducidos al tamaño y la forma de unos caramelos chupeteados.

—¿Por qué aquí, señorita Mountford? ¿Está usted segura de que no hay ningún sitio más cómodo al que podamos ir?

Se pasa una mano por sus facciones redondeadas y, después de dirigir la mirada al vaso y a la barra, se encoge de hombros.

—Como le dije, comparto casa. Esta noche mi compañera necesita el cuarto de estar. No me gustan las comisarías. Aquí es donde siempre estoy a esta hora los domingos. Así que no me molesta —dice mirando de nuevo el vaso—. Además, necesito una copa para hablar de ella —añade en voz baja.

—Debe de haber sido muy difícil —dice McAvoy con toda la ternura de la que es capaz sobre el barullo de voces del bar medio lleno—. Informamos a la familia, pero

a veces uno se olvida de los amigos. Enterarse de algo tan horrible por la radio. Leerlo en los periódicos. No me lo imagino.

Vicki asiente y McAvoy percibe gratitud en su gesto. Luego, sus ojos vuelven a posarse en el vaso. McAvoy está pensando ofrecerle una copa cuando una camarera con una camiseta y unos leotardos negros se acerca a la mesa.

–Un vodka doble con tónica para mí –dice con una expresión de agradecimiento antes de alzar las cejas en dirección a McAvoy–. ¿Y para usted?

McAvoy no sabe qué pedir. Quizá debería tomar un café o un refresco, pero hacerlo podría arruinar una posible pista, proporcionada por alguien a quien claramente le gusta algo más fuerte.

–Lo mismo para mí –concluye.

No hablan hasta que la camarera regresa. Lo hace en un minuto, y posa las bebidas sobre unas impecables servilletas blancas en la mesa barnizada de negro. Vicki vacía de un trago la mitad de su copa. McAvoy bebe solamente un sorbito de la suya antes de volver a dejarla sobre la mesa. Piensa que debería haber pedido cerveza.

–Olvidé que es domingo –dice–. Esperaba oficinistas y gente con trajes de diseño.

Vicki hace un esfuerzo por sonreír.

–Solo vengo los domingos. Es imposible conseguir una mesa una noche entre semana, y la gente te mira raro cuando te ve sola. Los domingos por la noche hay música. Dentro de una o dos horas tocará una banda de jazz.

–¿Es buena? No me importaría oír un poquito de jazz.

–Cada semana es distinta. Esta noche toca un grupo sudamericano. Al parecer suenan bien.

McAvoy asoma el labio inferior, su gesto característico para mostrar interés. Durante su última época como agente uniformado había vigilado el orden público en el Festival de Jazz de Beverley y se había quedado impresionado por algunos de los grupos de jazz étnico llegados hasta el este de Yorkshire para tocar una docena de temas de fusión ante estudiantes borrachos y algún que otro verdadero aficionado.

–Es caro, ¿no?

–Si llegas antes de las seis es gratis. Cinco libras si llegas más tarde, creo. Yo nunca he pagado.

–¿No? Eso supondrá un buen ahorro.

–En el sueldo de un profesor suplente cada penique cuenta.

Sus palabras parecen llevarles de regreso a la razón de su encuentro. McAvoy estira la espalda en la silla. Mira intencionadamente su cuaderno de notas. Relaja el rostro mientras se dispone a dejarle contar su relato con sus propias palabras.

–Ella debe de haber representado mucho para usted –dice en un tono que

pretende animarla a hablar.

Vicki asiente con la cabeza. Luego hace un gesto que es poco más que un encogimiento de hombros.

–¡Vaya desperdicio! –dice, y parece como si una resignación cansada viniera a sustituir parte de su angustia–. Que después de pasar por todo aquello consiguiera ordenar un poco su vida y...

Se detiene. Inclina el vaso vacío hacia su boca e introduce la lengua para relamer hasta las últimas gotas de alcohol aguado. Con los ojos cerrados parece tomar una decisión antes de agachar la cabeza para coger algo de debajo de la mesa. McAvoy oye el ruido de una cremallera y un instante después ella le entrega algunas hojas de papel dobladas que ha sacado de una bolsa.

–Esto es lo que escribió –dice–. De esto es de lo que le hablo.

–¿Y esto es...?

–Su historia. Parte de ella, al menos. Un pedacito de cómo fue su vida. Como le he dicho, tenía talento. Me habría gustado darle clase todos los años, pero no había un puesto permanente en el colegio. Empezamos a hablar. He realizado trabajo voluntario en Sierra Leona. Ya sabe, creando escuelas, enseñando un poco aquí y allá. Conocí algunos de los lugares que eran familiares para ella. Eso fue suficiente para que nos hiciéramos amigas.

McAvoy ladea la cabeza. Una chica de catorce años y una mujer quizá veinte años mayor que ella..., ¿amigas?

–Tenía amigas de su edad, por supuesto –añade Vicki como si leyera sus pensamientos, moviendo el vaso vacío en círculos lentos y constantes–. Era una muchacha normal, en la medida en que tal cosa exista. Le gustaba la música pop. Veía *Skins* y *Gran Hermano*, como hacen todos los adolescentes. Nunca vi su habitación, pero estoy segura de que había pósters de Take That en las paredes. Era su forma de escribir lo que la hacía especial. Eso y su fe, aunque jamás hablamos de ese tema. No tengo ese tipo de inclinaciones. Cuando me preguntan mi religión en impresos oficiales yo siempre pongo «criatura de luz». Eso o «Jedi».

McAvoy sonríe. Sin pensarlo, bebe un buen trago de su bebida y siente el calor agradable de su paso por la garganta.

–Yo lo dejo en blanco.

–¿No es usted creyente?

–No creo que eso importe a nadie –responde, y espera que todo quede ahí.

–Es probable que tenga razón. Desde luego Daphne nunca se lo restregó a nadie por las narices. Llevaba un crucifijo, pero en realidad era una chica reservada, siempre con su uniforme escolar abotonado hasta arriba, a la que no se podía acusar de hacer alarde de sus creencias. Comenzamos a hablar porque algunas de las respuestas que había dado en clase me intrigaron. Debió de ser hace un año más

o menos. Hacía una suplencia de tres semanas en el colegio. Estábamos leyendo *Macbeth*.

McAvoy arruga el rostro y trata de recordar el pasaje que había tenido que memorizar para una función en su colegio.

–A menudo, para llevarnos a la perdición, los agentes de las tinieblas nos dicen verdades y nos tientan con inocentes minucias para confundirnos de manera irreparable...

Se detiene, avergonzado.

–Me ha dejado impresionada –dice Vicki, y cuando su cara se ilumina con una sonrisa, McAvoy se queda asombrado por el efecto que el simple acto de sonreír produce en su rostro. Es lo bastante informal y atrevida para sentarse sola en un club de jazz, pero demasiado discreta para atraer compañía.

–Lo hice cuando tenía trece años –explica McAvoy–. Tuve que recitarlo en una sala repleta de padres y profesores. Todavía me estremezco al pensarlo. No creo que haya pasado tanto miedo jamás.

–¿En serio? A mí nunca me ha molestado –dice ella mientras la entrevista se va convirtiendo en una charla entre amigos–. Cuando era niña me encantaba estar en el escenario. Nunca he sido de las tímidas.

–La envidia –dice McAvoy con sinceridad.

–Creía que no se podía ser policía si uno era tímido –dice entornando los ojos, de pronto bonitos.

–Solo hay que aprender a disimularlo –responde encogiéndose de hombros–. ¿Qué tal lo hago?

–Casi me engaña –susurra–. No se lo diré a nadie.

McAvoy se pregunta si está enfocando esto bien.

–Así que *Macbeth* –dice intentando retomar el hilo.

–Bueno, en pocas palabras, hice algunas preguntas a la clase. Algo sobre el mal. Quería saber a qué personajes de la obra se puede considerar realmente buenos y a cuáles verdaderamente malos. Todos los alumnos hablaban de Banquo y Macduff como si fueran héroes. Daphne no estaba de acuerdo. Colocaba a todo el mundo en un punto medio. Decía que no se puede ser una cosa o la otra. Que la gente buena hacía cosas malas. Y la gente mala era capaz de mostrar bondad. Que la gente no era siempre una sola cosa. No tendría más de doce o trece años y el modo en que decía eso me intrigaba. Le pedí que se quedara después de clase y empezamos a hablar. Mi contrato con el colegio al final fue de seis meses y llegué a conocer a Daphne bastante bien. Los otros profesores sabían que era adoptada, claro, y que debía de haber visto algunas cosas horribles, pero desconozco hasta qué punto esa información constaba en su expediente.

–¿Cómo y cuándo le habló de lo que le ocurrió en Sierra Leona?

–Creo que un día directamente le pregunté –responde Vicki moviéndose en su

asiento para intentar captar la mirada de la camarera. McAvoy empuja su propia copa sobre la mesa y, sin decir una palabra, Vicki la rodea con su mano—. Como ya le he dicho, he trabajado en países que conocen el conflicto y la pobreza. Iba caminando con ella entre clase y clase y de pronto me lo contó. Me dijo que habían matado a toda su familia . Ella fue la única que sobrevivió.

Durante un rato permanecen en silencio. McAvoy solo piensa en esa muchacha asesinada. Ha investigado vidas perdidas antes, pero hay algo en el acuchillamiento de Daphne Cotton que suena a inutilidad. A cruel fin de una vida que había sido indultada de manera inesperada y que quizás podría haber ofrecido mucho.

—Léalo —dice Vicki al cabo de un momento, señalando con la cabeza los papeles que McAvoy tiene delante, sobre la mesa—. Lo escribió hace unos tres meses. Habíamos estado hablando de la necesidad de basarse en las propias experiencias para llegar a ser un buen escritor. De introducir retazos de la propia vida en lo que uno escribe. No estoy segura de si me entendió, pero lo que escribió me parece desgarrador. Léalo.

McAvoy despliega las hojas. Mira las palabras de Daphne Cotton.

Dicen que a los tres años uno es muy joven para tener recuerdos, así que es posible que mis palabras sean producto de lo que me han contado y he leído. A decir verdad, no lo sé.

Cuando pienso en mi familia no huelo a sangre. No huelo los cuerpos ni recuerdo el tacto de su piel muerta. Sé que ocurrió. Sé que me arrancaron de la pila de cuerpos muertos como a un niño de entre los escombros de un edificio derruido. Pero no lo recuerdo. Y sin embargo sé que sucedió.

Tenía tres años. Era la penúltima hija de una gran familia. Mi hermano mayor tenía catorce años. Mi hermana mayor un año menos. Mi hermano pequeño debía de tener diez meses. Tenía otros dos hermanos y otra hermana. Mi hermano menor se llamaba Ishmael. Creo que éramos una familia feliz. En las tres fotografías que tengo todos estamos sonriendo. Las fotografías me las regalaron las monjas cuando me fui para conocer a mis nuevos padres. No sé de dónde salieron.

Vivíamos en Freetown, donde mi padre era sastre. Nací en un momento de violencia y guerra, pero mis padres nos mantenían alejados de los problemas. Al igual que sus padres, mis abuelos, los míos eran cristianos temerosos de Dios. Vivíamos juntos en un piso grande de la ciudad y creo recordar que rezábamos para dar gracias por nuestra buena fortuna. Por los libros de historia y por Internet, sé que la gente moría a millares en una época en la que nosotros llevábamos una vida feliz, pero mis padres jamás permitieron que el horror se introdujera en nuestras vidas.

En enero de 1999, los combates alcanzaron Freetown. Cuando intento recordar imágenes de nuestra huida de la masacre y el derramamiento de sangre que se produjo aquel día no encuentro ninguna. Tal vez nos fuimos antes de que los soldados llegaran. Sé que nos dirigimos hacia el norte con otras familias de nuestra iglesia. No podría decir cómo llegamos a Songo, la región de la que procedía la familia de mi madre.

Recuerdo la hierba seca y un edificio blanco. Creo que recuerdo canciones y oraciones. Recuerdo la tos de Ishmael. Es posible que estuviéramos allí días o semanas. A veces pienso que estoy defraudando a mi familia por no acordarme. Ruego a Dios Padre que ponga remedio a este pecado. Le pido recuerdos, no importa lo dolorosos que sean.

Cuando me hice mayor, las hermanas del orfanato me contaron que habían llegado los rebeldes. Que había sido un día soleado y luminoso. Que los combates habían comenzado a disminuir en otras zonas del país y que los hombres que pasaron por nuestra iglesia huían de la derrota. Estaban borrachos y muy enfadados.

Metieron a mi familia y a sus amigos en la iglesia. Nadie salió vivo, así que nadie puede contar lo

que ocurrió. Algunos de los cuerpos tenían disparos de bala en la nuca. Otros habían muerto por los cortes de los machetes.

No sé cómo me libré. Me encontraron entre los cuerpos. Tenía un corte en el hombro y sangraba. Creo recordar gente blanca con uniformes azules, pero todo podría ser producto de mi imaginación.

Me digo que he perdonado a esos hombres por lo que hicieron. Sé que no es verdad. Pido a Dios todos los días que esa mentira se convierta en verdad. Él me ha dado una nueva familia. Ahora vivo bien. Al principio temía que la ciudad con la que Freetown está hermanada fuera su reflejo exacto. Que las páginas de su historia estuvieran escritas con sangre. Pero esta ciudad me ha recibido con cariño. Mis nuevos padres nunca me piden que olvide. Y nunca me he sentido tan cerca de Dios. Su templo me acoge. La Santísima Trinidad se ha convertido en Sus brazos cálidos y amantísimos. Su abrazo me produjo felicidad. Rezo para encontrar la fuerza necesaria para agradecerle y ser digna de Su amor...

McAvoy siente un nudo en la garganta y un ligero picor en los ojos. Cuando alza la vista, la mirada de Vicki se encuentra con la suya.

–¿Entiende lo que quiero decir? –dice mordiéndose el labio–. El desperdicio.

McAvoy asiente despacio.

–¿Habló con ella sobre esto? –pregunta con voz ronca y áspera.

–Claro. Nunca supo muy bien lo que ocurrió. Solo lo que las monjas del orfanato le contaron. La habían acorralado con su familia y llevado a la iglesia. Algunos fueron derribados a machetazos. A otros les dispararon. Hubo varias violaciones. A Daphne la encontraron las fuerzas de las Naciones Unidas entre los cuerpos. Le habían asestado un golpe con un machete, pero sobrevivió.

McAvoy aprieta los puños. Intenta asimilar todo esto.

–¿Quién más tenía noticia de ello?

–¿Los detalles? No mucha gente. Ni siquiera sé cuánto contó a sus padres adoptivos. Saben que su familia fue asesinada, pero en cuanto a lo que le ocurrió a Daphne...

–¿Ha mostrado estos papeles a alguien más?

Vicki frunce los labios y resopla.

–Quizás a una o dos personas más –dice apartando la vista. Es la primera vez que se comporta como si tuviera algo que ocultar.

McAvoy asiente. Sus pensamientos se agitan como una tormenta.

–¿Cree que hay alguna relación? –pregunta Vicki–. Quiero decir que es una coincidencia, ¿no? Una iglesia. Un cuchillo. Fue un machete, ¿verdad?

Sin pensarlo, McAvoy asiente con la cabeza. Se da cuenta de que no sabe si la información se ha hecho pública y entonces corrige.

–Podría ser –dice.

Vicki parece debatirse entre el deseo de llorar y las ganas de escupir. Se siente irritada y apesadumbrada.

–Cabrón –dice.

Una vez más, McAvoy asiente. No sabe muy bien qué hacer ahora. Quiere llamar a Trish Pharaoh y contarle, tal como dicta el procedimiento. Pero el

procedimiento dictaba que permaneciera en la oficina y atendiera los teléfonos y había eludido esa tarea tan pronto como había recibido la llamada de Vicki.

–Es como si alguien hubiera intentado acabar lo que comenzó hace todos esos años –dice Vicki con la mirada clavada en su último vaso vacío. Levanta la vista y le mira con atención–. ¿Quién haría eso?

A sus ojos, es un policía. Un hombre que puede ofrecer explicaciones. Buscar el sentido a las cosas.

A él le gustaría ser digno de esa consideración.

Sus pensamientos están ocupados por las palabras de Daphne Cotton. Por la sencilla e intacta inocencia de una mente hermosa no envilecida por las humillaciones presenciadas por su cuerpo.

De repente, quisiera hacer daño a quien hizo esto. Se odia a sí mismo por ello, pero sabe que es así. Que este crimen es imperdonable. Le consuela reconocerlo. Y aceptar, si va a perseguir el mal, que debe hacerlo desde el lado del bien.

Capítulo 8

A unos tres coches de distancia, al otro lado del aparcamiento, Trish Pharaoh está apoyada en el capó de un Mercedes plateado, con la cara entre las manos. Parece una adolescente viendo la tele. Su rostro muestra una sonrisa burlona de satisfacción, y pese a la inclemencia del tiempo, su maquillaje está perfecto.

–Suba al coche –dice.

Abre la puerta del pasajero y rodea el vehículo por detrás hasta llegar al lado del conductor. Se mete dentro, mostrando brevemente un muslo carnoso y una pantorrilla a juego que desaparece en sus ceñidas botas de motorista.

Por un instante, McAvoy no sabe qué hacer. No sabe por qué está ella aquí. ¿Le estaba vigilando? ¿Es que piensan echarle del caso? Se pasa la mano por la cara y cruza el aparcamiento con la mayor dignidad posible.

Se desliza en el Mercedes y la fragancia de un perfume caro lo recibe con un abrazo claustrofóbico. Huele a mandarinas y lavanda.

–¿Está cómodo? –pregunta Pharaoh sin ninguna malicia.

Al verse reflejado en el cristal oscurecido de la puerta del conductor se da cuenta de lo ridículo que resulta, encajado en ese coche diminuto.

–Recibí su mensaje –añade, bajando el espejo del parasol para revisar su maquillaje de ojos–. Hablé con Helen Tremberg por teléfono. Me dijo que iba a reunirse con un informante aquí. Y decidí venir tras sus pasos.

McAvoy hace un esfuerzo para no expulsar de golpe todo el aire de sus pulmones. Siente un gran alivio.

–Acabo de terminar la entrevista ahora mismo, señora –dice en tono de disculpa–. Ella está en una sesión de jazz y seguirá allí...

Hace un gesto con la mano para interrumpirle y se encoge de hombros.

–Me encanta ese acento –dice, a medias para sí misma–. Pasé un tiempo en Edimburgo, ya sabe. Una iniciativa sobre buenas prácticas o alguna estupidez así. Una idea de mi antiguo jefe sobre una zona de tolerancia para las prostitutas. Nunca llegó a hacerse realidad. Hará unos diez años. Era sargento entonces. ¿Estaba por allí en esa época?

McAvoy se rasca la frente como si estuviera pensando.

–Bueno...

–Mi hijo hace eso –ríe Pharaoh mirándole–. O se rasca la barbilla. Es un gesto tan dulce.

Las mejillas de McAvoy se enrojecen.

–¿Qué edad tiene? –pregunta.

–Diez años –responde apartando los ojos del espejo. Deja vagar la mirada en la media distancia sin fijarse en nada.

–Todavía le queda toda la terrible adolescencia por delante –prosigue, quitándose una pelusa de las medias y soplándola de la palma de la mano con los labios fruncidos y húmedos–. A juzgar por las cosas que vemos en este trabajo, lo van a pasar mal cuando se vayan de casa, por no hablar de los problemas en los que pueden meterse. ¡No vea las ganas que tengo!

–Seguro que no será tan malo –responde McAvoy sin saber qué más decir. No sabe si su marido la ayuda. Se asombra de cómo ha conseguido conjugar su vida privada y su trabajo–. A mi hijo aún le quedan unos cuantos años para llegar a eso.

Pharaoh gira la cabeza y le mira.

–Están esperando otro, ¿verdad?

No puede evitar esbozar una sonrisa.

–Dentro de dos meses –contesta–. Roisin está más gorda de lo que se puso con Fin, pero el embarazo no está siendo tan complicado. El primero fue un infierno... –comienza a decir, pero se detiene al advertir que puede ser una trampa–. No pienso coger ningún permiso por paternidad, señora. Si esta investigación se alarga, puede contar conmigo todo el tiempo que necesite.

Ella pone los ojos en blanco y mueve la cabeza.

–Hector –dice, y enseguida suelta una leve risa–. Perdón. Es Aector, ¿verdad? Con una especie de flema en medio, ¿no? No estoy segura de tener la saliva suficiente para pronunciarlo en gaélico todos los días. ¿Puede conformarse con Hector?

–Está bien.

–Hector, si no coge el permiso por paternidad le retuerzo el pescuezo. Tiene derecho, así que hágalo.

–Pero...

–Pero nada, no sea bobo –dice riendo de nuevo–. Hector, ¿puedo hacerle una pregunta?

–Desde luego, señora.

Pharaoh le aprieta el muslo de una manera amigable y reconfortante mientras le mira a los ojos.

–¿Qué pasa con usted?

–¿Perdón?

–McAvoy, nos gusta que sea un gigante educado, pero hay una fina línea de separación entre no recurrir a su tamaño para aprovecharse y ser un jodido y completo blandengue.

McAvoy parpadea varias veces.

–¿Un blandengue?

–Dígalo –dice.

Él aparta la vista procurando no alterar su tono de voz.

–Decir ¿qué?

–Dígame lo que ha estado deseando decirme desde que estamos aquí.

Hace un esfuerzo para mirarla a los ojos.

–No sé...

–Sí, sí sabe, Hector. Usted quiere decirme que lea su expediente. Que pregunte por ahí. Que me entere de lo que hizo.

–Yo...

–Hector, le conozco desde hace ¿cuánto?, ¿seis meses? ¿Quizás algo más? ¿Cuántas conversaciones hemos mantenido?

McAvoy se encoge de hombros.

–Hector, cada vez que le encargo algo su expresión está a medio camino entre la de un cachorro complaciente y la de un jodido asesino en serie. Me mira usted como si fuera capaz de hacer cualquier cosa que le pida y hacerla mejor que nadie. Y esa es una cualidad muy atractiva. Pero hay algo que asoma por detrás de eso y dice: «¿No sabe usted quién soy yo? ¿No sabe lo que hice?».

–Siento dar esa impresión, señora, pero...

–Conocí a Doug Roper, Hector.

McAvoy da un visible respingo al oír el nombre.

–Era un sexista, un vicioso hijo de puta, y por cada parásito que quería formar parte de su cuadrilla o conseguir su apoyo para medrar había media docena más que pensaba que era un absoluto gilipollas.

–No tengo permiso...

–¿...para hablar de ello? Lo sé, Hector. Todos lo sabemos. Sabemos que Doug hizo algo muy malo y que usted fue quien lo descubrió. Sabemos que informó a los jefazos. Que le prometieron el oro y el moro y que echarían a Roper. Y sabemos que no tuvieron arrestos, le dejaron escapar sin armar el menor escándalo y usted se quedó en medio como un pobre capullo, en un grupo del CID que se desintegraba más rápido que una bola de nieve en un microondas. ¿Qué tal voy hasta ahora?

McAvoy permanece en silencio.

–No sé qué le prometieron, Hector. Dudo mucho que sea lo que ahora tiene. Debe de ser duro, ¿no? Debe de carcomerle por dentro que la gente sepa, pero sin saber en realidad.

Forma una garra con la mano y se la lleva al corazón.

–Debe de dolerle aquí.

–No se lo imagina –dice con voz queda. Cuando levanta la vista, el rostro de Pharaoh está al lado del suyo. Ve su propio reflejo en sus ojos. Dominado por la situación, comienza a inclinar la cabeza...

Ella se echa hacia atrás bruscamente, mira de nuevo al espejo y aparta su mano

del muslo de McAvoy para retirarse una pestaña invisible de la mejilla.

–Bueno –dice con una amplia sonrisa–, ya es suficiente. Pensaba haber mantenido esta charla con usted hace unos meses, pero ya sabe cómo son las cosas y lo difícil que es encontrar el momento...

–Se lo agradezco mucho, señora –contesta mientras el corazón le late con fuerza.

Pharaoh baja la ventanilla eléctrica y una agradable corriente de aire frío llena el coche. Cierra los ojos y parece disfrutar de la sensación sobre su piel mientras ladea el rostro para recibir el aire fresco y saludable.

McAvoy hace lo mismo con su ventana. Siente su flequillo húmedo agitarse por la brisa.

Permanecen en silencio durante un rato. McAvoy trata de buscar algo que hacer con las manos. Se las mete en el bolsillo y saca el teléfono. Se da cuenta de que lleva apagado desde que entrevistó a Vicki Mountford. Lo enciende y la melodía cantarina que acompaña la pantalla de bienvenida suena irritantemente fuerte dentro del coche. Acto seguido, el buzón de voz comienza a emitir pitidos. Se lo acerca a la oreja. Dos mensajes. Uno, de Helen Tremberg, avisándole de que Trish Pharaoh ha estado preguntando por su paradero y podría seguirle hasta la entrevista con Mountford. Y otro de Barbara Stein-Collinson, la hermana del pescador de arrastre:

Hola, sargento. Siento llamarle en domingo. Creí que debía saber que acabo de tener noticias de la gente de la televisión que estaba con Fred cuando murió. No sé, pero todo suena un poco raro. Quizás no sea nada. ¿Podría llamarme cuando tenga un momento? Muchas gracias.

McAvoy cierra el teléfono. Sabe que la llamará. Que escuchará sus motivos de preocupación. Articulará los sonidos apropiados. Le dirá que hará lo que pueda.

–¿Alguna cosa? –pregunta Pharaoh.

–Tal vez –responde, pero no está seguro–. Un favor que le hice al ayudante del jefe superior. La esposa de uno de los miembros de la Autoridad Policial. A su hermano lo han encontrado muerto. Un viejo pescador de arrastre. Estaba haciendo un documental sobre las tragedias de los arrastreros en 1968. Parece que se arrojó por la borda a setenta millas de la costa islandesa. Lo encontraron en un bote salvavidas. Tuve que comunicarle la noticia.

–Pobre chaval –dice con aire pensativo. Es el mantra del oficial de policía.

–Lo investigaré en mi tiempo libre...

–Venga, McAvoy, déjelo ya –dice con tono áspero.

–¿Señora?

–Mire, McAvoy –prosigue, y de pronto parece irritada–, la gente no sabe qué pensar de usted. Puede que llegue a jefe superior o acabe debajo de un puente bebiendo Special Brew. No le entienden. Solo saben que es usted un buenazo enorme que puede partirles en dos y que arruinó la carrera del poli más importante

de Humberside. Se trata de unos hechos que requieren cierta capacidad, ¿me entiende?

Los pensamientos de McAvoy son como fuegos artificiales que explotan en su imaginación. Puede oler la sangre que le fluye en la cabeza.

–¿Por qué ahora? –logra decir–. ¿Por qué me dice esto ahora?

–Recibí su mensaje sobre ese testigo. Estaba lidiando con las llamadas de la prensa, de los jefes, de los detectives y de los agentes. Intentaba conseguir algo de la madre de Daphne, evitando que el álbum familiar se cubriera de lágrimas. Entonces escuché los mensajes, y el único que era sosegado, preciso, objetivo y jodidamente interesante era el suyo. Así que sentí una oleada de simpatía hacia usted, amigo. Y decidí mostrarle un poco de cariño –dice sonriendo de nuevo–. Disfrútelo mientras dure.

McAvoy se da cuenta de que ha estado conteniendo la respiración. Cuando por fin exhala el aire, se siente más ligero. Un sentimiento de afecto hacia Pharaoh se adueña de él. Acompañado de un deseo de compensar su confianza.

–El viaje mereció la pena –dice con entusiasmo–. Me refiero a Vicki Mountford.

–Ilústreme –dice Pharaoh.

Sin pensarlo, McAvoy se quita el sombrero y comienza a descolgarse la bandolera del hombro. De pronto, se detiene y ladea la cabeza, mirando a su oficial superior con una media sonrisa. Y por primera vez, desde que recuerda, decide actuar por impulso.

–¿Le gusta el jazz? –pregunta.

El cartel, de un negro desteñido sobre fondo blanco, es una ruina, y está emborronado con garabatos color púrpura y firmas a medio escribir.

NO SE PERMITE JUGAR A LA PELOTA.

Los visitantes de la urbanización Orchard Park de Hull podrían preguntarse quién hará cumplir la orden. Hileras de casas cubiertas con tablones se alzan vacías, preparadas para ser demolidas. Muchas tienen el tono oscuro de la fruta estropeada debido al humo y el polvo de las demoliciones. Otras no tienen puertas. O ventanas. Parecen centinelas que vigilaran unos jardines llenos de cascotes y barro convertidos en campos de minas cubiertos de cristales rotos.

Hay unas pocas viviendas habitadas.

Hace algún tiempo este era un lugar codiciado. El antiguo Consorcio de Transportes de Hull tenía una lista de espera para familias deseosas de mudarse a este nuevo barrio de casas sólidas, tenderos afables y jardines bien cuidados. Incluso en los años sesenta, cuando los bloques de pisos comenzaron a elevarse hacia el cielo, todavía era una zona que olía a trabajadores honrados y diligentes, y mujeres orgullosas de sus hogares. Pobre, pero con un escalón de entrada tan limpio que se podía comer en él.

No ahora. Hace treinta y tantos años la industria pesquera desapareció. El Gobierno la abandonó. La cedió a los europeos y les dijo que la disfrutaran. Dijo a los británicos que dieran gracias por haber gozado de ella durante tanto tiempo. Y dejó sin trabajo a miles de pescadores.

Durante la década de los años 1970, los hijos de los pescadores de arrastre de la costa este, de los asentadores en la lonja de pescado, de los comerciantes en los puestos del mercado y de los marineros, se convirtieron en la primera generación en tres siglos que descubrió que no se podía vivir del mar. No se podía vivir de nada a menos que hubieras pasado los exámenes de bachillerato y tuvieras un acento poco marcado. Y se fueron al paro. Se bebieron el subsidio de desempleo. Engendraron hijos que siguieron el ejemplo de Papá y Mamá y se convirtieron en adolescentes que pasaban las tardes robando coches y destrozando paradas de autobús, asaltando farmacias y dejando embarazadas a jovencitas en garajes que apestaban a gasolina. Orchard Park comenzó a morir.

Hace diez años, el Ayuntamiento de Hull admitió lo que sus vecinos ya sabían. La ciudad iba de culo. Su población disminuía. Cualquiera que tuviera dinero se trasladaba a las ciudades y los pueblos cercanos. Quienes habían obtenido el bachillerato solo estaban aquí de paso hacia ciudades más prósperas. Las compañías hipotecarias empezaron a ofrecer un dinero fácil a los inquilinos de las casas de protección oficial, que adquirirían casas adosadas de dos habitaciones en la planta baja y dos dormitorios en la planta superior en cualquiera de las nuevas urbanizaciones, idénticas, que surgían a las afueras de la ciudad. Cuando llegó el año 2000 había 10.000 casas vacías en Hull y la mayor parte de ellas estaban en Orchard Park. Las demoliciones a gran escala comenzaron.

Todavía queda algún orgulloso propietario aquí y allá. Entre las casas chamuscadas y arrasadas, como dientes negros y encías podridas, se alza alguna que otra muela sana pintada de blanco. Los jardines son de un color verde intenso. La tierra, marrón café. Algunas cestas cuelgan junto a las puertas de doble cristal cubiertas con visillos. Son las casas de los que no quieren marcharse. De los que creen que Orchard Park se salvará. Que el mal momento pasará. Que los bloques de pisos caerán. Que las propiedades en las que gastaron los ahorros de su vida pronto serán un chollo.

Al otro lado de una franja de asfalto llena de baches, rodeadas por verjas de hierro por todos lados y con los ladrillos ennegrecidos, asoman unas frente a otras. Como idílicos chalecitos en la costa.

Aunque las luces están encendidas en el número 59, sus propietarios no están en casa. Warren Epworth sufrió una angina de pecho anoche y le llevaron al hospital Hull Royal como medida de precaución. Su mujer, Joyce, está con su hija en Kirk Ella. Es un traslado que la hija espera que se convierta en permanente cuando a su padre le den el alta. También espera que asalten la casa mientras está desocupada.

Que la destrocen. Que le peguen fuego hasta que solo queden las cenizas. Sus padres necesitan tener una prueba de que su barrio no tiene solución. Deben irse de allí.

Esta noche, el cuarto de estar donde los Epworth han vivido durante cuarenta y dos años está ocupado por dos hombres.

Uno lleva un pasamontañas negro. Un suéter oscuro. Unas botas de soldado negras.

Tiene los ojos azules y llorosos.

El otro está tumbado en un sofá estampado. Lleva una vieja camiseta del Manchester United, unos pantalones de chándal y zapatillas de deporte. Es flaco y de aspecto andrajoso, con los brazos llenos de roña, la piel de gallina y la cara sucia y sin afeitar. En torno a sus labios hay unos coágulos rojos y pegajosos, y uno de sus dientes apunta hacia dentro, dejando a la vista una encía ensangrentada y podrida.

Tienes los ojos cerrados.

Apesta a alcohol.

El hombre del pasamontañas observa la habitación. Los historiados marcos de los cuadros sobre la repisa de la chimenea. Los retratos sonrientes. Los bebés recién nacidos y los nietos disfrazados. Las fotos escolares. Una instantánea de la celebración de unas bodas de rubí que muestra a una pareja de ancianos y unas cabezas que asoman en la cabecera de una mesa llena de regalos.

El hombre asiente como si acabara de tomar una decisión. Pasa el brazo por la repisa y coge las fotografías. Las mete en una bolsa de viaje negra que hay a sus pies.

Después se vuelve a la figura del sofá.

De un bolsillo interior saca un recipiente metálico amarillo. Cierra los ojos. Toma aire por la nariz.

Rocía el combustible para encendedores sobre el hombre inconsciente.

Se aparta, con las manos enguantadas cerradas en un puño.

Ve cómo el otro hombre tose y balbucea al despertarse.

Le ve alzar la vista. Le mira.

Sabe.

Sabe que ha vivido un tiempo prestado.

Que escapó cuando debería haber perecido.

Que la deuda debe ser saldada.

Ve los ojos del otro hombre abrirse y cerrarse. Ve el pánico y la furia retorcer los músculos de su rostro.

—¿Qué...? ¿Dónde...?

El hombre intenta ponerse en pie, pero su mente está nublada por el alcohol. Sus recuerdos son solo borrones indefinidos. Recuerda el pub. La pelea con el otro

cliente. El aparcamiento. Los primeros pasos de su largo trayecto de regreso hasta su piso encima de la oficina de apuestas. Después, un puño agarrándole el pelo. El cuello frío y duro de una botella metido a la fuerza en su boca. El repentino sabor de la sangre y el vodka. La imagen desvaída de un hombre vestido de negro.

—¿Es este...?

La disposición de la casa le resulta familiar. Terriblemente parecida al lugar que una vez consideró su hogar. El lugar al que le prendió fuego porque estaba harto y le gustaba el ruido de las sirenas de los camiones de bomberos. El lugar que coció a fuego lento a su mujer y a sus hijos.

—¿Por qué...?

El hombre del pasamontañas levanta una mano como si diera el alto a un coche que marcha a velocidad excesiva. Menea la cabeza. Le comunica, con un solo gesto, que no tiene sentido resistirse. Que todo está decidido.

Con un rápido movimiento saca un encendedor amarillo de un bolsillo. Se agacha, como un velocista a punto de tomar la salida, y acerca la llama a la moqueta estampada.

Después se da la vuelta.

La llama se propaga a derecha e izquierda, aumentando y ganando velocidad a medida que los dos chorros de fuego rodean el sofá.

El hombre del pasamontañas se echa hacia atrás y se protege los ojos.

Cuando el hombre del sofá coge aire para gritar es como si se tragara la llama. Tras una boqueada de aire como un jadeo, la lengua de fuego se abalanza sobre él.

Lo envuelve en su abrazo.

El hombre vestido de negro no mira a la criatura ardiente. No se detiene a contemplarla mientras se revuelve y lucha contra el enfurecido manto rojo y dorado que la devora. Que funde su camiseta de poliéster con su piel. Que llena la habitación con el olor acre a carne quemada.

Coge la bolsa de viaje y se dirige hacia la puerta.

Deja al hombre en llamas pensando si fue así como se sintió su familia cuando el fuego consumía su piel.

Capítulo 9

McAvoy extiende espuma de afeitar sobre su rostro y comienza a rasurarse la barba con su navaja de afeitar. Roisin se la había comprado en una tienda de regalos próxima a Harrods durante uno de los frecuentes viajes a Londres al principio de su noviazgo. Es un objeto de aspecto letal, con una hoja que podría segar las alas de una mariposa en pleno vuelo. A ella le gusta ver cómo la afila en el suavizador de cuero que cuelga junto al espejo.

–¿Ves bien? ¿Quieres abrir una ventana?

Aparta la vista del espejo. Roisin asoma la cabeza por detrás de la cortina de la ducha. Puede ver la sombra de su vientre y sus pechos tras el material estampado y siente una tensión familiar en el abdomen. «Tan hermosa», piensa, y el pensamiento es tan fuerte que tiene que hundir las uñas de los dedos en las palmas de las manos para contenerlo.

–Sí –responde, asintiendo también con la cabeza por si ella no oye su voz con el sonido del agua corriendo–. Veo bien.

Roisin oculta de nuevo la cabeza tras la cortina y él contempla cómo su silueta cambia de forma cuando echa la cabeza hacia atrás para aclararse el pelo. La ve girarse despacio, jugar con la alcachofa de la ducha y dirigir el chorro de agua hacia sus hombros. La ve coger la pastilla de jabón de marca y enjabonarse los brazos. El vientre. Ve cómo se enjabona los muslos. Entre las piernas. Los pechos pequeños y tiernos.

McAvoy está aún pensando si estirar la mano y acariciar la curva de sus caderas cuando de repente ella cierra el grifo. Descorre la cortina y se queda en la bañera goteando agua. Tan ajena a su propia belleza.

–Siento haberme quedado dormida –dice sacudiéndose el pelo como un perro empapado y alargando la mano para que le ayude a salir del baño–. ¿A qué hora llegaste?

McAvoy se inclina y besa su cara húmeda, rozando la comisura de sus labios. Ella sonríe, complacida, y le devuelve el beso frotando su cuerpo mojado contra su pecho.

–Deberías haberte metido conmigo ahí dentro –susurra señalando hacia la bañera con la cabeza–. Podría haberte compensado por anoche.

–Es mejor solo en teoría –dice él mientras le recorre un sentimiento de alivio.

–¿Ah, sí? –pregunta con voz coqueta y juguetona.

–Me refiero a la ducha –dice entre beso y beso–. Acabamos escurriéndonos, ¿recuerdas?

Se ríen al recordar la última vez que intentaron compartir el cubículo de una ducha. Debido a la diferencia de altura, resultó que mientras Roisin estuvo a punto de ahogarse McAvoy seguía completamente seco de cintura para arriba.

Sus manos se deslizan hacia la parte inferior del cuerpo de McAvoy. Recorre su cuello con los labios.

Le olfatea.

–¿El perfume es Dolly Girl, de Anna Sui? –pregunta.

Se retira y le mira con gesto socarrón. En su cara hay espuma de afeitarse.

–Yo...

Vuelve a husmear y sonrío. Luego se extiende la espuma de afeitarse sobre los labios para que parezca un bigote. Se pone de puntillas y le besa la boca cubierta de jabón de afeitarse.

–Quienquiera que sea, tiene buen gusto.

Después vuelve a apoyar los labios sobre su piel.

–Roisin, estaba trabajando, no podía...

Le hace callar. Él baja la cabeza para mirarla a los ojos.

–Aector, el día que me engañes el mundo se convertirá en una bola de chocolate. No en una bola gigante, sino en una de tamaño normal sobre la que todos tendremos que intentar mantener el equilibrio. Por ahora no creo que eso vaya a ocurrir. Así que cierra la boca y bésame.

–Pero...

Roisin introduce su lengua entre los labios agrietados y resecos de McAvoy.

–¡Papá! ¡Teléfono!

La puerta se abre de repente y Fin entra corriendo en el baño. Resbala sobre el linóleo mojado y aterriza sobre el trasero, dejando caer el teléfono, que se desliza como un disco de hockey. Fin suelta una risita sin intentar levantarse mientras su pijama de Buzz Lightyear comienza a empaparse de agua.

McAvoy se agacha y coge el móvil del suelo.

–Aector McAvoy –contesta.

–¿Le pillo en mal momento, sargento?

Tarda un instante en identificar la voz. Su tono es tembloroso y sin duda de clase media.

–¿Señora Stein-Collinson? –pregunta. Frunce el gesto y se recrimina no haberle devuelto la llamada anoche.

–Eso es –dice aliviada al saberse reconocida–. Parece ocupado. ¿Quién contestó al teléfono?

–Mi hijo –responde.

–Parece todo un carácter –dice, y su voz suena sonriente.

–Siento mucho no haberle llamado anoche...

–No se preocupe, lo entiendo... –afirma, y se la imagina apartando sus palabras

con un gesto de la mano, llena de arrugas pero bien arreglada—. Pobre chica. ¿Han avanzado ustedes algo? La información de la radio era tan vaga.

McAvoy se pregunta qué puede decirle. Encuentra alivio al responder:

—Estamos siguiendo algunas líneas de investigación que parecen útiles.

—Bien, bien —dice de modo distraído. Luego guarda silencio.

—¿Ha habido alguna novedad? —pregunta McAvoy.

—Bueno, eso es lo raro —dice en tono de complicidad, y su voz parece emocionada—. Recibí una llamada ayer, a media tarde, de la señorita que estaba haciendo el documental con Fred. Al volver aquí creyó que debía ponerse en contacto conmigo.

—¿Recuerda su nombre?

Se detiene, como si no estuviera segura de seguir adelante. McAvoy, sabedor de cómo hacer avanzar una conversación, le deja tomar el respiro que necesita.

—El bote salvavidas —dice de pronto, y su voz suena como si señalara con un dedo un punto en un mapa—. El bote en el que le encontraron. No debía estar allí. La joven de la televisión estuvo hablando con el capitán cuando atracaron y él no sabía de dónde había salido. Alguien debió de haberlo llevado. Y no fue Fred. El equipo de televisión estuvo con él todo el tiempo. Estoy segura de que tiene que haber una explicación sencilla, pero parece...

—Extraño —dice McAvoy acabando la frase. Advierte un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—¿Cree usted que podría haber algo más? —pregunta con una mezcla de curiosidad y tristeza confusa—. Me refiero a que nadie querría hacer daño a Fred, ¿verdad? Es solo que después de sobrevivir todos esos años... No sé, pero...

McAvoy ha dejado de escuchar. Contempla su rostro en el espejo. Todo lo que ve a través del vapor y el vaho es la cicatriz de su hombro. Tiene la forma de la hoja de un cuchillo.

Piensa en una iglesia. En unos cuerpos ensangrentados y en el llanto de un bebé acurrucado en los brazos de un padre acuchillado.

La injusticia de todo ello le quema por dentro.

No puede evitar recordar. A pesar de todos los intentos por borrar la imagen, no puede evitar que esta resplandezca en su mente. No puede evitar verse a sí mismo, meses antes, dando traspiés hacia atrás, resbalando sobre el barro y las hojas muertas, mientras Tony Halthwaite, el asesino en el que nadie creía, blandía un cuchillo en dirección a su garganta.

No puede evitar estremecerse. Ver el acero de nuevo, el arco trazado hacia su yugular con la precisión de un experto.

Recuerda ver el rostro de Roisin. El de Fin. Encontrar un arranque de instinto y energía en el último momento.

Apartarse de la trayectoria.

Sentir la piel de su hombro hendida, la sangre brotando y luego lanzar una fuerte patada con su bota.

Sobrevivir. Esquivar el cuchillo al que otros habían sucumbido...

Segunda parte

Capítulo 10

–Solo bebió tres pintas, Hector –le había recriminado Pharaoh desde la puerta del centro de coordinación, como si fuera la directora de un colegio a la busca de quienes han hecho novillos, riendo mientras McAvoy subía las escaleras a toda prisa, con la cara congestionada y jadeante, y la bandolera se le enganchaba en la barandilla y le frenaba como si le hubieran echado un lazo–. Un día me encantaría verle a usted después de una sesión en mi casa. No saldría de la cama en dos semanas.

Vestía una falda de cuero rojo hasta las rodillas y una rebeca negra ceñida que acentuaba su impresionante busto. Llevaba maquillaje espeso y el pelo perfectamente arreglado. Había bebido el triple que McAvoy la noche pasada, pero de no ser por los oscuros semicírculos bajo sus ojos, podría parecer que acababa de regresar de unas vacaciones a bordo del yate de un amante viejo y adinerado.

–Lo siento, señora, el tráfico y Fin, y...

–No se apure –había dicho con una sonrisa–. Nos las arreglamos sin usted.

–Lo oí en la radio –dijo resollando–. ¿Un incendio en una casa? En Orchard Park.

Ella asintió.

–Se lo hemos pasado a los chicos de Greenwood. No podemos prescindir de efectivos. El sargento Knaggs se está encargando de ello. Creo que le sentó un poco mal recibir mi llamada y enterarse de que no había sitio para él en el caso de Daphne.

El caso de Daphne, advirtió McAvoy, no *el caso Cotton*. Pharaoh estaba realmente afectada.

–La cosa está clara, ¿no?

–No estoy segura. Quienquiera que fuese el hombre achicharrado, no es el propietario de la casa. Este ya estaba en el hospital. Es uno de los vecinos honrados de la urbanización. Un viejo agradable. Su mujer está con su hija en uno de esos feudos de los *Tories*. En Kirk Ella, creo. Al parecer la hija pegó un bote de alegría cuando se enteró de que la casa había sido pasto de las llamas. Ya le gustó menos cuando los agentes mencionaron que habían encontrado a un ser humano chamuscado en el sofá. No tiene ni idea de quién puede ser. De todos modos, dudo mucho que podamos hablar con él. Tiene quemaduras en el noventa por ciento de su cuerpo. Apenas le queda cara. Los órganos internos están prácticamente abrasados. Es evidente que se utilizó un acelerante, pero los de la científica no pueden decirnos mucho más. El tipo está en el nuevo módulo del hospital Hull

Royal, pero es probable que lo trasladen a Wakefield. No sé por qué. A menos que tengan un traje como esos de neopreno hecho de piel para meterlo dentro, lo lleva claro.

McAvoy asintió. Tenía cierto interés en el incendio de Orchard Park, pero siendo sincero debía admitir que cuando oyó la noticia en la radio pensó que la víctima era un drogadicto o un ladrón. Una verdadera lástima, pero no una tragedia. Alguien debía dedicarle tiempo. Pero no él necesariamente.

—¿Así que me perdí el análisis post mórtem?

—Agradézcalo —dijo—. Hasta Colin Ray mantuvo la boca cerrada.

—¿Resultado?

Pharaoh no había necesitado consultar sus notas. Lo recitó de un tirón, sin ninguna emoción, mirándole a los ojos sin fijarse realmente en él.

—Ocho machetazos distintos, todos hasta el hueso. El primero le rompió la clavícula. Un golpe dado por encima de la cabeza con la mano derecha. Seis cuchilladas más en la misma zona dejaron ese hueso hecho astillas. Un fragmento le perforó el tórax. Y, por último, mientras yacía en el suelo, un golpe definitivo justo en el corazón. Antes de que retirara la hoja del machete ya debía de estar muerta.

McAvoy cerró los ojos. Trató de respirar con sosiego.

—Entonces pretendía realmente matarla, ¿no? El golpe final fue tan...

—Concluyente —asintió Pharaoh—. Sin duda la quería muerta. No sabemos quién es, por qué quería matarla o por qué eligió hacerlo en una jodida iglesia llena a rebosar, pero sabemos que estaba totalmente decidido a hacerlo.

McAvoy observaba mientras ella se clavaba los nudillos en la frente. Torcía la mandíbula. Cerraba con fuerza los ojos. Se estaba enfadando.

—¿Qué más?

—Una prueba de lo que su joven amiga le contó anoche. La señal de una vieja cicatriz en la clavícula. En el mismo lado. El patólogo apenas pudo verla debajo del destrozo causado por las heridas, pero estaba allí. Esto ya le había ocurrido antes.

—¿Qué vamos a hacer con esta información, señora? ¿Ha alertado a los del equipo?

Pharaoh asintió.

—No sabemos lo que significa, pero hay que investigarlo. Era tan reducido el número de personas que lo sabían que podría ser una horrible coincidencia, pero me parece difícil de creer. Colin Ray se lo tragó como si fuera una empanada de carne. En cuanto lo mencioné ya lo tenía decidido. Fue algún refugiado africano que acabó lo que habían empezado. Salió de aquí quejándose de los extranjeros que acaban sus negocios sucios en Yorkshire. Pero no creo que esa sea realmente la solución del caso.

McAvoy permaneció en silencio. Era de la misma opinión.

—Según los informes de toxicología, no tenía en su cuerpo más alcohol que un

sorbo del vino de la comunión. Estaba algo resfriada. Y era virgen.

Después Pharaoh se había dado la vuelta, incapaz de continuar.

–Los teléfonos del centro de coordinación son todo suyos –había dicho por encima del hombro mientras se encaminaba hacia las escaleras–. Considérese el jefe de la oficina si así lo desea. Solo asegúrese de que los agentes y el personal de apoyo no dicen ninguna tontería. Tengo que marcharme y ver a la familia. El *Hull Daily Mail* quiere que conteste algunas preguntas. El jefe superior quiere que le dé novedades a las tres. ¡Como si tuviera algo que decirle! Hay un montón de grabaciones del circuito cerrado de televisión por revisar, si es que encuentra cinco minutos.

Luego, más como una esposa que como un superior, se había girado, le había regalado una sonrisa y había dicho:

–He recibido felicitaciones por su información. Pensé que le gustaría saberlo.

Eso había ocurrido hacía dos horas, y la mañana había sido nefasta. Las primeras tres llamadas telefónicas que recibió apenas contribuyeron a levantarle el ánimo.

Sus pensamientos se deslizan hasta Fred Stein. Hay algo en todo esto que parece no solo peculiar sino incluso misterioso. Entiende el sentimiento de culpa. Sabe lo que significa sobrevivir a un ataque cuando otros han sido menos afortunados. ¿Pero equilibrar la balanza de un modo tan drástico, casi premeditado? ¿Seguir los mismos pasos con un equipo de filmación? ¿Llevar su propio bote salvavidas? No tiene información suficiente sobre Fred Stein para poder valorar su personalidad, su capacidad de odiarse, pero sabe por experiencia que los viejos pescadores de arrastre no son dados a tales extravagancias.

Sale al pasillo y deja un mensaje telefónico para Caroline Wills, la realizadora del documental que ha perdido a la estrella de su espectáculo a setenta millas de la costa islandesa.

Regresa a su escritorio. El centro de coordinación sigue tomando forma. Los archivadores han sido colocados en un extremo junto a la pared, los escritorios, dispuestos en parejas como los asientos de un autobús y, cerca de la ventana mugrienta, el mapa grapado al tablero tiene más chinchetas que ayer. Lugares donde el asesino fue visto con seguridad, otros donde podría haber sido visto y algunas conjeturas plausibles. Un oficial uniformado está hablando por teléfono en voz baja, pero por los gestos que hace no parece que tenga ninguna pista interesante. McAvoy ha recibido una docena de mensajes de Tremberg, Kirkland y Nielsen informándole de sus movimientos respectivos. Nielsen está acabando la relación de testigos y perdiendo la paciencia. Vieron, pero no vieron. Oyeron, pero realmente no escucharon. Presenciaron el desenlace, pero no podrían decir de dónde salió el asesino o adónde fue.

Sophie Kirkland está arriba, en el laboratorio de los técnicos, intentando desentrañar el disco duro del ordenador de Daphne Cotton. Hasta ahora, solo ha

descubierto que le gustaba visitar páginas web sobre la doctrina cristiana y Justin Timberlake.

Odia reconocerlo, pero está aburrido. No puede seguir con su trabajo habitual porque los expedientes están en Priory Road y, pese a sus reservas, los oficiales están utilizando la base de datos del modo que él había esperado, así que ni siquiera puede hacer una limpieza del sistema.

Suena el teléfono móvil. Es un número oculto. McAvoy se hunde en su asiento y contesta con un claro gesto de alivio.

–Sargento detective Aector McAvoy –responde.

–Lo sé, hijo. Soy yo quien ha llamado –dice el inspector jefe Ray.

–Sí, señor.

Estira la espalda y se ajusta el nudo de la corbata.

–Deduzco que Pharaoh aún está ocupada.

–Creo que está preparando la entrevista con el *Hull Mail*...

–Dispuesta a salir en primer plano, ¿verdad?

McAvoy no dice nada. Lo educado es hacer un pequeño ruido, como una especie de risita, para no enfadar al oficial superior. Pero acaba de insultar a Trish Pharaoh y a McAvoy le ha dolido.

–¿Quería usted algo, señor?

La voz de Colin Ray cambia. Se vuelve agresiva.

–Sí, hijo. Quiero algo. Puede usted decirle que Shaz y yo vamos a llevar a un tipo a la comisaría. Neville *el Racista*. Bebe en Kingston. Ha accedido a charlar un rato, así que no hay que preocuparse en emitir un comunicado de prensa. Le vamos a dejar que eche un vistazo a una sala de interrogatorios y veremos si eso le refresca la memoria.

A McAvoy se le acelera el corazón. Se pone en pie, demasiado deprisa, y arrastra el teléfono fuera del escritorio.

–¿Cuál es su relación con el asunto? –tartamudea.

–A nuestro Neville no le gustan los extranjeros –dice Ray–. A decir verdad, odia a esos desgraciados. Y tiene un humor de perros. Lo que dijo su amiga la profesora me dejó pensando. Creo que nuestro amigo Neville quería dar una lección a uno de ellos y decidió cargárselo y echarle la culpa a otro. Hacer que pareciera un trabajo que quedó pendiente en África o donde sea. Hay menos de cien metros desde Kingston a la Santísima Trinidad y Terry, el barman, dice que el sábado por la tarde Nev faltó a su cita en el pub durante una hora larga. Esa no es su rutina habitual. Lo normal es que esté allí mientras está abierto. Neville afirma que fue a comprar un regalo para su nieta, pero...

–¿Nieta?

La incredulidad inunda la voz de McAvoy.

–¿Qué edad tiene?

–Cerca de los sesenta. Pero está fuerte como un toro.

–Inspector jefe. Vi al asesino. Estaba en forma. Era rápido. No creo...

–Solo dígaselo a Pharaoh cuando acabe de acicalarse.

La comunicación se corta.

McAvoy apoya la frente en la mano. Siente correr la sangre en su cabeza. ¿Podría ser tan fácil? ¿Podría ser un simple crimen por odio racial? ¿Un viejo intolerante descargando sus frustraciones? MacAvoy se pregunta lo que un resultado así supondría. Si su propia contribución, por muy decisiva que fuera, sería tenida en cuenta. Si Colin Ray saltaría por encima de Trish Pharaoh en la cadena de mando.

Alza la vista. Una ráfaga de viento agita las ramas desnudas de los árboles delineados como un dibujo al carboncillo detrás del cristal polvoriento. Se acerca una tormenta. Cuando caiga la nieve, se convertirá en una ventisca.

El teléfono de McAvoy suena de nuevo.

–McAvoy –contesta con desánimo.

–¿Sargento? Hola, soy Caroline Wills, de Producciones Wagtail. Ya estoy disponible. ¿En qué puedo ayudarle?

McAvoy acerca su libreta de notas y le quita la caperuza al bolígrafo con los dientes.

Se concentra en Fred Stein.

–Gracias por devolverme la llamada. Se trata de Fred Stein.

–¿En serio? –dice decepcionada–. Creía que podría ser algo relacionado con el caso de Daphne Cotton.

McAvoy se coloca el bolígrafo entre los dientes, como una especie de recordatorio físico que le ayude a medir sus palabras.

–¿Está usted enterada de que hay una investigación por asesinato en curso?

–Solo lo que he oído –dice en tono jovial–. Es terrible, ¿verdad? Pobre chica.

–Sí. Bueno, hablemos de Fred Stein.

–Sí, claro. Un asunto triste. Un anciano agradable. Nos llevábamos bien. Pero usted pertenece al CID de Hull, ¿no? ¿Cuál es la relación?

–La hermana del señor Stein vive por estas tierras. Simplemente está interesada por los hechos relacionados con su muerte y le dije que haría lo posible por aclarar sus dudas.

–Es la esposa del jefe superior de Policía, ¿verdad?

Su tono vuelve a ser risueño. Es un sonido agudo, agradable. Parece de clase media. Claramente del sur del país. McAvoy cree que debe de andar por la treintena, y suena inteligente.

Decide sumarse al juego.

–En realidad es miembro de la Autoridad Policial. Se prevé que llegue a presidente antes de cumplir los sesenta.

–Ah. Ahora entiendo.

–Bien, ¿qué puede contarme?

–Bueno, presté declaración ante las autoridades islandesas y debo volver a declarar ante el juez cuando empiece la investigación judicial, pero sé tan poco sobre lo que ocurrió que no me costará mucho repasarlo otra vez. En pocas palabras, dirijo una productora de televisión especializada en documentales. Hemos hecho algunas cosas para la televisión convencional, pero nuestro trabajo puede verlo principalmente en los canales de documentales. Hace unos cinco años hice un programa sobre el hundimiento del *Dunbar*. Pasé algún tiempo en Hull. Dios santo, ¡qué lugar!

McAvoy oye su propia risa.

–No deja de ser una forma de describirlo.

–Sí, sí. Realmente simple. El auténtico norte, si eso no suena demasiado estúpido.

–Oh, sí. Un lebril pegado a la pernera del pantalón y mucho resentimiento encima*.

–Ya sabe a qué me refiero –dice con una risita.

–¿Por qué ese interés en el *Dunbar*?

El barco en cuestión era un superarrastrero flamante que se hundió a finales de los sesenta durante una terrible tormenta cerca de la costa de Noruega. Durante años, la comunidad pesquera de Hull había manifestado sus dudas sobre su hundimiento. Se hablaba de un barco espía que se adentraba por aguas de jurisdicción rusa para fotografiar embarcaciones enemigas durante la Guerra Fría. Las habladurías decían que la tripulación seguía viva, oculta en algún gulag ruso. Los rumores sobre el *Dunbar* persistieron incluso cuando la industria pesquera local estaba yéndose al traste, hasta que al final un parlamentario de la ciudad, obligado a cumplir una promesa preelectoral, presionó para que se llevara a cabo una investigación pública. Cuando terminó, sus resultados no fueron concluyentes. El *Dunbar* realmente se había hundido en el fondo del mar de Barents. Se encontraron cuerpos a bordo. Pero ¿había espías entre ellos? Nadie pudo decirlo. Fue el tema preferido de los periódicos sensacionalistas y los partidarios de las teorías de la conspiración.

–A los yanquis les encanta cualquier cosa que les recuerde la Guerra Fría. Presentamos la idea a un canal de los Estados Unidos. Ya sabe a lo que me refiero. ¿Eran esos valerosos hombres de Yorkshire realmente espías contra los soviets? ¿Fueron silenciados por los Rojos? Creo que echan de menos los viejos tiempos. En fin, el caso es que dieron el visto bueno y asistí a las últimas sesiones de la investigación. Había un montón de gente. Había un tipo, Tony no sé qué, que olía como un cenicero sucio. Al final el programa no llegó a ver la luz. Nos pagaron por él, pero no le encontraron hueco en las parrillas de programación.

»Bien. El año pasado –prosigue– estuve revisando algunas de las filmaciones,

cosas que nunca se emitieron. Estaba viendo el programa sobre el *Dunbar* y me di cuenta de que allí había una pequeña historia muy interesante. No la tontería de la Guerra Fría, sino la gente implicada. Sus vidas. Sus historias. En resumen, investigué un poco y descubrí que se acercaba el cuarenta aniversario del Invierno Negro. Cuatro arrastreros en unos pocos días. Un asunto horrible. Repasé mi vieja agenda de contactos e intenté localizar a algunos de los antiguos reporteros que conocí durante la investigación. La gente se traslada. Pero después de currar un poquito encontré a Russ Chandler. Es más un escritor que un periodista, pero conoce el asunto. Y conoce bien la industria pesquera. Me contó todo sobre Fred Stein. El que consiguió salvarse. Parecía hecho a medida para lo que queríamos. Un programa sobre el Invierno Negro con un enfoque actual. Cuando nos enteramos de que Fred nunca había querido hablar de lo que le había ocurrido, preparamos la chequera. Le encomendamos a Russ la tarea de localizarlo. Hicimos la oferta, llegamos a un acuerdo y ya está. Lo siguiente fue intentar encontrar un carguero que nos llevara hasta Islandia.

McAvoy asiente. Ha dejado de tomar notas. Le gusta el modo de hablar de esta señorita.

–Y eso fue todo. Nos encargamos de que le recogieran. Hicimos los preparativos y quedamos con él en la pasarela, o como quiera que se llame. Un anciano realmente agradable. Lleno de historias. Un encanto. Habíamos planeado hacerle una serie de entrevistas durante el viaje y luego él iba a arrojar una corona en el lugar donde todo ocurrió. Habría sido una escena final maravillosa. Pero después de lo que debería haber sido la última entrevista se puso muy sentimental. Salió a tomar un poco de aire fresco y no regresó. Dos días después, cuando estábamos ya desesperados, nos enteramos por la radio de que su cuerpo había sido hallado en un bote salvavidas. Murió de frío y de unas heridas en las costillas...

Hace una pausa.

–Sentimental, dice usted. ¿Lo bastante sentimental como para quitarse la vida?

–No diría tanto. Pero si llevó su propio bote salvavidas debió de haberlo planeado desde el principio. No recuerdo haberle visto descargarlo. He hablado con la compañía de taxis que lo trasladó al muelle y no recuerdan que lo llevara consigo; pero la gente comete errores y olvida las cosas más estúpidas. Al parecer, ese tipo de bote, antes de inflarlo, no es más grande que una maleta de tamaño medio. Solo hace falta abrir las válvulas, tirar de la argolla y se infla. Tiene una sección rígida en el centro, así que es posible que el impacto contra ella le hundiera las costillas. Es difícil saberlo. Debo ser sincera: al capitán nunca le hizo mucha gracia que estuviéramos allí y la conversación discurría en su mayor parte en islandés. Por eso, tratar de averiguar qué ocurrió fue una pesadilla.

McAvoy asiente. Nada de esto tiene sentido.

–¿Y usted qué cree que ocurrió?

–¿Yo? Creo que probablemente acabó con su vida. No sé si tenía un sentimiento de culpa o solo fue el hecho de que se estaba haciendo viejo y parecía el momento oportuno. Había vivido cuarenta años que, en su opinión, no merecía. Quizás pensó que no los había aprovechado. Sea como sea, es una lástima. Al menos podrán recordarle.

–¿Qué quiere decir?

–El documental. Las entrevistas son extraordinarias. Tan conmovedoras... Puedo enviárselas si está interesado.

McAvoy asiente, pero se da cuenta de que ella no puede verlo.

–Sí, gracias.

Los dos permanecen en silencio un instante.

–Le vendría bien hablar con Russ si quiere rellenar algunas lagunas –dice con voz queda–. Él es el sabueso que lo localizó. Sabía la historia de cabo a rabo. Es un escritor de órdago. Le echo de menos.

–¿Por qué? ¿Dónde está?

–Quería venir con nosotros en el carguero pero no hubo forma de conseguir un seguro para él.

–¿No?

–No, está un poquito...

–¿Qué?

Suelta una pequeña risa, sin saber muy bien cómo decirlo.

–Trastornado –prosigue–. Bebe. Bueno, mejor dicho, Oliver Reed solía beber. Amy Winehouse solía beber. Russ, en cambio, bebe de verdad. Nunca habrá visto nada como él. Fuma más de sesenta cigarrillos al día. Ya le ha costado una pierna y es muy probable que le cueste la otra.

–Suenan como si fuera consciente de sus propios vicios.

–Sí. Pero lo que más daño le hace son las voces que oye en su cabeza. Está ingresado en una clínica privada de Lincolnshire. Una mezcla de dique seco para alcohólicos y frenopático. Un verdadero personaje con una vida peculiar. Un poco amargado, pero a todo el mundo le gusta la cerveza amarga después de un whisky. Debería hablar con él. Le puede hablar de Fred más que nadie. Ni siquiera lo habríamos encontrado de no haber sido por Russ. Es una pena que tenga que utilizar el cheque que le dimos para pagar el tratamiento.

McAvoy recorre la habitación con la vista. Los oficiales se han marchado a transcribir las entrevistas telefónicas y registrar las llamadas. No hay nada que pueda hacer. Algo en su interior le dice que esto es importante. Que esta conversación, esta información, de algún modo, importa.

Baja la voz. Cierra los ojos, lamentando su decisión de antemano.

–¿Admite visitas? –pregunta.

Capítulo 11

15:22 horas. Linwood Manor.

En el profundo y oscuro Lincolnshire.

A dos horas de casa.

«Muy elegante», piensa McAvoy mientras los neumáticos se detienen sobre el patio empedrado delantero y levanta la vista hacia el imponente edificio de ladrillo rojo. Se fija en las enormes puertas de roble, de dos hojas y abiertas, a través de las cuales se aprecia un suelo embaldosado con esmero.

«Una mansión de estilo victoriano reformada, rodeada de casi dos hectáreas de terreno boscoso.» McAvoy creyó que había pinchado en un enlace erróneo y llegado a la página de un hotel rural de lujo cuando navegaba por un laberinto de sitios web relacionados con salud mental y descubrió la dirección que andaba buscando.

Gestionada por una empresa internacional especializada en tratamientos de desintoxicación, trastornos de personalidad extremos y casos de dependencia alcohólica, la página se enorgullecía de una tasa de éxito del noventa por ciento y presentaba lo que podría haber sido considerado un mes de abstinencia agónica como unas vacaciones en el paraíso.

Aunque solo es media tarde está oscureciendo, y la nube de nieve gris que pronto se abrirá de forma impetuosa e inundará Hull aquí ya se ha desgarrado. Un confeti de gruesos copos blancos cae con fuerza desde el cielo y McAvoy agradece llevar su abrigo largo hasta la rodilla mientras sube los escalones y cruza las puertas, sintiendo cómo el viento tensa los dobladillos de sus pantalones y casi le hace resbalar en las baldosas mojadas.

Una mujer sonriente, de mediana edad, con una blusa blanca y el pelo teñido de un color negro bastante natural, está sentada tras el mostrador de caoba de la recepción. Un jarrón de gerberas y gipsófilas se alza sobre la superficie reluciente y pulimentada. A su izquierda hay un soporte con prospectos satinados y listas de precios. Sería imposible entrar un momento a coger un folleto sin pasar por delante de ella. Imposible, también, no hacer un gesto de saludo en respuesta a su amplia y resplandeciente sonrisa. Difícil volver a salir sin entablar conversación con ella y quedar convencido al cabo de veinte minutos de que Linwood Manor es el mejor lugar para uno mismo, sus seres queridos y su dinero.

—¿Qué tal? Qué día tan horrible, ¿verdad? Pero usted parece ir vestido para la ocasión. ¿Cree que cuajará? Es posible que al final tengamos unas Navidades blancas. Hace años que no las tenemos. Creo que nuestros huéspedes lo

agradecerían. El año pasado lo pasamos muy bien. ¿En qué puedo ayudarle, querido?

McAvoy tiene que hacer un esfuerzo mental para no retroceder ante la inapelable vehemencia de su jovialidad. Aunque es delgada, le recuerda a una cocinera victoriana gorda y feliz, de brazos grandes y harinosos y cara enrojecida. Compadece a los pobres borrachos de paso torpe que deben tratar con ella antes de comenzar sus programas de desintoxicación. «Veinte segundos más en su compañía», piensa McAvoy, «y necesitaré una botella de coñac».

–Soy el sargento Aector McAvoy. Detective de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado del CID de Humberstide. Me gustaría...

–¿Delitos graves? ¿Acaso no son graves todos los delitos? Como si no fuera grave que le birlen a uno la bicicleta. Es lo que le pasó a mi sobrino, y se disgustó tanto...

Sigue parloteando sin parar, hasta que McAvoy siente el deseo de traspasar el mostrador y apretarle los labios con fuerza. Nunca pierde la sonrisa, pero esta no llega a asomar en sus ojos, lo que recuerda unas luces que alguien dejó encendidas en las ventanas de una casa abandonada.

–Se trata de uno de sus pacientes –dice, aprovechando que ha hecho una pausa para tomar aliento–. Russell Chandler. Llamé antes, pero no conseguí comunicar con ustedes.

–Oh, hemos tenido innumerables problemas. Seguramente por el tiempo. Los correos electrónicos e Internet tampoco han funcionado bien.

McAvoy se pasa la lengua por los labios y contrae el rostro para mostrar los dientes. Por hoy ha tenido bastante. Aunque se había cubierto las espaldas al hablar con el ayudante Everett y decirle que Barbara Stein-Collinson había solicitado su ayuda para atar algunos cabos sueltos en relación con la muerte de su hermano, Trish Pharaoh lo había llamado irritada al enterarse de que el responsable de su oficina había ido a hacer un recado a uno de los jefes.

–Dígale que no, estúpido –había gritado por el teléfono–. Estamos investigando un asesinato, por Dios. Ahí es donde falla, McAvoy. Cuando intenta hacer demasiadas cosas para demasiada gente y acaba cabreando a todo el mundo.

Solo había colgado cuando McAvoy le transmitió un motivo de preocupación más importante: el mensaje de Colin Ray sobre su intención de llevar un sospechoso a la comisaría.

–Russell Chandler –repite con claridad–. Creo que es uno de sus pacientes.

La recepcionista interrumpe su sonrisa.

–Me temo que esa información es confidencial.

McAvoy no habla. Solo la mira un instante con una expresión que podría derretir la pantalla de un ordenador.

–Es importante –dice al cabo de un rato, y aunque no está seguro de que la frase

sea cierta, se da cuenta de que está empezando a creérsela.

–Son las reglas de la casa –responde con un aire de suficiencia. Pese al aire frío que entra por las puertas abiertas, McAvoy siente que el sudor le corre por el cuello. Está seguro de que si arma un escándalo podrá conseguir ver a Chandler. Pero ¿y si presentan una queja? ¿Cuál sería su excusa? Chandler no es el sospechoso en ninguna investigación. Ni siquiera es un testigo en sentido estricto. No es más que un ápice de información adicional en un caso que no pertenece a su territorio. Y además, se pregunta, ¿sería ético hablar con alguien en un lugar como este? ¿En un momento en el que esa persona está buscando ayuda para afrontar sus problemas? *Oh, por el amor de Dios, Aector, ¿qué coño has hecho?*

Se aparta del mostrador, con aire inseguro.

–Perdone, ¿ha mencionado usted mi nombre?

McAvoy se gira. En la puerta de entrada hay dos hombres. Uno lleva ropa de deporte... Sudadera con capucha, cerrada con cremallera hasta la barbilla, gorro de lana encajado en la cabeza y unos pantalones de chándal remetidos debajo de unas medias de fútbol. Trota ligeramente sobre el suelo y el pequeño rostro que asoma bajo el gorro y el capuz está congestionado y enrojecido. El otro hombre es de menor estatura y casi esquelético. Viste unos pantalones de pana holgados, zapatillas de loneta y una camisa de leñador forrada por dentro sobre una camiseta con cuello de pico. Tiene la cabeza afeitada, pero la luz del vestíbulo revela que sería calvo aun sin la intervención de la cuchilla de afeitar, y su perilla oscura está moteada de gris. Lleva unas gafas que, incluso desde lejos, parecen cubiertas de polvo y suciedad.

–¿Estaba nuestra conserje poniéndole las cosas difíciles? –pregunta con una sonrisa, haciendo un gesto hacia la recepcionista. McAvoy detecta un dejo de Liverpool en sus palabras–. Es tremenda, nuestra Margaret –dice–. ¿Verdad, cariño?

McAvoy se vuelve para mirar a la recepcionista, pero esta ha puesto los ojos en blanco, se ha girado hacia la pantalla de su ordenador e intenta ignorar la conversación. Cuando McAvoy vuelve la cabeza, Chandler está a su lado con la mano extendida.

–Russ Chandler –saluda, y mientras le estrecha la mano McAvoy siente como si agarrara un montón de ramas secas.

–Sargento detective Aector McAvoy.

–Lo sé –dice Chandler con una amplia sonrisa–. Solía trabajar en su territorio. Conocí a Tony Halthwaite bastante bien. Y también a Doug Roper. A todos les cerraron la boca, ¿eh?

McAvoy piensa: «¿Cómo coño lo sabe todo el mundo?».

–Preferiría no...

–No te apures, amigo. Mis labios están sellados. A menos que tengas una botella

de whisky encima, en cuyo caso se abrirán completamente.

Mira por delante de McAvoy y sonrío a la recepcionista.

–Solo bromeaba, cariño.

En la puerta, el hombre con ropa deportiva ha acelerado el ritmo de su trote estacionario. Levanta las rodillas cada vez más. Parece saber lo que hace.

Chandler se da cuenta de que McAvoy está mirando y se gira hacia su compañero.

–Ve por delante, amigo. La ruta habitual. Levanta bien los brazos. Te veremos en el banco.

Con apenas un gesto, el tipo desaparece de la puerta. McAvoy oye sus rápidas pisadas sobre el empedrado. Mira a Chandler con curiosidad.

–Compañero de habitación –dice a modo de explicación–. Nos ponen por parejas y así siempre hay alguien durante la noche para asegurarse de que no nos suicidamos.

–Es su deporte, ¿no? Lo suyo es el boxeo, ¿verdad?

–Escribí un libro hace años. Sobre un tipo de Scunthorpe que había participado en unos doscientos combates profesionales. Del estilo de *Diario de un aspirante*. De hecho es un buen libro. Me aficioné entonces. ¿Le apetece una pelea?

–Boxeé un poco en el colegio. Y algo más en la universidad. Era difícil conseguir que la gente se metiera en el cuadrilátero conmigo. Siempre he sido el más grande del gimnasio.

–Ya lo veo –dice Chandler, sonriendo sin malicia–. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

–¿Hay algún sitio donde podamos charlar, señor Chandler? Se trata de Fred Stein.

Chandler asoma el labio inferior de manera guasona y alza las cejas en un gesto de sorpresa.

–¿Fred? No estoy seguro...

–No tardaremos mucho.

Chandler asiente, aparentemente impasible ante la perspectiva.

–¿Le importa caminar y charlar? He prometido a mi joven compañero que le cronometraría.

McAvoy asiente con gentileza, contento de que la cosa marche.

Mientras abandonan el vestíbulo, descienden los escalones y salen al aire cada vez más oscuro y a las rachas de nieve, McAvoy advierte que su acompañante cojea de la pierna derecha. Recuerda lo que Caroline le dijo. Mira hacia abajo. Chandler se gira y levanta la cabeza para mirar a McAvoy mientras caminan.

–Amputada –dice simplemente–. El precio que pagas si te gustan los pitillos y alimentarte de beicon. Llevo una de esas falsas debajo de los pantalones. Se las

recomendaría a cualquiera que esté interesado en perder peso. Te quitas la pierna y de repente pierdes tres kilos y medio.

McAvoy no sabe si darle una palmada en la espalda o mostrarle una sonrisa de aliento, así que decide dejarlo pasar.

–Fred Stein –dice mientras avanzan por un sendero de gravilla bien cuidado hacia una fila de árboles de hoja perenne–. ¿Se enteró de lo que ocurrió?

–Sí, claro –responde con un suspiro que se transforma en tos. Es un sonido seco. Enfermizo–. Pobre diablo.

–Caroline Wills me dijo que usted fue quien consiguió que accediera a hablar. Quien lo localizó y negoció el acuerdo.

–Algo así.

–Cuando lo vio, ¿hubo algo en su comportamiento que sugiriera que pensaba quitarse la vida?

Chandler se detiene. Están a unos cuatrocientos metros del edificio. Estira el cuello para ver si alguien asoma la cabeza por la puerta principal, luego se inclina y se sube la pernera del pantalón. Agarra la extremidad por la rodilla y con un tirón rápido separa la pierna por debajo de la articulación. Sin mirar, mete la mano en la falsa pierna y saca un cigarrillo y un mechero. Lo enciende y aspira el humo hacia el interior de sus pulmones con ansiedad. Parece una experiencia casi religiosa. Sin decir palabra, se inclina de nuevo y encaja la pierna en su sitio. Alza la vista con una sonrisa que pretende ser pícara, pero resulta más bien horrible y extraña al alterar un rostro tan poco sano.

–¿No le dejan? –pregunta McAvoy sonriendo sin ganas.

–Tienes que firmar un contrato cuando ingresas –dice en tono de desprecio–. Nada de pitillos. Nada de chocolate. Ni de puñetera azúcar. Todo es parte del programa, al parecer. No te pueden desintoxicar si tú sigues metiéndote toxinas.

–¿Y no cree que quizás debería hacerles caso?

–Oh, no hay duda de que tienen razón, sargento. Pero es lo que tienen las adicciones. Son difíciles de abandonar.

–Pero el dinero que se está gastando aquí quizás merezca el intento...

–Hago todo lo que puedo –dice, apartando la mirada y exhalando una bocanada de humo–. He estado en sitios como este tres veces antes. Salgo lleno de esperanza y un día después estoy de nuevo en un bar dándole al whisky. Sé que lo haré incluso antes de cruzar las puertas de salida. Lucho con algo que es irreversible. La idea de no volver a fumarme un cigarrillo. De no volver a echar un trago. ¿De qué coño vale?

–Su salud, sin duda...

–¿Para quién quiero estar sano? Estoy solo, amigo. No tengo hijos. Ni parienta. Ni adorables admiradoras desesperadas por acostarse conmigo. Tengo que pagar para publicar mi propio trabajo de mierda.

Eso último lo ha dicho con una repentina descarga de veneno y McAvoy percibe el modo en que sus mandíbulas aprietan con fuerza el cigarrillo.

McAvoy rememora rápidamente los breves detalles que ha conseguido en Internet sobre este hombre. Había encontrado su firma en varios artículos publicados en diversos sitios web de especial interés y en periódicos nacionales, pero la mayoría de referencias procedían de una editorial con sede en Surrey. Russ Chandler había escrito varios libros publicados por él mismo. Algunos eran sobre los gloriosos días de la industria pesquera, otros sobre historia local, y había un par de volúmenes sobre crímenes sin resolver en diversas ciudades del norte. Todos ellos iban acompañados de un perfil del autor que revelaba que Chandler había nacido en Chester en 1966 y había pasado unos años en el ejército antes de dedicar todo su tiempo a escribir. Había trabajado como agente de seguros y gerente en una empresa de transportes. Había vivido en Oxford, East Yorkshire y Londres, y ahora residía en East Anglia. Su último libro había sido publicado hacía cuatro años, una biografía de tres pilotos del Mando de Bombardeo de la Fuerza Aérea que habían participado en el ataque aéreo contra Dresde en la Segunda Guerra Mundial. McAvoy había leído el extracto y se había quedado impresionado.

–No diré nada –dice McAvoy mientras el escritor da una calada con complacencia.

–Gracias –responde, haciendo una pequeña reverencia teatral. Luego le ofrece el paquete–. ¿Fuma?

–No –contesta McAvoy meneando la cabeza. Después añade en tono familiar–: Mi mujer, sí.

Chandler le mira con una ligera sonrisa de satisfacción.

–¿Quiere llevarle uno?

McAvoy se pregunta si se está riendo de él. Siente que la irritación le hormiguea en el pecho.

–No, gracias. Está embarazada de siete meses. Llegamos al acuerdo de que solo fumaría tres al día. Un vaso de vino...

Se detiene y mira al suelo.

–¿A ella le gusta beber?

McAvoy levanta la cabeza y descubre que Chandler le está mirando con atención. Trata de olvidar el asunto haciendo un gesto con la mano, pero Chandler siente curiosidad.

–Tal como lo ha dicho...

McAvoy se encoge de hombros. Piensa que no tiene mayor importancia.

–Hemos perdido bebés antes –dice–. Este es nuestro cuarto intento de tener un segundo hijo.

Chandler estira el brazo y apoya la mano en el ancho hombro de McAvoy.

–Rezaría por usted si creyera en esas pamplinas. Pero no creo. Así que solo le

deseo lo mejor.

McAvoy esboza una media sonrisa. Asiente en señal de agradecimiento, y en seguida nota que los labios le tiemblan y los ojos se le nublan al darse cuenta de que ha hecho aparecer a Roisin como culpable de que los embarazos nunca llegaran a término.

–No fue por el tabaco –dice en tono defensivo–. Y los vasos de vino son pequeños. Ella conoce sus límites...

–Yo no los conocería –dice Chandler con sosiego, y McAvoy se pregunta si acaba de hacer que la entrevista sea para él más difícil de lo que debería.

–Mi padre siempre decía que la fuerza de voluntad es lo fundamental –dice McAvoy rápidamente–. Decidir si eres fumador o no fumador y atenerse a la decisión. Yo no fumo. Mi mujer, sí. Son cosas de la vida.

–Parece un tipo inteligente.

–Lo era. Lo es.

–¿También es policía?

–No –responde McAvoy apartando la vista–. Tiene arrendada una finca agrícola. Cerca del lago Ewe. Al oeste de las Tierras Altas escocesas. Su familia lleva trabajando la misma parcela de terreno desde hace más de cien años.

–¿De verdad? –pregunta Chandler con interés–. He leído sobre los aparceros. Una vida dura, según he oído.

–Sí –dice McAvoy, que duda entre seguir hablando de su infancia, rascando los bordes de esa costra húmeda, o regresar a Fred Stein–. Y una forma de vida en vías de extinción.

–Eso he oído. Hoy día, todas las fincas agrícolas se están convirtiendo en casas rurales para turistas, según he leído en *The Times*. ¿A su padre no le interesa eso?

–Antes se arrancarían los brazos –responde McAvoy, más para sí mismo que para su acompañante–. Mi hermano y él siguen trabajando la tierra.

–En cambio usted no –dice Chandler con voz leve. Suave. Que invita a proseguir.

–Le dediqué diez años –continúa–. Luego me fui a vivir con mi madre. Una vida de ciudad. O al menos, toda la vida de ciudad que puedes tener en Inverness. Allí estuve un año. Después entré en un internado, costado por mi padrastro. Un cierto choque cultural. La Universidad de Edimburgo. Hice tres años de una licenciatura de cinco. Y al final esto. Policía. Yorkshire. Hull. Marido y padre. A mi padre no le sería de ninguna ayuda ahora. En realidad creo que nunca lo fui.

–Una pena –dice Chandler, y parece sincero.

McAvoy asiente. Quisiera ser capaz de pensar en su antigua vida, en su antigua familia con un sentimiento que no fuera de tristeza.

Permanecen en silencio un rato hasta que recuerdan por qué están juntos.

–¿Y bien?

–Ah sí, Fred. En su época fue una noticia importante. Antes de mi época, claro. Yo era un niño cuando ocurrió. Pero trabajé un tiempo en Hull y era imposible no oír hablar del Invierno Negro. El caso es que conocí la historia de Fred Stein hace años. El *Yorkshire Post* tenía una oficina en Ferensway y en las paredes había primeras páginas enmarcadas. Un día, tomando una lata de cerveza con un viejo amigo del *Sun* que solía compartir allí un despacho, me puse a leer una primera plana de los años sesenta. Hablaba de un tipo que había sobrevivido. Consiguió subirse a un bote salvavidas con dos compañeros de tripulación y estuvo a la deriva hasta llegar a un remoto e inhóspito lugar en Islandia. Caminó a campo través hasta que un granjero de la zona lo encontró. Todo el mundo lo había dado por muerto. Registré la información en el fondo de mi cerebro. Es como si estuviera ahí enlatada.

–¿Lo conoció personalmente en esa época?

–No, no. Para mí él solo era una historia. Pensé que un día podría intentar localizarlo para hablar de ello. Ahí podía haber un libro. Eso es lo que hago, ¿sabe? Publico al menos un libro al año. Puede comprarlos en las librerías, en la sección de interés local, o pedirlos a través de la página web de la editorial. Se venden bastante bien, a fin de cuentas. Fred parecía un tema ideal, pero nunca logré ponerme a ello.

–Hasta...

–Bueno, esa Caroline, de Wagtail. La conocí durante la investigación del *Dunbar*. Una chica agradable, aunque un poquito presuntuosa. No tenía la menor idea sobre la industria pesquera y estaba dispuesta a pagar si la ponía en antecedentes. Esa es mi especialidad. Le conté con pelos y señales la historia de la flota local; los personajes, los nombres. Teorías, contactos. Se quedó encantada. Y ahí es cuando Fred Stein me vino a la mente. Le hablé de él, no pensé más en el asunto, y entonces, el año pasado, ella se puso en contacto conmigo y me dijo que creía que podía haber un documental en esa historia.

Han llegado a la fila de árboles y de pronto la oscuridad se ha hecho más impenetrable. Chandler señala un banco de hierro forjado y ambos se sientan. McAvoy está encorvado dentro del abrigo, pero aún así nota el viento cortante sobre los escasos centímetros de piel que quedan al descubierto. Se pregunta cómo puede soportarlo Chandler, que está en los huesos y lleva solo una camisa y una camiseta. Parece muy frágil y despidе un ligero tufo, señal de que incluso sin cigarrillos su aliento sería un penacho de humo gris.

–¿Y por dónde se empieza con algo así? Para localizarlo, me refiero.

–No es difícil –dice con desdén–. Se empieza por la última dirección conocida, se llama a los teléfonos y se escriben cartas. La comunidad pesquera es pequeña y tiene buena memoria. Al cabo de una semana lo localicé en Southampton. Las tres primeras veces me colgó el teléfono, así que le escribí una amable carta con mis

datos y él se puso en contacto conmigo. Le eché un discurso. Le dije que era la oportunidad de cerrar ese capítulo de su vida. Honrar a sus compañeros de tripulación. Despedirse. Contar su parte de la historia. A decir verdad, no creo que estuviera muy interesado, pero cuando mencioné que estaban dispuestos a pagar cambió de parecer. No digo que fuera un mercenario o algo así. No hay nada malo en la codicia. Quería unas cuantas libras para su vejez, eso es todo.

–¿Y entonces se vieron?

–Solo una vez. Caroline estaba en Estados Unidos y necesitaba que el acuerdo quedara zanjado. Me trasladé a gastos pagados y nos tomamos unas cervezas en su pub habitual. Un viejo agradable en verdad. Hubiera sido mejor un libro que un programa de televisión, pero mis posibles no alcanzan. Así va el mundo ahora. Intentas conseguir un contrato para un libro y ves que a la gente le importa un bledo. Todo son biografías de famosos y jodidas memorias sobre miserias personales.

El veneno vuelve a la voz de Chandler. McAvoy advierte que empieza a rebuscar debajo del banco con la mano izquierda y de pronto saca una botella de whisky de malta.

–Buen chico –dice mientras destapa la botella y echa un buen trago.

En la creciente oscuridad, McAvoy observa a Chandler con ojos como platos, extrañamente impresionado. Ve la silueta de ese pequeño hombre cambiar de forma mientras levanta la botella y la mantiene en alto al final de su brazo largo y huesudo.

–La página web dice que estar aquí cuesta cinco mil a la semana –dice McAvoy moviendo la cabeza–. Un dinero bien gastado, ¿eh?

–No sé si me produce más placer beber o hacer travesuras –contesta sonriendo.

–Supongo que no encontró la botella por casualidad.

–Mi joven compañero de habitación –ríe–. Haría cualquier cosa por mí.

–Seguro que sí.

Permanecen sentados veinte minutos más. El crepúsculo vespertino se convierte en noche oscura. La nieve se posa con poco entusiasmo sobre la gravilla mojada y luego desaparece. Hablan de Hull. McAvoy tiritita y hunde las manos en los bolsillos.

Al final, la conversación retorna a Stein.

–No ha preguntado por qué esto es asunto del CID de Hull –dice McAvoy mientras ve cómo Chandler remata la botella de whisky sin haberle ofrecido ni un trago.

–Su hermana está casada con un miembro de la Autoridad Policial –dice Chandler haciendo un gesto con la mano–. Supongo que estará usted haciéndole un favor a alguien.

McAvoy baja la cabeza y piensa que le gustaría ser tan astuto y estar tan al

corriente como este escritorzuelo alcohólico.

–Entonces, ¿qué le digo a su hermana?

–Dígale que Fred era un buen hombre. Un tipo agradable lleno de historias. Que no le importaba hablar de él cuando tenía una pinta en la mano, y que le aterrizaba embarcarse en aquel condenado carguero con un equipo de televisión que quería hacerle bailar como si fuera un mono.

La irritación hace de nuevo acto de presencia. La amargura. Podría incluso llamarse rabia.

–Parece que no tiene usted mucho tiempo para el periodismo televisivo.

–Se ha dado cuenta, ¿verdad? –espeta Chandler mientras enciende su último cigarrillo–. Buitres con chequeras.

–Pero trabajó para ellos, sin embargo –señala McAvoy con toda la diplomacia que puede.

–¿Qué otra jodida opción me quedaba? Nací con un condenado don, hijo. Sé escribir. Dos dones, si contamos la habilidad para hacer a la gente hablar. Debería estar en todas las puñeteras estanterías del país. Tengo un estudio en East Anglia y aunque tuviera carné de conducir no podría comprarme un coche. Utilizo los escasos derechos de autor que me proporciona un libro para pagar los gastos de publicación del siguiente.

–Señor Chandler, yo...

–No, hijo, no, ha dado usted en el clavo. Soy un total fracaso como escritor. He recibido más cartas de rechazo de editores de las que puedo soportar. Pero pones a Caroline Wills delante de la cámara y un cheque abultado en manos de un anciano, y sacas oro a la jodida televisión. Todo obra mía. ¡Mi idea!

McAvoy mueve las manos para pedir a Chandler que hable más despacio.

–¿Su idea? Creía que la señorita Wills se había puesto en contacto con usted...

Chandler desecha su comentario con un gruñido de enfado.

–Tengo millones de jodidas ideas. Un cuaderno lleno. Si consigo esbozar un buen puñado, quizá un día alguna editorial se muestre interesada. Fred estaba ahí. Una idea que tuve. Un libro sobre gente que sobrevivió. Los que lograron huir. Los individuos que escaparon cuando nadie más salió vivo. Ni siquiera me había puesto a buscarlo, ni a él ni a ninguno de los otros, cuando las cartas de rechazo se acumularon en mi felpudo. Así es mi vida, hijo. Para eso estoy aquí. Para eso estoy en esta puta vida.

Chandler se ha puesto en pie. En la penumbra, McAvoy ve la punta encendida de su cigarrillo moviéndose de un lado a otro, de arriba abajo, girando en su boca como si estuviera encajado entre los labios de una vaca que rumia.

–Señor Chandler, si hace el favor de calmarse un momento...

Chandler apaga el cigarrillo en la palma de la mano. Se guarda la colilla en el bolsillo.

—¿Hemos terminado?

McAvoy, con la cara roja, desconcertado, irritado y confuso, no sabe qué decir. Simplemente asiente. Despide a Chandler apartándose de él y se vuelve a sentar en el banco. Oye cómo sus pisadas se alejan cojeando. Le duele la cabeza. Su mente es una mezcla de buenas intenciones, culpa y una intuición en la que no acaba de confiar.

«¿Por qué he venido aquí?», se pregunta. «¿De qué coño ha servido?»

Mientras regresa al coche, siente como si tuviera cien años. Quiere descargar su mente en la base de datos y borrar los detalles que no son importantes. Buscar conexiones. Ver qué es lo que le dice el subconsciente.

Cierra la puerta tras el furioso remolino de nieve. Cierra los ojos.

Enciende el teléfono móvil.

Escucha los mensajes.

La bronca de Pharaoh.

La orden de llamar a Helen Tremberg en cuanto pueda.

Capítulo 12

McAvoy juega con la radio del coche.

18:58 horas. Dos minutos hasta el siguiente boletín de noticias.

Carril de salida de la A15, cuesta abajo en dirección a los cables de metal reforzado del puente del Humber dispuestos en forma de arpa. La primera vez que había cruzado esos dos kilómetros y pico de asfalto rígido y acero puro que conecta Yorkshire con Lincolnshire le había parecido un espectáculo impresionante, pero la novedad ha pasado y ahora solo le molestan las tres libras que cuesta el privilegio de no tener que atravesar Goole.

Siente que el coche hace un viraje cuando la carretera llega al puente. Siente el golpe enfurecido del viento, que azota el estuario como si tuviera prisa por alcanzar tierra firme.

Reduce la velocidad para poder escuchar el boletín completo antes de llegar a la cabina y pagar el peaje.

Buenas tardes. Miembros del Cuerpo de Bomberos de Humberside están tratando de sofocar un incendio en una unidad de quemados inaugurada recientemente en el hospital Hull Royal. El fuego se declaró poco después de las seis de la tarde y se cree que solo ha afectado a una habitación ocupada por un paciente varón. Su estado es crítico. En noticias de otro orden, la detective que dirige la investigación por asesinato tras la muerte de una adolescente en la iglesia de la Santísima Trinidad en Hull ha negado que un vecino de la ciudad haya sido detenido en relación con la investigación. La superintendente en funciones Patricia Pharaoh dijo a los periodistas que no se había producido detención alguna y que el hombre en cuestión estaba simplemente colaborando en las pesquisas. La superintendente volvió a solicitar la colaboración de todas aquellas personas que hubieran sido testigos del espantoso apuñalamiento...

–¡Joder! –exclama, y sin importarle un bledo quién le vea agarra el teléfono. Se detiene en el carril interior del puente y enciende las luces de emergencia. Oye las bocinas de los vehículos que le siguen, cuyos conductores le hacen saber que es un gilipollas.

Helen Tremberg responde al tercer toque.

–Hablando del rey de Roma –dice, y no hay demasiado humor en su voz.

–¿En serio? –pregunta con una mueca.

–Pues claro. Ben y yo acabamos de hacer una pequeña apuesta sobre quién le va a matar primero: Pharaoh, Colin Ray o el ayudante Everett.

–¿Everett? ¿Por qué?

–No quiso decirlo. Entró dando fuertes pisotones en el centro de coordinación a eso de las cinco y preguntó dónde estaba. No parecía nada contento. Y menos aún cuando uno del personal de apoyo le preguntó quién era.

–¡Dios!

–¿Dónde estaba?

–Es largo de contar. Pero da igual. Acabo de oír las noticias sobre Humberside...

–Sí. Colin Ray la ha cagado de verdad. Perdón, sargento. Quiero decir...

–No importa –dice con sinceridad.

–Ese tipo que Shaz y él trajeron a la comisaría. Era solo un presentimiento. Un instinto visceral de Ray. No sé qué ocurrió cuando lo metieron en la sala de interrogatorios, pero salió sangrando por la nariz y con la camisa manchada de vómito. Eso según el sargento de recepción, claro. Al parecer Pharaoh apareció y se armó una buena. El tipo está aún en los calabozos, pero parece que no saben qué hacer con él.

A McAvoy se le acelera el corazón. Ve los titulares. Se pregunta qué cantidad de ese inmenso follón puede atribuirse al hecho de que él se largara a media mañana guiado por una intuición.

–¿Y el fuego en el Hull Royal?

–Estamos aquí –dice Tremberg–. Lo apagaron poco después de declararse, y en cuanto los bomberos ventilaron la habitación y el humo desapareció recibimos la llamada.

–¿Por qué a nosotros? Quiero decir, ¿por qué a vosotros?

–Fue deliberado, no hay duda. Los jefes creen que no tiene sentido tener una unidad de delitos graves y emplear a todo el grupo en un solo caso. Ben y yo estábamos a punto de marcharnos cuando el superintendente jefe llamó y nos dijo que nos presentásemos aquí.

McAvoy arruga el rostro. Siente el coche temblar cuando un camión pasa a toda velocidad, haciendo caso omiso de los avisos meteorológicos.

–¿Por un pequeño incendio? Ya sé que la unidad está recién inaugurada, pero un agente uniformado podría resolver el asunto con media docena de declaraciones de testigos y las grabaciones del circuito cerrado de televisión...

–¿Sargento? –dice Helen Tremberg desconcertada.

–¿Por qué recurrir a nosotros? ¿Por un fuego?

Tremberg cae en la cuenta.

–¿No lo han dicho en la radio? Ha sido mortal, señor. Un asesinato. El hombre del incendio en la casa de Orchard Park anoche. Alguien entró en la habitación y acabó el trabajo.

–No sé por dónde empezar –dice Pharaoh con un tono de voz que suena a

escape de vapor en una tubería de alta presión—. Requiere usted más cuidados que cualquiera de mis hijos.

—Lo siento, señora.

—¿Quiere dejar ya ese «señora» de los cojones, McAvoy? Me hace sentir como la jodida Juliet Bravo, la inspectora de la serie de televisión.

McAvoy asiente. Deja que ella le mire fijamente. Aparta la vista.

Están en el pasillo, fuera del centro de coordinación de la comisaría de Queen's Gardens. El sistema de calefacción central ha decidido compensar los errores pasados alterando su modus operandi. Los despachos están ahora fríos como tumbas mientras que en los pasillos hace más calor que en el infierno.

—¿Sabe usted qué día he tenido?

McAvoy asiente de nuevo.

Son las 21:41 horas. Han pasado doce horas desde que se vieron en ese mismo lugar y le dijo que era el jefe de su oficina. Le dijo que vigilara todo mientras ella iba a atrapar a un asesino.

Y ahora han vuelto. Cada uno después de haber tenido un día que preferirían olvidar; con las mentes llenas de información no demasiado buena.

Como un escolar travieso, McAvoy procura evitar la mirada irritada de Pharaoh. Se fija en la puerta del centro de coordinación. Esta mañana alguien colocó en ella un cartel que dice «Palacio de Pharaoh», pero el borde de un archivador metálico gris oscuro lo ha rasgado y ahora está junto al rodapié, roto en dos trozos. No puede evitar preguntarse si el cartel no es un signo en sí mismo.

—Si le pido que me dé los detalles esenciales del asunto me hará caso, ¿verdad? ¿O lo entenderá todo mal y se pasará la hora siguiente provocándome un dolor de cabeza?

De pronto su voz suena a cansancio más que a enfado.

—Sí, señora. Perdón. Sí.

Y entonces le cuenta. Le cuenta por qué abandonó el centro de coordinación. Dónde ha estado. Lo que ha descubierto. Le habla de Fred Stein y su importante hermana. Lo hace con brevedad y sin mirarla a la cara hasta que ha acabado. Tarda unos tres minutos, y su relato suena tan pobre e infructuoso que casi se queda sin energía antes de terminar.

—¿Eso es todo? —dice, aunque más que una recriminación es una verdadera pregunta.

—Sí.

Frunce los labios y resopla.

—Interesante —murmura alzando las cejas. Su rostro muestra ahora un color más natural.

—¿Cree usted?

—Acompáñeme.

Se da la vuelta y le conduce hasta el final del pasillo. Empuja la puerta de un despacho, aparentemente al azar, y la sujeta mientras McAvoy entra.

Tras un escritorio, iluminado por un flexo verde, hay un hombre de unos sesenta años, sentado con los pies en alto, un vaso de cristal bajo lleno de whisky en una mano y un cuaderno gastado en la otra.

–Hola –dice McAvoy, y el saludo le sale tal como lo siente, sorprendido y lacónico.

–Tom me deja compartir el despacho que le han asignado hasta que regresemos a Priory –dice Pharaoh cerrando la puerta tras él. McAvoy siente el roce de su cuerpo mientras ella ocupa el único espacio libre.

McAvoy permanece de pie, vacilante, en el centro de la diminuta habitación. No es mucho más grande que un cuarto de la limpieza. Sobre la mesa, colocada al fondo en sentido longitudinal, hay un monitor, un teclado, un disco duro y diversos papeles escritos a mano y a máquina, todo bañado en una misteriosa luz verde que hace que Tom Spink parezca, con su camisa blanca sin cuello y su pelo blanco bien peinado, extrañamente angelical.

–Bueno, hijo –dice Tom levantando la vista y claramente encantado de verlos–: Bienvenido a mi humilde morada.

–Cuéntele a Tom lo que acaba de contarme –dice Pharaoh, asintiendo con la cabeza–. Sobre lo que le pidió Everett que hiciera.

McAvoy le cuenta al hombre venerable con camisa, rebeca y pantalones de pana fina todo lo que ha estado haciendo durante los últimos días. Ve brillar en sus ojos señales imperceptibles y trata de interpretar las miradas que el anciano lanza a Pharaoh.

–¿Qué te parece? –pregunta Pharaoh cuando McAvoy acaba.

–Es interesante –responde Spink asintiendo y plegando el labio inferior sobre sus dientes inferiores. Habla dirigiéndose a Pharaoh, sin mirar a McAvoy–. Enigmático, en cualquier caso. Después de todo nos dedicamos a eso. Entiendo por qué el chico estaría interesado.

–Señor, yo...

–Llámame Tom, hijo –corrige Spink volviéndose hacia él–. Estoy retirado.

–Tom fue mi jefe –dice Pharaoh, cayendo de pronto en la cuenta de que la situación debe de resultar bastante extraña para el sargento–. En los viejos tiempos. Ahora hace de todo. Regenta un pequeño Bed & Breakfast en la costa. Hace pequeñas colaboraciones con un investigador privado cuando cree que corre el riesgo de irse al cielo. Y como tiene una forma de hablar agradable y está habituado a los apretones de mano más extraños, ha conseguido el encargo de escribir una historia de la policía de Humberside para los gerifaltes, lo que significa que le puedo tener cerca y él puede contarme todo sobre aquellos tiempos en los que las porras se diseñaban para poder ser introducidas con facilidad.

–Buenos tiempos aquellos –dice Spink sonriendo–. Aquí Nefertiti siempre era más dura que una piedra. Jamás prestó atención a las estupideces de un viejo libidinoso como yo.

–¿Nefertiti?

McAvoy no puede evitar repetir ese nombre.

–La reina egipcia –dice Spink soltando un suspiro–. ¿Pharaoh? ¿Lo coge? Vamos, por favor, ella dice que usted es uno de los inteligentes.

–Ya lo sé...

–Eso es lo que pensaba hasta que usted se largó –dice Pharaoh sin rodeos–. Antes le estuve llamando de todo, amigo. Creí que me había equivocado al catalogarle. Creí que era usted ese animal político del que algunos de los chicos y chicas del grupo hablan. Que estaba dando coba al ayudante del jefe y dejando que nosotros hiciéramos el verdadero trabajo. Parece que la primera impresión era la buena. El ayudante está más cabreado con usted que yo.

–¿Por qué?

–Recibió una llamada de un jefazo de la Autoridad Policial. Al parecer su mujer está bastante nerviosa. Un grandullón escocés le ha hecho pensar que su hermano podría haber sido asesinado.

A McAvoy le gustaría gritar.

–Yo nunca...

–Así es la vida, cielo. Acostúmbrese. Me alegra ver que no lo he perdido. Aún puedo distinguir al policía nato.

–¿Policía nato?

–Tiene un presentimiento y lo sigue. Escucha la débil voz en su interior y maldice las consecuencias.

Pese al frío en el despacho, McAvoy se ruboriza. Se da cuenta de que le está elogiando y se pregunta cuál será la penitencia.

–Gracias.

Spink y Pharaoh se ríen.

–No es una virtud, amigo. Es una condenada maldición. Significa que va a cabrear a la gente durante los próximos treinta años y que es más que probable que se equivoque al mandar a la cárcel a unos cuantos tipos. Pero también atraparé a algunos malos.

A McAvoy le flaquean las piernas. No ha comido nada desde el desayuno y de pronto se siente vacío y vulnerable. Quizá se le nota en la cara, porque la mirada de Pharaoh es de repente más afectuosa.

–El caso Stein –dice ella–. ¿Cree usted que es importante?

–Hay algo extraño –responde–. A decir verdad, no puedo explicarlo. Sé que hoy llegué a un callejón sin salida con Chandler, pero no puedo imaginarme a ese viejo

planeándolo todo. Quiero decir, quitarse la vida es una cosa, pero ¿concebir hasta el último detalle?

Spink y Pharaoh intercambian una mirada. Spink asiente ligeramente, como si le hubieran hecho una pregunta.

–Siga con ello entonces –dice Pharaoh pasando los brazos entre las piernas y sacando del cajón una botella de whisky a la mitad. Se llena el vaso y bebe un trago–. Confiaré en usted. Tal como dice, puede que no sea nada, y el caso Daphne tiene prioridad. No le impediré que investigue algo que le parece raro, pero no haga gilipolces. De eso ya tengo bastante con el puñetero Colin Ray.

McAvoy suelta un suspiro de alivio. No recuerda haber pedido permiso para seguir investigando el caso Stein, pero le gusta que no se lo hayan negado.

–¿Cuál es la situación actual, señora?

Pharaoh ríe, pero no de alegría.

–Neville, el jodido racista –dice, y necesita un trago para ser capaz de componer un gesto que no sea un gruñido–. Colin se cree un policía nato. Cree que es su instinto el que lo guía. Pero no es así. Es solo un montón de prejuicios y arrogancia rematado por una inquebrantable confianza en sí mismo. Según Colin y su pequeña sombra, ese viejo loco decidió quitar de en medio a la primera persona negra que le resultaba antipática y echar la culpa a un enfrentamiento tribal. Lo estúpido del asunto es que, aunque parece una auténtica tontería, tiene unos argumentos consistentes. Neville no puede explicar dónde estaba en el momento de la agresión. Tiene un historial violento. Ha pasado algún tiempo en el ejército, así que físicamente no es ningún enclenque. Y está claro que tiene genio. Colin y él tuvieron una buena bronca en la sala de interrogatorios. Menudos gritos. Le hemos encerrado hasta que decida qué hacer con él. Le acusé de agredir a un oficial de policía, de modo que oficialmente no es sospechoso de asesinato, pero cuando tuve que explicar a los jefes cuál era la situación, me dio la impresión de que no les desagradaría nada que imputáramos el asunto a Neville.

La cara de McAvoy lo dice todo.

–Ya sé, hijo –dice Tom Spink–. Ya sé.

Mientras McAvoy traga saliva con esfuerzo por su garganta seca, alguien llama débilmente a la puerta. Desde un punto de vista logístico, se pregunta si hay espacio físico para abrirla.

–Abra usted, Hector –dice Pharaoh con voz cansada.

McAvoy se apoya en el picaporte y abre la puerta, retirándose hacia atrás e intentando hacer caso omiso del ligero contacto que su trasero establece con la rodilla de Pharaoh.

Helen Tremberg está en el umbral, sorprendida de verlo allí.

–¿Sargento?

–Es solo el gorila de la puerta –oye decir a Pharaoh tras él mientras esta se baja

del escritorio. Aparece a su lado, presionando su cálido cuerpo contra el suyo. Su perfume y su aliento a whisky hacen que a McAvoy se le pongan los pelos de punta.

–Jefa –dice Tremberg aliviada–, ha llegado la identificación del cuerpo del hospital.

–Han sido rápidos –dice Pharaoh.

–Les pedí el favor. No hacen falta muchas zalamerías para que el tipo de la científica haga un análisis de las huellas dactilares a toda prisa y prepare una muestra de ADN. Aún estamos esperando la ficha dental, pero la identificación tiene sentido.

–¿Y bien?

–Trevor Jefferson –dice Tremberg–. Treinta y cinco. El último domicilio conocido fue un apartamento en Holderness Road. Un cuarto con derecho a cocina, para ser exactos. Encima de la oficina de apuestas.

–¿Y cómo acabó en la casa de Orchard Park? –pregunta Pharaoh, y en su voz McAvoy cree captar la esperanza de recibir una respuesta fácil.

–Eso es lo más raro –responde Tremberg–. Vivió en Orchard Park. Con su esposa, dos hijos y un hijastro. A un tiro de piedra de dónde lo encontraron.

McAvoy siente que se le encoge el pecho. Es como si supiera lo que Tremberg está a punto de decir.

–¿Y entonces qué? ¿Se cogió una curda y se olvidó de dónde estaba? ¿Creyó que aún era el año 2003? ¿Se metió en la primera casa que parecía habitable, se quedó dormido en el sofá con un pitillo en la boca y se achicharró? ¿Alguien se enteró, pensó que era una buena forma de ajustar viejas cuentas y acabó el trabajo en el hospital?

El tono de optimismo en la voz de Pharaoh suena forzado.

–Aún no he llegado a la parte extraña del asunto –responde Tremberg haciendo una mueca.

–Prosiga –dice Pharaoh con un suspiro.

–El motivo por el que abandonó Orchard Park fue que su casa ardió. Con su mujer y sus hijos dentro. Fue el único que salió vivo. Los bomberos pensaron que el incendio había sido provocado, pero nunca se detuvo a nadie.

McAvoy mira al suelo mientras Pharaoh clava la vista en su rostro. De algún modo tiene la impresión de que ella cree que es culpa suya.

–¿McAvoy? –dice como si exigiera una explicación.

–No sé, señora.

Ella se vuelve hacia Spink. Este levanta las manos y se encoge de hombros, aliviado de no estar implicado en el asunto. De estar en Hull solo para escribir un libro y poder salir pitando de allí enseguida.

–Stein tendrá que esperar –dice al final–. McAvoy, usted y Tremberg encárguense

de esto. Quiero todos los detalles sobre esos incendios. Sobre los sospechosos. Sobre la víctima. Los propietarios de la casa. Helen, ponga al día a McAvoy y vayan a Orchard Park.

Tremberg parece turbada. McAvoy se da cuenta de que cree que la están apartando del caso Daphne. Quizás sea así.

–Jefa, ya estoy agobiada con el caso Cotton...

–Lo sé, Helen –dice Pharaoh, pasando la mano alrededor de McAvoy para darle un cariñoso apretón en el brazo–. Pero necesito a alguien en quien pueda confiar. Vigile a este grandullón, ¿vale?

Tremberg se tranquiliza y asiente. Esboza una sonrisa. Dirigida a Pharaoh y a nadie más. No quiere mirar a McAvoy. Este se pregunta si es que está enfadada con él o solo demasiado decepcionada para mantener las formas.

–De acuerdo –dice Pharaoh mirando el reloj–. Son más de las diez, lo que significa que mis hijos se estarán acostando solos o se habrán apoderado del barrio y la pequeña Ruby se habrá hecho la reina. Conozco el escenario en que me muevo.

McAvoy acepta la sugerencia. Tras un gesto de asentimiento casi imperceptible, sale del despacho y nota cómo el calor del pasillo añade otro barniz de color a sus encendidas mejillas. La puerta se cierra tras él y al otro lado oye a Pharaoh decir «¡Joder!».

–La cafetería que está en la esquina de Goddard –dice Tremberg por encima del hombro mientras se aleja por el pasillo–. Mañana a las siete. Empezaremos a llamar a las puertas mientras aún estén roncando.

McAvoy la ve marcharse.

Se detiene un momento sin saber en cuál de las numerosas sensaciones que se arremolinan en su estómago centrarse.

Se pregunta si está mal emocionarse.

Y se deja llevar por una sensación de placer porque esta noche llegará a casa a tiempo de hacerle el amor a su mujer y contarle que hoy, de algún modo, ha hecho algo importante. Que es un policía nato. Y que en el fondo de su ser una pequeña voz le dice que todo esto está relacionado y que el único hombre que puede unir los puntos para formar el dibujo final es su marido.

Capítulo 13

–Todavía no lo han soltado –dice Tremberg a modo de saludo.

Tiene el pelo mojado, la cara pálida y bajo sus ojos hay unos círculos oscuros.

–Neville *el Racista* –añade con voz aún medio adormilada–. El abogado de oficio está que trina.

Comienza a quitarse el impermeable y luego cambia de idea. Vuelve a ponérselo y se sienta en una de las sillas con asiento acolchado y respaldo de plástico, frente a la mesa de formica.

–¿Le importa? He salido de la ducha hace solo veinte minutos. Todavía no he tomado nada.

Alarga el brazo y rodea con la mano la taza desportillada de té corriente que se encuentra, medio vacía, delante de McAvoy. Se la lleva a los labios y da un ruidoso trago. Hace una mueca.

–Le gusta dulce, ¿eh? –pregunta, y su tono es mucho más amigable que el de la noche pasada.

Son los únicos dos clientes en el Pigeon Pie Café, un inmueble pintado de blanco con una amplia cristalera en la esquina de la avenida Goddard. Es un local de comida barata, con menús plastificados y botes de ketchup en forma de tomate. El plato del día suele ser salchichas, beicon, o ambos, y el lugar es la meca de quienes piensan que la evolución culinaria alcanzó su cima con la combinación de la salsa agridulce y las judías estofadas.

Nada le habría gustado más a McAvoy que pedir un sándwich de huevo frito con salchicha cuando atravesó la puerta hace diez minutos, pero Roisin le había preparado un desayuno a base de huevos revueltos y salmón ahumado sobre una rebanada de pan de centeno antes de salir de casa, y sabe que ella se enfadaría si se enterara de que todo eso apenas le había calmado el apetito. Se había conformado con un té.

–¿No come? –pregunta.

–Parece tentador –responde Tremberg mientras cavila sobre ello–. Preparan un especial enorme para estómagos agradecidos. Si consigues comértelo todo no te lo cobran. Todavía no lo ha logrado nadie.

–¿Lo ha intentado alguna vez?

–¡Pero qué dice, sargento!

Parece indignada, pero esboza una sonrisa para indicarle que está bromeando.

–Siento haber sido una estúpida anoche –dice dando otro sorbo de té–. Acababa

de hincar el diente al asesinato de Daphne Cotton y de pronto me dicen que me encargue de un borracho muerto en Orchard Park.

–Entiendo –dice McAvoy asintiendo. Le desagrada que hayan endilgado esto a Tremberg, y aun le gusta menos tener que dar conversación a una colega femenina durante todo el día.

–Dos tostadas, por favor –grita Tremberg a la mujer huesuda con bata azul que está en el mostrador–. Mantequilla, nada de untes bajos en grasa.

–Una mujer de las que a mí me gustan –dice McAvoy–. Mi padre solía decir que la margarina tiene casi las mismas cualidades químicas que el plástico. No sé si será verdad, pero me quitó las ganas de tomarla. Como todo aquel asunto de que las barras de cacahuets están llenas de pipí. Asqueroso.

Tremberg hace un gesto.

–¿Pipí? –pregunta riéndose.

McAvoy nota que se le suben los colores y agradece que llegue la tostada de Tremberg.

–Lo siento. Es que tengo un hijo pequeño.

–Es un chico guapo, Fin –dice Tremberg con la boca llena–. Orgulloso de usted, además. No se asustó, ¿sabe? Sabía que algo malo había ocurrido en la iglesia y le vio marcharse, pero estaba seguro de que volvería. Dijo que usted atraparía a quien lo hizo.

McAvoy tiene que apartar la cara para ocultar la enorme sonrisa que recorre su rostro.

–Eso son cosas de su madre –dice amortiguando las palabras con una mano grande mientras apoya la cabeza en la palma–. Le hace creer que soy indestructible. Una especie de superhéroe.

–Mejor que hacerle creer que es usted un capullo –dice con total naturalidad–. Eso es lo que la mayoría de los chicos piensan de sus padres.

–Yo no.

–Pero usted es raro, sargento. Todo el mundo lo sabe.

Permanecen en silencio durante un rato. McAvoy acaba su té y observa cómo Tremberg se chupa la mantequilla de los dedos. No se ha hecho la manicura y no lleva ninguna joya. En cierto modo, sus manos parecen desnudas comparadas con las de su mujer, centelleantes y delicadas.

–Da igual, lo es –dice por fin, hurgándose los dientes con un dedo.

–¿Qué?

–Indestructible. Todo el mundo lo sabe.

–¿A qué se refiere?

–Al follón del año pasado –dice alzando la vista e inclinándose hacia delante. Parece animarse. El té y la tostada han debido de provocarle una subida de azúcar y de pronto está llena de energía–. Cuando le..., ya sabe.

–¿Qué?

–Le apuñalaron, ¿no? Eso es lo que todo el mundo dice.

Si cree que es un asunto delicado que no debería abordar sin mucho cuidado, nada en su actitud lo revela.

–En realidad fue una cuchillada –dice con voz queda–. Un tajo con un movimiento dado por encima de la cabeza.

Tremberg suelta un fuerte resoplido. Se siente obligada a decir «joder». Arruga el rostro, ensimismada.

–¿Como a Daphne?

McAvoy asiente. A él también se le ha ocurrido pensarlo, aunque es significativo solo para él. Sabe que antes de que su corazón dejara de latir, ella sentiría dolor. Una extraña sensación de frío. Un momento de agonía tenue y luego una simple confusión. Algo horrible de soportar.

Tremberg ladea la cabeza esperando algo más. Pero no hay más información.

–¿Sargento? –dice animándole a seguir.

–¿Qué?

Levanta las manos en un gesto de frustración.

–No es usted muy conversador que digamos.

McAvoy mira su reloj. Le ha costado solo ocho minutos poner reparos a su compañía.

–¿No se le ha ocurrido pensar que no me apetece hablar de esto?

Tremberg reflexiona.

–Sí.

Luego le muestra una sonrisa traviesa.

–Solo pretendía ser la persona que le hizo desmoronarse.

McAvoy la mira desconcertado: sus cejas casi se juntan en el centro de su rostro.

–No se preocupe –dice al advertir su expresión–. No hay dinero de por medio. Solo orgullo profesional. ¿Cómo se supone que vamos a conseguir que los sospechosos confiesen si ni siquiera podemos lograr que uno de los nuestros admita lo que le ocurrió?

–¿La gente se hace preguntas?

–Pues claro. A todo el mundo le atrae un hombre misterioso, aunque preferirían resolver el misterio.

–¿Un hombre misterioso?

–Venga, sargento. Un tipo grandullón como usted, con una mujer chiquitita y atractiva que le prepara una comida de gourmet para llevar al trabajo; un hijo que le considera Spiderman. Y luego está el asunto de Doug Roper y todo ese lío del año pasado que vio cómo el CID se dispersaba a los cuatro vientos y a usted le mandaban a un lujoso hospital privado en Escocia por una cuchillada. ¿Usted cree que a nadie le gustaría conocer todos los detalles?

McAvoy piensa en ello como si fuera la primera vez que lo hace.

–Nadie me ha preguntado jamás –dice con voz débil–. De cualquier modo, creo que me gusta ser misterioso.

–Desde luego lo hace usted a la perfección –ríe Tremberg.

–A mi mujer le va a encantar. Creo que me ve como una especie de rebelde que anda por esas calles infames deshaciendo agravios, aunque sabe de sobra que me he pasado los diez últimos meses diseñando bases de datos y haciendo recados. Yo no hago nada para que ella piense que soy una fuerza individual al servicio del bien.

–A esa conclusión ha llegado ella por sí sola, ¿no?

McAvoy la mira a los ojos y trata de decidir si le está tomando el pelo o felicitándolo porque alguien lo quiera de verdad. Se pregunta si mantiene alguna relación. Si alguna vez le han roto el corazón. Dónde vive, qué piensa y por qué se hizo oficial de policía. Se da cuenta de que no sabe nada de ella. De ninguno de ellos.

–Era joven cuando nos conocimos –confiesa, y siente el rubor extenderse por la nuca–. Y la ayudé con algunos problemas. Pero ella toma sus propias decisiones.

Permanecen en silencio durante un momento y McAvoy se felicita por haberse mordido la lengua. Por no haber aprovechado la oportunidad para descargar su neurosis contándole a su colega que no hay un solo instante en el que no piense que su joven mujer se casó con él por agradecimiento y que algún día la novedad pasará.

–¿Problemas? –pregunta Tremberg, intrigada de nuevo.

–Pertenece a una familia ambulante –dice McAvoy apartando la mirada. No le da ninguna vergüenza admitirlo, y sabe que a Roisin no le importaría, pero se siente incómodo hablando de su vida personal y le resulta más fácil no mirarla a los ojos.

–¿Gitanos? –pregunta Tremberg sorprendida.

–Si quiere decirlo así –apunta McAvoy–. Ella lo prefiere a vagabundo, en cualquier caso.

–¿Y qué ocurrió?

–Fue hace mucho tiempo. Yo acababa de terminar las prácticas.

Se detiene. Parece incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

–¿Dónde? –pregunta, ayudándole a seguir como si se tratara de un interrogatorio.

–En la policía de Cumbria. Fronteras.

–¿Y?

–Un grupo itinerante apareció en la parcela de un agricultor junto a la carretera de Brampton –dice con un suspiro. Resignándose a compartir los hechos.

–¿Es un lugar conocido?

–Una pequeña ciudad tranquila. Votantes conservadores y señoras canosas con reflejos azulados en el pelo a quienes el asunto no les hizo mucha gracia. El

sargento y yo fuimos a hablar con los recién llegados. Les dijimos que había un terreno destinado a acogerlos a las afueras de Carlisle. Bueno, dijeron que se marcharían antes de que acabara el día. Era un grupo agradable. Quizá una docena de carromatos. Niños por todas partes. Roisin debía de estar por allí, pero no la vi.

Tremberg lo mira con expectación.

–Amor a primera vista, ¿no? –pregunta, procurando aligerar la conversación.

–Era una niña.

–Es broma, sargento. Por Dios.

Tremberg parece enfadada. Se encoge de hombros, como si todo esto supusiera demasiado esfuerzo, pero McAvoy se ha puesto a hablar de nuevo. Ahora con más libertad. Como si de pronto necesitara dejar salir las palabras.

–No se marcharon –dice mirando por la ventana–. Apareció otro grupo. Mala gente. Así que el propietario de la parcela se presentó allí para preguntarles por qué no se habían ido. Le agredieron. Le hicieron daño, y algunos de sus empleados se enfadaron mucho. Buscaron vengarse de algún modo. Y encontraron a Roisin y a su hermana, que regresaban de las tiendas caminando.

McAvoy hace una pausa. Tremberg le ve coger el salero y agarrarlo con fuerza. Ve como sus nudillos se ponen blancos.

–Si yo no fuera tan condenadamente idiota no sé qué habría ocurrido –dice apretando la mandíbula.

–¿Cómo?

–Se me había caído la maldita agenda en el campamento –dice en tono de disculpa–. El sargento me mandó que fuera a recuperarla yo solo. Me perdí. Me encontré de pronto en un camino vecinal a un par de kilómetros del campamento. Me detuve junto a un hueco entre los setos para dar la vuelta y tomar la dirección correcta. Había un viejo cobertizo. Con agujeros en el tejado. Parecía como si hubiera habido un incendio hacía un rato. El caso es que había dos coches aparcados fuera. Aquello no tenía buena pinta. No había ninguna razón para que estuvieran allí. No sé qué sentí. Solo la sensación de que algo malo pasaba. Así que apagué el motor y entonces es cuando oí los gritos.

–¡Jesús! –exclama Tremberg, medio arrepentida de haber preguntado.

–Debería haber llamado para pedir ayuda –dice McAvoy haciendo rodar el salero entre las palmas de las manos–. Pero sabía que fuera lo que fuese lo que allí dentro estaba ocurriendo no podía prolongarse por más tiempo. No pensé. Salí del coche y entré corriendo en el cobertizo. Los pillé en plena faena. Aquellos jóvenes agricultores voceaban y soltaban alaridos mientras se divertían.

–¡Jesús! –exclama Tremberg de nuevo.

–Perdí los nervios –dice McAvoy mirándose el dorso de las manos.

Tremberg espera algo más, pero no hay nada. McAvoy se ha quedado paralizado en su asiento; su habitual cara enrojecida ahora es de un gris sepulcral. Ella se

pregunta si será esta la primera vez que habla del asunto. Se pregunta qué hizo a esos hombres, este grandullón de voz suave y pecho fuerte y grueso, que tiene la cara marcada y el pelo revuelto, y siente tanto amor por su mujer que hace que se sienta avergonzada de haberse reído cuando uno de sus colegas gastó una broma a su costa.

Mira el plato que tiene delante y decide que no queda absolutamente nada que comer.

Decide, también, que no importa lo que hiciera McAvoy en aquel cobertizo: ella nunca le juzgaría con tanta severidad como parece hacerlo él mismo.

Tremberg resopla. Tamborilea con los dedos sobre la superficie de la mesa. Trata de que ambos regresen a la realidad.

—¿Nos ponemos en marcha?

McAvoy asiente. Empieza a levantarse. Por un instante sus miradas se encuentran. Y por un segundo le parece ver llamas agitándose en sus pupilas: un edificio y unos coches ardiendo.

La puerta con paños de cristal ya está abriéndose cuando McAvoy y Tremberg ascienden por el cuidado sendero que conduce al número 58. Después de pasar una hora oyendo cómo les mandan a tomar por el culo de las maneras más pintorescas, y con el rostro de McAvoy todavía arrebolado tras haber sido confundido con Hoss, el gordo de *Bonanza*, por la mujer oronda y desnuda que abrió de par en par la ventana del piso desde el que se había hecho la primera llamada al número de emergencias, ninguno de los dos detectives está seguro de si esa puerta abierta es una señal de bienvenida o el preludio a la aparición de una escopeta.

—Ya casi estamos, ¿eh?

El hombre situado en el escalón de entrada aparenta unos sesenta y cinco años y es calvo como una bola de billar. De corta estatura pero fibroso, lleva una corbata de la marina mercante, anudada de manera impecable, y una camisa a cuadros remetida por dentro de unos pantalones de poliéster con una raya tan afilada que podría utilizarse para cortar carne en el mostrador de una charcutería. Se alza muy tieso, y aunque completa su atuendo con el conjunto de rebeca y pantuflas típico de un hombre de edad, hay algo en él que infunde respeto. Está en el portal de una casa adosada de dos habitaciones situada en una calle abandonada de la peor urbanización de la ciudad, pero su prestancia hace que McAvoy piense en un terrateniente abriendo las puertas de doble hoja de una mansión.

—Jack Raycroft —dice, alargando hacia McAvoy una mano firme llena de manchas de vejez. Ofrece a Helen Tremberg el mismo saludo cortés y asiente de nuevo—. Un asunto feo —añade. Su acento es local.

—Así es —coincide McAvoy después de haber mostrado sus identificaciones y presentarse.

–No sé por qué tuvo que ser esa –dice Raycroft con un suspiro–. Hay bastantes casas vacías por aquí. ¿Por qué elegir una de la que alguien estaba orgulloso? Es como si el orgullo fuera un delito.

Los tres contemplan la casa situada al otro lado de la pequeña calle. Quedan pocos signos de lo que hasta hace dos días había sido un hogar entrañable. Ahora está tan abandonada y desecha como las viviendas cercanas. La fachada está ennegrecida por el humo y el tablero claveteado sobre la gran ventana rota ha sido pintarrajeado de grafitis y convertido en un lienzo de dibujos obscenos y autógrafos pintados con aerosoles.

–Ha hablado usted con los agentes uniformados, según creo.

–Sí, sí. No es que hubiera mucho que contar. Mi amigo Warren estaba en el hospital con una pequeña angina de pecho. A Joyce, su mujer, se la había llevado su chavala a un pueblo de por aquí cerca. Y nosotros estábamos en casa viendo una de esas películas de época en la BBC. Oímos las sirenas casi al mismo tiempo que vimos las llamas. No solemos prestar mucha atención a las sirenas. Por aquí se oyen continuamente, día y noche. Pero parecía que se dirigían hacia aquí. Me asomé a la ventana para ver qué ocurría y vi que salía humo por la puerta de la casa de enfrente. Pero más que el humo, lo que me llamó la atención fue la puerta abierta. Es curioso cómo funciona la mente, ¿no? Por aquí nunca se ve una puerta abierta. Y mucho menos allí enfrente. Han vivido en esa casa casi tanto tiempo como nosotros en la nuestra. Nos conocemos bien.

Tremberg mete la mano en el bolsillo de su impermeable y saca un manojo de papeles que había impreso anoche antes de salir de la oficina. Es un informe de la investigación hasta ese momento, y es realmente breve.

–El cerrojo fue forzado –dice asintiendo, como si se felicitara a sí misma por recordar ese detalle–. Un trabajo profesional.

–Debió de serlo –dice Raycroft–. Una puerta con dos paños acristalados como esa. Comprada pensando en la seguridad.

Desde el interior de la casa se oye la voz de una mujer.

–¿Más policía, Jack?

Mira con ojos dóciles a los dos oficiales y ellos le devuelven una ligera sonrisa.

–Mi esposa –dice–. Se lo ha tomado mal.

–Ya me imagino –dice McAvoy, asintiendo.

–Los invitaría a entrar, pero creo que se enfadaría.

–Estamos bien aquí –dice McAvoy, contento de quedarse en el umbral.

De acuerdo con el empapelado de flores en los tabiques del tramo de pasillo que ve detrás de Raycroft, se imagina que el cuarto de estar será una mezcla caótica de sillones con tapetes y encajes, fotos de nietos y cuadros de patos volando colgados en las paredes, y sabe por instinto que ver todo eso le pondrá triste. Siente una gran admiración por la gente que no se deja intimidar y se niega a mudarse cuando el

sentido común dicta que deberían cortar por lo sano y vender. Pero, en el fondo, sabe que su resistencia es inútil. Que cuando mueran, la casa será vendida a cualquier empresa privada dispuesta a despejar el terreno y construir apartamentos para extranjeros que buscan asilo.

–Qué cosa más rara, ¿no? Abandonar las fotografías y todo eso.

McAvoy asiente educadamente, pero se da cuenta de que no tiene ni idea de a qué se refiere este hombre.

–¿Perdón?

–Se lo dije al tipo uniformado que vino ayer. En el césped delante de la casa había una bolsa de viaje grande con todas las fotografías de Warren y Joyce. Las tenían en la repisa de la chimenea. No sé si la víctima las cogió, las metió en la bolsa y luego entró a echar una siestecita, pero al menos ha habido algo bueno en todo el asunto: no perdieron las fotos.

McAvoy mira a Tremberg, que se encoge de hombros. Esto también es nuevo para ella.

–¿Dónde están las fotos ahora?

–Las tengo yo –dice Raycroft con toda naturalidad–. Las recogí del césped: estaban aún dentro de la bolsa. Se las daré a la hija cuando pase por aquí. Es lo correcto, ¿no?

McAvoy se da la vuelta. Mira la casa quemada. Intenta averiguar cuál podría ser el significado. Por qué alguien se tomaría el trabajo de guardar las fotos familiares antes de pegarle fuego a la casa con un ser humano en el sofá. Se acuerda de lo que había oído el día anterior: que la hija del propietario estaba encantada de que ahora sus padres tuvieran que abandonar la zona. Por un instante se pregunta si la preocupación de esa hija por la seguridad de sus padres podría ser suficiente para impulsarla a prender fuego a su hogar o si todo era una coincidencia y una insensatez.

–Jack, cariño, ¿es la policía?

–Voy enseguida, mi amor –grita Raycroft volviendo la cabeza.

–No tardaremos mucho –dice Tremberg, tomando la iniciativa mientras su colega mira a lo lejos y se pasa la lengua por los labios como si buscara algo.

–¿Saben ya quién era ese majadero estúpido? –pregunta el anciano volviendo la mirada hacia Tremberg y estirándose de manera discreta, como si le incomodara tener que alzar la vista para mirar a los ojos a una mujer que tiene la mitad de su edad–. ¿Por qué eligió esa casa para quedarse dormido? Oímos en las noticias que hubo un incendio en la unidad de quemados del Hull Royal y que la víctima había estado implicada. Cuando se lo llevaron de aquí no parecía muy dispuesto a liarse un cigarrillo...

McAvoy y Tremberg intercambian una mirada y deciden que este amable anciano merece un poco de sinceridad.

–El incendio del hospital fue provocado –dice Tremberg–. Alguien entró en el pabellón, se dirigió a su habitación, lo roció de combustible y le prendió fuego.

–¡Dios santo! –exclama Raycroft, dirigiendo la mirada a McAvoy en busca de confirmación y captando un ligero gesto de asentimiento por parte del policía.

–Sin ninguna duda era el mismo hombre que sacaron del incendio de la casa de sus vecinos. Los informes demuestran que había una gran cantidad de alcohol en su organismo. Una cantidad casi mortal. Así que lo más probable es que regresara a su domicilio desde el pub, se equivocara de casa, encendiera un pitillo y se prendiera fuego él mismo. Hemos conseguido identificarlo y tenemos algunos datos. ¿Le dice algo el nombre de Trevor Jefferson?

–Jefferson –dice Raycroft, haciendo memoria–. ¿No fue ese el canalla cuya familia murió hace un par de años en el incendio que hubo a unas pocas calles de aquí?

McAvoy asiente. Espera que Tremberg tenga la suficiente serenidad para manejar esto con delicadeza y no empiece a poner palabras en boca del anciano.

–Así es, señor. Su mujer, dos hijos y un hijastro murieron por las quemaduras.

–Ya –dice Raycroft pasándose una mano por la cara–. Hace unos años, ¿verdad?

–Sí, señor.

–¡Caramba!

Dirige la vista hacia la casa arrasada por el fuego y se palpa los bolsillos de la rebeca. Saca una lata de tabaco y, con una destreza instintiva que siempre sorprende a McAvoy, se lía un cigarrillo fino. Lo enciende con una cerilla y se dispone a fumárselo de un modo que a McAvoy le recuerda a su padre: la brasa apuntando hacia la palma y el cigarrillo sujeto con cuatro dedos y el pulgar. Protegido del viento y de las miradas fisgonas.

–Entonces ha recibido su merecido –dice por fin.

–¿Cómo dice, señor? –pregunta McAvoy procurando no precipitarse y mantener un tono de voz uniforme.

–Él fue el canalla que prendió fuego a la casa. Los mató a todos. Y no cumplió ni un solo día de cárcel por ello. El que jugaba con fuego y el único que salió vivo. Me da la impresión de que alguien le ha castigado por ello. Antes de ponerle las esposas a quien haya sido, asegúrese de estrecharle la mano.

Capítulo 14

Solo han pasado dos horas desde que McAvoy y Tremberg estuvieron en el umbral de la casa de Jack Raycroft, pero ya se van formando una imagen bastante clara del tipo de hombre cuya muerte están investigando. Irresponsable, egoísta, un parásito del estado del bienestar: un periódico sensacionalista necesitaría poco más para colocarle la etiqueta de «desalmado», aunque Tremberg lo expresó mejor cuando afirmó que «asqueroso hijo de puta» era un calificativo más apropiado para el finado que cualquiera de los términos psicológicos sugeridos por McAvoy mientras escudriñaba las escasas notas sobre el caso suministradas por la base de datos.

Tremberg hace clic en el ratón y la pantalla del ordenador se llena de imágenes de cuerpos achicharrados. Los dos detectives se sorben la nariz y combaten el impulso de apartar la vista. Los cadáveres son, sin ninguna duda, los de unos niños ennegrecidos tras ser devorados por las llamas.

Un fuerte eructo resuena junto a la puerta del despacho y ambos detectives se giran. El sargento Linus rodea una taza con sus manos gruesas y carnosas. Tapa la luz procedente del pasillo y la habitación se oscurece de pronto mientras Linus bosteza con estruendo y echa un trago de su bebida. El olor que sale del recipiente es succulento y apetitoso, y McAvoy se da cuenta de que el oficial uniformado que encaja toda su corpulencia en el marco de la puerta está bebiendo salsa de carne.

–Fue un asunto feo –dice Linus dando un sorbo y limpiándose la boca con el dorso de la mano–. Nunca vi nada igual. Aquello era como Pompeya cuando el humo se disipó. Aún recuerdo la expresión del rostro del chaval más joven. Ojalá pudiera decir que parecía estar dormido. Pero no. Parecía haber sufrido horrores.

–Debió de ser espantoso –dice Tremberg.

–¡Y tanto que lo fue!

Tremberg hace un gesto con la mano hacia el despacho de paredes húmedas, con carteles anticuados y la moqueta raída.

–Supongo que no echa de menos el CID. Un chollo de trabajo.

Linus no capta la ironía y asiente.

–Con veinte años tuve bastante, querida.

–¿Tiene tiempo para ponernos al corriente? –pregunta McAvoy, queriendo transmitir la idea de que toda la investigación se vendría abajo si Linus no les dedicara un poco de su valioso tiempo–. Necesitamos una visión general.

–Como le dije por teléfono, estoy encantado de ayudar.

Tras las dos primeras horas de preguntas, McAvoy no ha podido evitar sacar la

conclusión de que la investigación del incendio había sido realizada de forma descuidada. Y ahora no puede evitar culpar al perezoso y caótico cabrón que tiene delante; un sentimiento no mitigado por la sensación de que los cuerpos abrasados de los jóvenes le miran la nuca desde la pantalla del ordenador.

–Bien, desde el principio estuvo bastante claro que el padre fue quien apretó el gatillo, por así decir. El tipo no tenía ni un rasguño. Estuve tentado de hacerle algunos yo mismo.

McAvoy señala la pantalla con el pulgar por encima del hombro.

–El informe forense sugiere que se utilizó un líquido inflamable para acelerar la combustión. Combustible para encendedores. Según los primeros indicios, el mismo modus operandi se empleó anoche en el Hull Royal. Y la noche anterior en la casa de Orchard Park. Usted no cree que él fuera inocente, ¿verdad? Que quien ocasionó el incendio que acabó con la vida de su mujer y sus hijos podría haber regresado para rematar el trabajo, ¿no?

Linus parece pensar un instante.

–Es posible, amigo. Pero, como dije, estoy completamente seguro de que Jefferson provocó aquel incendio. Y deduzco que alguien ha decidido que la del ojo por ojo es la única clase de justicia que se merecía.

En la habitación se hace el silencio. McAvoy asiente lentamente y decide dejar de ser amable.

–Usted nunca le acusó, ¿verdad? Si ha recibido la única clase de justicia que merecía es porque usted jamás le acusó de nada. Por lo que veo, ni siquiera consideró esa posibilidad.

Linus encaja el golpe. Se aparta de la pared.

–Un momento, amigo –dice mientras un acceso de ira enrojece sus mejillas–. Investigamos el asunto a fondo. Pero no pudimos culparlo de nada.

–¿A fondo? –repite McAvoy retorciendo las palabras hasta convertirlas en un gruñido de desprecio–. El maldito *Hull Daily Mail* investigó los antecedentes de ese tipo mucho más a fondo. ¡Ocho incendios! Ocho incendios en sus domicilios anteriores. ¿No les pareció eso extraño?

–Sabíamos que había habido algunos pequeños fuegos aquí y allá –dice Linus desechando la acusación con un movimiento de brazos–. Los había denunciado en el ayuntamiento, no en la comisaría. No teníamos nada sobre él, salvo un par de condenas por fraude cuando era joven y una agresión, estando borracho, a un policía un año antes.

–Y sin embargo usted dice que lo tenían calado desde el principio.

McAvoy se vuelve hacia Tremberg.

–No sé usted, agente, pero cuando yo tengo claro que alguien ha matado a unos niños y a su media naranja suelo ser bastante tozudo en mi afán por meter a ese cabrón entre rejas.

Linus mira primero a un oficial y luego al otro, y sus mejillas tiemblan de indignación.

Pero pronto se desinfla. Se da la vuelta y dice:

–Mire, nunca he dicho que yo fuera el jodido Sherlock Holmes...

De nuevo se hace el silencio. Al final, McAvoy se pasa la mano por el rostro y se aprieta el caballete de la nariz. Nota que empieza a dolerle la cabeza. Le da la impresión de que está tratando de completar un rompecabezas en el que más de la mitad de las piezas todavía están boca abajo.

–Entiendo, sargento –dice con la esperanza de que su rostro no le traicione–. Todos tenemos días mejores y días peores. Semanas e incluso meses. Todos hemos tenido casos en los que desde el principio sabíamos que llevábamos las de perder. Y no debió de ser fácil. Roper le metió en esto. Él se dio cuenta de que iba a ser difícil demostrar las cosas y se quitó de en medio. Y a usted apenas le quedaron ganas de esforzarse, ¿verdad?

Linus respira con dificultad, pero los jadeos van acompañados de una media sonrisa. Parece aliviado. Encantado de que ese mamón escocés que le está dando lecciones de moralidad al menos entienda cómo se siente uno cuando va cuesta arriba con el mundo sobre las espaldas.

–¿Qué podía hacer? El informe decía que el fuego había sido provocado y que se había utilizado un acelerante. Vale. Pero Jefferson mantenía que había sido el hijo mayor. Que le había pillado otras veces jugando con sus encendedores. Era un caso de su palabra contra la de los muertos. Claro, Jefferson había estado implicado en otros incendios sospechosos, pero el hijo mayor también había estado en todos esos domicilios. Saber algo y demostrarlo son dos cosas diferentes.

–¿Le presionó? ¿Hizo algo para hacerle confesar?

–Claro que lo hice. Pete May y yo le tuvimos en la sala de interrogatorios durante horas. Hacíamos turnos. Intentamos que se sintiera culpable. Pero él seguía allí sentado, meneando la cabeza, diciendo que lo había hecho su hijo y ya está. No pudimos acusarlo. No habríamos llegado ni al juzgado de primera instancia.

–Sin embargo, la prensa les echó un buen rapapolvo.

–A eso se dedican. Los mismos periódicos que habían estado criticándonos por estar noche y día interrogando a un pobre padre afligido se lanzaron contra nosotros y nos llamaron incompetentes cuando se enteraron de que el tipo había denunciado ocho puñeteros incendios dos años antes y de que sus vecinos lo consideraban un jodido pirómano. No podíamos ganar. No fue fácil dejarle marchar.

–¿Y los vecinos? La gente que habló con los periódicos. ¿Podría alguno de ellos haber estado lo bastante resentido por su liberación como para ir y acabar la faena?

Linus se encoge de hombros.

–Ya conoce cómo son esas urbanizaciones. No hace falta mucho para que la gente se sulfure. Pero no creo que ninguno de los vecinos tenga los huevos suficientes como para entrar en el Hull Royal y abrasar a la víctima de un incendio en la cama. Y mucho menos para salir con toda tranquilidad. Me parece que por ese camino no llegará a ningún sitio, amigo.

McAvoy cruza hasta la ventana y separa las deformadas lamas de metal con los dedos. Ve una colonia de residentes tan mísera y gris como un puré de patata de un comedor escolar. Dos niños de no más de siete años juegan en los únicos artefactos del pequeño parque de columpios que aún no han sido destrozados hasta quedar inútiles. El regocijo de ver a los dos chicos riendo alegremente mientras se empujan el uno al otro en el carrusel queda atenuado por el hecho de que ambos están fumando.

–No es exactamente Tenerife, ¿verdad?, amigo –ríe Linus mientras McAvoy se aleja del mundo tras los cristales y vuelve la vista hacia el rostro sudoroso y fofo del sargento–. A veces vale preguntarse si esos pobres chiquillos muertos no se libraron de algo peor.

McAvoy no dice nada.

El silencio se rompe por el inconfundible sonido del móvil de McAvoy vibrando en su bolsillo. Agradecido por la interrupción, pero preocupado porque la llamada sea de Pharaoh y tenga que decirle que no ha avanzado nada, contesta. Es un número que no reconoce.

–McAvoy –dice.

–Soy Russ Chandler, sargento. Vino a verme...

–Señor Chandler. Sí. Hola.

–Supongo que esta llamada es un ataque preventivo. ¿Cuándo quiere que vaya?

–Señor Chandler, me temo que no...

–No soy tonto, sargento. Sé cómo funcionan estas cosas. ¿Me va a mandar un coche o...?

–Señor Chandler, ¿podemos comenzar de nuevo? Usted y yo hemos concluido nuestras conversaciones, a menos que haya recordado algo más relacionado con Fred Stein.

–¿Stein?

Chandler parece sorprendido. Enfadado incluso.

–Sargento, no importa cuál sea su juego. No es necesario. Estoy dispuesto a colaborar.

Tremberg mira a McAvoy y, moviendo simplemente los labios, le pregunta: «¿Qué ocurre?». Él se limita a arrugar el ceño. Su mente es una mezcla de dolor de cabeza y confusión.

–¿Colaborar con qué, señor Chandler?

Al otro extremo de la línea se hace el silencio. A McAvoy le parece que el otro

hombre respira mientras pone en orden sus pensamientos.

–¿Señor Chandler?

–Habrá comprobado usted su registro de llamadas.

–¿Qué registro de llamadas?

–Por Dios, amigo. El de Jefferson. El hombre que se abrasó. Hablé con él, sí. Pero ahí se acaba todo. No estaba cerca de Hull cuando ocurrió. Recuerde que...

–¿Habló con él? ¿Por qué?

–El libro, ¿recuerda? Sobre los supervivientes. Hablamos de ello. Él era uno de los nombres en mi lista cuando a empecé a investigar. En la fase inicial, como le dije, pero me llamó hace unos días. Quería saber si seguía interesado. Dijo que necesitaba dinero...

–¿Se puso en contacto con usted? ¿Cuándo fue eso?

McAvoy intenta no alterar la voz.

–No estoy seguro. No mucho después de llegar a este condenado lugar. No fui consciente durante los primeros días, pero cuando me puse a oír los mensajes recibidos, ahí estaba el suyo. Dedujo que había intentado hablar con él esa semana, pero eso no es cierto. Con él y con la mujer de Grimsby. Al menos, yo no creo que sea verdad. Tiene usted que acordarse, estaba muy mal...

–¿Qué mujer de Grimsby, señor Chandler? ¿Se refiere a alguien relacionado con su investigación?

–Sí, sí –dice malhumorado, con desdén, como si solo los hechos que acaba de revelar pudieran ser de interés–. Angela no sé qué. La única a la que el Carnicero de la Taberna no logró cargarse.

McAvoy camina de un lado para otro, tratando de seguir el ritmo de sus pensamientos y temores. Sabe que está ocurriendo algo importante. Huele la violencia. La sangre.

–¿El violador? ¿Hace varios años?

–Sí, un asunto de su negociado más que del mío. Tiene que recordarlo.

McAvoy lo recuerda. Hace más de diez años, en la frontera entre Inglaterra y Escocia, un camionero llamado Ian Jarvis se había divertido plantándose a la entrada de los servicios de los pubs y violando y apuñalando hasta la muerte a cualquier mujer que entraba en ellos. Le gustaba grabar sus iniciales en sus partes íntimas. Se cargó a cuatro señoras antes de que se encontrara ADN en una de las escenas del crimen, y fue atrapado con las manos en la masa mientras atacaba a la quinta víctima en los váteres de un popular pub en Dumfries, a menos de cinco minutos del cuidado semiadosado en el que vivía con su mujer y tres niños. Su última víctima había sobrevivido. Prestó declaración contra él protegida por una mampara. Contribuyó a encerrarlo, y sin duda se alegró cuando lo encontraron ahorcado en su celda menos de tres semanas antes de que cumpliera la primera de sus muchas cadenas perpetuas. Por aquella época la mujer se había apuntado a un

canje de casas de protección oficial y había aceptado la primera oferta: un piso de tres habitaciones sin vistas en la séptima planta de un bloque en Grimsby.

–¿Y ha mantenido contacto con ella? ¿Ha hablado con esa mujer recientemente?

–No –dice con impaciencia–. Estaba en mi buzón de voz. Decía que estaba devolviéndome una llamada. Pero yo no recuerdo haber hecho ninguna maldita llamada.

McAvoy mueve la cabeza con frenesí. Su rostro se ha puesto del mismo color gris que la barriada de casas que hay tras los cristales.

Y sabe, sabe sin la menor duda, que Angela Martindale será la próxima.

Capítulo 15

El vaso está vacío, pero ella se lo lleva a la boca igualmente. Da un sorbo a nada. Se humedece los labios con el último resto de espuma y pasa una lengua amarillenta por el borde.

Murmura por lo bajo, dentro del vaso, empañándolo con su confusa plegaria:

–Venga, chicos.

Deja el vaso de cerveza dando un golpe sordo sobre el mostrador barnizado. Espera que alguien se dé cuenta de que se le ha acabado la bebida y se ofrezca a rellenar ese vacío. Que alguien se muestre caballeroso y le compre un poco de su precioso tiempo.

–¿Otra?, Angie.

Esta vez es Bob *el Portilla*. Limpiacristales conocido en toda la ciudad por no molestarse nunca en pasar la gamuza por las esquinas de las ventanas.

–Eres estupendo, Bob –dice, y hace un gesto hacia el grifo de cerveza Bass–. Una pinta, si no te importa.

Bob alza su propio vaso hacia Dean, el barman, ocupado en meter botellas de refrescos con alcohol en el refrigerador situado al fondo de la barra.

–Cuando tengas un momento, Dean.

Es un pub auténtico. Una de las últimas tabernas en esta concurrida calle de los alrededores del centro urbano de Grimsby que no ha sido adquirida por una cadena comercial. Hoy hay solo media docena de clientes y todos beben solos. Tres tipos viejos, a los que Angie recuerda haber dirigido el saludo en el pasado, están sentados en mesas diferentes colocadas en lo que podrían ser los vértices de un triángulo. Hablan de un boxeador al que ella no conoce, y cada uno de ellos tiene su presupuesto diario extendido sobre el barniz agrietado de las mesas circulares. Están tomando su última pinta del día y procuran hacerla durar: retrasan el indigno momento de ponerse sus abrigos y bufandas con esfuerzo y echar a andar, tambaleándose entre el viento y la nieve, hasta la parada del autobús.

El otro cliente es un hombre musculoso con una chaqueta negra y una bufanda. Al entrar había dado un golpecito al grifo de la sidra y entregado el dinero sin decir una palabra. Apenas ha tocado la bebida ni levantado la vista del *Daily Mirror*. Angie piensa que es un jugador, metido en apuestas de caballos y hasta arriba de deudas, y decide que no merece una de sus sonrisas.

–Hace un frío que pela. Yo he acabado la faena por hoy.

Bob *el Portilla*. Se frota para entrar en calor. Hace un rato atravesó la puerta del pub, con cristal esmerilado y pintada de azul, y trajo con él el rumor de la gente y

una fría racha de nieve y viento. No hace mucho tiempo también le habría acompañado el ruido del tráfico. Esta era la principal calle comercial de Grimsby; una animada comunidad de comerciantes independientes que llegaron a ser prósperos por su proximidad a la lonja de pescado y los muelles. Pero ya no. Es una calle muerta, llena de contrachapados y grafitis, carteles de «Se alquila» y persianas metálicas. Si fuera de Grimsby, a Angie le disgustaría ver una calle antaño espléndida reducida a tal penuria, pero para ella esta ciudad es su hogar solo desde hace unos años y concede al mal estado y a la ignominia de la zona tanta consideración como a ella misma.

–Es para hoy, hijo.

Dean alarga el brazo por debajo del mostrador y saca dos vasos. Están todavía calientes del lavavajillas y los pasa un momento por el grifo de agua fría. Aún es joven, pero aprende rápido.

–Vamos, hijo. Aquí hay una dama que se muere de sed.

Convencido de que los vasos están lo bastante fríos para evitarle cualquier impropio, Dean se vuelve hacia el grifo de cerveza y llena las dos pintas. Las pone en el mostrador y coge las cuatro monedas de una libra que Bob le tiende.

–Gracias, Bob.

–De nada, chaval. ¿Vais a poner el partido esta noche?

–No, lo dan por satélite. El precio de la licencia es una broma de mal gusto.

–¿Sabes si lo ponen en Wetherspoon?

–Ni idea. Es probable.

–Competir con ellos es difícil, hijo.

–Pero nuestra cerveza es mejor.

–Eso sí.

Angie levanta su vaso con una mano que no ha temblado desde la segunda pinta de la mañana y da un buen trago. Siente cómo la cerveza se desliza por la garganta; la agradable sensación del fresco líquido convirtiéndose en una calidez reconfortante y sabrosa en su barriga abotargada. Da otro trago. Se relaja, consciente de que al menos durante los minutos siguientes sus problemas están resueltos. De que solo es un cliente más que da sorbos a su pinta y escucha a un tipo decir tonterías en un tranquilo pub de la vieja escuela.

Toma otro trago y repara en que debe ir más despacio. No sabe de dónde saldrá su próxima bebida. Tampoco sabe nada sobre su próxima comida, pero eso apenas le importa.

–¿Cómo te va, querida Angie? –pregunta Bob mientras Dean regresa a los refrigeradores de las cervezas y comienza a llenarlos con botellas de Carlsberg.

–Ahí vamos, cariño. Tirando.

–Hoy has madrugado.

–Tenía que hacer algunas compras. Quise darme el capricho.

–Te lo mereces, querida. Me alegra verte.

Mira a su último benefactor. Está cerca de los cincuenta y no es mucho más alto que ella. Lleva unos vaqueros de marca falsos, con rozaduras en las rodillas, unas asquerosas zapatillas de deporte blancas y un forro polar azul debajo de una chaqueta de ante marrón descolorida que tiene todo el aspecto de proceder de una tienda de beneficencia. Vale para un revolcón, si es necesario. Angie suele adoptar una visión práctica cuando se trata de sus relaciones pasajeras. Sin darle muchas vueltas decide cuándo aguantar un poco de sudor y unos calzones pringosos a cambio de unas cuantas pintas más.

–¿Te has arreglado el pelo, Ange?

–No, cariño. Me pilló la nevada. Y al secarse se rizó.

–Te queda bien. Tirabuzones. Angelical.

–Eso es lo que soy, Bob. Un pequeño ángel.

Sonríen y chocan los vasos. Ella da otro trago, confiada de pronto en que habrá una próxima bebida. En otro tiempo habría rechazado la idea de compararse con uno de los serafines elegidos por el Señor, pero cuando Dios la abandonó, ella le dejó ir, y la cruz que lleva alrededor del cuello es el único recuerdo de que una vez fue una cristiana fiel que asistía a la iglesia, rezaba solo para pedir por su seguridad y su manutención, y ofrecía su alma a cambio.

Traga cerveza.

Su proceder se ha convertido casi en un arte. Su circuito diario comprende media docena de pubs, y normalmente se las arregla para conseguir dos o tres bebidas gratis en cada uno. Siempre paga la primera, pero rara vez tiene que echar mano a su bolso para las siguientes. Si hubiera aceptado alguna vez la oferta de asesoramiento para superar el estrés postraumático, podría haber analizado por qué necesita pasar buena parte de su tiempo en pubs, un ambiente que casi acabó con su vida. Pero Angie no tiene tiempo para la introspección. Descubrió lo que había en su interior cuando el hombre del cuchillo comenzó su faena. Y no había visto nada que quisiera volver a ver.

–Tú pareces muy arregladito, Bob –dice colocando una mano sobre la de él–. Me alegra que hayas llegado. Durante una hora hemos estado solo esos viejos amigos y yo.

Bob le ofrece una sonrisa.

–Voy a reunirme con Ken en The Bear, si quieres venir con nosotros. Es un tipo majo, Ken.

Angie le responde con una especie de mueca que significa «quizás», pero está segura de que no irá. Aunque hay una pequeña probabilidad de que Bob y Ken compitan por ver quién es más caballeroso cuando se trata de llenarle el vaso, es mucho más probable que el grupo de viejos amigos que le paga la bebida en The Bear se ofendan al verla con los tipos que suelen beber en Wilson's y mantengan

sus carteras cerradas la próxima vez que les ponga una mano en el muslo y les diga lo guapos que están.

La puerta se cierra de un portazo y Angie se vuelve. Bob y ella son los únicos clientes que quedan. No recuerda haber visto a ninguno de los viejos amigos marcharse, ni oído palabras de despedida, pero sus ideas comienzan a estar tan confusas que, si le preguntaran, no sabría decir cuántos clientes había cuando llegó. Recuerda a un tipo grande leyendo el periódico y tal vez al viejo Arthur, con sus gafas de cristal grueso y sus pantalones de poliéster, pero ¿fue hoy o ayer? Antes de empezar a preguntarse si eso importa algo ya ha decidido que no.

—¿Te has enterado de lo de John? ¡Menudo capullo!

—No, cariño. Cuenta. Me gustan las historias.

Se sienta y escucha a Bob mientras este empieza a contarle lo que hizo John en The Red Lion el sábado por la noche; no hace falta que indique con un gesto que se le ha acabado la bebida para que le pongan otra. Cuando va por la mitad, siente ganas de fumarse un cigarro, pero cree que puede aguantarse. En el siguiente pub del circuito se irá directamente al jardín y aparentará buscar cigarrillos en su bolso hasta que uno de los fumadores se compadezca de ella y le ofrezca un pitillo. Así podrá guardarse los suyos para la tarde. Para fumárselos delante de la tele mientras bebe el vodka que ha comprado en el supermercado y agota los minutos que le quedan en el teléfono mandando mensajes de texto picantes al dueño de The White Hart, que es incapaz de hacer el último turno sin desnudar su alma y contarle que su mujer y él están juntos solo por los niños y que quien debería estar en su cama es una mujer auténtica, una mujer como ella.

No sabe qué ve en ella. Qué ven en ella los hombres. Con cuarenta y tres años no es exactamente una chica de revista, aunque lleva con cierto descaro leotardos morados, falda vaquera y un suéter holgado de la sección de rebajas de Asda, lo que añadido al carmín rojo, el pelo oscuro y abundante y los pendientes largos le hacen parecer especialmente facilona. Además es muy tocona. Coqueta y amigable. Al parecer sabe escuchar, aunque rara vez dice algo distinto a «te mereces más» o «ella no sabe lo que tiene» cuando la arrastran a conversaciones sobre los defectos de las parientas de sus caballeros.

No siempre fue así, claro. En otro tiempo Angie Martindale fue un milagro. Eso decían los médicos. Y la policía. Incluso la prensa, aunque su nombre nunca apareció en ninguno de los reportajes. Era la mujer que escapó. La superviviente. La única a la que no logró matar. Ha llegado a tal punto en su alcoholismo que está dispuesta a contar su historia a cambio de bebida. Hay veces, cuando su vaso está vacío y nadie le tira los tejos con miraditas, en que le apetece sacar uno de los recortes de periódico que lleva en el bolso y contar a los bebedores empedernidos de Grimsby que en un pub como ese, hace quince años, fue atacada y violada por

un hombre al que el juez llamó «perverso» y cuyos ojos azules sin vida todavía la atraviesan por la noche cuando se va a dormir demasiado sobria.

El teléfono suena en el bolsillo de su falda vaquera. Pide perdón a Bob por la interrupción y sin más rodeos pone el teléfono en silencio.

–Podrías haber contestado –dice Bob, tratando de ocultar su amplia sonrisa estúpida cuando se da cuenta de que ella ha rechazado la llamada para poder seguir charlando.

–Estoy hablando contigo, Bob –dice suavizando su lenguaje corporal. Ha utilizado este truco muchas veces. Hace sentir a sus pretendientes que son especiales poniendo la alarma a intervalos de media hora y luego simula que cuelga a quienquiera que tenga la temeridad de molestarla mientras está sumida en una conversación con el hombre más fascinante del mundo.

Procura estar a la altura, desde luego. No puede arreglárselas solo con insinuaciones. En ocasiones, cuando cree que se lo ha ganado o se siente demasiado abatida para afrontar la idea de irse a casa sola, invita al caballero de turno a que la acompañe. Le deja besuquearla, ponerse encima y penetrarla. Soporta unos cuantos minutos su peso incómodo y su violento embate, que es a la vez su propio castigo y la recompensa de su galán. Pero últimamente no ocurre muy a menudo. Cada vez le gusta menos la idea de que la gente conozca su espacio privado. Quizás sea así desde que dejó que su apartamento se echara a perder. Su creciente consumo de alcohol ha coincidido con un marcado deterioro en la apariencia de su casa, aunque esta, situada a media altura en un bloque de pisos, nunca fue nada suntuosa.

–¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros?

–La próxima vez. Tienes mi número de teléfono. Ponme un mensaje y veré cómo lo tengo.

Bob le regala otra amplia sonrisa.

–Lo haré.

–Probablemente estaré en casa sola.

–Bueno, no podemos permitir eso, ¿verdad?

–No, cariño.

Bob le da un beso en la mejilla antes de marcharse. Siente su barba incipiente en la piel y el roce de su bigote en las pestañas. Se pregunta si él querrá lamerla por ahí abajo, como parecen desear siempre esos condenados hombres modernos. Si su bigote le rozará los muslos. Si querrá hacerlo con la luz encendida. Si reparará en las cicatrices.

Lentamente y con cuidado se baja del taburete. Se inclina y recoge las bolsas de la compra. Un poco de carne barata cocinada de la carnicería. Algo de hígado. Seis panecillos. Una botella de vodka. Un paquete de veinte de Richmond extralargos.

–¿Te vas, Angie? Esto se va a quedar muerto sin ti.

Dean ha acabado de llenar el refrigerador y está de pie, tras los grifos de cerveza,

mirando a la puerta. Ha sido una hora de la comida muy tranquila y no cree que el negocio se anime de nuevo hasta media tarde. Gana un sueldo fijo, así que no tiene muchas ganas de que de pronto entre gente; pero el turno pasa más deprisa cuando está ocupado y el dueño le mira mal cuando los ingresos semanales no son como esperaba. En Navidad aún tiene menos disculpa, pues, según Wilson, la gente entonces no tiene excusas para no cogerse una cogorza.

–Creo que me iré y pondré los pies en alto –dice Angie sonriendo y sintiendo con agrado que le cuesta mantenerse en pie–. Anoche grabé un episodio de *Miss Marple*. Podría servir para ejercitar un poco el cerebro.

–Que lo pases bien, querida. Te lo mereces.

Angie le ofrece una sonrisa distinta a la que reserva para sus galanes. Esta es genuina. La clase de sonrisa que solía mostrar sin pensar. La sonrisa breve y feliz que una vez ofreció al hombre que grabó sus iniciales en su vagina antes de clavarle un cuchillo de cortar el pan de treinta centímetros de largo en las costillas y follársela en el váter de un pub mientras yacía ensangrentada sobre las baldosas del suelo.

–Es probable que venga mañana –dice–. ¿Estarás aquí?

–No hay descanso para los malvados.

Mientras se dirige hacia la puerta una corriente de aire frío le recorre el cuerpo y se concentra en su vejiga. Mira a Dean y suelta una risilla.

–La llamada de la naturaleza, creo. La primera del día.

–Sinceramente, no sé dónde lo metes –dice directamente–. Entre tus antepasados debe de haber algún camello.

–Vaya, qué gracioso eres –dice Angie dejando las bolsas sobre la mesa más próxima y encaminándose hacia los servicios.

–Pretendía ser un cumplido –grita mientras ella empuja la puerta. No le ha oído. Dean hace un gesto al darse cuenta de que podría haberla ofendido. Teme haber metido la pata y que hacer las paces pueda costarle una o dos cervezas. Decide olvidarlo y se inclina para coger un vaso vacío.

Está a punto de hacerlo cuando recibe el golpe.

Siente un intenso dolor en la nuca que le nubla la mente y luego cae de bruces: un bulto inconsciente desplomado boca abajo junto al refrigerador, con una mano metida de manera cómica en una caja medio llena de patatas fritas con sabor a vinagre.

Dean no oye al hombre que pasa sobre su cuerpo y se dirige a la puerta principal.

No oye el suave «clic» del pestillo al deslizarse para atrancar la puerta ni el débil ruido de unas botas negras sobre el suelo de madera mientras cruzan el local.

No oye la puerta de los servicios abrirse ni el sonido de un cuchillo al ser desenvainado lentamente de una funda de cuero.

No oye el comienzo de los gritos...

Capítulo 16

–¿Está seguro? –dice McAvoy alzando la voz, con un dedo metido en el oído para amortiguar el rugido del motor y el murmullo de los neumáticos sobre la carretera de hormigón–. Pero ¿llamó con suficiente fuerza?

Tremberg reduce a cuarta intentando sacar unos diez kilómetros por hora más al motor de un litro. Consigue lo que pretende, y pese a las protestas del metal humeante bajo el capó, pisa el acelerador a fondo.

–No... no lo sé con seguridad, pero hay una gran probabilidad de...

Tremberg mira a McAvoy desde el asiento del conductor.

Se fija en el dorso de su mano. Es todo lo que ve de él mientras presiona el teléfono móvil con fuerza contra uno de los lados de su cabeza. Parece como si le hubieran roto los nudillos varias veces. Resumen todo lo que sabe acerca de él. Que ha hecho daño y lo ha recibido. Que la palma cálida y protectora con la que – se imagina– acaricia a su hijo y a su mujer puede girarse y cerrarse en un puño capaz de producir un daño autodestructivo extraordinario.

–Dé una patada a la puerta y entre –grita, y añade–: Me da igual. Confíe en mí.

«¿Por qué va a hacerlo?», piensa Tremberg. «No te conoce. Yo apenas te conocía hasta esta mañana. Apenas te conozco ahora.»

McAvoy cierra el teléfono de golpe.

–No contestan en su piso –dice alzando la vista y mirándola desde detrás de un mechón de pelo rojizo y húmedo, con los ojos llenos de venas rojas y brillantes–. Han probado con los vecinos y no saben nada. No quieren forzar la puerta sin permiso...

Su voz se desvanece. A Tremberg le parece que está luchando consigo mismo. Tratando de no reconocer que él también, a lo largo de su carrera, ha hecho cosas de un modo correcto. Ha esperado que llegara la orden. Ha hecho lo que se le pedía.

–Entonces, ¿adónde vamos? –pregunta, con los ojos de nuevo en la carretera.

McAvoy no responde. Está mordisqueándose la piel de la muñeca, royéndola distraídamente como si fuera un perro con un hueso.

Detrás del cristal está anocheciendo. Hay copos de nieve en el aire.

Tremberg vuelve a preguntar:

–¿Adónde vamos primero?

Se están acercando al polígono industrial que marca los límites de Grimsby. La zona huele a pescado y a industria, y bajo los neumáticos la carretera de hormigón resulta casi soporífera por el traqueteo que produce en el cerebro.

McAvoy baja el brazo hasta el regazo. Parece tomar una decisión.

–El oficial uniformado dice que uno de los vecinos afirma que ella suele estar por Freeman Street a la hora del almuerzo. En uno de los pubs. No supo decir cuál...

–¿Freemo?

–Si tú lo llamas así... Esta es tu parte del mundo, no la mía.

De algún modo Tremberg logra engatusar a su utilitario de cinco puertas hasta sacarle otros veinte kilómetros por hora, llevando la aguja hasta el 120 y haciéndolo chirriar al sortear la primera rotonda casi en dos ruedas y subir a toda velocidad el paso elevado que hay delante de los muelles. Conoce la zona. Patrulló por ella cuando era agente.

–¿Qué sabemos de ella? –dice levantando la voz al pasar frente a la planta procesadora de pescado, con el pie derecho apretado contra el suelo–. ¿Qué le gusta beber?

McAvoy la mira como si estuviera loca, se encoge de hombros sin entender y agarra el cuaderno de notas que tiene sobre las rodillas. Observa las frases sin acabar y las palabras crípticas que garabateó durante su rápida conversación con el sargento de recepción de la comisaría central de Grimsby; repasa también los imprecisos detalles que el sargento Linus encontró en la base de datos y le comentó por teléfono diez minutos después de que Tremberg y él se dirigieran a toda prisa al aparcamiento y enfilaran hacia el puente.

–Vive del subsidio –lee en voz alta–. Tiene derecho después de la agresión. Ingresó en el hospital Diana Princesa de Gales tras una borrachera y un incidente turbulento fuera del Fathom Five...

–¿El Fathom Five? Cerró el año pasado.

–Aquí no hay nada más –grita McAvoy mientras relee las notas con la esperanza de encontrar algo nuevo. Una pista. Una indicación de qué coño hacer después.

Tremberg se muerde el labio, dando un volantazo hacia la derecha en la última de una serie de rotondas, aparentemente interminable, que conduce al centro de la ciudad.

–Llame a Sharon a The Bear –dice ella con gesto triunfante–. Si Angela bebe por Freemo, seguro que la conocerá.

Agradecido por tener algo que hacer, McAvoy marca el primer número de información que recuerda. Escucha durante lo que parece una eternidad mientras una voz asiática al otro lado de la línea lee el guion de bienvenida completo.

–The Bear –grita–. Freeman Street. Grimsby.

Tremberg hace una mueca mientras le oye repetirlo.

–No –brama–. Simplemente póngame. Póngame con ese número.

Un momento después hace un gesto con la cabeza. Está llamando.

–¡Hola! ¿Es usted la dueña? ¿La señora... Sharon? Soy de la policía de

Humberside. Necesito urgentemente hablar con una señora que podría ser una de sus clientes habituales. Angela Martindale...

Tremberg aparta la mirada de la carretera durante diez segundos y ve cómo el rostro de McAvoy pasa por diferentes estados de enfado y frustración. Se imagina lo que la mujer está diciendo. Sabe muy bien que ella cree estar haciendo un favor a Angie. Protegiendo a sus clientes. Diciendo a la pasma que la deje en paz.

Sin pensarlo, estira el brazo y le quita el teléfono al sargento.

–Sharon –vocifera en el micrófono–. Soy Helen Tremberg. Detuve a Barry *el Esbirro* cuando golpeó a Johnno con el bloqueador del volante del coche. ¿Te acuerdas? Bien, necesitamos encontrar a Angie Martindale inmediatamente. Si descubres que la hemos trincado por algo relacionado con lo que tú nos digas, te juro por Dios que te pago de mi propio bolsillo tu factura de cerveza durante los próximos doce meses. ¿Vale? –dice asintiendo–. Bien, cariño. Bien.

Devuelve el teléfono a McAvoy.

–Uno de sus clientes ha dicho que estuvo charlando con ella en Wilson's hace más o menos una hora. Al final de Freeman Street. Sirven cerveza Bass.

–¿Tiene algún modo de ponerse en contacto...?

–Freemo –dice Tremberg mientras gira de pronto a la derecha por delante del edificio del *Grimsbey Telegraph* y avanza por una calle comercial venida a menos, adornada con luces navideñas deprimentes y anticuadas–. El lugar donde se crean los sueños.

En medio de una oscuridad creciente interrumpida por luces de neón y faros de coche parpadeantes, las fachadas de las tiendas cubiertas de tablones y las persianas de metal ondulado llenas de pintadas impresionan a McAvoy como si hubieran sido trasplantadas desde el bloque soviético. Está acostumbrado a esa miseria en Hull. Pero esta es una ciudad nueva. Una imagen reciente de retroceso y pobreza, de apatía y conformidad dolorida. Le duele verlo.

–Al fondo de la calle –repite Tremberg.

A su derecha distinguen los rótulos oscilantes y las fachadas ruinosas de tres pubs diferentes mientras dejan atrás la enorme entrada a la lonja de pescado. McAvoy capta el sabor del aire y espera encontrar bacalao, merluza, tal vez rodaballo. Pero no hay nada. Ni siquiera la sal del mar. Solo huele a patatas fritas y a humo de gasolina. No ve más que nieve y oscuridad, farolas y tiendas en penumbra.

–Ese es el local de Sharon –dice Tremberg al pasar junto a un bar con la fachada encalada y unas puertas dobles pintadas de negro, tras las cuales se congregan media docena de fumadores que golpean el suelo con los pies, lían cigarrillos, observan el tráfico y lanzan escupitajos hasta el bordillo.

–Las luces están encendidas –prosigue Tremberg, haciendo un gesto con la

cabeza hacia un edificio a su derecha, entre una tienda de ropa usada y una panadería—. Buena señal.

Reduce la marcha y aparca delante del bar. Cierra los ojos por un instante antes de apagar el motor. Levanta la vista y gira lentamente la cabeza. McAvoy está mirando a la puerta cerrada por encima de su hombro.

–Podría no estar ahí –dice McAvoy.

–Desde luego.

–Podría estar en cualquier sitio. Tomando una copa en otro lugar. Con un tipo. Haciendo las compras de Navidad...

–Sí.

–Las posibilidades de que esté ahí...

–...son escasas.

–Casi nulas.

–No obstante, podríamos tomar algo ya que estamos aquí...

–¿Una pinta de Bass?

–Sí, una pinta de Bass.

Cruzan una mirada mientras se dicen a sí mismos que se creen sus mentiras. Y McAvoy asiente.

El viento tira de la puerta mientras McAvoy trata de salir del pequeño vehículo y siente un repentino dolor en el brazo al luchar con el viento para cerrarla. Cuando por fin ha logrado apoyar los dos pies en la calle y ha conseguido cerrarla de un fuerte golpe, Tremberg ya está intentando abrir la puerta del pub, moviendo el picaporte oxidado y dándole patadas con las botas.

–Tiene el cerrojo echado –dice con la respiración entrecortada mientras el viento sopla con fuerza. Ve la rendija del buzón y mete los dedos, acercando la cara al hueco por el que asoma una franja de luz amarilla.

–Policía –grita—. Es la policía.

Mira de nuevo por la ranura. Pega el oído.

–¿Oye algo? –pregunta McAvoy.

Tremberg tuerce el rostro y se vuelve hacia él.

–No sé. Podría ser.

Sin darse cuenta, hace un gesto con la mano hacia el viento como queriendo pedirle que se calme.

–No puedo oír nada. Pruebe usted.

Se aparta y McAvoy acerca el oído a la rendija. Ladea la cabeza y grita:

–¡Angela Martindale! ¿Está ahí dentro? Policía. Abran.

No hay ninguna duda sobre el ruido. Es humano. Espantoso. Un rugido animal, gutural, de terror intemporal y sin rostro.

Tremberg también lo ha oído, pero los sonidos procedentes de la calle distraen su

atención. Los fumadores de The Bear están saliendo a la calle, atraídos como las moscas por la mierda.

Vuelve la vista hacia McAvoy para pedirle que tire la puerta, pero él ya ha cogido carrerilla y se ha lanzado hacia ella.

La puerta salta de las bisagras, cayendo hacia atrás como si un coche se hubiera estampado contra ella, y McAvoy irrumpe en el vestíbulo del bar. Le duele el hombro y nota el sabor de la sangre que brota donde sus dientes entrechocaron con fuerza por el impacto, pero aparta esas sensaciones y sacude la cabeza para aclarar sus pensamientos.

Sigue en pie a duras penas, da un empujón a la puerta rota y siente que una astilla larga y dentada le atraviesa la piel.

–¡Sargento!

Tremberg le coge del brazo y lo mantiene erguido. Se detienen sobre el suelo de madera manchado de barro, parpadeando bajo la luz. El bar está vacío. Hay unas bolsas de la compra abandonadas sobre un taburete junto a la barra. Y unos vasos sucios encima de la barra.

–Hola.

La palabra suena cómica en el espacio desierto.

Entonces vuelven a oír el grito.

McAvoy se gira, buscando una puerta en la pared más cercana. No encuentra ninguna. Se dirige a toda prisa hacia el fondo del bar. Saca la mano y agarra la barandilla de latón que recorre la barra de madera barnizada. Sin pensarlo, coge un vaso sucio. Se detiene un instante al ver el cuerpo tras la barra.

–Helen –grita al descubrir la entrada a los servicios–. ¡Detrás de la barra!

Contiene la respiración y empuja la puerta de vaivén hasta chocar con una pared de escayola. A su derecha están las entradas a los servicios de señoras y de caballeros. Con el vaso en la mano derecha, da una patada a la puerta del aseo de señoras y entra de golpe.

El espacio está bañado por una luz azul neón procedente de un único tubo fluorescente en el techo. Hay un espejo roto en la pared y dos cubículos con las puertas entornadas.

Angie Martindale se retuerce boca arriba en el suelo. Tiene la falda subida hasta la cintura. Los leotardos bajados hasta los talones. Con esa luz artificial la sangre que cubre su zona púbica parece negra como el alquitrán y está ya coagulada. Se tapa el rostro con las manos y unos sollozos entrecortados escapan entre sus dedos.

McAvoy permanece inmóvil. La escena parece irreal. Como si le estuviera ocurriendo a otro. De pronto se siente frío y pegajoso, como si se acabara de despertar de una pesadilla y estuviera bañado en sudor.

–Ahí... ahí dentro...

Angie Martindale levanta un dedo lleno de sangre, macabro y fantasmal, y señala

la puerta del cubículo más próximo.

De manera instintiva McAvoy se inclina hacia delante para acercar el oído a su boca, escuchar sus palabras y encontrarles sentido.

Una figura vestida de negro y con un pasamontañas salta por encima de la puerta del cubículo con la cabeza agachada y una pierna por delante, como un corredor de obstáculos salvando una valla. McAvoy levanta la vista. Siente que su mundo se ralentiza, se encoge y se convierte en ese instante. Esa bota, de suela negra y gruesa como el neumático de un tractor, se va a estrellar contra su cara.

En el último momento echa la cabeza hacia atrás. La bota le pasa rozando la mandíbula, pero la figura que la sigue es demasiado corpulenta como para poder esquivarla y McAvoy casi se queda sin respiración cuando el hombre choca contra su pecho y lo lanza contra la pared.

El impacto con el tabique de ladrillo lo aturde y siente un vahído como si fuera a perder el conocimiento. El vaso se le cae de la mano y se estrella contra el suelo. La cabeza le da vueltas. Huele la sangre. Una explosión de luces le nubla la visión.

Y entonces se da cuenta de que tiene a la figura agarrada con los brazos. De que un hombre vestido de negro se agita, lucha y le da patadas en las espinillas y codazos en las costillas para intentar liberarse del abrazo de oso que McAvoy no recuerda haberle dado.

Al volver a sentir su cuerpo, relaja la presión por un instante y un fuerte golpe en la mandíbula hace que su cabeza choque con la pared mientras un puño se estrella contra su pecho.

McAvoy deja caer los brazos y el dolor le sube por la columna vertebral hasta convertirse en una dolorosa conmoción; apenas logra levantar las manos para detener el siguiente rechazazo que impacta contra su mejilla y le arroja de nuevo contra la pared.

No hay espacio para luchar. No puede echar las manos hacia atrás para coger fuerza y soltar un puñetazo. No puede echarse hacia delante por miedo a pisar a Angie Martindale.

Recibe otro golpe en las costillas.

Lanza una patada. Falla. Lanza la mano derecha y el manotazo pasa por el lugar donde un momento antes estaba la cabeza de su agresor.

«¡Dios santo!», piensa, a pesar del dolor y la confusión. «Este tipo sabe luchar.»

De pronto se enfada. Enfurece. Siente que una cólera terrible y salvaje le invade.

Apoya una bota contra la pared que hay tras él y se impulsa hacia delante, logrando agarrar los agitados brazos de su atacante. Los arrastra por las baldosas del suelo, resbaladizas por la sangre y cubiertas de una maraña de extremidades, y siente un golpe sordo de satisfacción cuando la espina dorsal del hombre choca contra la puerta del cubículo. McAvoy suelta un gruñido y estampa de nuevo a su oponente contra la dura madera. Siente su debilidad. Le agarra la cabeza con las

manos. Siente la lana del pasamontañas. Le golpea la cabeza contra la puerta. Lo coge por el cuello con la mano izquierda y le golpea el estómago con la derecha. Nota cómo se dobla. Levanta la misma mano para coger fuerza y propinarle un potente directo desde arriba.

La puerta se abre de golpe.

Helen Tremberg aparece en el umbral con su porra extensible en la mano izquierda. Mantiene la derecha en alto como si estuviera dirigiendo el tráfico.

Abre la boca para hablar. ¿Para decirle al hombre de negro que esto se ha acabado? ¿Para decirle a Angie Martindale que vivirá? Las palabras nunca llegan a salir.

Con un movimiento rápido, el hombre saca un cuchillo. McAvoy no sabrá decir después de dónde –del bolsillo o de la manga–, pero en un momento le ve encogido en el suelo, con los puños apretados, y al siguiente un cuchillo manchado de sangre describe una amplia curva y asesta un corte profundo en el brazo de Tremberg.

El grito de angustia de McAvoy sale antes que el chillido de Tremberg, y en un instante el diminuto espacio se llena de alaridos de dolor y desesperación.

El hombre de negro se precipita hacia delante y agarra por el cuello a Tremberg. Se gira y la arroja contra McAvoy mientras se desliza y trata de avanzar por el suelo húmedo. Tremberg choca contra el cuerpo de McAvoy y los dos oficiales caen con fuerza sobre las piernas de Angie Martindale.

Cuando McAvoy consigue ponerse en pie la puerta se está cerrando. Se tambalea, la abre e irrumpe en el bar, donde una selva de brazos y piernas le agarran por las rodillas, la cintura y los hombros. Da unos cuantos traspies y se gira con rapidez, lanzando patadas furiosas y soltando gritos desafiantes contra los hombres que le miran e intentan doblegarle.

Trata de consolidar su posición, pero un brazo le rodea el cuello y le hace retroceder hacia la barandilla de latón mientras oye la respiración jadeante del hombre que le agarra por detrás.

–Policía... –dice con dificultad–. Soy policía.

La presión sobre su cuello se relaja al instante. McAvoy mira a la gente que hay a su alrededor. Media docena de bebedores. Los clientes de The Bear. Dos hombres bajos y gruesos, un tipo de mediana edad en pantalones cortos, una mujer chiquita con demasiados pendientes, un viejo con el pelo canoso a lo Elvis y un hombre alto y esquelético con una camisa blanca al que parece faltarle un brazo.

–Creíamos... –dice uno.

McAvoy se abre paso entre ellos. Pisotea los restos de la puerta rota y sale a la calle resoplando.

Mira a ambos lados de manera frenética. A izquierda y derecha. Y de nuevo al interior del bar.

Luego mira al cielo y se da cuenta de que ha desaparecido. Que lo ha tenido en

sus manos y le ha dejado escapar.

Abre los ojos completamente, clava la mirada en el remolino de nubes negras cargadas de nieve y grita la única palabra que hace justicia a la situación.

-¡JODER!

Capítulo 17

–No diga nada –ordena Pharaoh–. No se le ocurra ni respirar.

Camina hasta detrás de la barra y coge un vaso mediano de la repisa superior. Lo mira con detenimiento y se sirve un vodka doble, que bebe de un trago.

El equipo de investigación está congregado junto a la barra de Wilson's. Colin Ray está arrellanado en una silla de respaldo duro con la corbata desanudada casi hasta el ombligo. Masca un chicle de nicotina y parece satisfecho consigo mismo. Sharon Archer, como siempre, está a su lado. Tiene una bolsa de patatas abierta sobre la mesa que hay ante ella y está comiéndoselas con toda la tranquilidad de la que es capaz.

Sophie Kirkland y Ben Nielsen están de pie en la barra, observando a Pharaoh. Llegaron juntos hace unos minutos, protestando por el aparcamiento y sacudiéndose la nieve del pelo sobre un suelo embarrado por pisadas de botas.

McAvoy está apoyado contra la máquina tragaperras que hay a la entrada. A través del cristal esmerilado puede ver la chaqueta amarilla fluorescente del agente que vigila la puerta. Hay otros dos agentes en las puertas delanteras. La calle ha sido acordonada, pero aun así la gente está lo bastante cerca para ser un motivo de preocupación. Algunos de los allí reunidos tenían cara de pocos amigos la última vez que McAvoy asomó la cabeza por la puerta principal. Se pregunta si merece la pena intentar decirles que él se siente peor que ellos en lo referente a Angie Martindale. Y que fue él quien le salvó la vida.

Pharaoh está detrás de la barra. Cierra los ojos. Coge aire y lo suelta durante treinta largos segundos. Lentamente, sin decir palabra, saca un puro fino de un bolsillo del abrigo y aspira el humo hasta llenarse los pulmones. Exhala apenas una bocanada.

–No está muerta –dice finalmente–. Eso es algo bueno.

Se detiene. Da otra calada al puro.

–Además, Helen Tremberg se pondrá bien. Y eso también es bueno.

Otra chupada. Otra bocanada de humo.

–Lo que ya no es tan bueno es que me enteré de todo esto cuando recibí una llamada del ayudante Everett pidiéndome que le pusiera al día. Al parecer estaba en un funeral con el superintendente de la comisaría de Grimsby cuando el sargento de guardia llamó al súper para pedirle consejo sobre si debían prestar ayuda o no a la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado en su investigación de asesinato y dar una patada a la puerta de un piso del centro de la ciudad. El ayudante me pregunta qué tiene que ver Angela Martindale con la investigación del caso Daphne

Cotton. O con el de Trevor Jefferson, ya puestos. Se acuerdan de esas investigaciones, ¿verdad? Así que me pide información detallada al respecto. Se queda con la mano en la oreja y espera que le aclare el asunto. No me hizo ninguna gracia recibir esa llamada, y mucho menos verme obligada a decirle que nunca había oído hablar de esa mujer. Que no sé por qué coño dos de mis oficiales insisten en que un pobre agente uniformado derribe una puerta a patadas y se asegure de que no está muerta.

McAvoy levanta la cabeza. Abre la boca. La vuelve a cerrar.

–Y ahora me encuentro en Grimsby –dice–. Tengo una oficial sangrando. Otro con un trozo de pasamontañas. Una mujer caída de culo en el váter de un pub con cortes en el chichi. Y un montón de preguntas. ¿Creen ustedes que este podría ser un buen momento para que alguien me dé alguna respuesta?

En el local se hace el silencio. Colin Ray se encoge de hombros, pero se toma la molestia de girar la cabeza y guiñar el ojo a McAvoy; un gesto que no es, en modo alguno, de camaradería. Shaz Archer sigue su ejemplo y, con una mirada menos inquisitiva, Ben Nielsen y Sophie Kirkland también se giran. Todos le miran.

–Parece que es usted el elegido, amigo –dice Pharaoh, y en su voz no hay cordialidad alguna.

McAvoy alza la vista. Nota un dolor punzante en las costillas y siente como si las muelas se le soltaran de las encías. Le da náuseas tener que explicarse y se siente fatal por haber tenido a un asesino en sus manos y haberle dejado escapar.

–Hay una relación –dice, y su voz suena como la de un colegial. Cierra los ojos. Se dice a sí mismo que es hora de acabar de una vez. De explicarlo y esperar que tenga el mismo sentido que él le había encontrado unos minutos antes, cuando sus dedos agarraban con fuerza los brazos robustos y fibrosos del hombre arrodillado encima de Angela Martindale y supo que había actuado bien. Bien al seguir su instinto y tirar la puerta abajo. Pero mal al no informar a su jefa del asunto. Se pregunta qué pensarán de él. Si no es su propia arrogancia la que le impide siquiera considerar la posibilidad de compartir todo esto con su oficial superior. En caliente, con el subidón de adrenalina, en el momento más candente, tuvo la certeza de que iba a enfrentarse a un asesino y se olvidó de todo.

Aparta la mirada. Imagina que se habla a sí mismo. Que vierte la información en una página en blanco.

–El día del asesinato de Daphne Cotton, el ayudante Everett me pidió que visitara a Barbara Stein-Collinson para comunicarle la noticia de que su hermano había sido encontrado muerto en el mar. Su nombre era Fred Stein. Fue el único superviviente de una de las tragedias de los arrastreros en la costa de Islandia en 1968. Había escapado en un bote salvavidas con dos compañeros de tripulación. Ellos murieron. Él no. Hace una semana partió con un equipo de televisión para contar su historia en un documental y arrojar una corona en el lugar donde su

barco se hundió. Mientras estaba a bordo desapareció. Se sintió mal durante una entrevista, salió a tomar el aire y nunca más se supo. Unos días después lo encontraron muerto en un bote salvavidas. No era un bote del barco sino uno que alguien había llevado a bordo para ese fin. ¿Un suicidio planeado? ¿Sentimiento de culpabilidad por haber sido el único que se salvó? Es posible. Pero resultaba extraño. En resumidas cuentas, me puse en contacto con un escritor llamado Russ Chandler. Está ingresado en Linwood Manor...

–¿El manicomio? –pregunta Sharon Archer con incredulidad, como si acabara de decir que su informante es un pedófilo.

–Se está rehabilitando. Tenía un problema con la bebida. El caso es que me telefoneó hoy y quería saber cuándo lo íbamos a recoger. Se puso a hablar de los registros de llamadas de Trevor Jefferson...

Varios oficiales comienzan a levantar la mano y a intercambiar miradas confusas.

–¿Trevor Jefferson? ¿El tipo del hospital?

–Sí. Resulta que además de ser quien negoció el acuerdo de Fred Stein con la compañía de televisión, Chandler también estuvo en contacto con Trevor Jefferson hace algún tiempo porque quería escribir un libro sobre supervivientes solitarios. Personas que fueron las únicas que se salvaron de una tragedia.

Los ojos de McAvoy se fijan en Trish Pharaoh. Tiene los brazos cruzados y se muerde el labio inferior, pero está escuchando, y el suave gesto de asentimiento que hace con la cabeza sugiere que entiende lo que va a decir.

–Jefferson sobrevivió a un incendio en el que murieron su mujer y sus hijos –dice McAvoy, tratando de encontrar un rostro al que le resulte cómodo dirigirse–. Escapó sin un rasguño.

Se detiene de nuevo, esperando que alguien haga una pregunta.

–¿Y cómo nos lleva esto a Angela Martindale? –pregunta Kirkland con tono tranquilo. Parece realmente confundida y tiene los ojos aún rojos por la impresión que le ha causado ver a Tremberg sentada en la parte trasera de la ambulancia mientras le vendaban el brazo donde había recibido el corte.

–Angela Martindale era otra de las personas con las que Chandler había estado en contacto. Era la única víctima superviviente de un hombre al que la prensa llamó el Carnicero de la Taberna. Violó a varias mujeres en los servicios de algunos pubs. Les grababa sus iniciales en sus partes íntimas. Las acuchillaba hasta matarlas. Angela Martindale sobrevivió a las heridas. Fue la única que consiguió salvarse.

McAvoy capta la mirada de Pharaoh. Ella vuelve a asentir indicándole que continúe.

–Daphne Cotton fue víctima de un ataque con machete cuando era niña –dice de manera elocuente–. Todos sus seres queridos fueron apuñalados por milicias combatientes. Asesinados a machetazos. En una iglesia. Ella sobrevivió. Fue la única.

Tras un momento, Colin Ray cambia de postura. Adopta una pose más erguida. Parece estar escuchando.

–¿Un vengador?

McAvoy niega con la cabeza.

–No encaja –dice–. Parece que así podría ser en el caso de Jefferson. Sobre todo si fue él quien pegó fuego a la casa. Pero ¿Stein? ¿Daphne Cotton? ¿Angela Martindale? ¿Qué mal han hecho ellos a nadie?

McAvoy es interrumpido por el ruido de la puerta de los aseos al abrirse. Un oficial forense con un traje blanco y una mascarilla azul entra en el bar con una bandeja de bolsas de pruebas en las manos. Mira a los oficiales congregados y se da cuenta de que ha llegado en mal momento. Deja la bandeja en la mesa más cercana. Mira a Pharaoh y, antes de desaparecer por la puerta lateral, murmura bajo la mascarilla: «la misma huella». Una fría ráfaga de viento y algunos ruidos callejeros llenan el vacío que deja tras su marcha.

–¿Huella? –pregunta McAvoy mirando a Pharaoh.

–Lo siento, sargento –dice con un tono que rezuma sarcasmo–. Soy consciente de que no compartí esa información con usted. Espero que me perdone. No lo hice adrede. Como oficial de investigación de rango superior, creí que era suficiente si lo sabía yo. Frustrante, ¿no?

–Así que es el mismo tipo, ¿verdad? ¿El que mató a Daphne?

Pharaoh asiente.

–Eso parece.

Nielsen se dirige a McAvoy.

–Usted lo ha visto dos veces.

–Sí –dice, intentando dejar claro que ya se siente bastante mal por ello como para que encima le critiquen, por mucho que se lo merezca.

–¿Fue el mismo tipo? Quiero decir, ¿tenía el mismo aspecto? ¿La misma constitución?

Nielsen sonríe de un modo cortés.

–¿Los mismos ojos azules y llorosos?

McAvoy siente una absurda satisfacción al ver que Nielsen recuerda su descripción al pie de la letra. Le gusta saber que alguien ha estado prestando atención.

–No hay duda. Solo los vi un momento, pero eran los mismos. Azules. Enrojecidos. Húmedos. Como si hubiera estado llorando.

–Y la víctima, ¿dijo lo mismo?

–Sí –responde McAvoy–. Fue difícil entender bien lo que decía, pero estaba segura. Había estado llorando. Estuvo sentado durante mucho tiempo encima de ella con los pantalones bajados y el cuchillo en la mano, y no hizo más que sollozar.

Colin Ray se vuelve hacia Pharaoh. Parece animarse.

–¿Hay dinero en el presupuesto para elaborar un perfil criminal? –pregunta.

Pharaoh asiente sin ni siquiera pensar en las cifras.

Pese a todo lo ocurrido, McAvoy se siente complacido. Es como si sus colegas se estuvieran convirtiendo en oficiales de policía en su presencia. Empiezan a hacer preguntas en voz alta. A elaborar teorías. A aportar sugerencias. Pharaoh sale desde detrás de la barra y anima a Kirkland y Nielsen a acercarse a los oficiales más expertos con una suave palmada en la espalda.

–Sea quien sea, es evidente que no actúa al azar –dice Pharaoh–. Esto ha sido planeado. Estudiado. A alguien se le ha metido entre ceja y ceja un asunto sin acabar y tenemos que averiguar por qué cree que debe ser él quien le ponga fin.

Sin pensarlo, McAvoy se aparta de la máquina tragaperras y acerca una silla. Se sientan todos en círculo y a medida que van saliendo las palabras se siente cada vez más integrado en ese grupo de oficiales activos. Así es como se imaginó que sería todo cuando pasó a formar parte del CID.

–Bueno, ¿y ahora cómo sabemos dónde debemos mirar? –pregunta Sophie, levantando la vista de su cuaderno de notas y sus garabatos frenéticos–. ¿Cómo diablos encontramos a otro superviviente único?

Colin Ray, que ha estado murmurando algo al oído de Shaz Archer, se reclina de pronto en la silla como si le hubieran dado un empujón en el pecho.

–Ese Chandler... –dice–. ¿Cuáles son sus intenciones?

McAvoy piensa cómo ofrecer un buen resumen del gacetillero borracho y conservado en alcohol.

–En realidad es el típico periodista. Mira por sí mismo. Busca atajos para hacer las cosas del modo más rápido y barato. Está cabreado con la vida y bebe demasiado.

–Me da la impresión de que él es el eslabón que nos falta –dice Ray, y McAvoy advierte gestos de asentimiento en algunos rostros. Mira a Pharaoh.

–No estará usted sugiriendo que Chandler podría ser el verdadero...

–En efecto. Se ha ganado usted un premio –dice Ray.

–No, sé que hay una relación, pero si consideramos su capacidad física para cometer los crímenes, no existe la menor posibilidad –dice McAvoy, y toda la idea le parece tan absurda que la voz le sale más fuerte de lo que desea.

Ray se pone a la defensiva.

–Mire, amigo, he conocido tipos con el cuerpo de un yóquey que eran capaces de derribar a un culturista cuando se les encendía la sangre. No hay por qué avergonzarse si un sujeto de pequeña estatura queda por encima de uno alguna vez...

Sin pretenderlo, McAvoy se dispone a levantarse.

–¿Cree usted que es eso lo que me preocupa? –pregunta.

–Tranquilo, sargento –responde Ray sin moverse.

–Conozco a Chandler. He estado algún tiempo con él. Y conozco a la persona que está haciendo esto. Son gente diferente.

–Con eso basta –dice Pharaoh, y hace un gesto a McAvoy para que se siente. Traslada la mirada desde su enrojecido semblante hasta el rostro irritado de Colin Ray y parece tomar una decisión–. ¿Qué le ocurre a usted con los mutilados? Había un tipo ruso manco gritándole con chulería cuando llegué –dice con una débil sonrisa–. Ahora mismo no me hacen falta borrachos lisiados.

Por un instante está a punto de explotar de rabia, pero se contiene. Hace un gesto risueño para mostrar que puede controlarse. Nota cómo los demás se relajan un poco.

–Así que esta es la situación –dice Pharaoh–. Nos vamos acercando, y eso ya es algo. Esta mañana teníamos dos casos distintos. Esta tarde tenemos cuatro, pero es muy posible que estén relacionados. McAvoy ha hecho un buen trabajo, aunque pretenda quitarse importancia.

Se oyen risas, y esta vez McAvoy no tiene que esforzarse para mostrar un amplia sonrisa.

–McAvoy, necesito que ponga por escrito todo esto en cuanto pueda. Necesito un informe completo de dónde estamos, de lo que usted sabe. Necesito su declaración como testigo de los hechos de esta tarde. Voy a llamar a los jefes para explicarles que estábamos investigando todo esto con discreción y procurando mantener el mayor sigilo. O alguna chorrada así. Cualquier cosa que dé a entender que sé lo que mi equipo lleva entre manos. Todavía es temprano, así que me temo que aún no vamos a poder largarnos a casa. Ben, acérquese al hospital y consiga la declaración de Angie Martindale. También la del barman, si es capaz de hablar con coherencia. Sea amable, ¿de acuerdo? Sophie, usted va a buscar cualquier posible conexión entre los nombres de este caso. Cualquier relación entre Stein, Daphne Cotton, Trevor Jefferson y ahora Angela. No cabe duda de que el tal Chandler es una pieza importante del rompecabezas. McAvoy, como parece que siente cierta vinculación con usted, mañana nos acercaremos a Lincolnshire y tendremos una charla con él. Quiero saber qué más recuerda. Colin, Shaz, ustedes hablen con los vecinos de la zona. Recorran los pubs. Consigan información sobre Angela Martindale. Entérense de si tenía novio. De si hablaba de lo que le había ocurrido en el pasado. De si todo era vox pópuli o su pequeño secreto personal. Esta es una comunidad de pescadores, así que dejen caer el nombre de Fred Stein...

McAvoy alza la cabeza. La mira como un cachorro a la espera de una loncha de jamón.

–Usted tiene el trabajo más divertido –dice, y en sus ojos hay un atisbo de esa cordialidad que le ha dado aliento los últimos días–. Utilice ese gran cerebro suyo. Averigüe a quién deberíamos proteger. ¿Quién más ha conseguido escapar? ¿Hay

otros supervivientes por ahí? Nos espera una noche larga, y lo que es peor, estamos en Grimsby –dice–. Lo que significa que estoy cerca de casa y no puedo pasarme por allí para acabar la botella de Zinfandel que tengo en el frigorífico. Eso me deprime. Asegurémonos de que nada más lo hace.

Todos intercambian miradas. Respiran hondo como si se estuvieran preparando para una maratón. Después las patas de las sillas chirrían en el suelo y abandonan sus asientos, hablando, bromeando, riendo, estirándose las corbatas y haciendo clic con los bolígrafos.

McAvoy es el último en levantarse. Mientras lo hace, Trish Pharaoh se acerca. Aunque parece pequeña a su lado, ella le sonrío como a un bebé gigante.

–No sé si esto es buen trabajo o no –dice con voz suave–. Pero estoy segura de que Helen Tremberg preferirá tener una cicatriz en el brazo que la garganta rebanada. Y Angie Martindale está viva. Digan lo que digan, recuérdelo.

No encuentra palabras para contestar, así que se limita a asentir.

–Puede escribir su informe en casa –añade.

Asiente de nuevo.

Cuando abre los ojos ella todavía sigue mirándolo.

Y en su mirada hay algo más que un sentimiento maternal.

Capítulo 18

Nota el aire gelatinoso en los pulmones. Quiere estornudar, pero teme que la explosión provoque que sus doloridas costillas se hagan añicos como un tubo fluorescente lanzado contra la pared. Y cuando trata de llevarse a los labios la taza de chocolate caliente con coñac, sus manos temblorosas generan una gran ola sobre la superficie marrón oscuro y el líquido que rebosa le escalda la nariz.

Contempla su rostro en la pantalla del ordenador, irisada y brillante, llena de imágenes y texto.

–Es la adrenalina, que está bajando –dice Roisin, rodeándole el cuello con sus brazos delgados y suaves como si fueran una guirnalda–. Solo necesitamos que vuelvas a emocionarte.

McAvoy asiente. Esboza una sonrisa. Está a punto de levantar la vista y atraerla hacia él para darle un beso, pero rechaza el deseo de mala gana. Se dice a sí mismo que todavía tiene trabajo pendiente. Que nada está resuelto. Que hoy ha tenido a un asesino agarrado por el cuello y lo ha dejado escapar.

Roisin está sentada en el escritorio, encaramada sobre el borde del sólido mueble de caoba que él compró por menos de diez libras en una tienda de segunda mano de Freetown Way y que no va con nada de lo que hay en su dormitorio, pintado de amarillo y morado, con armarios empotrados blancos y una endeble cama con dosel. Está desnuda. Sus delicados pies, con las plantas sucias, descansan sobre la pierna de McAvoy, y sus dedos diminutos le masajean la piel y se clavan en la carne como si estuviera hecha de arena. Él le acaricia la pantorrilla, la rodea con los dedos y siente en la palma de la mano la minúscula capa de vello que ha crecido sobre la piel suave desde que su vientre se convirtió en un obstáculo para depilarse por debajo de las rodillas.

–Aector, ¿te encuentras mejor?

Le gira la cabeza para mirarle. Le regala una sonrisa cariñosa.

–¿Qué tenemos?

McAvoy, vestido con un viejo jersey del equipo de rugby de la universidad y unos gastados vaqueros cortos, se aleja de la pantalla del ordenador y con aire cansado hace un gesto en dirección al texto.

–Demasiado –dice, y luego se pregunta si debería corregir sus palabras–. Pero no suficiente.

Roisin se acomoda sobre su rodilla y comienza a leer la pantalla. McAvoy la observa de cerca y esboza una pequeña sonrisa al darse cuenta de que aun leyendo

en silencio mueve los labios ligeramente. Es una costumbre que espera que nunca pierda.

–¿Es esto lo que crees que va a ocurrir? –pregunta después de leer la página.

McAvoy se encoge de hombros.

–No entiendo cómo puede ser –dice dejando caer la frente sobre su hombro y aspirando el olor de su piel limpia y afrutada–. Jamás habría pensado en Angie Martindale si Chandler no la hubiera mencionado. Ni en Fred Stein.

La mente de McAvoy está llena de supervivientes. Ha deshabilitado el reloj en la esquina inferior derecha de la pantalla porque no quiere saber lo tarde que es. Lleva horas con esto y desde que empezó no ha avanzado nada en lo que respecta a quién será el próximo objetivo del asesino. Le da la impresión de que sus investigaciones resultan poco profesionales y penosas. Se siente como un estúpido escribiendo «único superviviente» en Google, sin encontrar otra información que la referente a una película de 1970 interpretada por William Shatner. Ha intentado pensar de manera estratégica. Utilizar su conocimiento sobre órdenes de búsqueda y diseño de Internet para realizar una búsqueda que elimine algunas de las chorradas más populacheras. Ha tratado de centrarse en páginas de periódicos. Artículos de revistas. Ha encontrado innumerables relatos de desgracias.

Ha intentado restringir la búsqueda geográficamente. Se ha preguntado qué patrón común podría encontrarse en los lugares de los crímenes. El asesinato de Fred Stein ocurrió en alta mar, pero él tenía relación con la costa este. Era un tipo de Hull. La muerte de Daphne Cotton tuvo lugar en el centro de la ciudad. Trevor Jefferson había sido quemado vivo en el hospital Hull Royal. La agresión a Angie Martindale ocurrió en Grimsby, pero esa localidad solo estaba a media hora de distancia. ¿Era el asesino vecino de Hull? ¿Tenía algo contra la costa este? ¿Había sido él mismo un único superviviente? ¿Había escapado de una atrocidad? ¿No podía vivir con el sentimiento de culpa? ¿Quizá pensaba que nadie más debería hacerlo?

–Vuelve a aquella página que hablaba de la señora –dice Roisin señalando el ratón y pidiéndole que regrese a un sitio web que había leído por encima de su hombro mientras le ofrecía la primera bebida caliente de esa sesión maratoniana ante la pantalla.

McAvoy desanda el camino recorrido. Abre el historial de las últimas veinticuatro horas de navegación por la web. Descubre algo al final de la lista. Es un artículo del *Independent*, fechado hace poco más de cuatro años, cuyo titular es «Una mujer británica paga las consecuencias de su valor».

Se cree que una trabajadora británica de una organización benéfica es la única superviviente de una explosión devastadora que ayer destrozó un autobús escolar.

Anne Montrose, de 27 años de edad, está en estado crítico en un hospital militar británico tras el último ataque con bomba en la conflictiva región del norte de Iraq.

La señorita Montrose, oriunda de Stirling, rehusó ser evacuada cuando la zona fue considerada objetivo militar del enemigo hace seis meses.

Desde entonces la región ha sido escenario de violentos combates entre las fuerzas aliadas y los insurgentes leales al derrocado dictador Sadam Husein.

La señorita Montrose viajó a la zona con la organización benéfica infantil Rebirth, especializada en ayudar a la población a construir refugios y crear orfanatos para niños afectados por la guerra y la devastación.

Aunque muchos de sus colegas han abandonado la región, se cree que la señorita Montrose continuó allí para ayudar a la reconstrucción de la zona.

Las informaciones disponibles indican que estaba acompañando a los niños en autobús hacia una zona de juegos recientemente rehabilitada cuando la bomba explotó. Se cree que han muerto al menos 20 niños.

Un portavoz de Rebirth ha dicho: «Todavía no conocemos los detalles, pero se trata de una horrible tragedia difícil de comprender. Anne haría cualquier cosa por los demás. No se pensaría dos veces poner en peligro su propia vida para salvar a otros. Los riesgos que corría diariamente nunca le impidieron ser la persona más bondadosa y encantadora que jamás hemos tenido el placer de conocer...».

–Pobre mujer –dice Roisin–. ¿Hay algo más sobre ella?

–Nada –responde–. He metido su nombre en trocientos buscadores y aparte de este artículo, no se dice ni una palabra más. Ni siquiera si se repuso de las heridas. He mandado un correo electrónico al autor del artículo en el periódico para saber si tienen el teléfono de su familia. Es posible que ya se haya recuperado. O que esté muerta. A veces los periódicos pierden el interés.

–Contigo lo perdieron –dice Roisin.

–Mi caso nunca fue tan interesante.

–Eso no te lo crees ni tú.

–Depende de cómo se mire –replica McAvoy con la mayor honradez que puede. Todavía no ha decidido si cree ser el mejor detective del universo o un enorme zoquete sin solución.

Roisin abandona la rodilla de McAvoy y suelta un gran bostezo estirando los brazos de forma despreocupada. Sus pechos se elevan y dejan a la vista los tatuajes de las dos hadas que un sábado se había dibujado con tinta en la caja torácica para sorprenderle, y que le hacen reír cada vez que se coge los pechos con las manos y los levanta para reclamar sus atenciones. Camina hacia la cama y se tumba encima de la manta.

–¿Vas a tardar mucho?

–No tengo ni idea –contesta–. Tengo todo Internet por delante. Hasta ahora apenas he encontrado algo.

–Pharaoh te dijo que pasaras algún tiempo con la familia –dice iniciando otro bostezo–. Estoy segura de que lo que quería decir es que deberías venir conmigo a la cama y hacerme sentir en la gloria durante un rato.

McAvoy aparta la vista de la pantalla del ordenador. Suelta un fuerte resoplido. Ella está con las piernas abiertas sobre la manta, frotándose el oscuro triángulo con

una mano y pellizcándose suavemente el grueso pezón de su pequeño pecho izquierdo con el pulgar de la otra, brillante por la saliva.

–Roisin, yo...

–Tú a lo tuyo –dice suspirando–. Ya me arreglo sola.

Se detiene por un momento. Estira el brazo hacia la mesilla de noche y coge un botecito con un ungüento verde oscuro. Mete el dedo en el bote y comienza a masajear con fuerza la hendidura donde confluyen sus muslos.

–¿Qué es eso? –pregunta McAvoy con voz entrecortada.

–Mi secreto –dice con coquetería–. Es agradable.

–¿Qué contiene?

–Muchas cosas. Sobre todo a ti.

McAvoy siente que su rostro se enrojece.

–Es asombroso que puedas ruborizarte cuando toda la sangre se te está yendo hacia abajo –dice ella, y en su voz hay un pequeño jadeo.

McAvoy comienza a levantarse, pero Roisin niega con la cabeza.

–Siga con su tarea, soldado.

Cierra los ojos.

Un instante después, se gira sobre el costado y muerde la colcha mientras el vello de todo el cuerpo se le eriza y se estremece con una convulsión.

Treinta segundos después, los movimientos se reducen y se pone boca arriba mientras una sonrisa aparece en su rostro luminoso y sonrosado.

–Y ahora a dormir –dice cerrando un ojo.

McAvoy, sin aliento y con una erección, aprieta los puños. Logra apartar la mirada de su cuerpo desnudo y regresar a la pantalla del ordenador. Al documento repleto de notas. Se pregunta qué ha averiguado. Se pregunta si algo de eso ha merecido el tiempo que le ha dedicado.

Si hoy ha sido un hombre bueno.

Va a tener que irse a la cama pronto. Sus pensamientos comienzan a difuminarse. Piensa que debería intentar dormir cuatro o cinco horas antes de volver a la comisaría. Antes de empezar a recibir correos electrónicos de gente relacionada con supervivientes únicos y tratar de redactar algún tipo de informe sobre a quién diablos deberían proteger.

Malditos informes. Ha elaborado cientos de ellos este último año, que empezó en la cama de un hospital a la espera de algún elogio y que, un día después, tras su intervención en la captura de un asesino en serie encubierto, vio cómo se rompían todas las promesas y se sentaban las bases de su rápido traslado a un puesto para cotejar, entresacar, archivar e introducir datos; un trabajo situado en los límites del verdadero trabajo policial y en el que procuraba evitar que le estallara el corazón en el pecho cada vez que la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado recibía una llamada y le decían que «se encargara del teléfono».

Su informe para Pharaoh ya está impreso. Es sucinto. Fácilmente digerible. Ha evitado sus presentimientos y teorías.

Se pregunta si debe entregárselo completo. Si debe entregarle su mente en un sobre de papel marrón y decirle que elija los mejores párrafos.

Siente que su cuerpo se calienta. Siente calor en los pies. En los dedos. Los talones. Siente que el sueño le invade. Coge el informe y revuelve los folios. Una hoja de papel se le escurre de las manos y la agarra antes de que caiga al suelo. Es la imagen de un hombre con una sola mano y una sola pierna, dibujado por Fin horas antes.

McAvoy analiza el dibujo. Aún le quedan fuerzas para sonreír y para arrepentirse. ¿Debe hablar de estas cosas delante de su hijo? ¿Estará causándole algún daño cuando habla de muerte, violencia, borrachos mancos y articulistas cojos?

Vuelve a contemplar el dibujo. Se pregunta por qué mencionó al hombre al que le faltaba un brazo. Había sido una de las primeras palabras en salir de su boca.

–¿Ha dicho Channler?

El hombre había preguntado con un acento que parecía del bloque comunista. Había surgido delante de McAvoy como una aparición macabra mientras salía por la puerta lateral del pub. McAvoy estaba guardándose el móvil en el bolsillo, después de haber dejado un mensaje en el buzón de voz de Chandler para asegurarse de que iba a estar en el centro de rehabilitación al día siguiente a media mañana. No se había percatado de que había estado hablando en voz alta.

–Chandler, sí –respondió McAvoy, tratando de no mostrar asombro. Tratando de no mirar a la manga vacía, prendida con un alfiler sobre el pecho del hombre–. Russ Chandler.

–¿Por qué quiere a Chandler? Él no conocer a Angie.

–La señorita Martindale ha sufrido una violenta agresión esta noche...

El hombre agitó el brazo. Era alto. Enjuto, pero de aspecto fuerte. Tenía la cara ancha, y pese a llevar solo una camisa blanca y unos vaqueros desteñidos, no parecía sentir frío. Había cierta intensidad en su mirada. McAvoy creyó que era uno de los hombres del bar. Uno de los que le habían bloqueado el paso y le habían dado patadas. Dolorido, con frío y harto de ser interrumpido a mitad de una frase, McAvoy endureció la mirada.

–Yo héroe. Yo parar a hombre malo.

–Usted no parar hombre malo, no. Usted parar policía tratando de atrapar hombre malo.

–Tonterías.

–No tonterías.

Permanecieron un instante mirándose; dos hombres altos, cara a cara, enfadados y despeinados por el viento.

–Yo confundido. No Channler. No importa.

El hombre se dio la vuelta para marcharse. McAvoy alargó instintivamente una mano para detenerlo y fue a dar con la parte en la que debería haber estado su brazo. Agarró el aire. Entonces la voz de un agente joven a su espalda le hizo girarse. Captó la imagen del coche patrulla, con las puertas abiertas, que le esperaba para llevarle a casa. A casa con Roisin, con Fin. Cuando se dio la vuelta de nuevo, el ruso estaba entre la multitud que se había congregado junto al cordón policial, entre el humo de los cigarrillos y las latas de cerveza, las bolsas de patatas y las prendas mojadas.

Alguien le tomaría declaración. Algún otro...

McAvoy deja el dibujo encima del informe. Mira el monigote hecho con líneas y puntos. El muñón donde debería estar la pierna.

–Chandler –se dice a sí mismo. ¿De qué hablaba el ruso? ¿Era importante? ¿Tenía importancia algo de lo que dijo?

La cabeza se le cae hacia delante mientras el sueño comienza a conquistar su mente. Se dirige hacia la cama tambaleándose, se quita el jersey y se baja los pantalones cortos, adivinando el cálido roce de la piel de Roisin antes de acoplarse a su cuerpo por detrás, colocar su enorme mano sobre la esfera perfecta de su vientre e imaginarse a su hijo nonato estirando la mano para juntar los dedos con los suyos, como si los separara el cristal del locutorio de una prisión.

Su teléfono móvil emite un pitido.

Maldice, sale de la cama y rebusca entre su ropa, amontonada junto al armario. Coge el móvil y mira la pantalla. Se da cuenta de que todavía no es la una de la madrugada.

Abre el mensaje.

Es de un número que no reconoce.

Colin Ray ha arrestado a Chandler. Pensé que le gustaría saberlo. Tom Spink.

Siente que se le cae el alma a los pies, la bilis le sube a la garganta y le llena la boca.

Se ha espabilado completamente en un instante.

Tercera parte

Capítulo 19

Ha empezado a nevar. Gruesos copos, blancos, perfectos, caen a millones desde un cielo con cientos de tonos negros, cuajando en los bordillos, las aceras, los tejados, los toldos; elevando varios centímetros la ciudad mojada y húmeda.

McAvoy mira pero no ve. El parabrisas está empañado, insensible al aliento que liberan sus pulmones con un silbido débil, gélido e irritado. Dos grandes aletas dorsales han sido abiertas en la nieve del cristal por unos limpiaparabrisas que no recuerda haber puesto. No presta atención al tiempo. Ni al frío. Solo rechina los dientes y entorna los ojos mientras conduce el monovolumen a demasiada velocidad por carreteras resbaladizas y peligrosas.

«Colin Ray», piensa. «El maldito Colin Ray.»

El esfuerzo de mantener la mandíbula apretada le está dando dolor de cabeza, y el frío hace que las costillas le duelan. Poco a poco, a intervalos, va siendo consciente del dolor. De los alrededores. Del tiempo.

–Qué estúpido capullo –se dice a sí mismo por enésima vez–. ¿Por qué te fuiste a casa? ¿Por qué?

Cuando el enojo se le pase encontrará tiempo para reprochárselo. Para decirse a sí mismo que perdió los nervios porque temía que le robaran su momento de gloria. Que no contaran con él para llevar a cabo el arresto en un caso que ha ido metiéndose lentamente bajo su piel. Encontrará maneras de detestarse a sí mismo y tomará la decisión de no volver a dejar que su deseo de gloria personal se convierta en una reacción instintiva al enterarse de un arresto en la investigación de un asesinato. Pero por el momento cree que su actitud está justificada. Aunque no es el investigador principal, siente que el caso es suyo. Ha sido él quien ha juntado las piezas. Quien ha mirado dos veces a los ojos azules llorosos del hombre que ha cometido estos crímenes.

Y lo peor de todo: se pregunta si se habrá equivocado. Ray no se habría atrevido si no tuviera nada. No podía haber arrestado a Chandler solo por un presentimiento.

Dios santo, ¿y si es él realmente?

Despacio y con precaución, para no aumentar el dolor sordo de sus costillas, gira el volante hacia la derecha y entra en el aparcamiento que hay detrás de la comisaría de Queen's Gardens. Aparca en una plaza reservada a oficiales superiores de visita y disfruta del sentimiento de desprecio ante las posibles consecuencias. Abre la puerta empujándola con el pie, y el viento y la nieve se precipitan sobre él.

–McAvoy –dice una voz–. Sargento. Por aquí.

Peleando con la puerta, tiritando mientras la nieve rebosa por el ala de su sombrero y se escurre por el cuello de su descuidada camiseta de rugby, dirige la mirada hacia el extremo opuesto del aparcamiento, hacia la entrada trasera del edificio débilmente iluminada.

McAvoy va dejando una senda de pisadas, hondas y perfectas, mientras recorre la distancia entre él y la voz. La nieve le cubre ya los talones.

–Imaginé que vendría –dice la voz, y al acercarse, McAvoy ve a Tom Spink, de pie junto a la puerta, con una taza en una mano, vestido, como ayer, con unos pantalones oscuros, una rebeca y una camisa con cuello de tirilla.

–Recibí su mensaje –dice McAvoy, despeinado por el viento y demasiado enojado para censurarse a sí mismo por manifestar lo que es obvio.

Spink asiente. Suspira y alarga la taza mientras McAvoy salva los escalones y entra en la penumbra del umbral.

–¿Le apetece un trago?

A McAvoy le da igual lo que haya en la taza. La coge y bebe un poco de un líquido que resulta caliente y frío a la vez.

–Calvados –dice Spink, recuperando la taza–. Están en la sala de interrogatorios número tres. Hablaremos por el camino.

Al atravesar la puerta reciben una oleada de calor. Por encima, la iluminación de bajo consumo, activada al detectar movimiento, parpadea al encenderse y el pasillo se llena de una luz verde resplandeciente. A esa hora, la comisaría está prácticamente vacía, los funcionarios están en sus casas, metidos en la cama desde hace un buen rato, y solo un pequeño retén de oficiales uniformados se encarga de atender la sala de detenciones mientras los coches patrulla y los agentes de tráfico andan desperdigados por la ciudad, resguardados sin duda en algún lugar caliente, con termos de té y comida de gasolinera.

McAvoy está a punto de preguntar qué coño ha ocurrido durante las escasas horas transcurridas desde que abandonó The Bear, pero Spink no le da oportunidad. Comienza a hablar en voz baja, con rapidez, mientras suben al vestíbulo, pasan por delante de puertas cerradas y tableros de anuncios llenos de carteles con iniciativas policiales, listas de turnos y tareas, y noticias de interés para el personal. McAvoy no ha visto jamás que alguien se pare a leerlos.

–Pharaoh no está aquí –dice con voz queda–. Pero lo sabe. Está hecha un basilisco.

–¿Viene para acá?

–No puede. Su marido es un hombre enfermo. Está en silla de ruedas, por si no lo sabía. Tiene días buenos y días malos. Hoy es uno malo. Está intentando encontrar a alguien que se encargue de él y de los niños para venir, pero con este tiempo dudo que la veamos.

–¿Entonces esto no fue idea suya?

–¡Qué dice! Por Dios, pero si se ha puesto hecha una furia.

–¿Ella no mandó al inspector jefe Ray?

–En absoluto. El muy caradura lo hizo en cuanto ella se marchó. El problema es que empieza a parecer una decisión correcta. Al menos para la superioridad.

–¿Cómo?

McAvoy se para en seco en el pasillo y tiene que corretear para alcanzar a Spink al darse cuenta de que él ha seguido andando.

–Mire, hijo, yo soy simplemente alguien que pasaba por allí –dice moviendo la cabeza y haciendo un gesto hacia otro pasillo al llegar a una intersección–. Trish conoce el oficio, pero tiene sus enemigos. Nadie creyó que conseguiría este puesto. Por cada mujer o miembro de minoría étnica que logra un ascenso para hacernos parecer más razonables y avanzados, veinte tipos de la vieja escuela son catapultados a puestos de superintendente. Si Colin Ray ha metido sus insolentes pezuñas en el asunto y ha logrado agarrar a alguien a quien poder cargarle los muertos, nadie va a recriminarle que haya pasado por encima de Trish.

–Pero no tiene sentido –dice McAvoy con frustración evidente–. Chandler no pudo...

–Mire, no soy yo quien tiene las respuestas –dice aminorando el paso y alzando la vista para mirar a McAvoy a los ojos–. Ahora mismo soy solo un escritor. Un escritor que oye cosas aquí y allá y que esta noche estaba tomando una taza de té con el sargento de recepción cuando Colin Ray y Shaz Archer aparecieron con un tipo de pequeña estatura que sujetaba una pierna de madera y preguntaba por usted. Llamé a Trish. Dijo que vendría para acá tan pronto como pudiera. Me dijo que se lo contara. Y eso he hecho.

–¿Le dijo que me lo contara? ¿Por qué?

–No sé, amigo. Quizá pretendía que les preparara unos bocadillos.

Spink acelera de nuevo el paso, pero McAvoy le detiene.

–¿Qué tiene? ¿Qué ha encontrado Ray?

Spink dirige la mirada hacia el pasillo, como si quisiera escaparse, y luego parece llegar a una conclusión.

–No sé cuánto de esto son gilipolces y cuánto pueden probar, pero Colin va diciendo a la gente que usted y Trish han jodido todo. Que no comprobaron los antecedentes de un sospechoso clave para la investigación. Resulta que Chandler no se llama Chandler. Su verdadero nombre es Albert Jonsson. Ingresó en la clínica con ese nombre. Quiere que le llamen Russ Chandler y la gente respeta su deseo, pero esa persona no existe. Albert Jonsson, por el contrario, es muy real. Y está fichado. Un cargo por agresión con heridas, dos robos en domicilios, obtención de dinero de manera fraudulenta...

–Pero íbamos a interrogarlo mañana –dice McAvoy apretando los dientes.

–Hay más –prosigue Spink, apartando la vista–. No había posibilidad de

conseguir una orden de registro. No a esta hora. Así que Shaz Archer obró el milagro. Convenció al personal del turno de noche para que registrara la habitación de Chandler. Y encontraron su cuaderno de notas.

Algo en el tono de voz de Spink hace pensar a McAvoy que se trata de un último aviso.

–¿Y?

–El nombre de Daphne Cotton está ahí, hijo. Y eso gana la baza.

Los hombros de McAvoy se desploman hacia delante. Baja la cabeza hasta el pecho. Da un paso atrás y se apoya contra la pared mientras la sangre le sube a la cabeza. ¿Es posible que haya estado tan equivocado? ¿Es posible que se haya sentado a hablar con un asesino?

–No tiene por qué significar nada –dice Spink–. He visto coincidencias mayores.

McAvoy quiere asentir, pero no encuentra fuerzas. Siente como si hubiera recibido una patada en el estómago.

–Él no lo ha admitido, ¿verdad? –pregunta con una voz rota y cansada.

–Lo están interrogando ahora. Todo lo que dice es «sin comentarios», o al menos así es como enfocaba el asunto la última vez que le oí. Pero Colin es persuasivo. No se amilana.

McAvoy consigue asentir débilmente.

–¿Jonsson? Eso es...

–Islandés, sí. Pero, una vez más, podría no significar nada.

–Pero es probable que no sea así.

–Puede.

Intenta tranquilizarse. Por un instante desea ser fumador para poder ocupar sus dedos en encender algo que le proporcione un mínimo consuelo.

–Si es él...

–Sí.

–...al menos se le habrá apartado de la calle –continúa, tratando de sentir alivio al pensar que un asesino estaba entre rejas–. Al menos habremos hecho algún bien.

–Exacto –dice Spink intentando sonreír.

El silencio se prolonga durante un rato.

–No se le parecía en nada –dice McAvoy, hablando para sí mismo–. Los ojos eran diferentes.

–Lo sé.

–Y me llamó –dice de repente alzando la voz–. Me llamó para hablarme de Angie Martindale. ¿Por qué lo haría? No habría tenido tiempo. Me llamó, ¿se acuerda? Todo esto es tan confuso...

–Encontraron un móvil en su habitación. Se han puesto en contacto con la compañía telefónica. Tendrán algo por la mañana. Sabrán de dónde procedía la

llamada. Sabrán si mientras grababa su nombre sobre Angie Martindale se tomó un descanso lo bastante largo para darle a usted la gran oportunidad de detenerlo.

–¿Creen que para él era un juego?

Spink asiente.

–¿Jugando al gato y al ratón conmigo, el estúpido minino escocés?

Spink contiene una sonrisa pasándose la mano por la boca.

–Aún no sabemos nada –dice.

Desde algún lugar cercano llega un rumor de voces. Pasos. Conversación animada. Sin decir nada, McAvoy y Spink se alejan de la pared y siguen el sonido. Giran a la izquierda en el siguiente cruce de pasillos y pasan por delante de los cuatro pegotes de masilla adhesiva que en otro tiempo sujetaban un trozo de papel plastificado con las palabras SALAS DE INTERROGATORIOS.

Colin Ray y Shaz Archer se encuentran delante de una puerta de madera con un cristal estrecho y alargado en el centro. Ray sujeta un sobre marrón en la mano y asiente con rotundidad mientras Archer señala hacia el interior con un bolígrafo mordisqueado.

–...frustraría a cualquiera –está diciendo–. Cerebro grande, picha pequeña, grandes problemas, ¿eh, Col? ¿Cuántas veces lo hemos visto? No puede salir sin más y buscar pelea, porque es demasiado arrogante para ello, pero puede idear algo como esto, ¿eh? Algo que le haga un poco especial. Está todo aquí.

A McAvoy le habría gustado darse la vuelta. Volver por donde habían venido sin que le vieran. Pero Spink tose y saluda a los dos oficiales con una sonrisa.

–¿Todo bien?

Los ojos de Colin Ray lanzan un destello de ira. Cierra la carpeta como si intentara espachurrar una mosca entre sus hojas. Ensancha los orificios nasales como si se dispusiera a atacar.

–¿Ella nos manda a su recadero?

La pregunta va dirigida a Spink, pero McAvoy sabe que es a él a quien Ray se refiere. Más tarde se dirá a sí mismo que es algo bueno que ahora le consideren el niño mimado de Pharaoh cuando hace una semana ella no sabía ni deletrear su nombre. Pero se le encienden las mejillas.

–El caso también es mío –replica McAvoy, y mientras lo hace se pregunta de dónde le habrán salido las palabras.

Los dos oficiales superiores intercambian una mirada.

–Bueno, pues ha llegado a tiempo para ver cómo termina –dice Ray haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la sala de interrogatorios–. Tenemos al sujeto en cuestión.

–¿Ha confesado? –pregunta Spink con tono incrédulo.

–Por el momento solo responde «sin comentarios» a todo –aclara Archer–. Pero se va agotando.

McAvoy los mira. Colin parece cansado y enfermo, pero la red de vasos sanguíneos a punto de reventar que cubre sus mejillas y la vena que late en un lateral de su cabeza sugieren que aún tiene suficiente fuego dentro para acabar con esto.

–No esperará de verdad acusarle...

–Puedo hacerlo –le espeta Ray, dirigiendo la vista hacia la carpeta cerrada como si se tratara de un tesoro.

McAvoy no puede evitar preguntar.

–¿Qué ha descubierto?

De repente Shaz Archer parece un gato que se estira tras una larga siesta. Su postura resulta petulante y voluptuosa.

–Despertamos al fulano que había sido su agente –dice con una sonrisa maliciosa–. Un tipo interesante.

–¿Y?

La voz de Tom Spink resulta autoritaria. El inspector jefe que lleva dentro ha olvidado por un momento que está retirado.

–Dice que nuestro Russ Chandler, o como quiera que se llame, es un jodido chiflado.

Coge la carpeta de las manos de Ray y la muestra a McAvoy, haciéndole una seña para atraerle como si estuviera tentando a un perro con una galleta. McAvoy la agarra.

–Léalo –dice Archer entre dientes.

Mientras abre la carpeta, McAvoy oye la puerta de la sala de interrogatorios abrirse y cerrarse. Mira a Shaz Archer a la cara. Ray ha entrado de nuevo para acabar el trabajo.

–No es difícil entenderlo cuando se tienen todas las piezas –dice Archer agitando los dedos en el aire mientras hace gestos que sugieren un misterio–. Nuestro chico de ahí dentro lleva toda su jodida vida intentando ser autor. Ha soñado con ello desde que era niño. Pero nunca fue lo bastante bueno. Le rechazaron las primeras obras sin ni siquiera leerlas. Provocó cierto interés cuando empezó a hacer un poco de trabajo de investigación, pero nunca llegó a despegar. Al final tuvo que publicar sus obras él mismo. Uno de sus libros era casi leíble, consiguió un agente, pero aun así nunca lo logró. Lo perdió todo al final. No pudo aceptar el rechazo. No pudo soportar escribir sobre gente que consideraba unos don nadie y ser un total desconocido él mismo. Todo esto fue un modo de vengarse. Psicológicamente es un tipo cabal. No quiere aceptarlo. Col conoce a alguien...

McAvoy ha estado esforzándose para no dejar escapar la palabra «gilipolleces», pero es una batalla que no consigue ganar.

–Todo esto son suposiciones, ¿verdad, inspectora Archer? –dice Spink, atrayendo su atención antes de que ella pueda volverse hacia su subordinado.

–Tenemos sus fantasías –dice señalando la carpeta–. Tenemos el nombre de Daphne Cotton en su cuaderno de notas. Tenemos a Angie Martindale. Su relación con Fred Stein. Trevor Jefferson. Él es el nexo común.

–Pero eso no significa...

–Lea la carta que mandó al editor que le rechazó.

Algo en el modo en que ha dicho eso hace que McAvoy deje de hablar. Hojea las páginas fotocopiadas en la carpeta. Advierte el círculo trazado con rotulador rojo en la página de notas manuscritas. Ve el nombre «Daphne C.». Un número de teléfono. Montones de apuntes taquigráficos. Pasa las páginas.

–Ahí –dice Archer asintiendo.

Estimado Sr. Hall:

Mi agente, Richard Sage, me acaba de informar de su decisión de no seguir adelante con la publicación de mi novela *Todos ellos*. Como puede imaginarse, la noticia me ha resultado muy dolorosa. Me he entregado en cuerpo y alma a ese libro y, tal como demuestran las ventas de mis anteriores esfuerzos literarios, aunque fueran publicados por mí mismo, creo que existe un mercado para mi obra. Debo pedirle que reconsidere su decisión. En nuestra correspondencia previa le he hablado con términos entusiastas de la estima en la que tengo a su editorial y me he tomado un gran interés en conocer su empresa y sus empleados. Por ejemplo, sé que su dirección particular es Lowndes Square, Knightsbridge. El nombre de su esposa es Lauren. Su hijo, William, estudia como alumno interno en la escuela preparatoria Rowan, en Esher. Le digo esto no para alarmarle ni amenazarlo con el fin de que me ofrezca un contrato editorial, sino para demostrar la meticulosa firmeza de mi concienzuda investigación. Para ser sincero, estoy dispuesto a llegar hasta donde sea para alcanzar mi sueño. Como ya he mencionado, mi propio conocimiento de la mente criminal no tiene rival y mis numerosas entrevistas con asesinos convictos me han proporcionado una percepción sin igual de lo que es una mente trastornada. Espero su respuesta con interés...

McAvoy cierra los ojos durante cinco largos segundos. Imagina el efecto de esa carta leída ante un tribunal. Se figura la cara del abogado defensor de Chandler diciéndole que se declare culpable y acepte la oferta del fiscal de una condena reducida. Ve la sonrisa de Ray mientras sus colegas le dan palmadas en la espalda.

–Es un caso evidente –dice Archer, y por una vez sus palabras no parecen pensadas para aporrearle. Sencillamente exponen un hecho.

–¿Cuál fue el resultado? –pregunta McAvoy con voz ronca.

–El editor amenazó con ir a la policía y el agente lo abandonó –responde Archer cogiendo la carpeta de sus manos y poniéndosela bajo el brazo–. El agente también

recibió varios correos electrónicos suyos. Todos en el mismo tono. Completamente obsesivos. Sage dice que nunca ha conocido a nadie tan desesperado. Alguien capaz de matar para ver su nombre en una estantería.

McAvoy frunce el ceño. No tiene sentido. No ha visto nada en los ojos de Chandler que hagan esto creíble.

–Sus ojos –recuerda de repente–. El hombre con el que luché tenía los ojos azules. Y Chandler no.

–Joder, McAvoy –dice Archer irritada–. Quizás llevaba lentillas. Eso solo son detalles. Tenemos unos asesinatos, y a un tipo con la palabra «asesino» escrita sobre su cuerpo como si estuviera grabada a fuego.

–Pero si no es...

–Entonces no confesaré.

McAvoy se mete una mano en el bolsillo y saca las hojas que imprimió de Internet momentos después de que Spink le mandara el mensaje.

–Mire estas páginas –dice en tono de súplica–. Hay más gente en peligro. Esta mujer. Una trabajadora de una organización benéfica alcanzada por una bomba en Iraq. Sigue viva, pero es la única que logró sobrevivir. No podemos equivocarnos. La próxima víctima podría estar en estas hojas...

McAvoy se vuelve hacia Spink, pero el hombre mayor mira hacia otro lado, hacia el pasillo, como si no fuera capaz de aguantarle la mirada.

La puerta se abre y Colin Ray asoma la cabeza por la rendija. Tiene el rostro cubierto de sudor. El cuello de su suéter está deshilachado y retorcido. Mira a McAvoy durante un instante y luego vuelve la vista hacia Archer.

–Ven, Shaz –dice con calma–. Pata de palo quiere confesar.

Archer coge las páginas impresas de la mano dócil de McAvoy y entra en la sala de interrogatorios.

Capítulo 20

08:43 horas. Queen's Gardens. Diez días antes de Navidad.

La zona más baja de un parque, cubierta por una capa de nieve intacta, surcada por senderos ocultos y salpicada de rosales marchitos y macizos de flores llenos de basura.

Huellas de un par de pisadas hundidas en el suelo.

Un banco al que le falta el respaldo.

Aector McAvoy. Los codos apoyados en las rodillas. El sombrero bien calado. Y los ojos cerrados.

Saca el teléfono del bolsillo. Dieciocho llamadas perdidas.

Está escondido. Se ha marchado dando pisotones hacia la nieve y la soledad porque le duele demasiado ver cómo alguien estrecha la mano al jefe superior y bebe whisky rodeado por uniformes risueños y trajes sonrientes.

Russ Chandler.

Acusado de dos asesinatos a las 06:51.

Russ Chandler.

El hombre que acuchilló a Daphne Cotton delante de la congregación en la iglesia de la Santísima Trinidad.

El que prendió fuego a Trevor Jefferson y más tarde volvió a hacerlo en su cama de hospital.

Russ Chandler. El hombre que respondió «sin comentarios» durante cuatro horas y luego contó las mentiras necesarias para que le acusaran de asesinato.

Dentro de tres horas ingresará en prisión preventiva hasta el momento del juicio. Pasarán meses antes de que los abogados de la acusación comiencen a descubrir las incorrecciones existentes en el caso.

Para entonces, probablemente la unidad habrá hecho implosión, o habrá sido puesta en manos de Ray, y McAvoy estará detrás de un escritorio en alguna remota comisaría de barrio, donde un hombre hábil con una base de datos resulta una herramienta poco útil.

Se guarda el móvil. Estira el brazo y coge la botella de litro que tiene entre los pies. La destapa y echa un trago. Bebe naranjada como un vagabundo bebe sidra. Se ha comido tres barritas de chocolate y una bolsa de gominolas. El azúcar le hace sentirse un poco obsesivo y le apetece algo sustancioso y contundente.

Descruza las piernas. Se inclina hacia delante. Se frota los fríos muslos. Estira la espalda. Da otro trago. Se pregunta si podría quedarse ahí para siempre. Hacer de ese banco su hogar permanente. Ahí, en la soledad cubierta de nieve de Queen's

Gardens; arrebuñado en su chaqueta, con el sabor del chocolate en la lengua, un dolor frío en los huesos y un sentimiento no muy distinto al dolor de muelas perforándole el cerebro, como si intentara convertir deliberadamente sus pensamientos en algo vacío y penoso.

Se está bien ahí, en el parque. A esta hora, en esta época del año, está vacío. Hull está vacío. Después de varios días de heladas, la repentina nevada ha transformado la red de carreteras comarcales llenas de baches y de serpenteantes autovías en otras tantas pistas de hielo y bancos de nieve. McAvoy se imagina a esas miles de personas que se desplazan todos los días hasta el centro de la ciudad llamando a sus centros de trabajo y sugiriendo la posibilidad de comenzar las vacaciones de Navidad antes. Otros decidirán arriesgarse. Cogerán sus viejos coches de neumáticos gastados y motores de escasa potencia y conducirán a demasiada velocidad sobre el asfalto resbaladizo. La gente hoy sufrirá. Algunas familias perderán a sus seres queridos. Al caer la noche, la policía científica extraerá de los coches aplastados cuerpos destrozados. Los agentes uniformados darán la noticia a los parientes sumidos en sollozos. Se asignará un detective. Se emitirá un comunicado de prensa. El ciclo seguirá su marcha.

Se pregunta si a alguien le importa algo realmente.

—¿Dando de comer a los pingüinos, McAvoy?

Alza la vista y ve la figura esbelta y elegante de Tom Spink haciendo crujir la nieve bajo sus pies y avanzando hacia él.

—Señor, es que...

McAvoy comienza a hablar pero se detiene.

—No, no, si no le culpo —dice Spink con despreocupación—. Viene bien. Aclara la mente. Y también los pulmones, si uno es fumador. ¿Le importa que me sienta con usted?

McAvoy asiente y mira al banco de hierro forjado.

—Está mojado —dice por si Spink no ha advertido los cinco centímetros de nieve que cubren el banco pintado de verde.

—Está bien —dice Spink tomando asiento—. Fresquito —añade mientras se pone medianamente cómodo. Lleva una cazadora de piel ligera sobre la camisa de tirilla y unos pantalones de pana—. Supongo que esto no es nada comparado con el lugar del que usted procede, ¿eh?

McAvoy se vuelve.

—Pharaoh llegó hasta el puente del Humber —dice—. Consiguió atravesarlo pese a los avisos meteorológicos. Estaba en lo alto de Boothferry Road cuando su móvil sonó y el jefe le dijo que no se arriesgara. Que se tomara unos días libres. Que Colin Ray tenía todo bajo control.

—¿Le hizo caso?

—Sí y no. No tiene intención de colarse en una fiesta a la que no ha sido invitada.

Se dirigió a la comisaría de Priory Road.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Casi tan bien como usted imagina. Consiguió morderse la lengua, pero tiene que tener cuidado con cómo juega su baza. Si se mantiene al margen, todo podría salir bien. Habrá sido la detective responsable de dirigir la caza de un asesino. Pero si empieza a levantar la voz y arma un escándalo, sus cartas estarán marcadas.

McAvoy se da cuenta de que está clavándose los puños en las rodillas. Se esfuerza por dejar de hacerlo.

—No ha sido Russ Chandler —dice entre dientes—. Llevo horas pensando en ello. No he pensado en otra cosa. No ha sido él.

Spink se vuelve hacia él. Le mira a los ojos durante unos largos veinte segundos como si intentara leer dentro de su cráneo. Parece chamuscar el interior de la cabeza de McAvoy con la intensidad de su mirada. Luego aparta la vista como si hubiera tomado una decisión.

—A menudo ocurre.

McAvoy hace un gesto.

—¿Cómo?

—A menudo ocurre, hijo. Usted lo sabe mejor que nadie. Si sigue así se va a matar, amigo.

—No hay nada malo en que a uno le importen las cosas —responde enfadado.

—No, no hay nada malo. Pero este es el precio a pagar. Debe usted entenderlo, debe entender a los polis que van al trabajo, hacen una labor medio decente y regresan a casa sin mirar atrás. Debe de haberlos visto brindando por resultados cuestionables y condenas dudosas. Debe de haberse preguntado por qué usted no puede ser así.

—Yo creo que las cosas importan —comienza a decir, y se detiene al sentir que las palabras se entrecortan en su garganta.

—Importan, Aector. Importa que a un villano lo encierren, porque de ese modo, la gente vuelve a sentirse segura al saber que nuestros chicos de azul están a la altura de las circunstancias y los mantienen a salvo de los chalados. Por eso es por lo que importan. Y le importa a la prensa, porque vende periódicos. Y le importa a los jefazos, porque hace que las estadísticas de delincuencia parezcan estupendas. Y le importa a los políticos, porque los votantes no quieren vivir en una sociedad en la que una muchacha puede ser acuchillada en una iglesia durante el oficio coral vespertino. Y si vamos a lo más bajo, importa a los polis, porque no quieren que sus superiores les echen la bronca, y porque la mayor parte de ellos decidieron hacerse oficiales de policía con la esperanza de cambiar un poco el mundo. Y luego está la gente como usted, hijo. Gente que necesita que importe hasta un condenado nivel cósmico. Gente que necesita que haya justicia como si esta fuera un

ingrediente fundamental del universo. Como si fuera un mineral existente en la naturaleza y bastara con extraerlo y distribuirlo.

Spink hace una pausa y agita una mano con aire cansado.

–McAvoy, hijo, no es así. Debería serlo, pero no lo es. Sería magnífico que el mundo entero sintiera su rabia. Que la gente fuera incapaz de comer, dormir o funcionar hasta que la balanza se equilibrara y el mal hubiera sido suprimido por algún acto de bondad, decencia o justicia, o como quiera usted llamarlo. Pero no es así. La gente lee una noticia horrible, le parece espantoso, menea la cabeza y dice que el mundo va de mal en peor, pero luego pone la tele y ve *Coronation Street*. O sale al jardín a jugar al fútbol con los niños. O se va al pub y se toma unas pintas. Y sé que eso a usted le pone enfermo. Sé que ve a la gente ocuparse de sus cosas cotidianas y se siente vacío, cabreado y asqueado al comprobar que todo el mundo se muestra insensible e inhumano en vez de pensar en los muertos. Pero si se pasa la vida esperando que las cosas cambien, morirá decepcionado.

Spink se detiene. Frunce el ceño. Mueve la cabeza ligeramente. Se da la vuelta.

McAvoy permanece sentado en silencio. Agarra unos pelillos que le han crecido debajo del labio inferior y tira de ellos. Tira hasta arrancarse algunos. Siente rabia. Indignación al ser interpretado, analizado y juzgado por un hombre al que apenas conoce y que tiene la temeridad de llamarlo «hijo».

Abre la boca y vuelve a cerrarla. Se pasa la mano por la cara.

–Colin Ray tiene pruebas, hijo. Puede que no coincidan con lo que a usted le dice su instinto y puede que le duelan una barbaridad, pero a no ser que disponga de una buena cantidad de esa justicia natural que usted quiere repartir por el mundo, Russ Chandler es el hombre que puede ser juzgado e incluso condenado por asesinato.

McAvoy le lanza una mirada implacable.

–¿Usted cree que él lo hizo?

Spink le mira fijamente para hacerle apartar la mirada, pero al final es él quien baja la vista.

–Lo que yo crea no importa.

McAvoy escupe de nuevo.

Se pone en pie. Aspira un poco de aire puro y frío.

Su cuerpo se alza por encima del otro hombre.

–Lo que yo crea sí importa.

Lo dice apretando los dientes, pero esboza una sonrisa nerviosa mientras la complacencia que le provoca su firmeza parece oxigenarle la sangre y llenarle la mente de endorfinas y energía.

–Importa... y mucho.

Caminar por la nieve es un arte. Los novatos hunden los pies con demasiada

fuerza; arquean las suelas de los zapatos, clavan los dedos y al cabo de cien pasos caen de rodillas y se frotan las pantorrillas por los calambres.

Otros son demasiado precavidos: dan largos pasos y procuran pisar en aquellas zonas que parecen más sólidas. Se escurren sobre el asfalto helado. Caen al suelo, se golpean las espinillas y se tuercen los tobillos porque el calzado es inapropiado.

McAvoy camina como le enseñaron. Con la cabeza hacia abajo. Observando el terreno para apreciar los cambios en la textura de la nieve. Con las manos pegadas a los costados, listas para salir disparadas y amortiguar la caída.

Nació en un paisaje más riguroso que este mosaico de hierba cuidada y aceras seguras cubiertas por quince centímetros de nieve. Creció en un terreno resquebrajado por grietas y hendiduras, con rocas de pizarra y pedruscos sueltos, todo ello oculto durante ocho meses al año por nevadas incesantes.

A veces recuerda el ruido que hacían las ovejas al tropezar y romperse una pata. También recuerda el silencio, momentos después de que él acabara con su sufrimiento. Les cortaba el cuello con una navaja. Les apretaba el hocico con fuerza con una mano enguantada para impedir que respiraran.

Recuerda la maña con la que su padre podía partir un pescuezo. La convicción con que actuaba y su firme resolución de no disfrutar con ello.

Recuerda asimismo los ojos llorosos con los que su padre le miraba. La ternura con la que se agachaba y acariciaba la lana. El modo en que se llevaba la mano a la nariz y aspiraba el olor a almizcle húmedo de una oveja a la que había criado desde el parto y cuyo pescuezo había roto para poner fin a su padecimiento.

El hombre de la iglesia de la Santísima Trinidad tenía esa misma mirada en sus llorosos ojos azules. Y el hombre que grabó su nombre sobre Angie Martindale. Que se sentó junto a ella, llorando largo rato, antes de emprender su tarea.

Lleno de energía, con el pulso acelerado y los pensamientos asaltándole la mente, McAvoy piensa en el asesino.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Rematarlos para que no sufran? ¿Estás poniendo fin a su padecimiento? ¿Me estás pidiendo que acabe con el tuyo?

McAvoy se detiene. Sumido en sus pensamientos, se ha equivocado de sendero para salir del parque.

Su teléfono empieza a sonar. Número oculto.

—Aector McAvoy —responde.

—¿Sargento? Hola, soy Jonathan Feasby. Recibí un mensaje en el que me pedía que llamara...

McAvoy se devana los sesos. Trata de poner en orden los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Feasby. El periodista del *Independent*. El tipo al que había mandado un correo electrónico para pedirle información sobre la cooperante en Iraq.

—Señor Feasby, sí. Gracias por ponerse en contacto conmigo.

–De nada, de nada.

Su voz es animada. Parece del sur. Alegre, considerando el tiempo y la hora.

–Señor Feasby, estoy trabajando en la investigación del asesinato de Daphne Cotton y creo que usted puede disponer de cierta información que sería relevante para las pesquisas.

McAvoy escucha mientras el periodista emite un silbido de sorpresa.

–¿Yo? Bueno, sí, si puedo ser de ayuda... Es en Hull, ¿no? Nunca he estado en el noreste.

–Hull no está en el noreste, señor. Está en el distrito este de Yorkshire.

–Bien, bien.

–¿Conoce el caso del que le hablo?

–No, no sabía el nombre de la chica. Pero puse «Hull», «asesinato» y «McAvoy» en Google y me devolvió millones de resultados. Por eliminación deduzco que es el caso actual. La pobre muchacha de la iglesia, ¿verdad? Es terrible.

McAvoy asiente aunque nadie puede verlo.

–Señor Feasby, quiero hablar con usted sobre un artículo que escribió hace algún tiempo. Sobre una tal Anne Montrose. Resultó herida en un incidente en el norte de Iraq. Creo que usted fue el reportero al que el *Independent* contrató para cubrir la noticia...

Al otro lado de la línea se hace el silencio. McAvoy aprieta el teléfono contra su oreja y le parece oír un sonido metálico de engranajes mentales.

–¿Señor Feasby?

–Bueno, no estoy seguro de recordar el caso –dice Feasby. Miente.

–Mire, tengo buena relación con la prensa local y mis colegas me toman el pelo porque creo en la naturaleza humana. Si me dirijo a usted de modo extraoficial ¿quedará el asunto en la más estricta confidencialidad?

–Soy uno de los últimos periodistas que cree en ese concepto.

–Bien, yo soy una de las últimas personas en este mundo que cree que una promesa significa algo, y le prometo que no me gustará nada ver que el contenido de esta conversación aparece impreso.

–Entiendo. ¿En qué puedo ayudarle?

–Estoy trabajando en la teoría de que quizás el individuo que mató a Daphne Cotton puede tener como objetivo otras personas que han sobrevivido a experiencias casi mortales. Que tal vez él o ella está intentando poner fin a algo que para ellos fue una huida inaceptable ante la guadaña de la muerte. Estoy tratando de averiguar quién podría ser el siguiente en la lista, si es que tal lista existe. Anne Montrose cumple el requisito. Sobrevivió a un incidente en el que murieron todas las demás personas afectadas. Quiero saber qué le ocurrió después del reportaje que usted escribió. Quiero saber si está a salvo.

Silencio al otro lado de la línea. McAvoy está atento para tomar notas.

—¿Señor Feasby?

—Si usted habla de modo confidencial, yo también, ¿de acuerdo?

La voz de Feasby ha perdido su ligereza. Parece pensativo. Casi asustado.

—No tengo la menor intención de incriminar a nadie; a mí tampoco...

—Entiendo.

El periodista suelta un fuerte suspiro.

—Mire, tal vez no signifique mucho para usted, pero cuando digo que nunca había hecho esto antes...

—Le creo.

McAvoy no está seguro de si es así o no, pero sabe cómo hacer que parezca sincero.

—Bueno, la única vez que he aceptado dinero por no publicar un artículo fue cuando intenté averiguar algo más sobre Anne Montrose. Tenía la oportunidad de escribir un puñetero artículo más sobre una puñetera víctima más de un puñetero día más de aquella puñetera guerra. Y tenía la ocasión de no escribir nada. De pedir a mi redacción la devolución de un favor y olvidar todo aquello...

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Tenía la oportunidad de zanjar el asunto.

McAvoy hace una pausa. Trata de aclararse las ideas.

—Después de escribir el artículo sobre la explosión, sobre lo que le ocurrió, vino a verme un hombre —dice, y su voz suena lejana.

—Continúe.

—Era el jefe de una compañía que estaba haciendo dinero con la operación de limpieza sobre el terreno. Reconstruyendo los barrios. Levantando escuelas y hospitales. Y me dijo que si yo le hacía un favor, él me haría otro a cambio.

—¿Qué favor?

—Ni una palabra más sobre Anne. El periódico tendría la exclusiva de todo lo que hiciera su compañía desde ese momento en adelante...

—¿Y usted?

Feasby suspira.

—Me ofrecía un puesto honorario en el consejo de administración de esa compañía.

—¿Lo aceptó?

—Sobre el papel yo era un asesor comercial de la empresa, a la que ayudaba en su estrategia de relaciones con los medios de comunicación.

—¿Y en realidad?

—Nunca escribí una palabra. Cobré un salario durante unos meses y luego regresé a lo que sabía hacer.

—¿No tuvo curiosidad?

McAvoy se imagina a Feasby extendiendo las palmas de las manos.

–Soy periodista.

–¿Y?

–Y creo que no debo decirle nada más hasta que haya pensado con tranquilidad sobre lo que usted realmente quiere saber.

McAvoy hace una pausa. Se pregunta si el periodista anda a la caza de algo. Si está esperando la promesa de una exclusiva a cambio de información.

El teléfono le suena en la oreja. Más por impulso que por un deseo consciente, cambia de línea y contesta.

–¿Señor McAvoy? Soy Shona Fox, del hospital Hull Royal. Llevamos horas intentando localizarlo. Se trata de su esposa. Me temo que ha habido complicaciones...

Y en ese momento ya no importa nada más.

Capítulo 21

McAvoy no durmió durante las primeras veintisiete horas. No comió. Dio dos sorbos de agua turbia de una jarra de plástico, y después tosió y los expulsó sobre su asquerosa camiseta de rugby mientras un rastro acuoso asomaba en sus ojos y su nariz.

Fuera, Hull se congelaba.

La emoción de unas posibles Navidades blancas dio paso al miedo ante el rigor y la severidad de las condiciones meteorológicas. La nieve caía sobre terreno duro. Se helaba. Caía de nuevo. Volvía a congelarse. El cielo era un boceto gris a lápiz. Las nubes se enredaban unas con otras, se retorcían, rodaban, se apelmazaban. Como serpientes en el interior de una bolsa negra.

La ciudad quedó paralizada.

Más tarde, McAvoy diría a su hija que fue ella quien finalmente rompió el hechizo del invierno. Que solo cuando ella abrió los ojos las nubes se separaron y la nieve cesó su danza frenética. Que fue ella quien hizo perder a Hull sus primeras Navidades blancas en una generación. Ella quien hizo salir el sol. Sería una mentira. Pero una mentira que haría sonreír a su hija. Una mentira que le permitiría recordar los primeros días de su vida con algo más que un dolor sordo y punzante.

Oye movimiento tras él.

Se gira.

–Vuelve a la cama... –comienza a decir.

–Bien, aún estoy un poco dolorida, pero si aun así me quieres... –dice Roisin con cara pálida y ojos oscuros. Lleva un camisón amarillo holgado y se sujeta el pelo grasiento y sin lavar con una cinta rosa. Está tan acostumbrado a la presión de su estómago sobre la ropa que ahora le parece como si no tuviera una forma definida.

–Roisin.

–Estoy aburrida, Aector. Necesito mimos.

McAvoy suspira. Pone los ojos en blanco con indulgencia.

–Ven aquí –dice.

De modo inseguro, Roisin cruza hasta donde está él, con su impresionante mole encajada en una silla de madera naranja con respaldo alto. Se encuentra sentado frente a la ventana, pero las cortinas, de un nauseabundo color verde y marrón, están cerradas. Ella hace un gesto de dolor mientras se acomoda en su rodilla, y luego deja caer la cabeza hasta apoyar la frente húmeda sobre la maraña de despeinados rizos pelirrojos de su coronilla.

–Hueles –dice, y en su voz hay una sonrisa atenuada.

Por primera vez en varios días, McAvoy deja escapar la risa.

–Tú tampoco eres un manojo de flores aromáticas.

Ella levanta la cabeza. McAvoy siente su pequeña mano húmeda sobre la mejilla y alza el rostro para captar su mirada.

Por un instante simplemente se miran, y cualquier conversación resulta inútil ante la intensidad y ternura de su comunicación.

–He pasado tanto miedo... –dice, y aunque están solos susurra las palabras como si temiera que pudieran ser utilizadas contra ella.

–Yo también –responde McAvoy, y su contestación parece fortalecerla. Ella se inclina y le besa. Se besan durante un buen rato. Al separarse intercambian una sonrisa burlona de complicidad ante la simpleza de todo. Comparten una breve mirada alegre dirigida hacia los pies de la cama.

Lilah Roisin McAvoy nació el 15 de diciembre a las 06:03 de la madrugada.

Roisin se había puesto de parto poco después de que McAvoy se marchara de casa enojado por el mensaje de Tom Spink, despotricando en el monovolumen a través de la ventisca, con la canastilla preparada en el maletero.

Había intentado llamarlo. Deseó con todas sus fuerzas que contestara al teléfono. Centró todas sus energías en salvar los fríos kilómetros que los separaban. Para que viniera a casa. Para que la ayudara.

Al final, sus gritos despertaron a Fin. Fue él quien la convenció para que llamara a emergencias. Él quien dijo que a veces papá tenía que trabajar y no podía estar donde otra gente le necesitaba. Él quien le cogió la mano en la ambulancia mientras los paramédicos hablaban sobre la abundante hemorragia, el hielo y la nieve en las carreteras, y manifestaban su convicción de que deberían cobrar media paga más por trabajar por la noche en esas condiciones.

Roisin había tratado de esperar. De hacer esperar al bebé en su interior hasta que las enfermeras localizaran a su marido. Pero Lilah quería salir. Se deslizó entre un arco iris de mucosidad sanguinolenta y fue recogida por un doctor nigeriano, calvo y con gafas, que la trasladó a una mesa auxiliar esterilizada y realizó unas complicadas maniobras en su cuerpo diminuto.

A Roisin le pareció que intentaba insuflar vida en el cuerpo de un pajarillo muerto.

Se había dado la vuelta, cerrado los ojos, y esperaba que le dijeran lo peor.

Y entonces oyó el llanto.

Lilah había cumplido cuatro horas, sonrosada y arrugada, con un tubo de respiración sujeto a la cara, unos calcetines demasiado grandes y unas manoplas en las manos, antes de que su padre apretara su cara roja y sudorosa, surcada de lágrimas, contra la incubadora de plástico y pronunciara la primera de las mil excusas que seguiría balbuceando a lo largo de sus primeras horas de vida.

Cuando la enfermera se la entregó encajaba perfectamente en la palma de su mano.

Fin se rio de eso. Preguntó si él había sido alguna vez tan pequeño. McAvoy le dijo que no. Que su hermana tenía tantas ganas de verlo que había llegado al mundo antes de tiempo. Que él ahora era el hermano mayor y su obligación era protegerla.

Fin asintió solemnemente y dio a su hermana un beso húmedo, algo torpe, en la cabeza. Después regresó a la habitación llena de juguetes sucios, donados por mucha gente, donde había estado jugando con un camión de bomberos con tres ruedas en el momento exacto en que su hermana había roto a llorar.

–¿Aún duerme? –pregunta Roisin.

–Ha caído como un tronco. Es igual que su madre.

–Hemos tenido un par de días atareados.

–Sí.

Se pone tensa, como si se dispusiera a abandonar la rodilla de su marido; luego se relaja mientras cede a sus manos firmes y se hunde de nuevo en su abrazo.

–Dejémosla dormir.

–Casi la perdemos, Aector. Si hubiera muerto... si no se hubiera despertado...

McAvoy nota cómo su cuerpo se estremece, y lo abraza con fuerza, acallando sus sollozos.

Al cabo de un rato, vuelve a hacerle la pregunta que había dejado escapar entre burbujas de mocos al entrar apresuradamente en su habitación tres días antes, con el abrigo salpicado de nieve y un guarda de seguridad agarrado a sus brazos como si hiciera esquí acuático mientras avanzaba como un bólido por el lustroso linóleo verde.

–¿Me perdonarás alguna vez por esto?

Ella le responde ahora, como había hecho entonces, con una sonrisa blanca perfecta. Y durante un momento McAvoy se siente tan dichoso, tan completo, querido y recompensado que se le ocurre la idea de detener su corazón. De morir así, feliz.

Esta vez, cuando ella se mueve, McAvoy la deja ir. Roisin se pone en pie. Hace otra mueca de dolor. Estira los brazos y descorre las cortinas.

–¡Caramba!

Están en una cuarta planta y disfrutan de una de las pocas habitaciones privadas de la sección de maternidad del hospital Hull Royal. El mirador panorámico les permite una vista de la ciudad, que resulta casi desconocida. Sus lugares representativos, sus peculiaridades, su carácter, todo parece mudo y anónimo bajo una densa capa blanca. Las calles están desiertas. Roisin estira el cuello. Dirige la mirada al aparcamiento. Está prácticamente vacío. Solo hay media docena de grandes vehículos todoterreno aparcados aquí y allá, como islas sobre una enorme

pista de hielo. El hospital dispone del personal mínimo. Quienes estaban trabajando cuando la nieve empezó a caer se han quedado aquí en su mayor parte. Quienes estaban en casa, con un coche capaz de mantenerse dentro de la carretera, han logrado llegar a su puesto, pero las conversaciones en las salas y los pasillos, sumidos en un silencio inquietante, giran en torno a cómo regresarán a casa, a si el coche arrancará siquiera cuando se vuelvan a sentar al volante.

–Estamos mejor aquí dentro –dice McAvoy, levantándose de la silla.

McAvoy pasa por delante de ella y mira por la ventana. Esboza una sonrisa irónica al ver al pequeño grupo de ancianos frágiles y gruesas mujeres de mediana edad, con los pijamas debajo de los abrigos, dando chupadas desesperadas a sus cigarrillos en la entrada del aparcamiento, aspirando el humo hasta el fondo de sus pulmones como diabéticos atracándose de insulina.

McAvoy mira al suelo. De pronto cae en la cuenta de que tiene el móvil en el bolsillo. Nota cómo emite ondas de energía. Nota que los dedos se mueven con nerviosismo mientras le asalta la necesidad de encenderlo. De enchufarse de nuevo al trabajo. De averiguar qué se ha perdido en estos tres últimos días de dolor y oración.

–Roisin, te importa si...

Ella sonríe y le responde con un ligero asentimiento.

McAvoy se detiene junto a la cuna de su hija. Acaricia la mejilla suave y carnosa con sus grandes y ásperos dedos. «Albaricoques», piensa. «Tiene las mejillas como albaricoques.»

Cuarenta y tres llamadas perdidas.

Diecisiete mensajes de texto.

El buzón de voz al completo.

McAvoy permanece junto a la entrada de la sección de maternidad escuchando la monotonía de las voces.

Localiza la llamada que estaba buscando.

Sargento McAvoy, hola. Soy Vicky Mountford. Nos vimos el otro día para hablar de Daphne. Mire, esto podría no ser importante, pero...

McAvoy escucha el resto del mensaje. Se pellizca el caballete de la nariz con el índice y el pulgar.

La llama.

Responde al segundo toque.

–Señorita Mountford, hola. Sí, lo siento. Vicki. Recibí su mensaje. Decía usted que alguien más podría conocer la redacción de Daphne. ¿Es así?

–Sí, sí –comienza a decir–. Bueno, como le decía en mi mensaje, estuve hablando con mi hermana. Fue un par de días después de hablar con usted. Le estaba contando lo que hablamos y todo lo que le había ocurrido a Daphne, y mientras

charlábamos sobre ello y comentábamos lo horripilante y terrible que era todo, se acordó de que le había hablado de ello a su novio. Después de colgar me volvió a llamar y me pasó con él; parecía estar avergonzado. En resumidas cuentas, recordaba haber tomado unas copas con un par de tipos una noche y haber estado hablando con ellos de esa pobre muchacha que había ido a parar a Hull y había escrito esa maravillosa redacción sobre todas las cosas horribles que le habían sucedido y de cómo esa historia podía llegar a ser un libro genial...

McAvoy cierra los ojos. Asiente, pero no dice nada. Sabe adónde lleva todo eso.

—¿Y eso dónde fue?

—En Southampton —responde, y por el tono de asombro con el que pronuncia la palabra podría haber dicho «en la luna»—. Él había ido allí para una entrevista de trabajo. Geoff es el eterno estudiante.

—¿Y?

—Bueno —dice—, el caso es que Geoff no recuerda cómo surgió o cómo llegaron a ello, pero uno de los tipos con los que estuvo hablando se mostró muy interesado. Le dijo que era escritor. Y, bueno, Geoff siempre dice que le gustaría escribir un libro algún día. Así que le dio conversación al tipo. Le contó lo que sabía, que no era mucho. Y después se olvidó de ello. Hasta que...

McAvoy tose. De repente siente un hambre atroz. Le apetece tomar algo dulce.

—¿Hasta que...?

—Hasta que hace un par de días entró en la página web del *Hull Mail*. El día que le llamé a usted. Y vio la foto del hombre que había sido acusado del crimen. Ese Chandler, el escritor. Y...

—¿...y es el mismo hombre?

De nuevo se hace el silencio, pero McAvoy puede oír el gesto de asentimiento.

No dice nada por un instante y luego anota los datos de Geoff. Le dice que ha hecho muy bien en llamarlo. Que enviará un oficial para que tome declaración formal al novio de su hermana y que tal vez llamarán al joven para que asista a una rueda de reconocimiento. Durante un rato piensa en las dificultades que entraña reunir una fila de borrachos con una sola pierna.

Cuando cuelga, ve fugazmente su propio reflejo en los cristales oscuros de las puertas de la sección de maternidad.

Se da cuenta de que sonríe.

Ahora todo empieza a entenderse.

El caso de Colin Ray está esperando que alguien le dé un buen pisotón y él sabe exactamente por dónde empezar.

Coge el teléfono de nuevo. Llama al despacho del CID en Priory Road, donde sabe que no habrá nadie que conteste la llamada. Deja un mensaje para explicar que Roisin ha estado enferma. Que no ha podido separarse de su cama para llamar a la oficina. Que no va a ir por allí al menos hasta después de las Navidades.

Cuelga, casi sin aliento.

Está borrando sus huellas. A nadie en el despacho del CID se le ocurrirá comprobar la fecha y la hora del mensaje. Se limitarán a tomar nota y luego se acordarán de pasarlo a los jefes. Si alguna vez alguien investiga, tendrá cubiertas las espaldas.

Y así ha conseguido unos cuantos días para averiguar quién mató en realidad a Daphne Cotton.

Se lleva el teléfono a la mejilla. Marca el número que una voz tenue acaba de dejar en su contestador.

Al tercer toque responden.

–Residencia Bassenthwaite.

McAvoy se pasa la mano por el rostro y descubre con sorpresa que está sudando. Se pregunta si no será una idea descabellada. Si este centro médico privado al borde de los montes Peninos podría tener algo que ver con todo esto. Si Anne Montrose importa. Si ella podría ser la siguiente. Si está completamente equivocado y Russ Chandler es de verdad el autor de esas muertes.

–Hola. Soy el sargento detective Aector McA...

Le responden con el típico y alegre «hola» de quien está acostumbrado a oír de todo.

–Le llamo en relación con una de sus pacientes. Su nombre es Anne Montrose. Creo que está en el pabellón de neurología siguiendo un tratamiento de larga duración.

Al otro lado de la línea se hace el silencio.

–Un momento, por favor.

Le ponen en espera y se pasa unos cinco minutos largos escuchando un fragmento de música clásica que, si se esforzara, recordaría que pertenece a una de las obras más melancólicas de Debussy.

De pronto, una voz masculina, grave, distinguida, le saluda con un seco «hola». Se presenta como Anthony Gardner. Para indicar el puesto que ocupa pronuncia sin mucha claridad una palabra que podría ser «comunicación».

–Señor Gardner, sí. Se trata de Anne Montrose. Según mis informaciones, es una de sus pacientes.

Tras una breve pausa, Gardner carraspea.

–Sabe que no puedo hablar de eso, detective.

–Entiendo sus obligaciones con sus pacientes, señor, pero cabe la posibilidad de que la señorita Montrose esté en peligro. Si pudiera hablar con algún miembro de su familia sería de gran ayuda para una investigación por asesinato en curso.

–¿Asesinato?

La voz de Gardner pierde su compostura. McAvoy encuentra un placer malsano

en advertir que, incluso en estos tiempos, la palabra aún conserva su capacidad de asombrar.

–Sí. Es posible que haya leído algo sobre el caso. Una muchacha fue asesinada en la iglesia de la Santísima Trinidad de Hull el pasado sábado. Y la persona que lo hizo podría ser responsable de otros asesinatos...

–Pero estoy seguro de haber leído que alguien ha sido acusado del crimen –dice. McAvoy oye el revelador golpeteo de unos dedos sobre un teclado. Se pregunta si el responsable del hospital estará conectándose a un portal de noticias.

–Todavía hay algunos cabos sueltos, señor –dice McAvoy, como si quisiera transmitir un presagio realmente siniestro.

Gardner no responde y McAvoy decide jugar su mejor carta.

–Es posible que también haya leído que una de las víctimas fue quemada viva mientras estaba en una cama de hospital, señor.

Por un instante se hace el silencio. McAvoy supone que Gardner está analizando el coste de no colaborar. Se pregunta si está sopesando la reprimenda que recibiría por desvelar detalles de un paciente sin respetar el protocolo frente a la lluvia de mierda que se le vendría encima si una de sus pacientes en coma fuera inmolada en el fuego.

Por fin, Gardner suspira.

–¿Me puede dejar su número de teléfono, detective? Le llamaré luego.

McAvoy piensa decir no. Y añadir que esperará al teléfono el tiempo necesario mientras Gardner hace lo que tenga que hacer. Pero su estrategia parece funcionar y no quiere presionar demasiado y arriesgarse a fracasar. Todavía no. Así que le da el número y cuelga.

Deambula durante un rato. Manda mensajes de texto a Tom Spink y Trish Pharaoh. Les dice que Roisin está mucho mejor. Que Lilah se cría bien. Pregunta por Helen Tremberg.

Suena el móvil. Anthony Gardner habla en un tono seco y reservado como si estuviera dando la combinación de su caja fuerte, como si temiera que alguien le oyese. Permanece al teléfono menos de veinte segundos, pero da a McAvoy la información que necesita.

McAvoy se regala un pequeño gesto de asentimiento. No dice nada, cuelga e inmediatamente marca otro número.

Salta un buzón de voz.

–Soy el sargento McAvoy. Muchas gracias por todos los datos. Siento que acabáramos mal el otro día, pero agradezco que cambiara de idea. Llevaba razón. Anne Montrose es paciente de ese centro. Y no le sorprenderá saber quién paga las facturas. Creo que en todo esto puede haber una historia. Llámeme si está interesado.

Cuelga. Cuenta hasta veinte. El tiempo suficiente para que Feasby escuche el

mensaje. Lo medite. Suspire y ceda a su instinto de periodista...
El teléfono de McAvoy suena.
-Sargento -dice una voz-. Soy Jonathan Feasby.

Cuarta parte

Capítulo 22

El reloj del salpicadero marca las 13:33 horas. Está oscureciendo. Quizás nunca se hizo de día.

McAvoy está a ciento treinta kilómetros de casa, en algún lugar que según las señales de la carretera es el corazón de la patria de las hermanas Brontë.

En la distancia, los páramos de West Yorkshire parecen augurar un fatal presagio. Aunque los pastos son húmedos y verdes, él solo podría dibujar ese panorama al carboncillo. Es un paisaje amenazador y vacío, azotado por la lluvia, que combate contra un viento constante bajo un cielo color azogue.

El camino tuerce a la izquierda. McAvoy lo sigue.

Dirige el coche a través de unas verjas negras de hierro forjado hasta un sendero de gravilla. La entrada conduce a un amplio patio delantero bordeado de césped, de un verde inmaculado, exuberante por el rocío y la llovizna.

La casa destaca sobre la negrura del cielo. Su aspecto, opulento y a la vez siniestro, muestra el paso de los años de una manera extraña.

–Tómalo con calma –se dice mientras siente un sudor picante deslizándose por su espalda. Le gustaría tener la apariencia de un oficial de policía. Con su camiseta de rugby maloliente, sus vaqueros deshilachados y su abrigo de marca raído, parece más bien un vagabundo que acaba de asaltar una tienda de disfraces.

Vislumbra un movimiento tras él que le hace volverse. Otro coche está aparcando a la entrada.

McAvoy intenta abrocharse el único botón aún cosido a la camisa, pero se rinde al quedarse con él en la mano.

Se acerca al otro vehículo, que está ocupado por dos hombres. Uno debe de andar por los cincuenta. Tiene el pelo cano y los rasgos afilados, como un halcón. El otro es más joven. Corpulento, con el pelo cortado al rape como un soldado.

Se vuelve cuando oye un ruido procedente de la casa.

Una mujer de mediana edad y curvas pronunciadas, vestida con un traje caro, un impermeable negro y unas botas de piel, asoma por la gran puerta doble de madera de roble situada bajo el pórtico de granito en la fachada de la casa. Su pelo es rubio, tirando a gris, con un corte a lo *garçon* a capas. Tiene un aspecto imponente, aunque la flacidez de su rostro sugiere una belleza venida a menos; si se le pudiera estirar con fuerza desde el cuero cabelludo, volvería a resultar jovial y apetecible.

El hombre mayor se aproxima desde el lado del conductor. Viste pantalones vaqueros, una camisa rosa cara y una chaqueta de espiguilla de lana bajo un abrigo

acolchado. Lleva un par de gafas colgadas al cuello con una cadenilla y tiene el rostro tan rasurado que la piel parece estar en carne viva y dolorosamente raspada.

Alarga una mano al acercarse y un reloj de oro reluce en su muñeca. Saca un poco la mandíbula como para decir hola.

–¿Es usted McAvoy?

–Sargento detective Aector McAvoy, de la Unidad de Delitos Graves y Crimen Organizado de la Policía de Humberside. Usted es el teniente coronel Montague Emms, supongo.

El hombre esboza una sonrisa.

–Ya no –dice–. Al menos, no el grado. Sigo siendo Montague Emms, pero odio ese nombre, así que llámeme Sparky. Todo el mundo lo hace. Hasta este chico, Armstrong.

Emms extiende la mano. McAvoy estrecha una palma y unos dedos ásperos y encallecidos. Roza sutilmente el dorso de la mano con el pulgar y nota una fila de nudillos rotos y recompuestos con escasa pericia.

Emms hace un gesto en dirección a la casa.

–¿Entramos?

La mujer de la entrada se retira al interior mientras se aproximan. Emms gesticula como si hubiera olvidado algo obvio y se vuelve hacia el soldado.

–Coge tus cosas, hijo. Los muchachos vendrán pronto para indicarte dónde vas. Hay un granero y unos establos en aquel sendero a la izquierda, por si quieres guarecerte del frío.

Se gira de nuevo hacia McAvoy antes de que Armstrong pueda realizar el saludo militar.

–¿Un nuevo recluta? –pregunta McAvoy mientras cruzan las puertas.

–Posiblemente –dice Emms, que, de cerca, es más alto de lo McAvoy imaginaba. Camina muy erguido, con pasos firmes y seguros.

–Un lugar encantador –dice McAvoy en tono familiar cuando se detienen en el vestíbulo. Unos pasos más adelante, la mujer abre una puerta de madera empotrada en una pared revestida con paneles de roble. Sonríe a los dos hombres, empuja la puerta hasta el final y después retrocede.

–Creo que vamos a mi estudio –dice Emms en voz baja–. Por cierto, es mi mujer. Ellen. Se encarga de cuidarme. No sé qué sería de mí sin ella.

–Yo también tengo una así –dice McAvoy sin poder evitarlo.

–Una buena mujer vale su peso en oro –dice Emms, y los dos intercambian una mirada que indica que comparten una sabiduría y un lugar común que muchos otros hombres no conocen. McAvoy encuentra agradable a este hombre.

–Bien, voy a preparar un poco de té. Póngase cómodo y volveré en un segundo. Porque toma té, ¿verdad? No me pega que usted sea bebedor de café.

–¿Se trata de un estereotipo racial, señor? –pregunta McAvoy con una amplia

sonrisa para dejar claro que está bromeando.

–¡Ja! –exclama Emms echando la cabeza hacia atrás.

Emms sigue riendo mientras se aleja a grandes pasos y tuerce a la izquierda al llegar a una puerta frente al estudio, dejando el rastro embarrado de las huellas de las botas sobre el suelo de tarima.

McAvoy tiene que inclinar la cabeza ligeramente para entrar en el estudio. La casa debe de tener al menos trescientos años y sabe por experiencia que entonces las puertas se hacían para gente más baja.

Se trata de una habitación rectangular, modesta, con una gran ventana de guillotina que ocupa casi toda la pared del fondo. Hay dos ordenadores y tres teléfonos sobre un escritorio antiguo, plagado de documentos impresos y de lo que parecen ser proyectos de arquitectura doblados de cualquier modo.

Sobre el escritorio, en un marco dorado muy recargado, hay un dibujo a pluma. McAvoy tiene que entornar los ojos para ver qué es. ¿Una cara o una figura? ¿Un paisaje? Parece haber sido garabateado y emborronado, pero al observarlo de cerca ve que cada línea ha sido grabada de manera individual. Es una sorprendente obra de inesperada belleza que McAvoy desearía comprender mejor.

La luz que entra por la ventana es insuficiente para iluminar la habitación, por lo que McAvoy estira el brazo y acciona un interruptor de metal antiguo. La bombilla parpadea y se enciende.

McAvoy descubre toda una pared llena de fotografías. Unos tableros de corcho sujetos con clavos contienen numerosas instantáneas de hombres sonrientes realizando faenas militares. McAvoy examina las imágenes. Debe de haber cientos de hombres. Sentados en tanques. Con los pulgares hacia arriba, en señal de aprobación, sobre pistas de aterrizaje polvorientas y abrasadas por el sol. Cargados con mochilas y fusiles, cascos y equipos de radio, repanchigados en la parte trasera de Jeeps con el techo al descubierto o desnudos hasta la cintura y sudorosos por el intenso esfuerzo, con un balón de fútbol entre las piernas y arena en las botas. Algunas imágenes deben de tener treinta años. En algunas, los bigotes de los oficiales y la escasa calidad y el grano grueso de las imágenes le recuerdan secuencias de la guerra de las Malvinas. Habría querido investigar mejor la carrera militar de Emms antes de pedirle a Feasby que organizara este encuentro. También le gustaría saber qué diablos está haciendo aquí.

–Ah, mi muro de la vergüenza –dice Emms, y McAvoy se gira al verle aparecer por la puerta con dos tazas de té en las manos. No sabe por qué, pero esperaba una tetera en una bandeja, colocada entre tazas y platillos elegantes. En lugar de eso, Emms le alarga una taza con el logo de una compañía: Magellan Strategies.

–Estaba admirando...

–Sí, sí –dice Emms, con tono alegre–, esos son los muchachos y las muchachas que sirvieron bajo mi mando. A decir verdad, muchachos en su mayor parte. Y no

están todos. Aunque hay tantos como pude encontrar. Ellen piensa que estoy tonto. Dice que ahí debería tener las fotos de los nietos, pero no tengo el valor suficiente para quitarlos.

–La debe usted echar de menos.

–¿La vida militar? Sí y no. Serví veintiocho años. Suficiente para satisfacer cualquier aspiración. Y aún sigo en el escenario, como si dijéramos. Aún tengo un montón de cosas de las que ocuparme.

–Creó la compañía cuando se licenció, ¿verdad?

–Por esas fechas. Establecí los contactos adecuados mientras se acercaba el momento del retiro, por así decirlo. Y las cosas salieron bien. Y no solo para mí, ya me entiende. Al principio tenía socios. Ahora que estamos asentados somos una junta directiva. Todo muy apropiado y en regla. No creo ni que me necesiten ya. Tengo un cargo honorario y todavía me piden que lubrique algunos engranajes, aunque no nos va nada mal.

–Pero aún sigue dedicado al reclutamiento, ¿verdad? –pregunta McAvoy haciendo un gesto hacia la puerta, donde se imagina a Armstrong en posición de firmes, mientras la fina lluvia que comienza a deslizarse por el cristal de la ventana le cala hasta los huesos.

–Oh, es el hijo de un viejo amigo –dice Emms dejándose caer en el sillón y dando un sorbo a su té–. No logró hacerse a la vida en el ejército regular. Algunos no lo consiguen. Perdió a un par de compañeros en su primera misión. Insurgentes. Abrieron fuego mientras él y dos colegas repartían caramelos a un grupo de chavales. Armstrong salió corriendo. Sus compañeros no pudieron. Había un vídeo en Internet que mostraba lo que les ocurrió. Armstrong salió ileso, pero le afectó. La inutilidad de todo eso, ¿me entiende? Yo mismo jamás lograré entenderlo, y eso que nosotros nos ganamos la vida como expertos en esos lugares. Conseguí que lo licenciaran y vamos a ponerlo a prueba. Este fin de semana tenemos aquí a nuestro director adjunto de reclutamiento con un par de muchachos nuevos. Ahora mismo están por ahí corriendo para entrenarse.

–No dejó que Armstrong entrara en la casa –dice McAvoy, apartando la vista de las fotografías para mirar fijamente a Emms.

–Si su mujer se pareciera a la mía, ¿llenaría usted su casa de soldados?

Emms lo dice con una sonrisa, pero McAvoy se da cuenta de que habla en serio.

–Buen argumento –dice.

Tras una pausa, Emms se encoge de hombros y parece dispuesto a entrar en materia.

–Bueno –dice mientras McAvoy toma asiento en la silla de madera–, usted quería hablar de Anne.

McAvoy aparta la mirada del rostro de este señor mayor, amigable y atento. De pronto, la insensatez de todo le asalta como si recibiera un puñetazo. Quiere ser

capaz de decirle algo que tenga fundamento. Algo que justifique el tiempo de este hombre. Que justifique su propia decisión de conducir hasta el quinto pino.

–Señor Emms...

–Sparky –le corrige.

–Ese nombre... –dice, agradecido por la corrección.

–En pocas palabras, cuando era un joven oficial aparecí una noche con un bonito artilugio para ganar tiempo antes de salir y decidí secarme el pelo mientras estaba en el baño. Un día, el maldito secador se me cayó al agua. Estuve bailando durante cinco minutos como un condenado pez en tierra firme hasta que un colega desconectó el cacharro. Casi me aso. Desde entonces he sido Sparky.

McAvoy respira hondo, sobrecogido e impresionado.

–¡Qué angustia!

Comienza su explicación de nuevo.

–Bien, como seguramente le habrá dicho el señor Feasby cuando llamó, estoy investigando la muerte de Daphne Cotton. ¿Conoce el caso?

–Un asunto feo –responde Emms cerrando los ojos–. Pobre chica.

–Sí.

McAvoy hace una pausa. Decide derrochar sinceridad.

–Yo estaba allí cuando ocurrió. Oí los gritos. Llegué un minuto tarde. El hombre que lo hizo me derribó de un golpe.

Emms se limita a asentir. Sus ojos hablan por sí solos.

–Como consecuencia de ese crimen, he estado investigando diversos incidentes. No relacionados de manera obvia, pero con una conexión que merece ser analizada.

–¿Ah, sí?

Emms parece interesado.

–La relación entre las víctimas es su supervivencia –dice McAvoy–. Sobrevivieron a un incidente que acabó con la vida de todos los demás. Un antiguo pescador de un barco de arrastre, que logró llegar a casa vivo cuando treinta y tantos compañeros se ahogaron, fue hallado muerto en un bote salvavidas cerca de las costas islandesas hace poco más de una semana. Un sujeto que prendió fuego a su propia casa y mató a su familia fue quemado vivo en una habitación del hospital Hull Royal. Una mujer que estuvo a punto de ser acuchillada por un asesino en serie fue atacada en Grimsby exactamente del mismo modo.

McAvoy deja caer la cabeza entre las manos.

–No quiero que Anne Montrose sea otra víctima.

Emms permanece en silencio durante un rato. Da otro sorbo al té. Mira sus fotografías y después asiente.

–Ya veo adónde quiere ir a parar. Pero me parece haber oído que habían detenido a alguien por eso, ¿no? Un escritor. Cabreado con el mundo y no sé qué más.

–Sí, han acusado a Russ Chandler.

Una sonrisa leve cruza el rostro de Emms.

–Pero usted no está convencido.

–Creo que aún hay otras vías que deben ser exploradas.

–Apuesto a que se hará usted famoso.

–No me interesa en absoluto hacerme famoso. Quiero asegurarme de que se mete entre rejas a la persona correcta. De que nadie más resulta herido.

–Eso es muy loable –dice Emms–. ¿Y por qué Anne?

–Ella es solo una de las víctimas posibles –dice McAvoy, dirigiendo la mirada hacia el cristal mientras el paisaje se oscurece y la lluvia comienza a ondear como el velamen suelto de una embarcación–. Aunque creo que encaja. No sé cómo las está eligiendo. No sé por qué lo está haciendo. Pero...

–Pero...

McAvoy aprieta los puños mientras traslada a ese personaje prácticamente desconocido el único pensamiento que le hace ser mejor policía que el resto de sus compañeros.

–Pero si lo estuviera haciendo yo, ella sería la siguiente.

–Es usted un actor del Método, ¿verdad?

–¿Cómo?

–Ya sabe. De Niro y Al Pacino. Ponerse en la mente del personaje. Vivir como él. Pensar como él. Meterse en su cabeza y todo eso.

–No sé si yo...

–Tiene sentido –dice Emms–. Bueno, al menos creo que puedo tranquilizarle.

–¿Perdón?

–Anne Montrose. Si usted está en lo cierto, ese canalla va a por gente que realmente sobrevivió. Que engañó a la muerte, o como usted prefiera decirlo. Pero Anne no lo hizo. Anne nunca se ha despertado. Lleva en coma desde que ocurrió. No es una superviviente. Simplemente aún tiene pulso.

McAvoy asiente y se frota la cara con las manos. Se da cuenta de que necesita un afeitado.

–¿Podría usted al menos ponerme en antecedentes? ¿Qué ocurrió? ¿Cuál es su relación con ella? ¿Por qué le mandan a usted las facturas?

Emms coge las gafas que lleva colgadas al cuello y se las pone. Examina a McAvoy con la mirada de un coleccionista.

–Apenas conocía a Anne –dice encogiéndose de hombros–. Era una mujer agradable, según me han dicho. Amaba a los niños. Un encanto de persona. No quiso escapar cuando eso era lo sensato. Pensó que podía hacer el bien. En el lugar erróneo y en el momento equivocado. Organizó un viaje para la escuela en la que prestaba ayuda y el autobús saltó por los aires en cuanto el conductor giró la llave.

Anne todavía estaba con la puerta abierta despidiéndose de otros profesores. La explosión la lanzó hacia fuera pero se golpeó la cabeza. Nunca despertó.

–Pero ¿por qué usted? ¿Por qué se implicó su compañía?

Emms suelta un largo y sostenido suspiro, que en sus labios húmedos se convierte en un sonido parecido a una pedorreta. Se pone en pie y cruza hasta la pared de las fotografías. Coge una situada en la esquina superior derecha del tablero.

–Él –dice, mostrando la foto a McAvoy.

McAvoy observa la imagen de dos hombres sonrientes. Uno está desnudo hasta la cintura, con el sudor grasiento de un boxeador en el torso, y con un brazo fornido rodea el cuello de un hombre alto y delgado en traje de faena. McAvoy entorna los ojos y se vuelve hacia Emms.

–¿Este es usted?

Emms asiente.

–Una versión más joven de mí. En los Balcanes. En el noventa y cinco, quizás. Debería poner fecha a estas fotos.

–¿Y el otro hombre?

–Simeon Gibbons. Comandante cuando lo licenciaron. Formado como capellán, aunque estuvo en la primera línea del frente.

McAvoy le mira con expectación.

Emms le guiña un ojo.

–El prometido de Anne Montrose.

–¿Y su relación con el comandante Gibbons?

Emms esboza una sonrisa triste.

–Digamos que éramos compañeros de armas. Era mi mejor oficial. Mi mejor amigo, si es que tal cosa existe. Quise que participara en el negocio de seguridad conmigo, pero tuvimos opiniones diferentes sobre el asunto. Digamos que fue un conflicto de ideales. Me dijo que no estaba dispuesto a ser un mercenario. Le contesté que estábamos ayudando a la gente. Construyendo algo especial. Salvando vidas. Dijo que eso Anne lo haría gratis. Fue una discusión que ninguno de los dos podía ganar. De modo que él siguió en el ejército y yo creé Magellan.

–¿Y Anne?

–La conoció en algún agujero de Iraq olvidado de la mano de Dios. Se enamoró perdidamente. Simeon no es el tipo de hombre al que le ocurren esas cosas. Es más bien contenido. No exterioriza demasiado. Tiene sus creencias y no está dispuesto a cambiarlas. Un hombre cristiano. Se enamoró de Anne como no puede usted imaginarse.

–Entonces, cuando se produjo la explosión...

Emms se encoge de hombros.

–Me enteré por otro viejo amigo. Pensé que lo menos que podía hacer por un

antiguo compañero era mantener a la prensa al margen. Fue fácil, para ser sincero. No espere que me sienta mal por pagar a un periodista y luego despedirlo, sargento.

McAvoy niega con la cabeza.

–No. Le entiendo perfectamente.

–Gibbo perdió la cabeza por aquello. No pudo aceptarlo. Es difícil de explicar a personas que nunca han estado allí. En la guerra, quiero decir. Bajo el sol. En un lugar remoto. Empiezas a cuestionarte todo. A ver el mundo de modo diferente. La gente encuentra la religión. O la pierde. Es algo que le ocurre a los mejores. Cuando Simeon perdió a Anne, se quedó destrozado. No sé cómo llenó el vacío. No quiso hablar con sus viejos colegas. No quiso volver a casa. Ni siquiera cuando conseguí traerla en avión al Reino Unido, cuando la ingresé en una clínica privada y le puse asistencia médica veinticuatro horas al día...

Emms baja la vista y mira la fotografía que tiene en su regazo. Contempla la cara de un viejo amigo que perdió la cabeza cuando se le rompió el corazón.

–¿Lo licenciaron?

–No tuvo oportunidad –dice Emms levantando la mirada–. Un trozo de metal de una bomba que estalló al borde de la carretera le atravesó la garganta poco después. Se desangró hasta la muerte en una carretera de Basora. Para empezar, nunca deberían haberlo aceptado para el servicio activo.

–Lo siento.

–Fue una pena. Un hombre tan estupendo.

Estira el brazo hacia atrás. Coge del escritorio el dibujo a pluma. Lo levanta para que McAvoy lo vea.

–Y con talento.

Libera el enganche del marco y saca una cartulina cara de color crema. Está firmada por detrás. Emms entrecierra los ojos mientras lo observa y McAvoy se siente de pronto fuera de lugar, como un intruso.

–Lo siento.

–Sí, ya lo sé.

El silencio se instala en la pequeña habitación. Es solo media tarde pero la oscuridad se desliza por el suelo como si fuera una persiana.

–¿Y todavía paga sus facturas?

–¿Usted no lo haría?

McAvoy no necesita pensar en ello. Sabe que se arruinaría por ayudar a un extraño.

–Pondré a dos de los chicos de guardia junto al lecho de Anne. Solo para estar seguros. Llámeme cuando crea que todo esto ha acabado.

Para romper el ambiente de tristeza que ha invadido la habitación, Emms se gira hacia la ventana.

–Nunca para –dice.

–¿Perdón?

–La lluvia. Compré esta casa para Ellen. Siempre quiso ser la señora de una mansión. Creció leyendo a las hermanas Brontë e imaginándose a Heathcliff. Tenía esa noción romántica de los páramos batidos por el viento y las colinas azotadas por la lluvia. Y ahora los tiene. Algo totalmente deprimente, en mi opinión. Lo próximo que quiere es un caballo. Se figura que va a encontrar a un tipo moreno con pantalones de montar por alguna colina. Tiene una mente encantadora para estas cosas.

McAvoy sonrío y disfruta de la sensación.

–Mi Roisin también es así. Tiene la cabeza llena de imágenes hermosas.

–Difícil estar a la altura, ¿verdad?

McAvoy asiente, y ambos hombres comparten un sentimiento que tiene un asombroso parecido con la amistad.

–Armstrong estará tiritando de frío –dice McAvoy.

–Ha pasado por cosas peores. Le vamos a hacer trabajar duro, pero si lo hace bien ganará un buen dinero.

–¿Y usted cree que su mente está sana? ¿Después de lo ocurrido?

–No estará en la línea de fuego, por así decir. Supervisará uno de nuestros contratos de mercancías. Asistirá a reuniones. Sus fuertes músculos proporcionarán un poco de confianza a los contratistas. Una vez que se haga con la gente, disfrutará de las bromas. En lugares como esos lo que importa son los compañeros.

Tal como lo dice, McAvoy capta un deseo de algo que él reconoce. Quizás mejor que nadie, comprende la necesidad de que le digan que ha hecho lo correcto.

Capítulo 23

La nieve que cayó en Grimsby a comienzos de semana se ha derretido. De algún modo, parece haberse esforzado por dejar las calles limpias tras su marcha, y la ciudad tiene la apariencia de haber sido restregada a conciencia, lo que recuerda a McAvoy la imagen de un perro, parpadeante y desconcertado, al salir de un baño en el que entró de mala gana.

El aire de la tarde está impregnado de una lluvia capaz de calar a un hombre hasta los huesos antes de que se dé cuenta de que debe ponerse un abrigo.

McAvoy no esperaba regresar aquí tan pronto. No a la calle donde recientemente había luchado con un asesino y salvado una vida.

Quizás para ahorrarle la imagen de esa lucha sangrienta y dolorosa, o quizás solo para ocultar su apreciado vehículo en algún lugar más protegido, Pharaoh aparca su deportivo a varias calles de distancia de The Bear.

–Anítese –dice ella abriendo la puerta y dejando que el coche se llene de una ráfaga de aire frío y grasiento–, vamos con gastos pagados.

McAvoy se sube el cuello mientras logra salir con dificultad del pequeño biplaza. La cabeza le da vueltas.

De pronto, como deseaba desde el principio, la investigación va por buen camino.

Se centra en el aluvión de información con que Pharaoh le ha llenado los oídos durante el viaje de media hora desde Hull.

–Hablan un inglés bastante bueno –dice impresionada–. Gente muy respetuosa. Querían ayudar de verdad. Da gusto.

De repente se ha convertido en una admiradora de la policía estatal islandesa, después de haber pasado quince agradables minutos con un par de policías de una comisaría rural, completamente embelesados, a los que había alimentado el ego y explicado que su información podía contribuir a atrapar a un asesino en serie.

Estaban encantados de ayudar. Y la información que habían proporcionado iba a poner a Colin Ray de muy mal humor.

Uno de los contenedores del carguero fletado para grabar el documental de Fred Stein había sido manipulado. Después de que el barco atracase y la desaparición de Stein fuese denunciada, dos agentes de la comisaría de policía de una pequeña localidad habían interrogado al capitán y al primer oficial. Habían hecho fotografías del camarote de Fred Stein. Habían interrogado al equipo de televisión y solicitado copias de sus grabaciones. Y habían echado un vistazo a la cubierta de carga. Hasta para sus ojos algo inexpertos, era evidente que uno de los

contenedores situado en la parte inferior no estaba en las mismas condiciones que los que había apilados encima y a su alrededor. En la puerta de metal había un agujero irregular de poco más de un metro por noventa centímetros. Examinaron el interior a la luz de una linterna y comprobaron que solo había un saco de dormir sucio y tres botellas de agua vacías. Volvieron a interrogar al capitán. Le preguntaron qué podía haber causado ese daño en la puerta. Si creía, como pensaban ellos, que había sido hecho con un soplete. El capitán se había encogido de hombros y comentado que los polizones eran un problema. En uno de los laterales del contenedor había un número de serie al que Tom Spink había seguido el rastro hasta dar con una empresa de transporte con base en Southampton. La mujer que contestó al teléfono en la oficina del transportista era la misma persona que poco más de una semana antes había recibido el encargo de reservar la travesía del contenedor.

–A veces es solo cuestión de ir uniendo los puntos hasta que aparece el dibujo – dice Pharaoh mientras comienzan a avanzar por Freeman Street, muy cerca uno del otro para hacerse pasar por una pareja algo desigual–. A veces se trata solo de suerte. Es así de sencillo.

La mujer de la empresa de transporte recordaba la reserva. Había sido hecha por un hombre al que conocía bien. Solía manejar la plataforma hidráulica de los muelles de Southampton que cargaba los contenedores en los cargueros. Había perdido un brazo cuando una pila se vino abajo por los fuertes vientos y una carga que habría matado a cualquier otra persona lo aplastó. Lo último que sabía de él era que se había trasladado al norte. Se alegró de volver a tener noticias suyas. Al parecer, estaba trabajando de estibador en algún punto del estuario del Humber. Les habían pedido referencias sobre él y ellos las habían dado gustosos. Cuando la saludó por teléfono y reservó la travesía del contenedor le dio la impresión de que le iba bien. De manera extraña, había insistido en que el contenedor fuera apilado debajo. Ella lo atribuyó a una rareza provocada por su accidente. Aunque quizás no había entendido con claridad lo que había dicho. A veces era difícil, debido a su marcado acento ruso...

Pharaoh hace un gesto al ver las puertas abiertas de un oscuro bar pasado de moda que ocupa el espacio de tres tiendas en una pequeña galería comercial aneja a la calle principal.

Un guarda de seguridad, con una taza de té en la mano y el cable de un auricular colgando hasta perderse por un grueso cuello de toro, se apoya distraídamente contra la pared de ladrillo de la fachada. Se fija en los pechos de Pharaoh, claramente visibles pese a la cazadora de cuero, y luego centra su atención en McAvoy. Parece estirarse con disimulo, como si de pronto se diera cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tiene ante sí un hombre más corpulento.

–Buenas noches –dice–. Faltan quince minutos para las últimas consumiciones,

así que más vale que beban rápido.

Pharaoh se mete la mano en el escote y saca su placa de identificación.

–Joder –dice el gorila con un suspiro.

–No pasa nada –dice apoyando la mano en su brazo–. Necesito hablar con alguien que viene por aquí a beber. Y creo que a usted, un tipo fornido que lleva la palabra «protector» escrita en el rostro, le va a encantar ayudarme. Sé que desea ahorrarme la molestia de recorrer las calles en una noche como esta.

El gorila frunce el ceño, pero es un gesto simbólico. Parece interesado en congraciarse con Pharaoh.

–¿Quién es?

–Un tipo ruso –dice acercándose a él de tal modo que a McAvoy no le cabe la menor duda de que el gorila puede oler perfectamente su perfume y sentir cómo el calor de su cuerpo atraviesa su chaqueta y su voluntad–. Con un solo brazo.

El portero alza las cejas.

–¿Se refiere a Zorro?

–¿Cómo?

–Se fue de pesca con algunos colegas en un barco –dice a modo de explicación–. Cuando estaba lanzando el sedal el viento le zarandeó la caña. Fue como si trazara un montón de zetas en el aire. Como el Zorro, ¿me entiende?

–¿Dónde podría encontrarlo en una fría noche de invierno en Freeman Street?

–Estuvo aquí antes –dice el gorila encogiéndose de hombros–. Se marchó sobre las ocho con un par de amigos. Creo que iban hacia Top Town.

–¿Y por dónde me sugiere que empiece a buscar?

El gorila la mira de nuevo. Sopesa sus opciones y decide que no perjudica en nada a ese conocido suyo al ofrecer un poco de información a cambio de las atenciones de esta mujer madura de hermosas curvas y realmente sexy.

–Vive sobre el salón de bronceado de Riby Square –dice haciendo un gesto en dirección a la calle por la que acaban de llegar–. Pero creo que no volverá hasta tarde.

–¿Y si quisiera localizarlo ahora?

El gorila sonrío y Pharaoh le aguanta la mirada.

–Podría telefonarle.

Pharaoh esboza una sonrisa, se empina y le da un beso en la mejilla, como si fuera un buen chaval que acaba de dibujar un perro que parece muy real. Él le sonrío de un modo bobalicón, más infantil que libidinoso, y después trata de enmendar el gesto lanzándole una mirada lasciva.

–La gente puede llegar a ser tan amable... –dice dirigiéndose a McAvoy antes de colgarse de su brazo–. Vamos. Invíteme a una copa.

Pharaoh casi ha acabado su segunda ronda de vodka y cocacola *light*.

Están sentados en una mesa redonda de color caoba. Para McAvoy, el pub resulta grotesco; un verdadero pastiche. Un espejo roto lanza mugrientos destellos desde detrás de una barra alargada rematada en forma de ángulo y llena de licores marca de la casa y cerveza barata.

–Me lleva usted a los sitios más elegantes –dice Pharaoh apurando su vaso. Después añade–: Ahí lo tenemos.

McAvoy levanta la vista y ve que el gorila señala a un hombre alto y enjuto, de facciones anchas, claramente del este de Europa, con una cazadora de cuero y una manga vacía. Se acerca a ellos sin demasiado entusiasmo.

–¿Algirdas? –pregunta Pharaoh–. Los amigos le llaman «Zorro», ¿verdad?

–Sí –responde, y dirige la mirada a McAvoy–. ¿Yo verle antes?

McAvoy asiente.

–Usted estaba en la calle. Se acercó a hablarme.

El ruso entorna los ojos como si intentara recordar.

–¿Usted policía que mis amigos golpearon? –dice echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada–. La cagaron, ¿eh?

–Sí –responde McAvoy.

–Fue terrible –dice Algirdas moviendo la cabeza–. Conozco a Angie. Una buena mujer. Solitaria, me parece. Era mi amiga.

–No está muerta –dice McAvoy antes de que Pharaoh pueda hablar.

–No, no. Pero no ser la misma.

Piensan sobre esto durante un instante. Se preguntan cómo será la persona que salga del hospital. Durante cuántos años vivirá Angie temerosa de que otro hombre acabe la faena antes de que el alcohol y los cigarrillos le procuren un bendito alivio.

Pharaoh toma el relevo. Le mira fijamente con ojos tiernos y, cuando él apoya la mano en la mesa, le da un golpecito en el dorso pálido y lleno de manchas, con un tatuaje indescifrable que cubre los dedos y los nudillos huesudos.

–Espero que le parezca bien que hayamos venido de este modo –dice con una sonrisa–. Hay montones de cosas que podríamos estar haciendo esta noche, pero cuando el sargento me habló de usted, las dejé todas al instante.

Algirdas cierra un ojo, como intentando enfocar mejor, y luego vuelve la cabeza en dirección a McAvoy.

–¿Chandler? –pregunta, y retira la mano para palpar esa parte de su chaqueta donde el brazo acaba en un muñón.

Pharaoh asiente. McAvoy permanece sentado sin moverse.

–¿Lo conoce?

Algirdas mira a su alrededor otra vez y Pharaoh se dirige hacia la barra. Mantiene una ligera conversación con el barman –dejándole bien claro que la campana para pedir las últimas consumiciones aún no ha sonado– y regresa a la

mesa con una pinta de cerveza amarga y un vodka doble para el ruso, otra pinta para McAvoy y una bolsa de cortezas de cerdo para ella.

Abre la bolsa y se pone a comer cortezas, sin apartar los ojos de Algirdas mientras este da un trago a su pinta. Acto seguido, se bebe el vodka de golpe, se lleva la manga a la boca y aspira a través de ella.

Pharaoh mira a McAvoy con picardía, como preguntándole qué está haciendo.

–Aumenta el efecto –dice McAvoy–. Una costumbre rusa.

–Que le jodan –dice Algirdas, en tono familiar–. Soy lituano.

–Que te jodan a ti, amigo. Soy policía.

Permanecen sentados en silencio durante un rato, sin dejar de mirarse el uno al otro.

–¿Sabía usted que Russ Chandler ha sido interrogado en relación con dos asesinatos? –pregunta Pharaoh mientras el barman arroja botellas vacías en un cubo de plástico–. Es probable que ya le hayan acusado de cometerlos.

Algirdas se yergue en la silla como si le hubieran dado un empujón en el pecho. Está completamente estirado y se aprieta el muñón con la mano de un modo que resulta casi doloroso.

–¿Asesinato? ¿Qué asesinato?

–El de una joven llamada Daphne Cotton –dice McAvoy con calma–. Y el de un hombre llamado Trevor Jefferson. ¿Le dicen algo esos nombres?

Algirdas da un largo trago a su cerveza. Se palpa los bolsillos y saca una petaca y unos papelillos. Hábilmente, con una sola mano, se pone a liar varios cigarrillos. Se lleva uno a la boca.

–No está permitido fumar dentro de los bares –dice McAvoy y, con una rapidez que a él mismo le asombra, alarga el brazo y le quita el cigarrillo de la boca.

–Chandler –repite.

Algirdas mira a Pharaoh. Parece perder los nervios.

–Barry. El portero. Me dice que la policía quiere verme y yo vengo. Habla de una señora atractiva, con grandes tetas. Yo respondo: no hay problema. Y vengo aquí. Hablo con ustedes. Pienso que es por Angie. Quizás declaración de testigo, ¿no? Pero no Chandler. No asesinato.

–Usted fue quien mencionó su nombre cuando nos vimos –dice McAvoy, desenrollando lentamente el cigarrillo y esparciendo los restos sobre la superficie húmeda y pegajosa de la mesa–. Usted me oyó hablar por teléfono. Me oyó decir su nombre. Y me preguntó por él. Por eso estamos aquí.

Algirdas se humedece los labios. Se muerde el inferior. Se mete la mano por el interior de la camisa y saca un colgante de metal sujeto a una cadena. Se lo lleva a la boca como si fuera un chupete.

–¿Su santo patrón?

Algirdas resopla.

–Estaba en el cambio de mi primera pinta inglesa –dice–. Por dos peniques. Hace nueve años. En un bar como este.

–Conmover –dice McAvoy, y capta la repentina presión contra su pierna como una señal de Pharaoh para que se contenga.

Algirdas acaba su bebida. Mira a Pharaoh. Parece estar sopesando algo y al final emite un pequeño gruñido de resignación.

–Yo no ilegal –dice–. Tengo papeles. Tengo derecho a estar en Grimsby.

Pharaoh se mete la última corteza en la boca.

–Me importa un carajo todo eso, amigo. Cualquiera que quiera estar en Grimsby debe de estar huyendo de algo horrible. Por lo que a mi respecta, eres bienvenido.

Algirdas asiente como si hubiera tomado una decisión.

–Conozco a Chandler en un bar como este. Southampton, ¿vale? ¿Cinco años? ¿Seis? Bebemos. Hablamos. Escucha mi historia. Él escritor. Gran escritor. Eso dice.

–Él iba a escribir su historia, ¿verdad? ¿A hacerle famoso?

Algirdas da un golpe en la mesa, y es difícil distinguir si está enfadado o emocionado.

–En Lituania, yo cantante. Grabo disco. Gran éxito. No solo en mi país.

Pharaoh parece hacer esfuerzos por no reír.

–Usted en la lista de éxitos lituanos, ¿no?

–En televisión. En la radio. Pósters en el dormitorio. Gran estrella.

–¿De verdad?

–Sí. Yo bueno.

–¿Qué salió mal?

–La puta política. Yo quiero más dinero. Ellos no pagan. Creo que yo soy estrella. Ellos, no. Me marchó. Espero que el teléfono suene. Busco un trabajo real. Pago facturas hasta que todo vaya mejor. Nunca va mejor. Trabajo real se convierte en vida real.

Mira la superficie de la mesa con ojos llenos de amargura y pesar.

–¿Y Chandler?

–Le gusta historia. Dice podría haber libro. Dice podría ser éxito. Contar mi historia. Cómo cantante pop se convierte en trabajador muelles en Southampton. Entonces me daño brazo. Chandler me visita. Dice así libro más real. Más humano, dice. Dice llamar. Organizar entrevista. Hablar editor.

–¿Y llamó?

Algirdas aparta la mirada.

–Empieza escribir otro libro. Siempre escribiendo. Siempre trabajando. A veces bebiendo también. Le gusta bebida.

–¿Y que le trajo a Grimsby?

–Vine por trabajo. Tengo amigo aquí. Ofrecerme trabajo. No muchas

posibilidades para hombre solo un brazo.

McAvoy se pellizca el caballete de la nariz.

–Pero se puso en contacto con usted recientemente, ¿verdad?

Algirdas asiente.

–Llama, quizá hace un mes. Encuentra mi número. Dice tiene libro en mente. No olvidado de mí. Quiere verme.

Cierra la boca, sin estar seguro de si debe continuar. McAvoy desliza en silencio su bebida sobre la mesa y el lituano la agarra con avidez.

–Pero primero...

–Necesita favor para amigo. Amigo va a Islandia. Necesita reserva en barco contenedor. Pregunta si yo poder organizarlo...

–¿Y pudo?

Algirdas se encoge de hombros.

–Muelles lugares muy movidos. Tengo amigos. Conozco sistema.

–¿Y Chandler lo sabía?

–Debía recordar. Yo decirlo. Decir cómo entrar y salir gente fácil. Cómo policía, cómo seguridad no enterarse. Gente ir y venir como quiere.

Pharaoh se vuelve hacia McAvoy, pero él no la mira. Sigue mirando al hombre que, en cualquier momento, va a decirle cómo Fred Stein acabó muerto en un bote salvavidas.

–¿Y usted dijo sí?

–Chandler contar mi historia. Mostrar gente quién era yo.

McAvoy comprende esa necesidad imperiosa de ser reconocido, entiende que un escritorzuelo miserable como Russ Chandler pudiera endulzar los oídos de hombres más fuertes, más capaces.

–¿Qué le pidió que hiciera?

–Amigo de Chandler llamarme. Dice necesitar contenedor cerrado. En fila de abajo. No inspección. No precinto. No en alto de pila. Reservo para él.

–¿Habló con él?

–Llamada breve. Dos minutos. Directa. ¿Conoce esta expresión? Él al grano. Creo que hablar es doloroso para él. Voz sonar como si sentir ahogo...

McAvoy cierra los ojos. Puede oler la sangre y la nieve.

–Yo esperar llamada de Chandler...

–¿Y ha llamado?

–No –dice con voz queda, y luego levanta de pronto la cabeza–. Pero él en cárcel, usted dice. Él no llamarme. ¿Cómo escribir libro ahora? Chandler no asesino. Hombre pequeño. Una pierna. Borracho. ¿Cómo matar a nadie?

McAvoy estalla.

–No lo hizo, estúpido simplón. Y jamás ha escrito un libro. No uno de verdad.

¡No es más que es un miserable fracasado que ha tenido un maldito *best seller* en sus manos!

McAvoy se levanta, se pasa las manos por el pelo, tira la silla al suelo y golpea los vasos. Al verlo en pie, mostrando toda su altura, Algirdas lo mira como si fuera un gigante. Abre y cierra la boca como un pez agonizante. Pharaoh hace ademán de apoyar la mano en el brazo de su sargento, pero él la rechaza y sale del pub echando pestes, sin prestar atención a las miradas y las palabras incomprensibles del gorila.

El aire frío le golpea como una bofetada.

Oye los tacones de Pharaoh sobre la acera mojada. Al darse cuenta de que ella tiene que acelerar el paso para alcanzarlo, acorta el suyo para dejar que sus palabras lo calmen.

–¡McAvoy! –grita–. ¡Hector!

Él se gira, con la cara enrojecida y el pelo húmedo, mientras el sudor le chorrea por la nuca.

–McAvoy, no comprendo...

–No –le espeta–. No comprende.

–Pero todo apunta a Chandler, ¿no? Me refiero a que parece realmente culpable...

–Oh, sí, realmente culpable –dice echando la cabeza hacia atrás para mirar el cielo completamente desprovisto de estrellas–. Culpable de jugar con la gente. Culpable de vivir de la vanidad y los miedos de las personas. Culpable de una enorme cantidad de rabia. ¿Pero de apretar el gatillo? ¿De esconderse en un maldito barco con un soplete y un bote salvavidas? ¿De acuchillar a Daphne en un iglesia repleta de gente? ¿De derribarme dos veces? No, ese no es su estilo.

Siente la mano de Pharaoh sobre su brazo y esta vez no la rechaza.

–Entonces, ¿cuál es su estilo? Dígamelo.

McAvoy resopla. Mira hacia la calle desierta con sus esporádicas constelaciones de luces de neón y rótulos de tienda rotos.

–Él mismo se lo dirá –responde enfadado–. Vamos a ir a verlo.

Pharaoh alza la vista y le mira. Sus pechos suben y bajan por el esfuerzo de la carrera y su cuerpo desprende un olor fuerte que invade la pequeña bolsa de aire que parece contener a ambos.

Él retrocede.

Baja la cabeza y su mente se llena de Daphne Cotton.

De Fred Stein.

De Angie Martindale.

Hasta del maldito Trevor Jefferson.

De pronto se da cuenta de que «bueno» y «malo» no es lo mismo que «correcto» e «incorrecto».

Y sabe que la razón por la cual tiene que atrapar al hombre correcto, que equilibrar la balanza metiendo al asesino correcto en la celda correcta, es la misma por la que no va a permitirse besar a esta mujer impresionante, apasionada y sexy. Porque a alguien tiene que importarle las malditas reglas. Y porque a nadie más le importan una mierda.

Capítulo 24

McAvoy y Pharaoh están a más de sesenta kilómetros de Hull cuando se produce la llamada. A más de sesenta kilómetros de la prisión de Wakefield. A poco menos de una hora de una sala de visitas privada, una mesa, tres sillas y una hora en compañía del único hombre que puede decirle que tiene razón.

Pharaoh, en el asiento del conductor, coge el móvil que tiene entre los muslos y responde con la palabra «Tom». Suelta unos pequeños gruñidos y maldiciones. El rostro se le ensombrece mientras cuelga.

En silencio, haciendo un gesto con la mano para contener las preguntas de McAvoy, se detiene en el arcén.

–Creo que hemos llegado al final –dice Pharaoh.

–¿Cómo? Aún quedan unos cuantos kilómetros...

–Chandler. Ha intentado suicidarse.

McAvoy siente un puñetazo en el estómago.

–¿Qué?

–Tenía una cuchilla de afeitar en su falsa pierna. Nadie le registró. Lo han encontrado en la celda, sangrando por la garganta. Por las muñecas. Por los tobillos. Bueno, el tobillo...

–Sabía que íbamos –dice McAvoy con rotundidad.

–No lo sabía, Hector –responde, y su voz apenas puede oírse por el ruido de los camiones articulados que pasan a unos pocos centímetros a gran velocidad–. Nadie estaba al tanto, cariño. El alcaide nos hacía un favor. Nos arriesgamos. Si su abogado se hubiera enterado...

–Él lo sabía.

–Hector.

–Seguro que lo sabía.

Por un momento se hace el silencio.

McAvoy sabe lo que ella va a decir. Sabe que Pharaoh ha llegado hasta donde ha podido. Que ella, Spink, Tremberg, todos ellos, comenzarán a convencerse de la culpabilidad de Chandler. Que empezarán a hacer lo necesario para asegurar que el caso de Colin Ray permanece irrefutable. Que todos se encargarán de que Chandler sea su hombre.

–Usted sabe que él no lo hizo –dice McAvoy–. No directamente, quiero decir.

–No sé qué pensar, Hector. Estos actos son propios de un hombre culpable.

–Un hombre culpable que es inocente.

Pharaoh mueve la cabeza.

–Realmente no tenemos nada, ¿verdad? –dice a medias para sí misma–. Ni usted ni yo. Ni Colin. Desde el principio hemos hecho de esto una auténtica cagada. ¿Grave y Organizado? ¿Cuál cree que me va mejor?

McAvoy mira por la ventanilla. Contempla el cielo borrascoso.

–¿Qué cree usted en realidad? –pregunta Pharaoh.

McAvoy suspira.

–Creo que lo que Chandler consideró una idea para un libro, alguien lo consideró algo más. Algo que tenía sentido. No sé...

Se da un golpe en la frente con un nudillo magullado, furioso al sentirse incapaz de desenredar la maraña de pensamientos que confunden su mente.

–Esto no es una casualidad. De eso estoy seguro. No es un asesinato por amor, dinero o venganza. Son muertes que solo tienen sentido en la mente de una persona. Alguien está equilibrando la balanza. Está quitándoles su segunda oportunidad en la vida. Gente que sobrevivió cuando nadie más lo hizo. Están siendo liquidados del mismo modo en que alguien cree que deberían haber muerto. Eso significa algo. Está reproduciendo las circunstancias al pie de la letra. Tratando de poner fin al milagro. La única razón por la que puedo imaginarme a Chandler haciendo eso es para conseguir publicar un libro sobre ello, pero vi a ese hombre y en sus ojos había rabia y odio hacia sí mismo, pero no había...

–¿Maldad? McAvoy, no siempre se trata de...

–Lo sé, lo sé. La mayoría de los crímenes se deben a la ira o a la bebida, o a un golpe dado con más fuerza de la que una cabeza aguanta. Pero he mirado a los ojos de gente malvada y los ojos del hombre que está haciendo esto no son así. En ellos hay tristeza y desesperación, y la necesidad de hacer algo que no quiere hacer. Es como si tuviera que pagar ese precio. Es...

Pharaoh estira el brazo y apoya su mano en el dorso de la de McAvoy. Hace un gesto de asentimiento.

–¿Quién cree que está matando a esta gente, Hector?

–Alguien como yo –responde.

–Usted nunca haría esto –dice–. Nunca haría daño a la gente.

–Sí, lo haría –dice mirando al suelo–. Por mi familia, por amor. Enviaría mi alma al infierno por la gente a la que quiero. Lloraría mientras estuviera haciéndolo, pero lo haría. ¿Usted no?

Pharaoh aparta la vista.

–No todo el mundo ama como usted.

–Pues tenemos que encontrar a un hombre que lo haga. Alguien lo bastante fuerte para luchar conmigo. Alguien capaz de salir de un contenedor y matar a un anciano. Alguien lo bastante próximo a Chandler para utilizar sus relaciones. Para hacerle llamar a Algirdas. Buscamos a un hombre que ama como yo.

Su rostro es colérico, sus gestos frenéticos. Pharaoh, de forma instintiva, se

encoge en el asiento, y McAvoy se da cuenta al instante de que está dando una imagen intimidante.

–Lo siento, jefa. Yo solo...

Pharaoh mueve la cabeza despacio, y la tensión solo desaparece cuando esboza una media sonrisa. Zanja la situación dándole un puñetazo en el hombro.

–Debería usted venir acompañado de un maldito manual –dice–. Su Roisin debe de ser una santa.

McAvoy sonríe levemente.

–Ella es mejor que cualquiera de nosotros –dice haciendo un gesto con la mano que pretende abarcar la calle, los borrachos, las tiendas cubiertas con tablones y las entradas llenas de basura esparcida–. Mejor que todo esto.

Pharaoh le observa, aguantándole la mirada. Al final asiente como si hubiera tomado una decisión.

–Siga queriéndola así, Hector. Y cuide de que su entusiasmo no decaiga.

Capítulo 25

McAvoy está apoyado en una de las columnas de ladrillo rojo del elegante pórtico que enmarca las puertas correderas de cristal.

–¿Sargento detective McAvoy?

Se vuelve y ve a una mujer esbelta, de pelo corto, con un plumas sobre un conjunto de chaqueta y pantalón blancos. La mujer alarga una mano pálida, sin anillos, que desaparece por completo cuando McAvoy la estrecha con cuidado de no estrujarla.

–Megan Straub –dice.

McAvoy sonrío y agradece ser correspondido.

–Soy la doctora de Anne –dice haciéndole un gesto para que la acompañe al acogedor interior del moderno hospital–. Creo que algunos de nuestros directivos y empleados están un poco alterados por todo esto –añade risueña mientras atraviesan las puertas automáticas y se dirigen hacia un largo corredor con un suelo de madera reluciente.

–Bueno, como expliqué, se trata de la investigación de un asesinato...

–Ya, algo así me dijeron –dice la doctora Straub en tono despreocupado. Después se ríe y añade–: Me imagino que no sospecharán de Anne.

–No, nada de eso –empieza a decir McAvoy, pero interrumpe sus palabras al darse cuenta de que la doctora se ha detenido junto a una puerta y apoya los dedos en el picaporte.

La doctora Straub abre la puerta.

La habitación está iluminada por un gran rectángulo de luz que entra por una ventana alta, sin cortinas, abierta en una pared de color rojo oscuro adornada con bocetos en blanco y negro dispuestos en gruesos marcos dorados.

En el centro de una cama de hierro forjado con dosel se halla Anne Montrose. Los brazos descansan sobre una suave colcha de color crema y oro, y el cabello rubio se despliega sobre la funda de la almohada como si fuera un charco de oro fundido.

La sonda que la alimenta, y la que retira sus residuos, están ocultas discretamente tras dos lámparas altas de estilo rococó. McAvoy se fija en una mesilla de noche de madera de pino labrada y en una estantería a juego adosadas a la pared más próxima, donde un espejo enorme hace que la habitación parezca aún más grande y opulenta de lo que es.

–Parece una princesa –dice McAvoy.

Tras él, la doctora Straub sonrío.

–A las familias de nuestros pacientes a veces les gusta decorar las habitaciones. No sabría decir si lo hacen por ellos o por el paciente, pero el caso es que esta es una de las preferidas del personal.

–La luz que entra...

–Hay unas bombillas ahí arriba –explica la doctora Straub–. Incluso cuando el tiempo es pésimo, aquí dentro parece verano. Ese era el efecto que se buscaba.

–No debe de haber sido barato.

–Sus facturas siempre se pagan con prontitud, según creo –dice la doctora Straub, con cautela, acercándose a la cama y sonriendo a la figura que hay en el centro–. Y nunca hay problema alguno cuando queremos probar nuevas técnicas que suponen un pequeño gasto extra.

–Estoy seguro de que el coronel Emms es muy generoso –dice McAvoy, mirando a la doctora a los ojos.

–Lamento no poder hablar de ese asunto –responde con una sonrisa que dice todo lo que McAvoy necesita saber.

Con curiosidad, cruza la habitación hasta la cama y se inclina sobre el cuerpo dormido de Anne Montrose como si se asomara a un barranco. Tiene la piel perfecta. La cara sin arrugas. El pelo lleno de lustre y vida.

–Es como si estuviera...

–¿Durmiendo? Sí. Eso es lo que más cuesta entender a sus seres queridos. Lloran la pérdida de alguien que todavía está aquí.

–Pero ¿todavía está aquí? –pregunta, bajando la voz hasta que es apenas un susurro–. ¿Regresan?

–Algunos de ellos sí –dice–. No siempre tan bien como se fueron, pero pueden regresar.

–Y Anne, ¿podrá...?

–Eso espero –dice la doctora Straub suspirando–. Me encantaría llegar a conocerla. Por lo que sé de ella, parece que tenemos muchas cosas en común, aunque me temo que el trabajo que hacía en el extranjero superaría mi capacidad de generosidad.

–¿Conoce su trabajo como voluntaria? –pregunta McAvoy apartándose de la cama.

–Soy su médico –explica–. Mi trabajo consiste en intentar lo que sea para obtener una respuesta.

–¿Le recuerda usted quién era?

–O quien aún es.

Se detiene y frunce los labios.

–¿De qué va todo esto, sargento?

McAvoy abre la boca y está a punto de decirle que es solo rutina, pero se detiene antes de emitir sonido alguno.

–Creo que alguien está asesinando a personas que han sobrevivido a atrocidades y desastres –dice–, y me parece que a Anne le afecta en cierto modo.

–¿Cree usted que podría estar en peligro? –pregunta la doctora Straub haciendo una mueca y llevándose la mano a la boca.

McAvoy mueve la cabeza.

–Tal vez –dice.

–Pero...

McAvoy se limita a encogerse de hombros. Está demasiado cansado para contarle todo, para explicar los procesos mentales que le han traído al mundo de la doctora Straub.

–¿Recibe muchas visitas? –pregunta con gentileza.

–Su madre –dice la doctora, y ahora hay más vivacidad y emoción en sus gestos–. Su hermana de vez en cuando. Obviamente, también médicos visitantes y estudiantes...

–Creo que mantenía una relación en el momento del trance –dice McAvoy.

–Sí, trajeron sus efectos personales cuando fue trasladada a este centro y he hablado con la familia todo lo que he podido para conseguir algunos detalles de su vida. Se enamoró de un militar que conoció mientras trabajaba en Iraq. Según tengo entendido, era el capellán de su regimiento. Una gran pasión, al parecer. Fue una tragedia que la relación se interrumpiera.

–¿Utiliza usted esto en la terapia?

–Utilizamos todo lo que podemos.

–¿Le lee? –pregunta McAvoy haciendo un gesto hacia la estantería.

–A veces –responde–. Le he leído algún que otro relato de amor. Un poco de poesía. Le he hablado de la situación política en Iraq.

Sonríe al ver la expresión de sorpresa de McAvoy.

–Asuntos en los que estaba interesada, sargento. Tengo un paciente abajo que parece retraerse cuando no le decimos cómo ha ido el partido del Sheffield Wednesday. Todavía son personas. Aunque estén atrapadas ahí dentro. Buscamos cualquier cosa que las desbloquee. Tratamos de desentrañar un milagro...

McAvoy se pasa la lengua por los labios. Mira otra vez la figura de la cama. Cierra los ojos. Se concentra. Aprieta los dientes y se presiona la frente con sus grandes manos mientras intenta encontrar sentido a lo que creía haber comprendido...

–Sargento, ¿se encuentra bien?

Se le nubla la vista. La habitación empieza a darle vueltas. Las piernas le flaquean como si no pudieran soportar el peso de sus pensamientos.

–Espere un momento –dice la doctora Straub con tono de urgencia mientras le ayuda a sentarse en el suelo–. Le traeré un poco de agua.

La puerta se abre y McAvoy se queda solo en la habitación, con su enorme

cuerpo doblado como si fuera un colegial, sentado en el suelo de madera con las piernas cruzadas y la cabeza embotada.

Encuentra fuerzas para alzar la vista.

Mira la estantería.

Novelas sentimentales y poesía, cuentos de hadas y mitos.

Estira el brazo y coge un libro al azar.

Las letras del título bailan ante sus ojos. Parpadea. Enfoca.

Sagrada Biblia.

Esboza una media sonrisa y lo abre.

Las páginas caen como hojas de un árbol seco.

A McAvoy se le llena el regazo de páginas de texto, rotas en diminutos pedazos, rasgadas con rabia hasta dejarlas hechas trizas.

Mira con atención la encuadernación en pasta.

Garabateadas con letra picuda y agresiva en la parte interior de la tapa del libro vacío que sostiene en las manos McAvoy distingue seis palabras, trazadas una y otra vez con la suficiente profundidad como para resultar fatales si se grabaran sobre la piel humana.

La injusta distribución de los milagros

Y en el centro de ese mantra, en medio de una masa de letras furiosas y feroces garrapatos, un versículo de las Escrituras, hundido en la página por la misma mano colérica.

...y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos; y vendrán sobre ellos muchos males y angustias, y dirán en aquel día: ¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí? (Dt 31, 17).

McAvoy se pone en pie con esfuerzo y las páginas rasgadas de las Escrituras caen al suelo.

Resopla, y procura encontrar sentido a esa rabia incrustada en la Sagrada Biblia.

Mira de nuevo la figura de la cama.

Rebusca entre las páginas, doblando y estrujando esas hojas maniáticas.

Levanta hacia la luz una página de líneas ingeniosas. Otra. Otra más.

Entre los garabatos, las palabras furiosas, hay media docena de dibujos a pluma; borrosos y abstractos, bellos e irreales.

Las lágrimas de sus ojos, el tinte azul en su mirada, hace que las imágenes de pronto se desenfocuen.

Son todos dibujos de Anne Montrose. Intrincados, tiernos, imágenes detalladas de su rostro alegre y risueño.

McAvoy sostiene en alto la última imagen. Ha sido pintarrajeada en una página arrancada de un cuaderno.

Es un retrato de Anne Montrose, dormida, en una cama de hierro forjado con dosel; los brazos por encima de las sábanas, el pelo extendido sobre la almohada.

Está emborronado por las lágrimas.

McAvoy le da la vuelta.

Está firmado y fechado hace poco más de una semana.

Corre hacia la puerta.

Saca el teléfono del bolsillo.

Llama a la única persona con capacidad para resucitar a los muertos que conoce.

Capítulo 26

Tres horas más tarde, McAvoy se detiene fuera del hospital Wakefield. La nieve aún no ha alcanzado este puesto avanzado de West Yorkshire. Hace un frío glacial y parece como si el aire hubiera sido exhalado por un pulmón húmedo y enfermo.

McAvoy se aparta el pelo de los ojos. Estira la espalda y se sube el cuello.

Toma una última bocanada de aire frío, cruza las puertas automáticas y avanza a grandes pasos por el linóleo de color sebo. Alguien ha intentado colgar adornos de Navidad en la recepción, pero resultan algo absurdos sobre el yeso desconchado de las paredes o bajo los plafones del techo cubiertos de manchas marrones de humedad.

Trata de aparentar que sabe dónde va. Pasa el mostrador de recepción sin mirar. Elige un corredor al azar y se da cuenta de que las indicaciones lo dirigen a Oncología. Decide que la dirección es errónea y descubre otro pasillo que sale a la derecha. Lo sigue e inmediatamente tiene que pegarse a la pared porque dos enfermeras fornidas, de traseros redondos y pechos que casi revientan sus uniformes azules, están a punto de aplastarle con dos jaulas con ruedas llenas de ropa de cama que empujan una al lado de la otra.

–Paso, abra paso –dice la mayor de las dos con un fuerte acento de West Yorkshire.

–Se ha librado por los pelos, ¿eh? –dice la otra, que es pelirroja y lleva un modelo de gafas redondas que dejó de estar de moda hace una década.

–Bueno, si hoy era el día de ser arrollado, no podría haber tenido una pareja de asaltantes más agradable. ¿Me podrían decir si voy bien para la Unidad de Cuidados Intensivos?

Cinco minutos después, McAvoy sale del ascensor en la tercera planta. Las narices se le llenan de olor a sangre, lejía y comida insípida; y en sus oídos resuena el chirrido de las ruedas de los carritos y las suelas de goma sobre el linóleo rayado.

Un grueso oficial de prisiones está apoyado contra el mostrador de recepción y bebe de un vaso de plástico a pequeños sorbos. Tiene la cabeza afeitada al dos, y unas orejas pequeñas, ligeramente hinchadas, asoman como las asas de dos tazas de té a los lados de una cabeza deformada como una patata.

McAvoy establece contacto visual con el tipo mientras se acerca. Por primera vez desde que jugaba al rugby trata de parecer corpulento. Espera dar la apariencia de alguien a tener en cuenta.

Saca su placa de identificación y el guarda se endereza.

–Chandler –dice McAvoy en tono serio y oficial–. ¿En dónde para?

El hombre parece confundido durante un instante, pero la placa y el tono decidido son suficientes para que entienda claramente cuál es su lugar en este momento y no hace el menor intento de preguntar a McAvoy por qué lo quiere saber o quién lo ha enviado.

–En una habitación privada, allí –dice con un acento que al oído experto de McAvoy le parece oriundo de la región fronteriza entre Inglaterra y Escocia.

–¿De Gretna? –pregunta, procurando esbozar una sonrisa.

–De Annan –dice el guarda con gesto alegre–. ¿Y usted?

–De las Tierras Altas. Más allá de Edimburgo y de casi cualquier sitio.

Comparten una sonrisa: son dos escoceses que establecen un lazo afectivo en un hospital de Yorkshire y sienten que acaban de disfrutar del sabor del terruño.

–La cosa va mal, ¿no?

–No tan mal como se creía al principio. Había tanta sangre... Tenía partes del cuello colgando. Debí de hacerlo él mismo. Estaba solo. No había nadie cerca.

–¿Está consciente?

–Apenas. Le han operado de urgencia, pero hablan de microcirugía si los puntos no cierran bien. Hace un minuto estaba dormido como un tronco, con la cara vendada como una momia. Hay otro guarda que ha salido a comer y volverá enseguida. Nadie nos dijo que se esperaban visitantes.

McAvoy asiente. Sigue abriéndose camino a través del creciente cinismo del individuo.

–Necesito cinco minutos con él –dice, atravesando los ojos del guarda con la mirada–. Esté dormido o despierto.

El guarda está a punto de oponerse, pero algo en la mirada de McAvoy parece indicarle su firme resolución y rápidamente decide que no hace daño a nadie dejándole pasar.

McAvoy le da las gracias con un gesto de asentimiento. El corazón le late con fuerza, pero lo calma respirando hondo y cerrando los ojos. Para su sorpresa, sus zapatos apenas hacen ruido sobre el suelo de linóleo.

El silencio es sobrecogedor. Macabro. Hace que se pregunte cómo serán sus últimos días. Si morirá entre ruidos, rodeado de bullicio y conversaciones. O si será un disparo solitario y después nada.

Entra en la habitación de Chandler.

Las cortinas son del mismo color amarillo que las de la sección de maternidad del hospital Hull Royal, pero el resto es de un azul descolorido y triste.

Chandler yace en la cama, inmóvil y en un estado penoso. Su prótesis está apoyada a un lado y puede verse la pernera del pijama vacía. Nadie se ha preocupado de hacer un nudo por debajo de la rodilla cercenada, y la prenda está retorcida e inclinada a la izquierda, de modo que a primera vista parece que la pierna forma un ángulo soez.

La garganta de Chandler está cubierta de vendajes. Un tubo conectado a una bolsa llena de un fluido claro acaba en una aguja introducida en el dorso de su mano derecha. Otro, más ancho, entra por su boca hasta perderse en la garganta. Está sujeto con esparadrapo a una de sus mejillas, y sobre la tira adhesiva ha comenzado a formarse una costra de saliva seca.

McAvoy se mete la mano en el bolsillo interior del abrigo y saca el frasco. Roisin le ha aconsejado que se ponga guantes mientras lo manipula. Le ha dicho que el hedor le traspasará la piel de los dedos y nunca desaparecerá. Se estira la manga de la camisa. Rodea el frasco con las dos manos, lo sujeta con una, y con la otra desenrosca el tapón con cuidado.

El olor es impresionante. Aunque tiene el brazo extendido siente que las narices se le inflaman y comienza a marearse mientras el amoníaco puro invade su cerebro.

Se acerca a la cama en solo tres pasos. Pone el frasco bajo la nariz de Chandler.

Uno...

Dos...

Tres...

La figura vendada en la cama se revuelve. Bajo los apósitos los músculos se mueven, los ojos se abren y el resto del rostro empieza a retorcerse. Las manos se precipitan hasta la boca y comienzan a arrancar el tubo de respiración y las vendas mientras unas toses ásperas y sordas escapan de los labios con un silbido.

La pierna solitaria lanza puntapiés y golpea el colchón.

McAvoy se inclina hacia delante. Coge el tubo con una mano y tira de él. La sonda sale por la boca abierta, mojada y repugnante. McAvoy la deja caer al suelo.

Chandler se incorpora de pronto y vomita bilis en su regazo. Tose y empieza a arañarse los vendajes.

El rostro de McAvoy permanece impassible. Se limita a observar. Deja que Chandler afronte esos momentos de pánico. Ese miedo agónico y esa confusión al despertar en la oscuridad.

Escucha mientras Chandler recupera la voz. Contempla cómo la lengua serpentina humedece los labios secos bajo las vendas manchadas de vómito.

McAvoy se acerca.

—Ha sobrevivido, señor.

—¿Sargento?

La voz es ronca y dolorida.

—¿Sargento McAvoy?

McAvoy tapa el frasco y vuelve a guardárselo en el bolsillo interior.

—Siento haber tenido que hacer esto, señor Chandler —dice acomodando su enorme cuerpo sobre la cama—. Solo necesito que me diga sí o no, señor. Ha pasado usted por una experiencia terrible. Está en el hospital. Intentó quitarse la vida.

Chandler abre los ojos. Traga saliva con esfuerzo, y McAvoy coge una jarra de la

mesilla, llena un vaso de agua y lo acerca a los labios del escritor. Este da unos sorbos y después se deja caer sobre la almohada.

–Lo descubrió, ¿verdad? –dice McAvoy, cruzando la mirada con la lastimosa figura metida en el pijama de hospital–. Usted sabe quién y por qué.

Chandler asiente levemente.

–Es culpa mía –dice–. Por ser un bocazas...

–Él lo habría hecho de todos modos –dice McAvoy con sinceridad–. Habría encontrado un motivo. Lo que llevaba dentro habría salido de cualquier modo.

–Pero es un buen hombre –tartamudea Chandler–. Yo solo hablaba. Estaba completamente borracho. No le dije que abandonara todo aquello en lo que creía...

–El sufrimiento es una cosa terrible –dice McAvoy.

–Y el asesinato también –replica Chandler.

Permanecen en silencio un instante y luego McAvoy se pone en pie. Se aleja de la cama. Camina hasta la ventana para ordenar sus pensamientos. Mira más allá de las cortinas amarillas, en dirección al aparcamiento mojado, donde los árboles se agitan, la lluvia azota los vehículos y los insectos palo corretean. Quizás sea la altura, la sensación de contemplar todo desde arriba, pero nunca ha sentido con tanta claridad que es él, y solo él, quien soporta la carga de la protección y la justicia. Se gira. Quiere acabar con esto.

–Simeon Gibbons –dice–. ¿Dónde está?

El nombre flota en el aire. Los labios de Chandler se cierran. La tensión de su cuerpo parece relajarse un poco. McAvoy lo observa mientras se humedece de nuevo los labios.

–Ojalá lo supiera.

–¿Cuándo lo vio por última vez?

–Unos diez minutos antes de que me detuvieran.

–¿Estaba allí? ¿En Linwood Manor?

–Reside allí de manera permanente. Le paga la habitación un viejo amigo del ejército.

–¿El coronel Emms? ¿El director de una empresa de seguridad privada en Oriente Medio?

Chandler asiente.

–Sparky tiene muchos posibles.

Chandler aparta la vista.

–Me convirtió en su confesor sin decirme una palabra.

McAvoy espera que en ese momento Emms esté confesando todo a Pharaoh, que se puso en marcha hacia la patria de las Brontë en cuanto le contó lo que había encontrado en la habitación de Anne Montrose.

–Dígame cómo ocurrió –dice–. Cómo lo descubrió.

–Fue el inspector jefe Ray. Durante el interrogatorio recitó una lista de nombres.

Gente a la que Simeon podía haber atacado. Creo que la investigación era suya, sargento. Mencionó a una mujer joven que está en coma. Anne Montrose.

—¿Y reconoció el nombre?

—Sabía que se llamaba Anne. Lo demás parecía encajar.

—¿Le dijo él que su nombre era Anne? ¿En la clínica de rehabilitación?

—Solía gritar en sueños.

—¿Le contó lo que sucedió en Iraq?

—Me habló de su vida. La gente hace eso, me cuenta cosas. Creen que les voy a hacer famosos. Creen que voy a escribir un libro sobre ellos y de algún modo así serán importantes...

—Pero Gibbons no quería eso, ¿verdad?

—Él solo necesitaba hablar con alguien. Estaba hecho un lío. ¿Lo vio usted cuando vino a verme? No, tenía la cara cubierta. Su rostro. Es un desastre, lleno de quemaduras y cicatrices. Por la explosión que casi lo mata.

«Casi, pero no del todo», piensa McAvoy. ¿Estaría Emms pagando también por su tratamiento? Seguro que sí.

—Soy escritor, sargento. Hago preguntas. Cuando nos pusieron juntos, empezamos a hablar.

—¿Se hicieron amigos?

—Sí, se podría decir eso. Fue el boxeo lo que nos unió. Le hablé de mi libro. Ese del aspirante del que le hablé. Dijo que solía boxear en el ejército. Así fue como empezó.

—¿Estaba ingresado también por alcoholismo?

—No, ni lo tocaba, sargento. Fuera lo que fuese lo que lo mantenía vivo, no quería nada que lo embotara.

—Entonces, ¿por depresión? ¿Por estrés postraumático?

—Tal vez. Yo solo sabía que estaba muy, muy triste.

—¿Y Anne?

—Comenzamos a hablar de amores pasados. Yo no podía contarle mucho, pero él me dijo que había estado enamorado solo una vez en su vida. Que ella había sido herida en una explosión. Él se había marchado, pero ella nunca había despertado. Creí que se refería a que había muerto. Pero no. Al final resultó que estaba en coma en una clínica privada. No supe qué decir. Hice alguna broma sobre la bella durmiente. Le gustó. Por primera vez desde que le conocí, sonrió. Pareció mostrarse más relajado y confiado. Empezó a hablar. A contarme las cosas que había aprendido allí. En el desierto. Cómo se le abrió la mente.

—¿Se le abrió a qué?

—A todo.

Chandler cierra los ojos.

—¿Se ha preguntado usted alguna vez sobre el sufrimiento? ¿Sobre el daño que

provoca? ¿Sobre por qué unos son afortunados y otros no? ¿Se ha preguntado alguna vez si al liberar a una persona de su pena ese sentimiento va a algún sitio? ¿Si hay una cantidad de dolor establecida en el mundo? De eso es de lo que solía hablar. Eso es lo que le torturaba. Supongo que yo le agradaba. Le dejaba hablar. Solía traerme botellas...

McAvoy asiente.

–¿Le habló usted de su trabajo? ¿De la gente a la que entrevistó? ¿De sus extrañas historias?

Chandler cierra los ojos.

–Era solo hablar por hablar.

–¿De Fred Stein?

Chandler asiente.

–¿De Trevor Jefferson?

Asiente otra vez.

–¿De Angie Martindale?

Y una vez más.

McAvoy traga saliva.

–¿De Daphne Cotton?

Chandler no dice nada. Sigue humedeciéndose los labios. Sin un bolígrafo ni un cuaderno, sus manos están débiles y sin vida.

–Supervivientes únicos, ¿verdad?

Chandler asiente.

Permanecen sentados durante un momento, escuchando cómo el viento y la lluvia golpean con desgana las ventanas mugrientas.

–¿Cuándo decidió matarlos a todos? –pregunta McAvoy, mirando a Chandler a los ojos sin pestañear. El escritor arruga el rostro como un pañuelo de papel y empieza a toser. McAvoy le ofrece más agua y luego se sienta, todo ello sin perder el contacto visual ni un instante.

–Estábamos hablando una noche –dice, más para sí mismo que para McAvoy–. Le gustaba escuchar mis historias sobre gente extraordinaria, ya sabe. Le dije que todo ello me hacía pensar. Reflexionar sobre la vida. Sobre su sentido. Sobre la naturaleza de la existencia.

–Y Gibbons era un hombre cristiano, ¿verdad?

–Un chico de clase media. Iba a la iglesia todos los domingos y rezaba sus oraciones antes de acostarse cuando estaba interno en el colegio.

–¿Pero creía?

–No creo que nunca se lo cuestionara hasta la explosión. A partir de entonces ya nada tuvo sentido en su vida. Y encontró su propia religión.

–¿Seguía rezando en Linwood?

–Delante de mí, no.

–¿Qué fue, Chandler? ¿Qué fue lo que le hizo sentirse complacido?

Durante un momento no se oye nada en la habitación salvo la respiración sibilante de Chandler. Finalmente dice:

–Mencioné milagros. Engañar a la muerte. Engañar a Dios, supongo. Dije algo ingenioso. Podría haber sido incluso un título para el libro. Era solo una frase...

–¿Qué frase?

–La injusta distribución de los milagros.

–¿Y a Gibbons le gustó?

–Fue como si hubiera encontrado la cabeza de san Juan Bautista bajo la cama. Nunca me he sentido tan honrado en mi vida.

–¿Honrado? Tomó sus palabras e hizo una religión de ellas. Encontró una causa. ¡Una misión! Un modo de hacerla regresar.

–Yo no lo sabía –dice Chandler moviendo la cabeza y sorbiéndose los mocos–. No sabía lo que estaba planeando.

–Pero él le habló de ello –dice McAvoy mordiéndose el labio–. Le mostró sus ideas. Pidió la opinión de su predicador.

Chandler le lanza una mirada irritada, pero inmediatamente la retira.

–Me gustó que me prestara atención.

–¿Qué le preguntó?

La respuesta le sale de la boca del estómago y huele a bilis y a remordimiento.

–Me preguntó si yo creía que la compasión era un recurso finito. Me leyó pasajes de la Biblia. De libros que había encontrado. Sobre la rectitud. Sobre la justicia. Sobre los milagros.

McAvoy puede adivinar la respuesta a su próxima pregunta.

–Le preguntó si usted creía que poner fin a un milagro dejaría espacio para otro –dice McAvoy con los ojos cerrados–. Si acabar con un acto de compasión daría lugar a otro.

En la habitación se hace el silencio.

–Y usted dijo que sí.

–Dije que podría ser.

–Y entonces llamó al ruso. A la jodida estrella del pop de un solo brazo.

Chandler parece confundido. Mueve la cabeza como si no entendiera y luego se detiene mientras un recuerdo borroso emerge desde su mente ruinosa y alcoholizada.

–Estaba borracho –gimotea.

McAvoy menea la cabeza. Nota que la garganta se le cierra. La vieja herida del hombro comienza a latir con un dolor frío.

–¿Quién es el próximo, Chandler? ¿De quién más le habló?

Chandler se pasa la lengua por los dientes. Levanta las manos y empieza a frotarse la costra de saliva de la barbilla.

–Lo siento –dice, y se da la vuelta.

–¿Chandler?

–Solo fue una conversación. Hablar por hablar. No creí...

–¿Qué pasa, Chandler? ¿Qué ha hecho?

–Después de nuestra conversación –dice sorbiéndose la nariz entre sollozos–, le hablé de usted. De su esposa. De lo fuerte que era. De cómo soportó tantos abortos y aún seguía intentándolo...

–¿Qué está...?

McAvoy se detiene. Siente como si unos dedos fríos le agarraran por la nuca y comenzarán a apretar.

–Lo siento mucho.

La adrenalina se dispara en el cuerpo de McAvoy. Todo lo que ve es a Simeon Gibbons asfixiando a su hija recién nacida entre las piernas de Roisin, doloridas y manchadas de sangre...

Corre. Se dirige a toda velocidad hacia la salida mientras saca el teléfono del bolsillo, la sangre enrojece sus orejas y las botas chirrían sobre el suelo; los sollozos de Chandler resuenan por el pasillo.

El guarda lo ve. Comienza a salir de detrás del mostrador donde estaba repanchigado con su vaso de plástico. Al notar que algo va mal, intenta parar a McAvoy, pero este se le echa encima y sigue avanzando. Abre la puerta de un empujón y baja los escalones de tres en tres.

Mira su teléfono. No hay cobertura. Mierda de cobertura.

«Lo siento, lo siento, lo siento...»

Trata de buscar un modo de convencerse de que lo que le ocurra a su mujer y a sus hijos no es una consecuencia directa de su infame vanidad.

Repasa todo lo que sabe del hombre que intenta matar a su hija. Recuerda su fuerza física, la facilidad con la que había evitado los golpes de McAvoy.

El típico paso de boxeador...

McAvoy se detiene. Se para de golpe sobre el linóleo verde como una estatua que ha comprendido de manera horrible y repentina.

El protegido de Chandler. El boxeador. El compañero de habitación. El tipo con la cara entre las sombras...

Cruza el vestíbulo a toda velocidad, mirando la pantalla del móvil. Prueba a llamar a casa, pero el maldito artefacto no da señal. Se equivoca al marcar los números con los dedos temblorosos y frenéticos.

De pronto escucha el mensaje que Trish Pharaoh ha dejado después de su reunión con Monty Emms:

...está vivo, McAvoy. Usted tenía razón. Hay mensajes de Gibbons en el teléfono de Emms desde hace semanas. Dejé al teniente coronel sentado en la taberna del Vellochino, en Haworth. No aguanta mucho bebiendo, ¿verdad? Me hice con su

teléfono sin que se diera cuenta. Tenemos que confiscarlo oficialmente porque hay pruebas en toda la agenda, de la A a la Z. Es dinamita. Disculpas y agradecimientos, para empezar. Agradecimientos por sacarlo de allí. Por meter a un iraquí en una bolsa de cadáveres y decir a todo el mundo que había muerto. Por facilitarle una nueva vida. Un nuevo hogar. Por cuidar de Anne. Pagar sus facturas. Y tantos «lo siento». Lo siento por decepcionarle. Por no ser capaz de pagar los cuidados de Anne él mismo. Por las cosas que ha hecho mal. Pero van a cambiar. Quizá hace un mes, si las fechas son las correctas. Empieza a hablar de encontrarle sentido a todo. De que tiene una forma de cambiarlo todo. Ahora Monty está demasiado borracho, pero voy a hacer que se esfuerce. Ya arreglaremos todo esto después. Si aún está seguro de querer verle, va usted a necesitar una confesión...

McAvoy cierra el teléfono para silenciarlo y lo vuelve a abrir. Casi salta de alegría cuando ve que tiene cobertura. Atraviesa el aparcamiento a toda prisa, saca las llaves del bolsillo y marca el número de Roisin.

Tres toques...

–Hola, cariño. ¿Cómo ha ido?

Siente un gran alivio. Su mujer parece cansada, pero muy viva.

A salvo.

Están a salvo.

Respira hondo mientras el sudor le empapa la cara, abre la puerta del coche y se desploma en el asiento del conductor.

–Oh, querida... –comienza a decir–. Creía...

Ve su imagen en el espejo retrovisor.

Y se da cuenta del movimiento en el asiento de atrás demasiado tarde.

Cuando el cuchillo ya está en su garganta.

Un rostro, mezcla de plástico fundido y carne chuscarrada por el fuego, emerge de la oscuridad y una mano le agarra la suya y cierra el teléfono.

McAvoy contempla los ojos azules y llorosos de Simeon Gibbons.

Siente la hoja bajar por su cuerpo.

Siente como la presión le raja el abrigo, la camisa. Se le clava en la piel.

Siente cómo Gibbons se inclina hacia delante y separa con las manos las prendas rasgadas. Le ve mirar la herida producida por el cuchillo de un asesino un año antes.

Se da cuenta, demasiado tarde, de que también él es un superviviente. Un hombre que consiguió escapar.

Cierra los ojos al darse cuenta de que Chandler le ha despistado. De que su mujer y sus hijos están a salvo, y de que es él quien va a ser liquidado del mismo modo en que sobrevivió hace doce meses.

Un golpe seco. Un repentino dolor sordo mientras un pulgar rígido choca contra su arteria carótida con la rapidez y precisión de un experto.

Y después la oscuridad.

Capítulo 27

McAvoy se despierta con una sensación de vacío. No puede moverse. El dolor que siente en la garganta, en el cuello, es el centro de su existencia.

Intenta levantar la cabeza. Fracasa. Intenta mover los brazos. No parece capaz de enviar el mensaje a sus miembros.

Escucha. Trata de enfocar. Oye un murmullo de neumáticos.

Está desplomado en el asiento del pasajero de su propio coche, que avanza a gran velocidad.

Oye una voz cercana. Un susurro animal, suave, sibilante. Suena como si llevara hablando un siglo.

–...solo este, mi amor. Este y luego despiertas. Despiertas para mí. Para mí. Recuérdalo. Por favor. Recuérdalo...

McAvoy trata de recuperar sus extremidades.

Consigue humedecerse los labios resecos. Mueve un poco la cabeza.

–Sobrevivió. Él sobrevivió y tú no. Sobrevivió como yo. Como todos ellos. Le llevaremos donde ocurrió. Le apuñalaremos como debió de haber sido apuñalado la primera vez...

A través de la niebla, de la neblina de sus pensamientos, McAvoy comprende que Simeon Gibbons le está trasladando al lugar donde todo empezó un año antes. Donde Tony Halthwaite lo acuchilló con una hoja afilada por atreverse a descubrir que era un asesino de chicas jóvenes. Donde se convirtió en el que se salvó.

McAvoy tuerce la cabeza. Vislumbra un tramo de la carretera. Los árboles oscuros se cimbrean azotados por la lluvia y el viento.

Reconoce la silueta familiar del puente del Humber.

A media hora de casa.

A cinco minutos del lugar donde, hace un año, atrapó a un asesino y casi muere desangrado por ello.

–...Sparky nos decepcionó, ¿verdad? La habitación. La cama. Lo mejor que se podía pagar con dinero. Y tú sigues dormida. Dormida y hermosa, pero apenas eres algo más que un dibujo en un marco. Dijo que era nuestro amigo. Pero no pudieron ponerte bien. No pudieron hacer que despertaras, ¿verdad? Estaba fuera de su alcance. Fuera del alcance de la medicina. Necesitábamos el milagro de alguien, ¿no es cierto? El escritor lo sabía. Encontró el sentido. Solo hay una determinada cantidad de justicia. La compasión es finita. Cae como la lluvia, pero el cielo está seco. La suerte tiene sus límites. Hay gente que vivió cuando otros murieron. ¿Por qué tú no? ¿Por qué te privaron a ti de compasión?

McAvoy nota que el coche gira en una rotonda. Ve que el arbolado comienza a hacerse más denso por encima del vehículo.

McAvoy piensa en Roisin. Se acuerda de la última vez que la besó en la boca. Se la imagina en la cocina, rallando, mezclando y picando como su pequeña bruja blanca buena...

Se acuerda de la poción que guarda en el bolsillo.

El frasco de cristal con amoníaco.

Abre los ojos. Gira la cabeza.

Mira a los ojos azules encajados en un rostro con la piel hecha trizas, con la carne fundida y las costuras abultadas.

Se mete la mano en el bolsillo y, con un brazo que le hormiguea y le da punzadas, cierra los dedos entumecidos alrededor del frasco.

Se vuelve.

Lanza el brazo como un látigo...

Estampa el frasco contra los rasgos destrozados del hombre que mató a todos.

Intenta agarrar el volante y levanta la cabeza para mirar a la carretera.

Ni siquiera tiene tiempo de gritar mientras el vehículo se estrella a cien kilómetros por hora contra el edificio de ladrillo y cristal que hay al borde del aparcamiento y explota en una bola de fuego.

El calor en las mejillas de McAvoy es intenso mientras Gibbons presiona el rostro contra la ventanilla de la puerta abollada del pasajero. El parabrisas es un cristal hecho añicos y las llamas bajo el capó comienzan a rizarse y entran por el vehículo formando pequeñas ondas.

McAvoy lanza el puño por debajo del brazo derecho de Gibbons y siente que algo se rompe al estrellarlo contra su codo.

Durante un instante la conexión se interrumpe y McAvoy agarra el tirador de la puerta. Empuja, pero la puerta no cede.

Aparta los ojos de Gibbons y se gira en el asiento para ponerse frente a la puerta. Flexiona las piernas y las lanza contra la ventanilla. Una. Dos veces. El cristal salta hacia fuera y el oxígeno fresco que entra en el coche aviva las llamas. Lenguas de fuego rojo y naranja revolotean y se apoderan del volante, el salpicadero y los dos hombres sentados en los asientos delanteros.

McAvoy nota cómo las llamas se adueñan de sus pantalones. Le queman las manos. Le rozan la cara.

Da una patada a la puerta. Da patadas a todo lo que tiene delante.

La puerta cruje y se dobla hacia fuera y McAvoy, dolorido, trata de encontrar el hueco.

Se coge las botas con las manos. Se rodea las piernas con sus fuertes brazos.

Tira de Gibbons y se desliza hacia fuera hasta que los dos hombres caen con un

golpe sordo sobre el aparcamiento mojado.

McAvoy siente las piernas libres y, de manera instintiva, rueda hasta el exterior del vehículo.

Intenta ponerse en pie.

Gibbons se le echa encima. A la luz del coche en llamas, las cicatrices resultan monstruosas. Ahora no hay humedad en sus ojos. El negro de las pupilas ha sido prácticamente absorbido por el azul del iris.

Están a unos veinte metros del vehículo incendiado. Gibbons se pone en pie con gran esfuerzo. Las heridas en la garganta del antiguo militar parecen reabrirse.

Intenta arrastrar a McAvoy hacia la oscura sombra del bosque que se alza al borde del aparcamiento.

McAvoy se esfuerza por aferrarse al asfalto mojado. Trata de desprenderse de Gibbons. Este parece darse cuenta de sus intenciones y lanza su pulgar puntiagudo contra el cuello del policía. McAvoy lo ve venir, echa la cabeza hacia atrás y, con dos rápidos rechazos, alcanza a Gibbons en la cara y le hace salir rodando.

McAvoy cae al suelo. Intenta levantarse y se escurre.

Le duele todo. Ve a Gibbons mover la cabeza como si intentara despejarse. Lo ve apretar los puños. El brillo de un cuchillo en la mano. Lo ve girar la cabeza y contemplar el cuerpo derrumbado y vulnerable de McAvoy.

McAvoy consigue ponerse de rodillas. Apoya una mano en el asfalto mojado y se pone en pie, enderezándose justo a tiempo para ver a Gibbons abalanzarse como un ágil felino desde un metro y medio de distancia.

El puñetazo es instintivo. La visión de McAvoy se aclara en un momento. El dolor remite en un instante. En lo que dura un latido del corazón, se transforma en un hombre fuerte y enorme, un hombre que podría haber sido boxeador si hubiera sido capaz de causar daño sin sentir remordimiento.

El puñetazo arranca casi desde el suelo. Alcanza a Gibbons en el mentón.

La trayectoria de este cambia. Sale despedido hacia atrás como una pelota de tenis golpeada por una raqueta.

McAvoy, agotadas las últimas energías de su cuerpo, cae hacia atrás sobre la tierra húmeda.

Y entonces el coche explota.

Fuego, metal y trozos de cristal inundan el aire de la noche.

Gibbons trastabilla hacia atrás por la fuerza del golpe cuando la explosión despedaza su cuerpo.

McAvoy no ve el momento del estallido. No ve al asesino descuartizado, abrasado y derrotado sobre la tierra.

Está tendido en el suelo de espaldas, mirando al cielo, preguntándose si las nubes traerán a Roisin y a sus hijos nieve por Navidad.

Epílogo

Despierta, despierta, despierta...

El vaso de leche caliente con canela se enfría en la mesilla de noche de la doctora Megan Straub y una telilla fina aparece en la superficie intacta.

Demasiado tensa para desconectar. Demasiado activa para dormirse...

Está sentada en la cama, leyendo con una linterna para no despertar al hombre flaco, de aspecto asiático, que dormita a su lado en la habitación más grande de ese modesto apartamento a las afueras de Keighley, a cuarenta y cinco minutos del hospital donde sus pacientes han caído en un sueño que supone una burla para su propio insomnio.

–Merced –lee–. Del término latino que significaba «mercancía». El precio pagado.

Frunce el ceño y se asombra de los orígenes mercenarios de una palabra asociada con la intervención divina. ¿Podría comprarse? ¿Podría la comprensión de la naturaleza de ese concepto haberse visto entorpecida por el paso de los siglos? ¿Podría haber alguna manera de influir en la distribución de la piedad del Todopoderoso, aparentemente caprichosa y dispersa?

Se siente preocupada. Confusa. Se pone a analizar conceptos que resulta muy complicado aprehender. Por un instante se pregunta si la oración es algo más que un petición desesperada de auxilio.

De pronto a la doctora Straub le entra la duda de si hizo bien al coger ese libro. De si no hubiera sido mejor dejarlo entre la blanca tormenta de papeles diseminados por la moqueta en torno a la cama de Anne Montrose. ¿Regresaría el robusto policía de mirada dulce y sonrojo fácil a recoger el evangelio que le había hecho salir disparado de la habitación?

Pese al calor procedente del hombre desnudo a su lado, la doctora Straub se estremece y se arropa con decisión bajo la preciada colcha. Inclina la linterna para iluminar mejor las destrozadas páginas del libro sagrado. Trata de encontrar sentido a los garabatos y rayajos angulosos. Se pregunta por qué no puede dejar de leer.

Gira el libro despacio, como si fuera un volante. Entre la maraña de garabatos violentos encuentra cierto sentido a lo que en un principio parecían jeroglíficos indescifrables. Se pregunta si su larga experiencia en la tarea de desentrañar la letra de otros médicos es lo que le permite descubrir un significado en las manchas de tinta.

La oración es buena. Pero mientras clama a los dioses, un hombre debería echarse una mano a sí mismo.

Aparta la vista. Arruga el entrecejo y trata de localizar un recuerdo. Recuerda la cita. ¿Hipócrates? Sí. El hombre cuyo juramento guía su profesión.

La doctora Straub escudriña el texto. Localiza otro fragmento de escritura que tiene sentido.

No importa por lo que un hombre rece, pues siempre reza para pedir un milagro. Toda oración se reduce a esto: Dios mío, concédeme que dos más dos no sean cuatro.

Se pregunta quién puede haber escrito estas palabras, qué veneno y qué rabia pueden haber hecho que el bolígrafo se haya clavado en el papel con la fuerza de un cuchillo.

El creador que pudo poner un cáncer en el estómago de un creyente está por encima de que nadie le interfiera con oraciones.

La doctora Straub cierra el libro.

Está completamente desvelada. Le sorprende haberse tomado la molestia de meterse en la cama. A decir verdad, no debería estar aquí. Debería estar en el hospital esperando novedades. Debería estar acariciando la mano de Anne Montrose. Debería estar animándola a intentarlo otra vez. A abrir los ojos...

Iba de camino a casa cuando recibió la llamada. Era una de las enfermeras que le hablaba con una voz entrecortada por la emoción.

Esta tarde Anne Montrose se había movido. Había parpadeado y la lectura del monitor había indicado un pico de actividad cerebral.

¿Un sueño? La doctora Straub a veces se preguntaba qué veían los pacientes. Que sucedía detrás de sus ojos.

Ahora, aquí, se pregunta si, dondequiera que esté, Anne Montrose es feliz.

Se pregunta también si alguna vez tendrá la oportunidad de preguntárselo. De hablar con alguien que haya regresado.

Aprieta los dientes y siente la tensión en la mandíbula. No quiere dejarse llevar por el entusiasmo. Trata de contener la emoción. Pero en algún lugar, en una zona poco científica de sí misma, se imagina que Anne Montrose puede experimentar un milagro antes del amanecer.

Lentamente, para no despertar al hombre que duerme a su lado, se desliza fuera de la cama y camina sin hacer ruido por el suelo de madera noble pulimentada. Abre la puerta del dormitorio y se dirige al cuarto de estar, con su tresillo de cuero blanco y sus preciosas fotografías en blanco y negro enmarcadas con gusto.

Enciende el gran televisor de plasma que domina el antepecho de la falsa chimenea y baja el volumen mientras recorre los canales de noticias. El reloj de la esquina de la pantalla indica que es más de medianoche.

Soñolienta, la doctora Straub se detiene en uno de los canales que ofrecen noticias las veinticuatro horas. Hay cientos de casas sin luz en Escocia debido a las tormentas. Un oficial de policía ha sido trasladado al hospital con heridas leves tras un incidente en el parque del puente del Humber, donde la explosión de un coche

destrozó un edificio de oficinas cercano. Otras noticias anuncian que un laureado coronel del Ejército británico ha sido detenido en West Yorkshire por detectives que investigaban la muerte de Daphne Cotton, asesinada hace varios días en la iglesia de la Santísima Trinidad de Hull. La policía dice que no se le está interrogando por el asesinato, sino por ocultar pruebas esenciales relacionadas con este y otros casos...

A su izquierda, apoyado sobre una pila de libros, el teléfono de la doctora Straub comienza a sonar.

Rápidamente, por miedo a que el ruido despierte a su pareja y le robe esos momentos de soledad ensimismada, se pone en pie de un salto y coge el teléfono.

–¿Doctora Straub?

La voz es entrecortada y suena emocionada.

–Doctora, soy Julie Hibbert. Siento llamarla tan tarde, pero creí que le gustaría saber...

–Está bien, Julie –dice con voz temblorosa.

¿Habría despertado su paciente?

–Se trata de Anne Montrose, doctora Straub –dice la enfermera.

–¿Sí?

–Creo que debió de haber alguna anomalía. Se ha estabilizado. Las funciones cerebrales han vuelto a la normalidad. El latido es regular. Fuera lo que fuese lo que la hacía parpadear de manera irregular, ha desaparecido.

La doctora Straub le da las gracias. Cuelga el teléfono.

Se acomoda en la silla y apoya la cabeza en el cojín.

Mueve la cabeza de manera casi imperceptible y cierra los ojos.

Milagros.

Agradecimientos

Muchas gracias a Oli Munson, de la agencia literaria Blake Friedmann, por ser un tipo fenomenal y soportar mis innumerables preguntas. Y también a Jon, de la editorial Quercus, por la misma razón. Mi agradecimiento asimismo a Sarah Jones y Sarah Morgan por ser como sois. Y sobre todo, gracias a Nik y a los niños. Sois mi razón de ser.

Estoy también muy agradecido a Ottar Sveinsson, cuyo magnífico libro *Doom in the Deep* resultó una ayuda valiosísima para investigar la tragedia de los tres arrastreros.

* Estereotipo alusivo al hombre de Yorkshire: un individuo tocado con una gorra de lana con visera, acompañado normalmente de un lebel, de carácter amigable pero terco y propenso a disputas y discusiones. (*N. del T.*)

Título original: *The Dark Winter*

Edición en formato digital: junio de 2013

En cubierta: *Boys walking across waste ground in a slum area of Liverpool* (1949), foto de © Daily Herald Archive/SSPL/Hulton Archive/Getty Images

© David Mark, 2012

© De la traducción, Javier Sánchez García-Gutiérrez, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-38-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El oscuro invierno	4
Prólogo	8
Primera parte	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	23
Capítulo 3	30
Capítulo 4	37
Capítulo 5	43
Capítulo 6	46
Capítulo 7	52
Capítulo 8	59
Capítulo 9	67
Segunda parte	71
Capítulo 10	73
Capítulo 11	82
Capítulo 12	93
Capítulo 13	101
Capítulo 14	110
Capítulo 15	116
Capítulo 16	123
Capítulo 17	131
Capítulo 18	138
Tercera parte	144
Capítulo 19	146
Capítulo 20	154
Capítulo 21	162
Cuarta parte	170
Capítulo 22	172
Capítulo 23	181
Capítulo 24	190
Capítulo 25	193

Capítulo 26	198
Capítulo 27	208
Epílogo	212
Agradecimientos	215
Notas	216
Créditos	218